
Rechazada y Embarazada
por el DOCTOR
VIUDO
THAMY BASTIDA

Rechazada y Embarazada por el DOCTOR VIUDO

THAMY BASTIDA

Copyright©2025 Thamy Bastida
Cubierta: Bruna Capista
Revisión: Patrícia Suellen
Revisión Final: Lidiane Mastello
Lectura crítica: Juliana Almeida
Maquetación: Bee RB Designer
Traducción: Bee RB Designer

Esta é uma obra de ficção.

Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con nombres, fechas y acontecimientos reales es pura coincidencia.

Todos direitos reservados.

Autora Thamy Bastida

Correo electrónico:
autorathamybastida15@gmail.com

Thamy Bastida es una autora independiente, nacida en el estado de Río de Janeiro, vive alejándose de la ciudad, es universitaria y capricorniana. Escribe desde joven, pero solo en 2020 decidió mostrar sus libros al público.

Dedicatoria

Para aquellos que ya han tenido el corazón roto... y aun así encontraron el valor para amar otra vez.

Este libro es para ti, que crees que, incluso en el dolor, la vida siempre encuentra una manera de florecer.

Yo intenté alejarte para salvar lo que quedaba de mí... pero cada latido de mi corazón solo sabía llamarte de vuelta.

Adam Hawke

Sumario

DEDICATORIA

SUMARIO

PLAYLIST

SINOPSIS

PRÓLOGO 1

PRÓLOGO 2

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTO

Playlist

La Playlist completa de reproducción del romance *Embarazada del Doctor Viudo*.

ESCUCHAR AQUÍ



O

https://open.spotify.com/playlist/30nXhTncmSJjwIH4dBdZAS?si=UMOiXq2UQHS229TAU_hr9A&pi=SHbhe9HXTpiJJ

Sinopsis

Adam Hawke fechó su corazón para siempre el día en que perdió a su familia.

Eve Clark jamás imaginó que su camino se cruzaría con el de él... mucho menos llevando una vida que él jamás quiso.

Para proteger lo que quedaba de sí mismo, Adam la rechaza.

Sin embargo, ni la culpa ni la distancia pueden borrar lo que nació entre ellos.

Cuando el destino insiste y una nueva vida crece en medio de los restos del pasado, tendrán que enfrentar el dolor, los miedos — y el amor que ambos intentan negar.

Algunos corazones resisten. Otros simplemente se niegan a dejar de latir.

Embarazada del Doctor Viudo — una novela prohibida, dolorosa y arrebatadora.

Prólogo 1

Adam Hawke

Hace diez años

Chicago vibraba bajo la tormenta. La Michigan Avenue, siempre llena, parecía aún más caótica con los faros reflejándose en el asfalto mojado. Autobuses, taxis y coches particulares avanzaban como un organismo vivo, los motores rugiendo contra el sonido de la lluvia. El olor a tierra mojada se mezclaba con la gasolina y con el calor sofocante del interior del coche.

Yo conducía despacio, los limpiaparabrisas luchaban contra las gotas gruesas que castigaban el vidrio. El mundo era una mancha gris, intercalada por las luces de los semáforos y anuncios comerciales.

Angela estaba a mi lado, hermosa como siempre, el vestido negro ajustado resaltaba la barriguita que llevaba nuestra hija. Mi corazón aún latía acelerado por la cena que habíamos tenido.

Dos años de matrimonio. Una familia creciendo dentro de ella.

Saqué la mano del cambio y la deslicé hacia su barriga.

Ella sonrió al sentir mi toque.

— Amor, ella está bien movida — dijo, acariciando la piel estirada. Su voz tenía un tono cariñoso, lleno de ternura.

— Ella sabe que cenamos bien — bromeé, sin apartar los ojos del tráfico.

Angela rio en silencio.

— Tienes cirugías mañana, ¿verdad?

— Sí, dos. Pero no te preocupes. — Apreté su muslo. — Haremos el amor, y mañana temprano voy al hospital.

— Extraño el hospital. — Suspiró, mirando por la ventana, observando cómo las gotas de lluvia se deslizaban por el vidrio. — Pero me encanta ser ama de casa.

Apreté su mano, sintiendo su calor.

— No veo la hora de que nuestro pedacito de amor nazca — continuó, con voz suave y soñadora.

— Yo también. Cuando ella nazca, pediré vacaciones. Quiero estar presente.

Angela sonrió y apoyó la cabeza en la ventana. Su mirada empezó a pesar.

Cansada. Exhausta de una manera hermosa.

La observé por un segundo antes de volver la atención a la carretera. En el fondo, aún había una pequeña parte de mí que encontraba extraño verla lejos

de la medicina. Ella tenía tanto talento. Desde que nos casamos, dejó la bata y eligió otra misión: ser madre.

Al principio, eso me incomodó. Vivía para la medicina. Para mí, era visceral, esencial, una fuerza que me hacía respirar. Estaba a punto de ser nombrado jefe de cirugía cardíaca — un cargo que no traía solo prestigio, sino una responsabilidad inmensa.

Y, más que nada, creía que ser cirujano iba más allá de abrir un pecho y reparar un corazón. Necesitaba entender quién estaba detrás de las costillas que cortaba, sentir el alma latir junto a la carne. Conectarme antes de tocar el bisturí.

El tráfico volvió a avanzar lentamente.

Delante de mí, un autobús rojo y blanco de la CTA avanzaba pesadamente, salpicando agua a los lados. Suspiré, calculando cuánto tiempo tardaríamos en llegar a casa. Vivíamos en un ático cerca del hospital, con una vista privilegiada del Lago Michigan, donde las luces de la ciudad bailaban sobre el agua oscura.

Aceleré cuando el flujo, por fin, tomó velocidad.

Miré a Angela. Dormía.

Su pecho subía y bajaba a un ritmo lento, con la mano sobre la barriga.

Entonces llegaron las bocinas.

No un sonido común de impaciencia urbana, sino algo urgente. Desesperado.

Mi cuerpo reaccionó antes incluso de que mi mente procesara.

Volteé la cabeza y vi.

El camión de basura.

Grande. Fuera de control. Invadiendo el carril equivocado.

El autobús.

Tan cerca que sus neumáticos rozaban en el asfalto empapado.

El impacto sucedió como un trueno. El camión se lanzó contra el autobús, empujándolo hacia un lado, el metal retorciéndose en un grito aterrador.

Angela despertó con un grito.

Mi mano fue a ella por puro instinto.

Y, entonces, todo ocurrió.

El coche fue alcanzado por el lateral.

El impacto lanzó mi cuerpo contra el volante.

El mundo giró en un caos de vidrios rotos, chatarra retorcida y el eco ensordecedor del choque metálico.

No hubo tiempo para reaccionar.

Un instante, sostenía su mano.

Al siguiente, la oscuridad me engulló por completo.



El dolor vino antes de la conciencia.

Una presión aplastante en mi pecho. El aire quemaba al entrar en mis pulmones, mi cabeza pulsaba como si algo intentara partir mi cráneo por la mitad.

De repente, abrí los ojos, jadeando y con la respiración irregular. Todo a mi alrededor era blanco. Las luces del techo parpadeaban, casi cegando mi vista. El olor a antiséptico y a sangre seca invadió mi nariz.

Hospital.

La adrenalina estalló dentro de mí.

Me senté de golpe en la cama, arrancando los cables que estaban sujetos a mi cuerpo. El bip de las máquinas se disparó, alertando al equipo médico.

— ¡Doctor Hawke, por favor, mantenga la calma! — La voz de una enfermera cortó el ambiente.

¿Calma?

Mis manos temblaban. Mi cabeza giraba.

¿Dónde está Angela?

¿Dónde está mi hija?

Arranqué la máscara de oxígeno. La enfermera intentó sujetarme, pero mi fuerza — movida por el puro desesperación —, la apartó con facilidad.

— ¡Angela! — Mi voz salió áspera, casi irreconocible. Sentí el gusto amargo del miedo en la lengua. — ¿Dónde está mi esposa? ¿Mi bebé?

El dolor irradiaba por mi cuerpo, pero no importaba. No importaba nada más que ellas.

Tropecé para salir de la habitación, los pasillos de la unidad de trauma iluminados en un tono frío e impersonal. El sonido de pasos, voces apresuradas y el distante pitido de los monitores llenaban el aire. Conocía ese pasillo. ¿Cuántas veces caminé por allí? ¿Cuántos pacientes devolví a la vida aquí?

Y, ahora, solo era uno más.

Entonces, vi a Hélia venir hacia mí.

Su mirada me golpeó antes incluso de que dijera una palabra.

Tensa. Seria. Comedida.

— Adam, vuelve a la habitación — dijo, firme, con autoridad en su voz.

— ¡Angela y mi hija, joder! — rugí, con el dolor en la cabeza empeorando.

El pecho apretado, la respiración corta y irregular.

— Adam, por favor... tienes que acostarte.

Mis ojos ardían, la garganta cerrada. Mi cuerpo, que solía ser ágil y firme, pesaba como si cada músculo estuviera hecho de plomo.

Entonces apareció Nate.

Mi hermano mayor me miró; su semblante, siempre alegre, parecía diferente. Sus ojos delataban que algo no estaba bien.

— ¿Qué haces caminando por aquí? — Su voz era grave pero vacilante.

Lo ignore.

Lo ignore porque sabía.

Mi corazón ya lo sabía.

El dolor tomó una nueva forma dentro de mí, un miedo que rasgaba desde el interior hacia afuera.

— Angela y mi hija — repetí sin aliento. — Por favor, solo dime que están bien.

Nate no respondió de inmediato, solo me miró.

Y fue suficiente.

Mi corazón se convulsionó en el pecho.

El aire se volvió pesado.

El pasillo se convirtió en un túnel lejano.

El dolor lo abarcó todo.

— No hables. — Mi voz se quebró. Sabía que, si decía algo más, no habría vuelta atrás.

Él suspiró.

— Lo siento mucho, Adam. — Su voz sonó baja, arrastrada. — Ninguna de las dos sobrevivió.

Mi estómago se revolvió.

— No, joder, ¡no! — susurré en negación.

— Angela sufrió muerte cerebral en el acto. El impacto... — Vaciló, quizás dando se cuenta de que no estaba listo para escuchar, pero continuó: — El golpe en la cabeza fue fatal. La bebé no resistió. — Nate me abrazó. — Lo siento, hermano.

Pero yo no escuché más nada.

Mi corazón latía, pero ellas habían dejado de hacerlo.

Mi hija, que no recibió un nombre, un bendito nombre.

Mi esposa.

Mi amor.

Murieron el primer de abril, en nuestro día.

Los tres morimos esa noche, pero solo un corazón siguió latiendo.

El mío... el mío fue condenado a seguir.

Prólogo 2

Eve Clark

Quarenta y cinco días después

Un manto de nubes pesadas envolvía el cielo sobre Chicago, tiñendo el día de un gris melancólico. El viento cortante hacía que las ramas desnudas de los árboles se doblaran, susurrando secretos de despedida. El Cementerio Mount Hope, en Englewood, parecía aún más sombrío bajo la fina llovizna que humedecía el suelo suave, ya saturado por la lluvia de los últimos días.

Cada paso era una batalla. Mi cuerpo todavía llevaba los vestigios del accidente — el peso del dolor, de la debilidad, de la pérdida. Mi abuelo me sostenía firmemente por el brazo, mientras mi abuela caminaba a mi lado, la mirada fija al frente, los labios apretados en una expresión de duelo silencioso.

Si fuera por mí, habría venido sola. Pero ellos insistieron.

No podía rechazar la ayuda; por la cirugía, apenas podía moverme sola, arrastrándome lentamente. En el accidente, también me lastimé la pierna. Aunque no fue grave, todavía estaba en proceso de recuperación y pasar días en cama en el hospital solo complicaba mi condición.

Las horas que pasaron desde que salí del hospital fueron un borrón de burocracias y condolencias vacías. Pero nada de eso importaba. Necesitaba estar allí. Necesitaba despedirme sola.

Miré a mis abuelos — Samuel y Dolores Clark —, y vi el peso del tiempo y del dolor marcando sus facciones. Estaban exhaustos, no solo por la maratón de velatorios y entierro, sino por los años de luchas silenciosas. El dinero siempre fue un fantasma presente en nuestra vida, y ahora los gastos médicos se acumulaban junto a los costos del funeral.

No éramos ricos. Nunca lo fuimos. Pero mi hermano hizo todo lo posible para que yo tuviera una oportunidad de vivir.

— Quiero estar sola. — Mi voz salió ronca, ahogada.

Mi abuela dudó, apretando mi brazo.

— Querida, no puedes esforzarte...

— Por favor — imploré, sintiendo cómo mi pecho se contraía al mirar la lápida frente a mí.

El silencio pesó entre nosotras, hasta que mi abuelo suspiró y soltó mi brazo.

— Déjala, niña — dijo con tono grave.

Respiré profundo y seguí sola.

El suelo húmedo cedería bajo mis pies, la llovizna fría acariciaba mi piel.

Caminé lentamente, cada paso era una lucha por mantener la respiración estable.

La lápida estaba bajo la sombra de un viejo árbol, sus ramas esqueléticas se balanceaban con el viento.

Mis ojos recorrieron la inscripción:

Siempre serán recordados y amados. Miguel, Rosa y Ewan Clark"

La traba en mi garganta se apretó, las lágrimas comenzaron a caer, calientes, sin control. El dolor era ahogante, un peso aplastante dentro de mí. Cerré los ojos, tratando de encontrar un vestigio de alivio en sus recuerdos, pero solo quedó un agujero oscuro. Un vacío.

Lloré hasta soltar una risa amarga.

Los amaba. Odiaba sus elecciones, odiaba la vida que llevábamos, pero los amaba. Porque eran mis padres.

Mis padres nunca supieron planear el futuro. Gastaban lo que tenían y lo que no, hundidos en fiestas sin sentido y promesas vacías. Pero mi hermano…

Mi hermano fue diferente.

— Ewan, Ewan… ¿cómo te atreves? — susurré, una mezcla de dolor y rabia desbordándose en mi voz.

El viento sopló fuerte, despeinando mi cabello, como si fuera una respuesta silenciosa.

Cinco años mayor, él cargó con el mundo sobre sus hombros para que yo pudiera tener una oportunidad. Dejó los estudios, tomó dos trabajos, peleó con médicos, imploró por medicinas. Él me protegía incluso de mí misma.

Y ahora estaba allí. Bajo la tierra.

Me arrodillé, ignorando el dolor que pulsaba en mi cuerpo.

— Te extraño mucho, hermano — susurré.

Llevé la mano al pecho, presionando los dedos contra la tela del abrigo, justo donde el corazón latía.

Él estaba allí.

El corazón suyo.

La ironía era demasiado cruel para ser real. En el accidente, todos nos morimos, pero solo un corazón siguió latiendo.

El suyo. En mi pecho.

Mi hermano murió para que yo pudiera seguir viva.

Pero, ¿cómo se vive con un corazón que no era suyo?

Capítulo 1



Eve Clark

Diez años después

Miré nerviosa a Mileide, mi gata tricolor, que me observaba desde el otro lado del diminuto apartamento. Su mirada felina estaba llena de curiosidad y un toque travieso, como si supiera exactamente el pavor que me dominaba. En mi mano, la chancleta temblaba en el aire, pero no tenía valor de usarla. Mi garganta se apretaba.

Necesitaba mantener la calma, aunque todo en mí quisiera salir corriendo por la puerta.

— Mileide, suelta ese ratón — susurré, intentando sonar dulce, pero la voz salió fina y ahogada. — Mi pequeña, amor, así que suelta el ratito… o sácalo afuera, por favor. Mamá tiene miedo, amor

Era verdad. Ratas, cucarachas, lagartijas… cualquier bichito pequeño y ágil me sacaba de quicio. Sabía que era irracional, pero no podía evitarlo.

Mileide solo parpadeó, claramente desinteresada en mi desesperación. Con un salto gracioso, cayó en el sofá cama y se acurrucó en la manta. El "juguete" aún balanceaba en su boca, mientras su cola azoteaba de un lado a otro. La escena era tan absurda que casi me río, pero las lágrimas estaban allí, listas para explotar.

La melancolía de mi menstruación había llegado sin aviso, empujando una oleada de irritación y cansancio sobre mí. Después de horas de trabajo en la tienda de conveniencia en Streeterville, cerca del hospital Memorial de Chicago, solo quería acostarme y olvidar el mundo. Pero, en cambio, estaba allí, prisionera de mi gata psicópata y su caza.

— Mileide! — grité, intentando recuperar el control de la situación.

Ella reaccionó. Pero no como quería. Soltó el ratón por un segundo, luego lo agarró de nuevo y le dio un último sacudón. El pobre bicho no resistió.

— ¡Maldita gata! — exclamé, sin saber si reír o llorar.

Mileide me miró con ese desdén típico de los felinos, dejó el muerto en el sofá y levantó las patitas, pasándoselas por la boca con aire satisfecho.

— Ah, claro, limpiándose después del crimen, ¿verdad? — susurré, sintiendo que me empezaba a doler la cólica, latente en un ritmo irritante.

Cerré los ojos un instante, intentando reunir fuerzas para lidiar con eso. Todo lo que quería era darme una ducha caliente y esconder mi cara en un pote de helado, pero no tenía opción.

Respiré profundo y fui hasta la zona de lavar, un espacio tan pequeño que apenas cabía un tendedero. Tomé las guantes de goma y una bolsa de basura, regresando con pasos cautelosos. El olor de la noche húmeda entraba por la ventana abierta, mezclándose con el aroma del suavizante que había usado en la última lavada.

Armada con la mínima dignidad posible, agarré el ratón.

Casi vomitó.

Aguanté las náuseas y, con la precisión de quien desactivaba una bomba, metí el bicho en la bolsa, atándola fuerte. Corrí hacia la ventana y la lancé a la basura que estaba en la calle, apuntando directo, como si eso pudiera borrar la memoria de lo que acababa de suceder.

Cuando regresé, Mileide estaba en el suelo, observándome con ojos entrecerrados. Parecía genuinamente sorprendida por mi reacción exagerada. Para ella, aquello era solo un día más en su mundo.

— Ves, gata — susurré, mientras sacaba las sábanas y la manta, cubiertas de pelos y, quizás, de rastros de aquella criatura infeliz.

Todo lo metí en la lavadora y puse el ciclo automático, sin paciencia para escoger programas específicos.

Cansada, me desplomé en el sofá y cubrí mi rostro con las manos.

¿Así era la vida adulta? ¿Trabajar hasta tarde, volver a casa agotada y aún tener que lidiar con asesinatos felinos?

El reloj en la pared marcaba casi medianoche. Mileide, plena como siempre, se estiró y saltó a mi regazo. Ronroneó alto, como si estuviera satisfecha consigo misma.

— No puedo creer que todavía te amo — susurré, cerrando los ojos por un instante.

El toque estridente del celular me hizo dar un salto, el susto rompiendo el silencio del apartamento. Corrí hasta el aparato tirado en la encimera de la cocina y vi que el nombre de Jazz brillaba en la pantalla.

— ¿Es hora de que me llames? — reclamé, pero ya riéndome al atender.

— ¡Amiga, tengo una cita y, además, encontré una forma honesta de ganar dinero usando tu cuerpo sin que sea prostitución! — anunció ella, emocionada.

Parpadeé, sorprendida. No era novedad que mi cuenta bancaria estuviera en negativo, pero su propuesta me tomó por sorpresa.

— ¿Casarme con un viejito millonario? — bromeé, apoyándome en la cocina. Desde la otra parte de la ventana, las luces de los edificios de Chicago parpadeaban contra el cielo nublado, un escenario que combinaba con mi humor inestable.

— ¡Mejor que eso! Donando óvulos para una clínica de fertilización — explicó Jazz, como si fuera lo más normal del mundo. — Solo tienes que liberar algunos y ganas una pasta.

Fruncí el ceño.

— ¿Qué?

— ¡Eso mismo! Si aceptas, ya te envío la ficha para completar. Yo también quiero hacerlo.

La cólica dio una punzada aguda, recordándome que ser mujer era una desventaja en muchos sentidos.

— Somos dos jodidas en la vida, ¿verdad? — musité, soltando una risa cansada.

— ¡Totalmente! — Jazz suspiró. — Dios tiene sus favoritos, y no estamos en esa lista.

Solté una carcajada, pero pronto dejé escapar algo más sincero:

— Estoy agotada.

Al otro lado de la línea, ella quedó en silencio por un momento antes de preguntar:

— ¿Estás tomando tus medicamentos?

Desvié la mirada hacia la mesa, donde una taza vacía descansaba junto a un paquete de galletas abierto.

— Aún no lo compré. Necesito juntar dinero para el abuelo, ¿recuerdas?

Jazz no respondió de inmediato, y no hacía falta. Ambas sabíamos lo difícil que era mantener todo bajo control cuando las cuentas no cerraban a fin de mes.

— Este mes, todo mi dinero fue para los medicamentos de mi mamá — confesó, con una voz más baja, cargada de un peso conocido.

Mordí mi labio, entendiendo sin más explicaciones. Las dos estábamos en el mismo barco, agujero sin fondo.

— Tranquila, Jazz. Voy a resolver esto. Envíame los detalles de la clínica. Si hay que hacerlo, lo hacemos juntas.

— ¿Estás segura, amiga? — preguntó, dudosa.

— Totalmente. Mañana iremos allí.

— ¡Perfecto! Y prometo regalarte chocolate, porque sé que te bajó la regla. La mía vino ayer, ¡volvimos a sincronizarnos!

Sonreí, sintiendo que el nudo en el pecho se aflojaba un poco.

— Chocolate siempre ayuda.

— Lo sé. Ahora descansa, porque mañana vendemos nuestros óvulos por un futuro mejor.

La risa de ella fue lo último que escuché antes de colgar.

Dejé el celular sobre la mesa y miré alrededor del apartamento. La luz amarilla de la lámpara hacía que el

ambiente resultara más acogedor, pero el pequeño espacio todavía parecía un recordatorio constante de que necesitaba cambios. Mileide dormía enrollada en el sofá, ajena a mis preocupaciones.

Un paso a la vez, pensé.

Y mañana sería el primer día.



Justo cuando llegué frente a la entrada de la clínica, sentí un nudo formarse en el estómago. El edificio era lujoso, con vidrios relucientes que reflejaban el cielo grisáceo de Chicago. La fachada moderna, con su nombre plateado en relieve, me hacía cuestionar si realmente pertenecía a ese lugar.

A mi lado, Jazz ajustó la correa de su bolso y soltó un silbido bajo.

— Esa clínica parece cosa de gente rica. Si nos echan, al menos aprovechamos el café gratis de la recepción.

Reí sin muchas ganas, sintiendo los hombros tensos.

— Vamos a cruzar los dedos para no tener que huir por la puerta trasera — susurré, juntas atravesamos las puertas automáticas.

En cuanto pisamos el vestíbulo, fuimos engullidas por un ambiente elegante y acogedor. El aire tenía un

perfume sutil de lavanda, la decoración equilibraba tonos claros y maderas oscuras, transmitiendo una sensación de serenidad. Sillones cómodos estaban distribuidos alrededor de una mesa de centro, donde revistas sobre maternidad y salud reproductiva estaban ordenadas impecablemente.

Una recepcionista rubia, con un moño bien hecho y gafas discretas, nos recibió con una sonrisa profesional. Su nombre, Jaime, estaba bordado en la identificación.

— Buen día, señoritas. ¿En qué puedo ayudarlas?

Jazz, siempre más directa, se apoyó en el mostrador y respondió con confianza:

— Venimos para evaluación. Somos donantes.

Jaime pareció satisfecha con la respuesta y tomó una tableta sobre el mostrador.

— Nombres, por favor.

— Jazz Alvarez — dijo ella, ajustando sus gafas de montura lilá.

— Eve Clark — completé, intentando parecer tranquila.

La recepcionista escribió rápidamente y levantó la vista.

— Todo en orden. Por favor, sigan a la sala de espera. Llamaremos sus nombres en breve.

Agradecimos y seguimos por el pasillo iluminado con luces suaves. El piso de madera pulida reflejaba nuestros pasos vacilantes.

Jazz miró a su alrededor, maravillada.

— ¡Esto es de otro nivel! Apostaría que los baños también huelen caro.

Sonreí, pero no pude evitar la creciente inquietud.

— ¿Estás segura de que esa donación da buen dinero?

Ella asintió, pero el entusiasmo vaciló un poco.

— Dependiendo del perfil genético y la demanda, puede variar entre cinco y quince mil dólares.

Suspiré, impresionada.

— Si sale bien, ya puedo pagar parte de las cuentas atrasadas.

Mientras caminábamos por el pasillo, noté las imágenes enmarcadas en las paredes: familias sonriendo, bebés recién nacidos acurrucados en brazos de padres emocionados. Ese lugar existía para ayudar a quienes soñaban con tener hijos. Y nosotros estábamos allí porque no podíamos darnos el lujo de soñar con nada más que sobrevivir.

Jazz suspiró, rompiendo el silencio.

— Estamos a punto de vender partes de nosotras mismas.

Solté una risa baja.

— Y espero que eso nos compre un futuro mejor.

Nos sentamos lado a lado en las cómodas sillas de la recepción. Mientras esperábamos que nos llamaran,

respiré profundo y traté de convencerme de que esa era la decisión correcta.

Jazz movía las piernas, impaciente, mientras examinaba la sala con ojos atentos. El brillo moderno de las luminarias, los tonos pastel en las paredes y el olor suave a vainilla le daban al ambiente un aire de tranquilidad que contrastaba con la tormenta de pensamientos que giraba en mi cabeza.

— Amiga, con quince mil puedes comprar el aparato de tu abuelo y pagar alguna deuda o dos, ¡quién sabe! — balbuceó Jazz, con un entusiasmo que casi saltaba de ella.

Suspiré, cruzando los brazos.

— Y tú puedes usar ese dinero para cubrir los gastos médicos de tu madre y, finalmente, salir de ese garaje estrecho, lejos de tu hermano idiota — provoqué, y ella soltó una carcajada corta.

— ¡Mi sueño, ya sabes! — suspiró teatralmente Jazz. — Si tengo dinero, lo dejo y desaparezco con mi mamá.

Ella movió la cabeza y se acomodó en el asiento, cruzándose de piernas. Jazz siempre hablaba de Denste con una mezcla de exasperación y resignación. Él era ese tipo de hermano mayor que, en lugar de proteger a la familia, parecía ser una carga.

— Algún día todavía le doy una patada en el trasero a Denste — bromee, tomando una revista cualquiera de la mesa, solo para tener algo que jugar.

— ¡Haz fila! — ella rió, sacudiendo su cabello corto.

Estuve hojeando las páginas sin prestar atención, hasta que Jazz cambió de tema con un brillo travieso en los ojos.

— ¿Y qué pasa con Derek?

Suspiré, rodando los ojos.

— No quiero hablar de él.

— ¡Vamos! ¿Todavía te manda mensajes?

— A veces — admití, devolviendo la revista a la mesa. — Pero los ignoro. Piensa que puede seguir siendo mi amigo después de todo.

Derek era el consentido del barrio, el mecánico que todos adoraban. Pero, para mí, no era más que una decepción. Intentamos una relación, pero nunca funcionó. Y, sinceramente, no me hacía falta.

— Bueno, si sigue molestando, avísame que le doy una lección — dijo Jazz, cerrando los ojos de manera dramática, como si estuviera planeando un crimen perfecto.

— ¿Y tú qué harías? ¿Atacarlo con tu bolso de purpurina?

— Fingiré que no escuché eso.

Solté una risa corta, pero antes de que el silencio se asentara, Jazz arqueó las cejas y sonrió con malicia.

— ¿Y el doctor guapo?

La pregunta me sorprendió.

— Está casado — recordé, tratando de ignorar esa punzada extraña en el pecho.

— Hm… ¿Crees que realmente lo esté?

La miré frunciendo el ceño.

— ¿Qué pregunta es esa?

— No sé. Solo me pareció raro porque siempre mencionas eso como si te estuvieras convenciendo a ti misma.

Abrí la boca para protestar, pero luego la cerré. Odiaba admitirlo, pero había algo en la presencia de Adam Hawke que me desconcertaba. Evitaba sus consultas siempre que podía, pero al mismo tiempo, contaba los días para verlo. Una contradicción total.

— Siempre intento escapar de él — susurré, apretando las manos en mi regazo. — Pero, aun así, cada vez que me examina, me bloque. Lo odio, pero también me encanta.

Jazz sonrió como quien entiende exactamente lo que quiero decir.

— Eso se llama "estar jodida".

— Lo sé — admití, riendo nerviosamente.

Ella me pinchó.

— Amiga, desde siempre soñamos con final feliz. ¡Somos adictas a los romances! ¿Cómo no esperar que un príncipe caiga del cielo?

Bajé la mirada, jugando con la cremallera de mi sudadera.

— Quizá nuestro príncipe solo se haya perdido en el camino.

Jazz chasqueó los dedos.

— ¡O tal vez esté esperando que vendamos nuestros óvulos varias veces antes de aparecer!

Nos reímos, llamando la atención de una pareja sentada cerca de la entrada.

Ese momento, incluso envuelto en incertidumbres, trajo una ligereza inesperada. Tener a Jazz a mi lado siempre hacía que todo fuera más soportable.

— Jazz Alvarez — llamó un hombre, con voz firme cortando el murmullo en la sala de espera.

Jazz se acomodó en el asiento, lanzándome una mirada rápida antes de levantarse.

— Eve Clark — añadí, levantándome junto a ella.

El hombre asintió, revisando la planilla en sus manos antes de hacer un gesto para que siguiéramos.

Intercambié una sonrisa con Jazz, un breve momento de complicidad que servía como un recordatorio silencioso de que, no importaba lo que pasara, estábamos juntas en esto. Mi estómago revolvía de nerviosismo, pero me forcé a mantener una expresión tranquila. Ahora era el momento de seguir adelante, de intentar conseguir el dinero que tanto necesitábamos — y, al mismo tiempo, darle a alguien la oportunidad de ser madre. Esa parte me dejaba pensativa. Por más que reconociera el valor de ese gesto, la idea de la maternidad era algo que nunca había considerado para mí. La simple noción de criar a un niño me asustaba de una manera que no podía explicar.

El pasillo era silencioso, iluminado por luces blancas que se reflejaban en los azulejos. Pasamos por salas con puertas de vidrio opaco, donde médicos y pacientes hablaban en voz baja. El olor a desinfectante se mezclaba con un perfume floral sutil.

— Este lugar parece un hotel cinco estrellas, ¿verdad? — susurró Jazz a mi lado, admirando la decoración minimalista.

— Si todos los hospitales fueran así, hasta pensaría en enfermarme solo por el confort — murmuré de vuelta, tratando de aliviar la tensión.

Ella rió en silencio, pero pronto sus dedos apretaron suavemente mi brazo, en un gesto que revelaba su propia nerviosismo.

Cuando llegamos a la sala indicada, el hombre sostuvo la puerta para que entráramos.

— Quédense cómodas. La doctora Samantha las atenderá en breve — informó, antes de salir.

Nos sentamos en sillas acolchadas alrededor de una mesa de vidrio. El ambiente era acogedor, con tonos beige y detalles en madera clara. Había una butaca cerca de la ventana, donde descansaba una orquídea blanca en un delicado florero. Un cuadro discreto en la pared mostraba una frase inspiradora: *"Criar vidas es un regalo que transforma el mundo."*

Jazz golpeó las puntas de los dedos en la mesa, impaciente.

— ¿Duele mucho?

Parpadeé, volviendo mi atención a ella.

— ¿Realmente quieres saber la respuesta?

— Quizá no — admitió, mordiendo su labio inferior. — Pero estoy dispuesta. Necesitamos ese dinero.

Asentí, observando mis propias manos entrelazadas sobre el regazo.

Sí, necesitábamos ese dinero. Pero, además, quizás estábamos aquí porque, de alguna forma, queríamos demostrar que todavía teníamos control sobre alguna parte de nuestras vidas.

Nuestros ojos se encontraron de nuevo. No hacía falta decir nada. Ambas entendíamos que, incluso sin saber exactamente qué vendría después, estábamos dispuestas a enfrentar.

Y, entonces, la puerta se abrió.

Era hora de dar ese paso.

Capítulo 2



Adam Hawke

Entré en la UCI para verificar al último paciente que operé más temprano y cerré la puerta tras de mí, escuchando el clic sutil de la cerradura resonar en la quietud. El ambiente era sereno, en contraste con las horas de tensión que pasé en la sala de cirugía.

Me dirigí al iPad sobre la mesa de al lado, donde estaba el expediente del paciente. Estudié con atención su información, observando los signos vitales. Necesitaba un trasplante de corazón; la cirugía fue una lucha intensa por la vida debido a su avanzada edad, pero consideraba la operación un éxito, o casi. Para mí, una cirugía solo es exitosa después de que el paciente recibe el alta y vuelve a vivir su vida.

Revisé los datos una vez más, sintiendo la responsabilidad que pesaba sobre mí, y luego salí de la habitación. Mi turno terminaría en unas horas, pero había una cirugía importante que atender — un residente se preparaba para un procedimiento bajo la tutela de uno de los mejores cirujanos cardiovasculares aquí en Memorial de Chicago.

Como jefe de cirugía en esa especialidad, había una montaña de burocracia aburrida que resolver, pero, extrañamente, me gustaba. La organización de los papeles y el cumplimiento de las directrices me daban cierto placer, un control que siempre había buscado.

Mientras avanzaba por el pasillo, una de las residentes se acercó. Su mirada estaba fija en el suelo, y vi cómo sus labios se curvaron en una sonrisa tímida. Kalli Joiste, con veintiocho años, delgada y de ojos azules penetrantes, tenía el cabello largo, liso y rubio. Siempre había notado que nutría una pasión platónica por mí. Y, para ser sincero, nunca le di crédito a eso — no es que yo fuera especialmente amable. Tal vez ella se había enamorado de los reproches que solía darle cuando veía sus errores, un lado mío que no sabía si era admirable o simplemente intimidante.

— Doctor, la cirugía va a empezar pronto, porque el paciente está teniendo paros cardíacos — dijo Kalli, nerviosa, apenas logrando mirarme a los ojos.

¡Joder!

— Vamos — respondí, impaciente, y pasé junto a ella, dirigiéndome hacia la sala de cirugías asistidas. Mi bata roja y marrón estaba escondida, pero aún así, sentía que el uniforme gritaba autoridad. Entré en la sala, sentándome cerca del intercomunicador, mientras

observaba la preparación de los demás. El paciente ya estaba acostado en la mesa, el equipo trabajando en coordinación.

— ¿Ya anestesiaron al paciente? — pregunté, y Jacob, que sería quien dirigiera la operación, hizo un gesto afirmativo. — Perez, no hagas nada imprudente — añadí con una voz firme, que reflejaba tanto mi seriedad como el respeto que sentía por la vida en la mesa.

El paciente, un hombre de sesenta años, había sido diagnosticado con estenosis aórtica grave, que provocaba un estrechamiento en la válvula que controlaba el flujo sanguíneo del corazón a la aorta. Su estado era crítico, por eso la cirugía tenía que concluirse rápidamente para evitar complicaciones graves.

Jacob, con voz segura, ordenó el bisturí y aplicó anestesia local antes de hacer la incisión. Cuando todo estuvo listo, esperó mi señal. Me di cuenta de que el residente Perez estaba nervioso, pero ignoré mi intuición y di la señal. Jacob empezó la incisión con precisión, mientras el equipo trabajaba en armonía — excepto Perez, que dejó caer un instrumento, rompiendo el silencio y la concentración en la sala.

— ¡Tienes que concentrarte, Perez! — le dije, cortando con mi tono el silencio. La tensión que se acumulaba se había convertido en electricidad en el aire.

Jacob, visiblemente molesto, miró al residente, que estaba pálido.

— ¿Qué estás haciendo? ¡No es momento para distracciones! — le advertí con severidad. La presión se intensificó.

Con un esfuerzo, continuamos la operación, pero el fracaso de Pérez ensombreció el ambiente de la sala. La presión se intensificó. Incluso mientras el equipo llevaba a cabo los siguientes pasos, se percibía un malestar palpable, como si el error ya hubiera causado un daño irreparable.

Después de abrir el tórax y exponer el corazón, la operación parecía seguir la ruta que había planeado. El corazón latía, una maravilla de la biología, pero la urgencia aumentaba; la estenosis aórtica requería una reparación inmediata.

— Vamos a colocar el globo en la válvula aórtica — instruí, con tono de mando que superé cuando las mentes estaban en torno a mí.

Jacob comenzó el procedimiento. Estaba concentrado, pero parte de su atención seguía puesta en el incidente con Pérez. La ansiedad colectiva entre el equipo era palpable, pero Jacob se concentró, introduciendo el globo.

— Infla — dijo, incapaz de ignorar la voz apresurada en mi cabeza. Pero en cuanto el globo empezó a inflarse, algo no sonó bien. El monitor empezó a mostrar un pico anómalo en la frecuencia cardíaca del paciente.

— ¿Qué era aquello? — pregunté con voz preocupada. Una de las enfermeras miró los monitores, mientras Jacob intercambiaba miradas frenéticas con el equipo.

— No lo sé, ¡pero su tensión ha bajado drásticamente! — exclamó una enfermera, y mi corazón se aceleró.

Jacob inyectó rápidamente una solución intravenosa, pero me di cuenta de que la confianza que había tenido hasta entonces durante la operación se estaba disipando. El error de Pérez parecía haber creado una fisura en nuestra precisión, y el tiempo se agotaba.

— ¡Joder! — gruñí, con la frustración corriendo por mis venas. Salí corriendo hacia la zona de cirugía, como un atleta que se dirige a la línea de meta. Mi mente estaba concentrada, pero el peso de la responsabilidad casi me paralizaba.

Al llegar a la zona de esterilización, me quité la bata y la arrojé a un lado. El ambiente estaba frío y limpio, el olor a desinfectante llenaba el aire. Eso era familiar, casi reconfortante.

Comencé el proceso de esterilización con la rapidez que la urgencia requería:

Me dirigí al lavabo, donde abundantes chorros de agua caliente fluían. Empecé a fregar mis manos con jabón antiséptico, asegurándome de limpiar entre los dedos y debajo de las uñas. La espuma blanca se deslizó por mi piel hasta los muñones, donde seguí frotando durante al menos quince segundos.

Después de lavar mis manos, enjuagué dejando que el agua cayera de los dedos a las muñecas y desembocara en el desagüe, llevándose la sensación de contaminación.

Tomé un frasco de solución antiséptica, aplicándola generosamente en mis manos y antebrazos. El olor fuerte del alcohol llenó mis sentidos y esperé a que se secara por completo.

Con las manos esterilizadas, me puse una nueva bata quirúrgica. Sentí la barrera entre mi piel y el mundo exterior.

Coloqué una máscara de procedimiento, ajustándola cuidadosamente, y luego tomé los guantes estériles. Al ponérmelos, me aseguré de que no quedara ninguna parte expuesta. Me sentí lista, como un soldado preparado para la batalla.

La prisa y la ansiedad aumentaban, pero no podía permitirme dejarme afectar. Salí de la sala de esterilización y corrí de regreso al quirófano.

— Ya voy. — anuncié al entrar, y el sonido de mi voz resonó en toda la sala. Todas las miradas se volvieron hacia mí, y pude ver una mezcla de alivio y desesperación en las expresiones del equipo.

El paciente aún permanecía en la mesa; la tensión en la sala era casi palpable.

— Si es necesario, lo trasladamos a circulación extracorpórea — dije, con tono de mando y autoridad. El equipo rápidamente ajustó sus posiciones para seguirme. Jacob, visiblemente afectado, asintió y ejecutó lo que le indiqué.

Con las manos firmes, tomé la iniciativa. La pantalla mostraba las constantes vitales del paciente, entre la vida y la muerte. El corazón luchaba por recuperarse, y la presión arterial había caído drásticamente.

— Tenemos que revertir esa arritmia — señalé, tomando el desfibrilador. — ¡Prepárense!

Con un movimiento, apliqué gel en el pecho del paciente y conecté los electrodos. El sonido del monitor

se intensificó, con los picos altos anunciando lo que todos sabíamos: el tiempo se agotaba.

— ¡Uno, dos, tres! — grité, presionando el botón de descarga.

Una ola de choque recorrió el cuerpo del paciente, sus extremidades se estremecieron, y los monitores mostraron una breve pausa, un respiro en la batalla.

— ¡Vamos, vamos! — incentivé, dando un paso adelante mientras vigilaba cada segundo que pasaba ante mí. El sudor corría por mi frente y la adrenalina avivaba mi determinación.

Tras la primera descarga, el corazón no se estabilizó.

— ¡Una vez más! ¡Prepárense! — ordené, reajustando los electrodos y la posición. — ¡Uno, dos, tres! — dispare de nuevo, la energía atravesando el espacio entre nosotros.

Los circuitos de la cirugía se convirtieron en un campo de batalla nervioso. Debía mantener la certeza en el equipo.

Tras un segundo intento, la línea plana en el monitor comenzó a mostrar señales de actividad. Un impulso eléctrico, un destello de esperanza. El corazón del paciente dio un breve regreso, y el equipo reaccionó con una mezcla de alivio y determinación renovada.

— ¡Manténganse enfocados! — instruí, mientras el equipo seguía mi mando, ejecutando las próximas etapas de la cirugía. Continué hacia adelante, con la mirada fija en el campo quirúrgico. Trabajé con precisión, cerrando el tórax del paciente con movimientos rápidos y seguros.

La sutura requería delicadeza y maestría, y sabía que cada punto era una promesa de vida. Tras terminar de cerrar, respiré profundo, un silencioso reconocimiento de lo que acabábamos de superar.

Sin embargo, el alivio estaba lejos de tranquilizarme. Miré a Jacob y Perez, quienes todavía parecían algo aturdidos por la tensión de la operación. Jacob parecía aliviado, pero la expresión en el rostro de Perez reflejaba una mezcla de alivio y vergüenza; sabía que su error casi había costado la vida del paciente.

Sintiendo una tensión enorme: una ola de rabia surgió en mí, una frustración burbujeando bajo la superficie. No solo por la falla de Perez, sino por la imperfección de la situación. Como jefe del departamento, era mi responsabilidad asegurar que el equipo estuviera siempre preparado. Sin embargo, su error casi había sido irreversible.

— ¡Esto no puede volver a ocurrir! — grité, con la voz en creciente intensidad, y abandoné la sala quirúrgica. Necesitaba una pausa, un espacio para respirar sin la presión de los monitores a mi alrededor. Sentí la necesidad de dejar salir las emociones. Salí del quirófano, y el frescor del pasillo me golpeó como una ráfaga de aire, pero la ira seguía ardiendo dentro de mí.

Cada paso que daba por ese pasillo parecía un eco de lo que acababa de pasar. Sabía que debía tomar decisiones: no solo sobre Perez, sino sobre cómo la presión podía afectar a todo el equipo.

Una parte de mí quería gritar, desahogarme con todo ese estrés acumulado, pero otra me decía que la calma era esencial. La realidad era que cada día en esa sala era una batalla. Volví a enfocarme en la próxima

cirugía, en los desafíos que nos esperaban, y en cómo, como líder, era responsable de guiar a mi equipo, pase lo que pase.

Debía convertir esa rabia en algo productivo, en una oportunidad de aprendizaje tanto para mí como para ellos. Mientras caminaba, pensaba en la conversación que tendría con cada uno. Sabía que la crítica acertada no solo podía prevenir futuros errores, sino también fortalecer a nuestro equipo en momentos difíciles.

Era hora de transformar la frustración en oportunidad — tanto para mí como para Perez. Mirando hacia adelante, entendí que, a pesar de todo, todavía creía en la capacidad de todos para mejorar.



Entré en el restaurante italiano de Elias, un refugio acogedor en el corazón de la ciudad, en medio de la noche. El delicioso aroma de salsas de tomate y hierbas frescas invadió mis narices; no hice reserva — , sabía que mi mesa siempre estaba disponible, exactamente en el mismo lugar donde comí la última vez con Angela, años atrás. El restaurante, que había pasado por varias reformas con los años, mantenía la esencia que Elias tanto apreciaba. Él guardó esa mesa y esas sillas para mí, como un monumento a nuestra amistad.

Me acomodé en la mesa, sintiendo el suave brillo de las luces colgantes iluminar el espacio. El leve murmullo de las conversaciones alrededor y el tintinear de los

cubiertos creaban un ambiente vibrante, pero a la vez tranquilo. Mientras esperaba que llegara el camarero, no pude evitar pensar que necesitaba relajarme — un respiro de normalidad en medio del caos de mi día.

— Adam, ¿qué quieres hoy? — preguntó Josías, el camarero, su sonrisa era familiar y cálida, casi como si fuéramos amigos de toda la vida.

— Una copa de vino blanco, alguna pasta con bastante proteína y una ensalada de brócoli — pedí, intentando no parecer muy exigente. Él soltó una carcajada, asintiendo con aprobación.

— Ya te traigo el vino y voy a pedir al chef que se esfuerce en tu pedido — dijo Josías, desapareciendo hacia la cocina.

Respiré profundamente, sintiendo cómo el cansancio se instalaba en mi cuerpo. Pero justo cuando vi a Elias mover la silla para sentarse a mi lado, surgió una sonrisa involuntaria en mi rostro.

— ¿Cómo estás? — preguntó él, cortés, pero con un tono subyacente que dejaba entrever que había algo más detrás de su pregunta.

— Bien, ¿y tú? — Seguí la vía de él, intentando no imaginar qué pensaba en realidad.

— ¡Puto de la vida! Mi ex mujer quiere que le dé una puta pensión después de engañarme con mi primo — gruñó, su expresión cambió rápidamente de una cordialidad forzada a una grosería que no podía ocultar.

— ¿Y qué dijo tu abogado? — pregunté, ya sabiendo que la situación era complicada. Vi a Josías colocando

dos copas de vino en la mesa, una para cada uno, y luego alejándose de nuevo, como un buen anfitrión.

Tan pronto como Josías se alejó, Elias tomó su copa y bebió un sorbo del vino, una expresión de frustración surgiendo en su rostro.

— ¡No tengo que pagar nada! Nos casamos con separación total de bienes, y el restaurante ya existía cuando nos casamos. — La pasión en su voz y su indignación dejaban claro que se sentía atrapado. No solo por su pasado, sino también por esas exigencias injustas que enfrentaba de alguien que parecía no tener consideración por la amistad o los recuerdos que una vez compartieron.

— Eso es un absurdo — respondí, llevando mi copa de vino a los labios y tomando un sorbo, el líquido fresco ayudando a calmar las tensiones acumuladas de la semana. — No dejes que eso te afecte, Elias. Tú trabajaste duro para construir lo que tienes.

Elias desvió la mirada por un momento, observando a los demás clientes en el lugar. Comenzó a relajarse un poco, entreabría los labios como si estuviera a punto de reír. La amistad que compartíamos siempre fue un refugio mutuo, incluso en medio de tempestades personales. El restaurante era un oasis, un lugar donde las dificultades de la vida parecían más soportables.

— Al fin y al cabo, no es más que otro reto al que tendré que enfrentarme — dijo, un poco más tranquilo ahora, mirándome con gratitud. — ¿Y qué puedo hacer yo? Hablemos de cosas buenas, como tu operación de hoy. ¿Cómo ha ido?

Intenté evadirme de la carga emocional que me había traído aquel día, centrándome en la camaradería que siempre habíamos tenido.

— Ah, ya sabes… siempre hay presión. Pero dejémoslo para después — respondió.

— ¿Ni una novia fija? — preguntó Elias, con un tono curioso y una pizca de provocación.

Desvié la mirada para mirar mi anillo, que llevaba en mi dedo. Un silencio que era solo un reflejo de lo que fue y de lo que nunca volvería a ser. Suspirar era todo lo que podía hacer. No había novia, ni siquiera una relación seria a la vista. Mis conexiones eran efímeras, escapadas momentáneas en moteles, y tras una noche de placer, cada uno seguía su camino como si nada hubiera pasado.

— Ninguna — respondí en ese momento, justo cuando llegó mi cena, como un alivio en un momento oportuno.

— Helia y tú todavía están juntos? — preguntó Elias, tomando otro sorbo del vino, que siempre era una buena elección, como siempre.

Helia, mi colega del trabajo y compañera de escapadas en moteles, era solo eso, nada más. Nuestras interacciones fuera de los lugares que compartíamos eran superficiales, frías. Siempre había una especie de muro invisible, una distancia que nadie se atrevía a romper.

— Solo cuando ella quiere un orgasmo y yo el mío — respondí, con un tono seco y sin rodeos. Fui directo al grano, evitando rodeos sobre lo que en realidad era nuestra relación.

Elias sonrió, casi admirado por mi sinceridad. Llevé mi plato de ossobuco a la boca, saboreando la mezcla de sabores intensos de la carne de ternera cocida, masticando lentamente. La salsa delicada estaba deliciosa, y el pequeño tazón de al lado con la ensalada de brócoli estaba divino. Siempre prefería pedir todo junto — entradas y plato principal —, me parecía algo más natural, una combinación de sabores sin separaciones innecesarias.

— Ella es perfecta para que te tranquilices — insistió Elias, con un brillo travieso en los ojos, como si intentara convencerme de algo que ya sabía que era un error.

Limpié la boca con la servilleta, sintiendo la necesidad de protegerme de sus insinuaciones.

— Nunca me volveré a casar — afirmé con la firmeza de quien ya tomó su destino. — No voy a amar a otra persona. Tú sabes eso, Elias.

Él rió en voz baja, como si mi declaración fuera una especie de broma, un intento de blindarse.

— Nunca digas nunca, doctor Hawke. La vida es traicionera, y el destino es una perra que siempre te muerde — advirtió, haciendo una pausa antes de continuar: — Puedes sorprenderte. La vida está llena de vueltas, y lo que parece definitivo ahora, quizás no lo sea mañana.

Mientras reflexionaba sobre sus palabras, miré hacia la copa de vino, sintiendo una mezcla de incomodidad y curiosidad. Sabía que Elias tenía razón en cierto modo; la vida seguía caminos impredecibles, pero yo estaba

decidido a mantenerme firme en el rumbo que elegí — uno sin compromisos, sin ataduras emocionales.

Pero, al mismo tiempo, una pequeña parte de mí se preguntaba: ¿y si? ¿Y si hubiera alguien allá afuera con el poder de derribar mis defensas? Claro que no decía eso en voz alta; prefería mantener esas vulnerabilidades resguardadas, donde nadie pudiera ver cuánto me afectaba.

Cada vez que surgía el "¿y si?", mi mente se escapaba hacia esa infeliz de ojos castaños y sonrisa dulce, que siempre tenía una respuesta en la punta de la lengua. La chica sonreía pícaramente cada vez que me veía, como si supiera el efecto que causaba en mí. Esa conexión indeseada era un tormento. Sus largos cabellos salvajes que bailaban a su alrededor, cada uno de sus movimientos, hacían que mi corazón se acelerara y que mi razón se disolviera como humo en el aire.

Atenderla era una tortura, no solo por motivos profesionales, sino por esa inquietud que sus encantos despertaban en mí. Cuando ella estaba cerca, toda la tristeza por la ausencia de Angela parecía evaporarse, pero era un alivio traicionero. El aroma de su perfume de rosas inundaba el ambiente, creando una atmósfera asfixiante de deseo y conflicto. No podía evitarlo: aunque fuera solo por horas, ella hacía que el tiempo se sintiera más ligero, como si nos alejaran de todo lo que importaba.

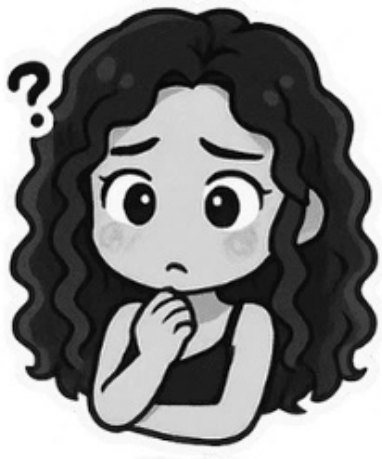
Ella era, de hecho, prohibida para mí — mi paciente. La ética y la moralidad, pilares de mi trabajo, gritaban en protesta, pero cada vez que la veía, la razón se convertía en un concepto abstracto. En esos intercambios furtivos, en las miradas prolongadas, olvidaba el dolor de la ausencia de Angela. El vacío que

su partida dejó se volvía un eco lejano, superado por el calor vivo de la presencia de esa joven clienta que llenaba el espacio a mi alrededor.

El contraste era brutal: una parte de mí quería ignorar esas emociones, alejar el torbellino que amenazaba con consumirlo, mientras que otra, más valiente, ansiaba dejarse llevar por sus encantos. Era una línea muy delgada entre el deseo y la prohibición, un juego que no quería jugar, pero al que acababa siendo forzado a participar. Y pensaba en cada "¿y si?".

Cada vez que nuestros ojos se cruzaban, surgía una conexión invisible, desafiando los límites que debía respetar. A pesar de los esfuerzos por mantener la ética profesional, solo una sonrisa de ella lograba sacudir mi razón y dar fuerza al torbellino de emociones que insistía en dominarme.

Capítulo 3



Eve Clark

El viento penetrante de Chicago aullaba entre los edificios envejecidos de Englewood mientras subía los escalones con grietas del Hospital Comunitario. Las paredes exteriores astilladas, grafitis desvaneciéndose con el tiempo y la negligencia, mostraban su paso y abandono. En el vestíbulo, el olor a desinfectante barato mezclado con el aire viciado me golpeó. Sillas gastadas, enfermeros cansados, pacientes esperando con ojos vacíos. Nada allí parecía irradiar esperanza.

El gobernador no se interesaba por el lado de la ciudad; el alcalde tampoco. Un barrio olvidado, un hospital olvidado, personas olvidadas. Pero, irónicamente, una vez por semana, los miércoles, uno de

los mejores cirujanos cardíacos del país bajaba de su trono de acero y hielo para atender aquí, gratis.

Mi cardiólogo.

Mi tormento.

Doctor Cruel.

No lo odiaba — no exactamente. Pero cada vez que veía la alianza brillando en su dedo, me preguntaba qué clase de mujer podía lidiar con un bloque de hielo como Adam Hawke.

Respiré hondo frente a la puerta de su consultorio. Mi corazón martillaba fuerte en el pecho, y no era solo por la insuficiencia cardíaca. El hombre era prohibido. Y hermoso. Y me enfurecía hasta los huesos.

Llamé a la puerta.

— Adentro. — La respuesta fue grave, ronca, sin ninguna emoción.

Giré la manija y entré, cerrando la puerta tras de mí.

Nada allí parecía indicar que aquel era el espacio de un hombre que trataba con vidas humanas. Las paredes blancas reflejaban la fría luz de la lámpara en el techo. Una estantería a la izquierda desbordaba de equipos médicos, y la única ventana detrás de él permanecía cerrada, como si cualquier rastro de calor o humanidad hubiera sido expulsado de aquel lugar.

Y allí estaba.

Sentado en la mesa, mirando fijamente la pantalla del monitor del ordenador, Adam Hawke parecía no notar

mi presencia — hasta que sus ojos abandonaron la pantalla y me encontraron.

Mi estómago se revolvió.

El azul intenso de sus ojos era cortante, frío, como una cuchilla. Su cabello castaño oscuro, casi negro, estaba cuidadosamente peinado, aunque unos mechones rebelde se escapaban, ligeramente encorvados. La barba, bien arreglada, delineaba su mandíbula fuerte, y sus pestañas largas acentuaban aún más su expresión impasible.

Era exasperante. Perfecto. Gelido.

Y, como siempre, ni un triste sonrisa.

— Siéntese, señorita Clark — ordenó, sin apartar la vista del monitor.

Revolví los ojos y tomé la única silla disponible, acomodándome frente a él con la bolsa en el regazo. Sobre la mesa, ya tenía todos mis exámenes, ordenados en pilas impecables.

— ¿Cuándo fue la última vez que tomó su anticoagulante? — preguntó, tecleando algo sin siquiera mirarme.

Eso me desesperaba.

— Se me olvidó — mentí.

No era que tuviera opción. El dinero escaseaba, y los audífonos que necesitaban mis abuelos no se compraban solos. Un o dos meses sin el medicamento no deberían matarme, ¿cierto?

Equivocado.

Hawke dejó de teclear. Levantó la cabeza.

Y me miró directamente.

Tragué saliva con fuerza.

Esa mirada fría, penetrante, me hizo sentir como si me estuvieran desollando viva.

— Tiene que tomarla cada doce horas — dijo, su voz más baja, pero afilada como una cuchilla. — Su piel muestra cianosis evidente, y puedo apostar que sus tobillos están hinchados. ¿Qué diablos está haciendo con su propio cuerpo?

¿Había ira allí?

— ¡Solo se me olvidó, doctor! — respondí, firme.

Mentira. Sentía cada efecto secundario como un martillazo en el pecho, pero no iba a admitirlo. No le iba a dar gusto.

Hawke soltó un suspiro fuerte, casi irritado. Entonces abrió la gaveta, sacó algo y lo puso sobre la mesa.

Dos cajas de medicinas. Mis medicinas.

Parpadeé, aturdida.

— Quiero que siga tomándola cada doce horas y que vaya a Chicago Memorial en siete días — explicó, analizándome con ojos de acero.

Mi cuerpo se tensó.

— Perdón, pero… ¿para qué quiero ir allí? No tengo seguro médico.

Él me miró como si fuera un completo imbécil.

— Yo cubriré sus gastos.

Mi boca se abrió ligeramente, pero no salió nada.

— Necesito que se haga unos exámenes que este hospital no tiene — continuó él.

— ¿Qué exámenes? — pregunté, aún a la defensiva.

Hawke se inclinó un poco hacia adelante, con los ojos entrecerrados.

— Todos, señorita Clark. Todos.

Tragué saliva, no esperaba esa respuesta.

— No quiero que pague por mi tratamiento, doctor — respondí.

— Solo vaya y haga lo que le mando, Clark — dijo, con su voz cargada de cansancio, resonando en ese pequeño y frío consultorio.

El modo en que me miraba, con esas ojeras profundas y la expresión tensa, me hizo pensar que quizás no había dormido en días. No que eso fuera asunto mío.

¿Pero aceptar su ayuda?

Recibir algo de Adam Hawke era como hacer un pacto con el diablo — y no estaba lista para afrontar las consecuencias.

Crucé los brazos, luchando por mantener la voz firme.

— Doctor, no es tan simple — traté de sonar calmada, aunque mi corazón latía acelerado. — Agradezco su ayuda, pero no puedo simplemente aceptar.

Él resopló, recostándose en la silla. La piel del asiento crujió bajo su peso, y su impaciencia era casi palpable.

— Ya programé la cita. Asista. Y no llegue tarde — ordenó, sus ojos azules chisporroteando con un aviso. — ¿Fui claro?

Aguanté la impulso de soltar una palabrota.

— Está bien, está bien — musgué. — Pero voy a pagar todo.

Era mentira y ambos sabíamos que lo era.

Pero no quería deberle nada.

A nada.

Los ojos de Hawke se estrecharon.

— En breve, tendrá que desobstruir una vena de su corazón — dijo, seco, directo, sin rodeos. — Necesito imágenes más claras y exámenes más complejos que este hospital no puede ofrecer.

Mi garganta se secó.

El peso de esas palabras cayó sobre mí como una roca.

— ¿Qué? — solté, con el pecho apretado. — ¿Qué quiere decir con “desobstruir una vena”? ¿Cree que… voy a necesitar una cirugía?

Él inhaló lentamente, manteniendo la mirada fija en mí.

— Podemos confirmarlo tras los exámenes.

Quise reír. Una risa amarga, desesperada.

Como si los exámenes resolvieran el problema real.

Como si pudiera permitirme el lujo de necesitar una cirugía.

Negué con la cabeza.

— No puedo costear eso, doctor. ¿Podemos… podemos manejarlo con medicinas?

Mi tono salió más débil de lo que quería.

Mi mente ya hacía cálculos, repasaba los costos del hospital, las facturas vencidas, la deuda que yo y mis abuelos aún pagábamos desde la muerte de mis padres y Ewan.

Ya vivía en la miseria.

No podía permitirme hundirme aún más.

Hawke masajeó sus sienes y, por un segundo, pareció casi dudar.

— Tras los exámenes, lo discutiremos — dijo, finalmente, en un tono que no dejaba espacio a discusión. — Por ahora, toma tus medicinas y haz ejercicio.

Y eso fue todo.

Un mandato.

Una orden.

Mi lucha por mi propia vida resumida en una conversación clínica, sin espacio para decisiones.

El silencio se extendió entre nosotros. Lo miré, esperando… algo. Alguna reacción. Una mirada menos fría. Un tono menos impersonal.

Nada.

Solo esa mirada de hielo, esa muralla invisible que me separaba del resto del mundo.

Suspiro, derrotada.

Arrastré la silla hacia atrás, tomé las cajas de medicinas y las metí en mi bolsa. Antes de salir, dudé.

— Gracias, doctor Hawke.

Él no respondió.

Simplemente desvió la mirada, como si yo ya no existiera.

Luego abrí la puerta y salí, sintiéndome más perdida que nunca.



Caminaba por las aceras desgastadas que contaban historias de abandono, las casas de ladrillos antiguos, en camino a la casa de mis abuelos, unas calles más

adelante de mi apartamento. Vivir con mis abuelos me hacía sentir asfixiada, pero me di cuenta de que ellos se estaban anulando cada vez más por mí, dejando de cuidarse para priorizarme. Fue entonces que decidí seguir un nuevo camino y vivir sola.

Pasé junto a un grupo de chicos jugando baloncesto en una cancha improvisada, riendo fuerte a pesar de sus ropas desgastadas y los zapatos gastados. Al otro lado de la calle, un hombre vendía frutas en un carrito, gritando ofertas para nadie en particular. Un olor a fritura y humo flotaba en el aire, viniendo de una esquina de la tienda que conocía bien. Todo aquí tenía una capa de lucha sobrepuesta a la rutina cotidiana.

Mis abuelos vivían en una calle más tranquila, donde las casas todavía conservaban cierta dignidad. La de ellos era sencilla, de planta baja, con un pequeño patio donde la hierba insistía en crecer fuerte, aunque sin los mejores cuidados. La verja baja crujió al empujarla, y subí los cuatro escalones de la terraza, sintiendo el aroma familiar a té de manzanilla mezclado con lavanda.

Mi abuela estaba en su silla de balanceo, con agujas de tejer tintineando entre sus dedos finos. Su cabello canoso estaba recogido en un moño flojo, y sus gafas se deslizaban un poco en la nariz. Ella no me miró de inmediato, concentrada en los puntos del tejido, pero una sonrisa suave apareció cuando me acerqué.

— ¡Vovó, llegué! — le besé su mejilla suave.

— Lo veo, Eve. — Su voz era acogedora, pero siempre con un tono astuto.

Me acomodé en el banco de madera junto a ella, sintiendo el calor del sol que quedaba después del día

gris de antes.

— ¿Cuándo vas a conseguir un novio, mi hija?

Rodé los ojos, pero reí.

— ¿Novio? ¿Estás loca, vieja? — le provoqué, estirando las piernas y cruzando los brazos tras la cabeza. — Estoy bien sola.

Ella no se dio por vencida.

— Derek siempre habla de ti cuando viene — comentó, con un brillo travieso en los ojos. — Podrías darle una oportunidad.

Arrugué la nariz, incapaz de ocultar mi disgusto.

— ¡Que Dios me libre!

Mi abuela soltó una risa suave, sin dejar de tejer.

— Él es buen muchacho.

— Y besa como un perro que bebe agua — le respondí, sacudiendo la cabeza.

Ella levantó las cejas, conteniendo la risa.

— ¿Qué es esto, Eve?

— ¡Verdad! — gesticule de forma exagerada. — Me ahogaba cada vez. Además… no sé, faltaba algo. Pasión, química, ese frio en el estómago.

Mi abuela suspiró, como si ya esperara esa respuesta.

— Eres demasiado exigente.

— Solo no quiero conformarme con cualquier cosa. — encogí los hombros.

La verdad era que nadie me tocaba así, con esa fuerza. Bueno, nadie más que el Doctor Cruel.

— Vovó, Derek y yo nacimos solo para ser amigos, sólo eso. — le dije, sincera.

Ella teje en silencio unos segundos, luego sacudió la cabeza.

— Necesitas a alguien que cuide de ti, mi nieta.

Mi postura cambió en ese instante.

— Yo cuido de mí misma.

— Cuidar como hombre, cambiar una bombilla, besarme, salir en la oscuridad… esas cosas — explicó, con una sonrisa traviesa.

Hice un gesto de disgusto y aplaudí.

— Entonces, ¡a la abuela le gusta salir en la oscuridad, ¿eh?! — bromeé.

Ella rió, sacudiendo la cabeza.

— Eres terrible. Pero hablo en serio. Tu abuelo y yo no estaremos aquí para siempre.

Tragué saliva. Yo sabía eso. Lo sabía muy bien.

— Aún vivirán muchos años — traté de calmar, mirando la calle, donde un niño pedaleaba en una bicicleta con una de las llantas medio desinflada. Mi abuela detuvo su tejido por un instante.

— Eres una buena niña, Eve. Muy generosa, llena de vida. Pero me pregunto… ¿cuáles son tus sueños?

Mordí mi labio inferior.

— Tengo sueños, abuela. No son grandiosos, pero los tengo.

Ella dejó el tejido en su regazo y me miró con dulzura.

— Trabajas en una tienda de conveniencia, mi nieta, y no seguiste tu carrera. Sé que te gusta lo que haces, pero ¿suficiente es?

El viento sopló, desordenando los cabellos sueltos.

Había hecho un curso técnico de enfermería e incluso hice prácticas, pero los hospitales me asfixiaban. Quizá porque pasé tanto tiempo internada, rodeada de pasillos blancos y olores a antiséptico, estar allí otra vez me afectaba de una forma difícil de explicar. Mi trabajo actual, por otro lado, encajaba conmigo. Me gustaba interactuar con la gente, escuchar historias aleatorias y reírme de situaciones inesperadas. Además, viajar en metro era la mejor parte de mi día. Cada viaje parecía una pequeña aventura — nunca sabía quién entraría, qué conversación atraparía en medio, qué escena extraña presenciaría. ¿En autobús? Ni pensarlo.

— Abuela, ¿puedes hacerme un pastel antes de que vaya a trabajar? — pedí, acomodándome mejor en el banco junto a ella.

El aroma de casa era único, una mezcla de vainilla, lavanda y algo que siempre me llevaba de vuelta a la infancia.

Ella apartó la vista del tejido por un instante, arqueando las cejas.

— Solo si me prometes que comerás bien. Ese desayuno que saltaste no me engaña.

Sonreí, sabiendo que ella me conocía demasiado bien.

— Lo prometo. Pero quiero ese pastel con mucha cobertura, ¿eh?

— Claro que sí. ¿Trabajas en el turno de noche hoy?

Asentí con entusiasmo, haciendo un gesto con el pulgar hacia arriba.

— ¡Sí, señora! Y gano un extra por eso.

El brillo en sus ojos entregó que esa información solo aumentaba su propuesta semanal.

— Si volvieras a vivir con nosotros, podrías ahorrar más dinero.

Suspiré, como siempre que ese tema surgía. Quedarme allí significaba seguridad, sí, pero también perder la libertad de moverme de un lado a otro sin cuidar tanto cada paso.

— Me gusta poder andar desnuda por la casa y solo puedo hacerlo si vivo sola — bromeé, guiñándole un ojo. — Abuela, está todo bien, tengo lo suficiente para mí.

Ella soltó una carcajada fuerte, esa que calentaba el pecho y ahuyentaba cualquier sombra fea del día.

— ¡Eres una loca!

Se levantó con esa energía contagiosa de siempre, alisando la falda del vestido de flores antes de entrar.

— Voy a hornear tu pastel. Alguien tiene que asegurarse de que comas algo decente, ya que ni para freír un huevo sin ensuciarte sirves.

No me opuse. Ser mala en la cocina era un hecho. Lo intentaba, claro, pero nada salía como debía. Al menos podía mantener limpio y organizado mi apartamento, y eso ya era algo.

Mientras ella desaparecía por la puerta, me senté en el balcón, observando el patio y el lento movimiento de la calle. La luz del atardecer teñía todo de un tono dorado, pero las nubes oscuras del horizonte indicaban que se acercaba otra tormenta. Esta casa siempre había sido un refugio, un resguardo de todo lo que el mundo exterior me lanzaba. Pero incluso rodeada de esta sensación de confort, la inquietud de mi interior no desaparecía. Sabía que necesitaba algo más, pero no sabía exactamente qué.

— ¡Hazlo con mucho cuidado, abuela! ¡Quiero el mejor pastel del mundo! — grité, antes de levantarme.

Ella respondió con un gesto de mano, ya sumergida en la cocina, donde, seguramente, pondría cariño en cada ingrediente. Y, como siempre, ese pastel tendría ese sabor inconfundible a hogar.

Capítulo 4



Adam Hawke

Caminé frustrado por la noche, con pasos firmes que resonaban en la acera, hasta la tienda de conveniencia cerca de mi apartamento. Era una caminata de un kilómetro y, en esa noche de viernes, ya pasaba de las 10 de la noche.

El cansancio y la soledad me acompañaban, y sabía que el fin de semana prometía ser largo y aburrido. ¿La solución? Una buena dosis de alcohol para soportar la presión del silencio. No tenía ganas de meterme de cabeza en el trabajo o en mis investigaciones; necesitaba una fuga.

Entré en el establecimiento y fui directo a la sección de bebidas, con la mirada fija en la mujer que siempre me desequilibraba. Maldita sea. Ella llevaba el cabello largo y castaño atado con una bandana, y vestía un vestido floral rojo que llegaba hasta las rodillas — una combinación que hacía que mi sangre hirviera de frustración. Ella sonreía mientras organizaba las estanterías, y esa imagen parecía más una provocación que un consuelo.

Cuando me vio, su expresión se congeló, casi parecida a una máscara feroz, como si estuviera luchando contra la tentación de darme una bofetada o de quitar esa sonrisa traviesa que siempre la acompañaba.

— En qué puedo ayudarle, ¿doctor Hawke? — preguntó, con una voz dulce y melodiosa que contrastaba con la intensidad del momento.

La miré, estudiando cómo su pequeño nariz adquiría un suave color, y sus mejillas sonrojadas destacaron al verme. Ella siempre reaccionaba así — una mezcla de encanto y nerviosismo. Eve parecía un ángel, pero su presencia me tensaba como si estuviera enfrentando al diablo.

Ella continuó mirándome, desafiante, como si supiera exactamente el efecto que tenía sobre mí. ¡Maldita sea! Esa chica conseguía ponerme totalmente fuera de eje, y yo necesitaba concentrarme.

¡Concéntrate, carajo! ¡Concéntrate, Hawke!

— Quiero cervezas — respondí, con la voz seca, más de lo que quería. Es más, ni recordaba la última vez que tomé una. Pero esa desgraciada me daba otra razón para

emborracharme, y solo quería evitar lo que se acumulaba dentro de mí.

— ¿Prefiere alguna marca? — preguntó, levantando la barbilla para mirarme, desafiante de manera efectiva. Eve era bajita, menos de un metro sesenta, y yo medía más de uno noventa y cuatro. La diferencia física era palpable y, aun así, ella parecía segura, como si no le importaran las apariencias.

Por un momento, el nerviosismo era casi tangible, y la energía no dicha vibraba en el espacio que nos separaba. Quería salir de allí y perderme en el fondo de un vaso, pero, por alguna razón, no lograba apartar la vista de ella. La fuerza que esa chica exhibía, incluso en su fragilidad, me aturdía.

— Cualquier que tengas en la nevera está bien — susurré, con la frustración mezclada con el deseo solo en aumento. ¿Qué era eso? ¿Por qué ella siempre lograba infiltrarse en mi mente, incluso en los momentos más oscuros, como la sombra persistente de un amor no correspondido?

Ella asintió con la cabeza, su expresión ahora una mezcla de satisfacción e intriga, como si escondiera algo más profundo bajo esa interacción superficial.

— Está bien... — respondió, dando la espalda y yendo hacia el final del pasillo, donde giró a la derecha. La seguí, observándola abrir el frigorífico y sacar varias botellas de cerveza, mientras la luz fluorescente se reflejaba en su piel clara.

— ¿Estás tomando tus medicamentos? — pregunté, recordando la última consulta, cuando noté que su piel parecía más viscosa y sus muñecas estaban hinchadas.

Eso no era señal normal para alguien de su edad, y la preocupación que sentía dominaba mi cuerpo.

Eve se detuvo, cortando lo que estaba haciendo, y giró la cabeza para mirarme. La expresión en su rostro fue de sorpresa, mezclada con una pizca de desconfianza.

— Sí, gracias por las cajas. Yo pagaré — dijo, con voz impetuosa. Había orgullo en ella, no estaba dispuesta a admitir que necesitaba ayuda, incluso cuando la situación lo requería.

Yo sabía que Eve vivía en condiciones difíciles. Siempre había tratado de ayudarla por impulso, pero su orgullo la hacía retroceder constantemente. Sin embargo, su salud estaba en peligro.

Lo sabía, no sólo por el aspecto hinchado, sino por los sutiles signos que indicaban el comienzo de un problema más grave: la distensión de la vena, la presión creciente, que hacía temblar sutilmente la superficie de la piel. La escena quedó grabada en mi mente: una vena del corazón retorciéndose bajo presión, palpitando débilmente mientras intentaba drenar el líquido que ya debería haber salido. Los riesgos eran alarmantes, y la posibilidad de complicaciones se hacía cada vez más real mientras observaba.

— No tienes que pagarme — gruñí, sintiendo cómo la irritación en mi piel aumentaba por su maldito aroma floral. Ese aroma inundaba como un campo de flores en plena primavera, embriagador y caótico, haciendo todo aún más difícil de soportar.

Mirando a Eve, así, en su desafío y resistencia, sentía una mezcla de impotencia y frustración. Era difícil

ignorar que, detrás de esa fachada fuerte y autónoma, había una joven que necesitaba más apoyo del que estaba dispuesta a admitir. Quería ayudarla, pero necesitaba encontrar una forma de esquivar su orgullo para que aceptara lo que le ofrecía.

— No quiero limosna — gritó, como una cría de león.

Tomé la cesta llena de cervezas de su mano.

— Deja de ser tan orgullosa, niña, y evita cargar peso; no le hace bien a tu condición — le dije con firmeza, dándole la espalda, incapaz de quedarme tan cerca sin tener una mesa en medio, mi mente quería lanzarla a cualquier lado y… joder, concéntrate, joder.

Escuché sus pasos detrás de mí, casi duros, el sonido resonando suavemente en el silencio de la tienda. Eve se acercó y fue al caja, sus manos hábiles empezando a pasar mis cervezas por el lector de código de barras. Su expresión era de concentración, pero había algo tenso en su rostro, como si luchara contra sus propios pensamientos.

— Setenta dólares con veintinueve centavos — dijo automáticamente, su pequeña nariz dilatándose ligeramente mientras se concentraba en la pantalla de la caja. Era como si esa tarea simple de registrar la venta ocupara toda su atención, una manera de evitar la conversación que flotaba en el aire entre nosotros.

Ella estaba tan cerca, y al mismo tiempo, tan lejos; ensayando esa danza entre independencia y vulnerabilidad. El aroma de su perfume de rosas aún permanecía, una sensación que me distrajo por un instante.

Centrando mi atención en los números que aparecían en la pantalla, pensé en cuánto Eve era una chica fuerte, incluso si se cubría con esa armadura de orgullo. Había un calor subyacente en nuestro contacto, como si esa interacción fuera más que la simple compra de unas cervezas.

— Voy a pagar con tarjeta — murmuré, sacando la tarjeta de mi cartera, mientras ella tecleaba los números. La tensión entre nosotros seguía en el aire, y me pregunté si ella percibía lo que sucedía. Si esa energía era solo una construcción en mi mente o si realmente había algo allí.

Ella levantó la vista y nuestros ojos se cruzaron por un breve momento. No pude evitar esa interacción; su intensidad me fascinaba. Pero pronto desvió la mirada, concentrándose en la pantalla mientras la máquina emitía un pitido, confirmando el pago.

— Aquí tienes tu recibo — dijo, extendiendo el papel con la misma expresión automática de antes. Sin embargo, esa vez pude notar una ligera hesitación en sus gestos, una pequeña apertura que podría significar algo más.

— Gracias — agradecí, extendiendo el recibo de su mano con frialdad, sin siquiera levantar la vista. La palabra salió atorada entre los dientes, seca como papel viejo.

Ella siguió mirándome, entonces noté por el rabillo del ojo que esperaba algo más. Un comentario. Un gesto. Cualquier señal de humanidad. Pero todo lo que hice fue un gesto vago y una mueca.

— Por cierto — añadí, con un tono cargado de sarcasmo que no podía controlar, porque quería alejarla de mí, necesitaba su odio —, la próxima vez, intenta no tardar una eternidad en hacer una cosa tan sencilla. Parece que te gusta molestar.

Antes de perder la cabeza, di la espalda y comencé a marcharme. Pero entonces, su voz sonó detrás de mí, casi enojada, cortando el aire como una navaja.

— ¡No tienes que ser idiota todo el tiempo! — gruñó Eve, con evidente indignación.

Me giré y la miré, con los puños apretados, sintiendo que la cara se me enrojecía. Era frustrante lo fácil que ella lograba sacarme de mis nervios.

— Podrías ser más amable — continuó, la pasión en su voz crecía. — Siempre arrogante y presuntuoso, creyendo que eres un maldito dios. ¿Cómo te soporta tu esposa?

Mi sangre hervía, sintiendo cómo su irritación penetraba profundo en mí, sacando a la superficie lo que intentaba mantener alejado. No era solo la crítica lo que me molestaba; era la cruda verdad escondida en sus palabras, y eso me hacía aún más tenso.

— Cuidado, niña... — la advertí, apretando los dientes, tratando de mantener la compostura mientras mi paciencia se deshacía.

— ¿Cuidado con qué? ¡Es molesto que siempre seas así de maleducado! ¡Hasta tu "gracias" suena a pura arrogancia! — Ella respiró hondo y, en ese momento, vi cómo su cuello se ruborizaba, algo entre frustración y desafío.

La tensión en el aire era palpable. Fui impulsado a acercarme, pero ella me lanzó una mirada que podría ser letal, penetrante y desafiante.

— Cálmate y toma agua — dije, respirando profundo, intentando disipar la rabia que mantenía entre nosotros. — No voy a tomar en cuenta tus ofensas.

— Solo dije la verdad — replicó, con una mirada firme y determinada.

Desearía que hubiera una manera de dividir esa frustración de otra forma, pero estaba atrapado en ese círculo vicioso de respuestas rápidas y provocaciones.

— ¿De verdad crees que sabes todo? ¿No? — desafié, intentando mantener el control mientras la intensidad entre nosotros aumentaba, como si el espacio a nuestro alrededor se hubiera vuelto pequeño y asfixiante.

— No se trata de saberlo todo. Es de ver lo que está justo delante de tu cara — exclamó ella. — Tu esposa debe ser una persona infeliz por convivir con un maleducado como tú — gruñó, y sus palabras me atravesaron como una flecha certera.

— ¡Cállate, joder! ¿No sabes quedarte quieta? — rugí, la rabia burbujeando dentro de mí. — ¡No hables de mi esposa, joder!

Su cuerpo tembló, pero el valor no la abandonó.

— Solo digo lo que pienso, doctor. Su esposa debe ser una mujer amargada por tener a alguien tan arrogante a su lado — lanzó, la verdad desnuda y con un tono provocador.

Cada palabra suya aumentaba la intensidad. La rabia hervía bajo mi piel, palpitando en mis músculos tensos. Apenas podía respirar bien. ¿Cómo se atrevía a hablarme así? ¿A provocarme de esa manera, sabiendo exactamente dónde tocar?

Un impulso incontrolable empezó a formarse dentro de mí — salvaje, bruto, caliente como brasas vivas. Quería ponerla de rodillas y darle una bofetada hasta que se le enrojeciera, hasta recordar quién mandaba aquí. Pero ese deseo no era por placer, era pura rabia. Frustración cruda. Era todo lo que había estado intentando taponar desde el momento en que ella entró en mi vida y desordenó todo.

Cerré los ojos por un segundo, intentando contener el torbellino.

Pero era difícil. Porque ella me miraba con ese fuego en los ojos. Porque decía verdades que nadie había tenido el valor de decir. Y porque, maldita sea, todavía la quería. La quería con una desesperación que rozaba la irracionalidad.

¡Maldita sea, enfócate, Hawke!

Hablar de Angela me sacaba de mis cabales. Su mención, aunque fuera distante y sin mala intención, hacía que toda mi cabeza diera golpes, como si un martillo golpeara una y otra vez dentro del cráneo. Los recuerdos de nuestra relación: momentos que no pude salvar, promesas que no logré cumplir, todo eso se sumergía en un torbellino de emociones.

Antes de que hiciera una locura, de que convirtiera mi indignación en algo que después me arrepentiría, me di vuelta y salí. La sensación de rabia y frustración

seguía ardiendo en mi pecho, pero la distancia parecía ser la única salida. Necesitaba enfriar la cabeza y evitar que la discusión se convirtiera en algo aún más destructivo.

Y, mientras caminaba hacia la puerta, no pude dejar de sentir que Eve había dejado una marca en mí con sus palabras y actitudes descontroladas, que no podía ignorar, aunque quisiera.



Me detuve en la recepción de mi edificio al ver a Helia sentada en el sofá. Al verme, se levantó y se acercó a mí, una sonrisa traviesa jugando en sus labios. Vestía ropa elegante que acentuaba sus curvas, y sus rubios cabellos estaban recogidos en una coleta, dándole un aspecto sofisticado.

— ¡Adam, te estaba esperando! — exclamó Helia, y me abrazó con un entusiasmo que me tomó por sorpresa.

Mantuve los brazos bajados, sintiendo el calor de su presencia, pero no correspondí el abrazo. La conversación anterior aún ahervoraba en mi mente — necesitaba claridad, especialmente después de la discusión con Eve.

— ¿Qué estás haciendo aquí? — pregunté, intentando alejar las imágenes de nuestra última conversación. La recuerdo aún resonando en mi cabeza, y no podía permitirme más distraiciones.

¡Concéntrate, joder!

Helia se apartó ligeramente, sonriendo para mí, y pasó la mano por su coleta, mordiendo los labios de manera sugestiva, queriendo sonar sexual. La confianza en ella era indiscutible, pero no era momento.

— Pensé que podríamos pasar la noche juntos, aquí o en mi casa. Mañana ninguno de los dos trabaja, ¿qué te parece? — preguntó, con voz baja y provocadora, como si intentara crear un ambiente que simplemente no sentía en ese momento.

— Hoy estoy cansado, quiero estar solo — respondí, con mi impaciencia claramente en las palabras.

Helia se frustró por un instante, pero rápidamente puso la mano en mis brazos, acariciando lentamente, esforzándose por atraerme a sus promesas de consuelo.

— Puedo hacer que te sientas bien, querido... — ofreció, como si cada palabra fuera una lucha por seducirme.

Sabía que Helia y yo teníamos química, que resultaba en encuentros esporádicos donde compartíamos el placer del sexo, solos o en compañía. Me gustaba estar con ella, dejarme llevar por la intensidad del momento, enterrarme con fuerza en su sexo o en el de amigas, como un alivio a la rutina y al cansancio.

Pero hoy, solo quería tomar mi maldita cerveza en paz. El recuerdo de Eve había tomado todo mi juicio, y la simple presencia de Helia se convertía en un peso, aun cuando, en otras circunstancias, habría aceptado esa oportunidad.

— Lo siento, pero necesito un tiempo para mí — repetí, con la voz más firme, intentando transmitir a la vez mi gratitud y mi necesidad de espacio. Helia me observó por un momento, su expresión reflejaba una mezcla de comprensión y decepción, pero sabía que debía salir de esa situación confusa y alejarme para calmar mis pensamientos.

— Quiero hablarte de algo — dijo Helia, sujetando mi brazo con más fuerza, sus ojos fijos en los míos, como si intentara atraparme en su propuesta.

— Ya estamos cerca de los cuarenta y cuatro, Adam, y pensé que podríamos intentar formar una familia juntos. Sé que congelaste tu esperma y yo mis óvulos, podríamos alquilar un vientre y...

— ¡Basta! — le respondí entre dientes y en voz baja, cuidando de no llamar la atención en el vestíbulo de mi edificio, donde la gente pasaba distraída. La rabia y la frustración crecían como vapor, y sus palabras resonaban en mi cabeza, dejando un sabor amargo.

— Adam, sería algo bueno para los dos, piensa...

— Eso no va a pasar — continué, intentando mantener la calma, pero la tensión era palpable. — No voy a tener hijos ni esposa. Ya tuve ambas y no quiero más.

— Hace diez años que Angela se fue, Adam... — insistió Helia, su voz un matiz de preocupación e impaciencia, como si no pudiera entender la profundidad de mi sufrimiento.

— No importa, ¡maldita sea! — gruñí, la voz cargada de emoción, mientras tiraba de mi brazo de su agarre, sintiendo la necesidad de alejarme.

Pasé junto a ella, dirigiéndome hacia el ascensor, cada paso una tentativa de escapar esa noche de mierda que parecía querer devorarme.

El recuerdo de Angela todavía atormentaba mi corazón, y la presión que Helia trataba de imponerme solo abría heridas que no estaba listo para afrontar.

Capítulo 5



Eve Clark

Estaba masticando una barra de chocolate con fuerza, tratando de calmar el torbellino de emociones mientras esperaba que chegara Jazz. La furia del viernes por la noche aún resonaba en mí, y el recuerdo del encuentro con el Doctor Cruel permanecía en mis venas como veneno. Cada vez que tomaba mis medicamentos, una imagen de él surgía en mi mente.

Actuar por impulso fue inevitable. Hablar de su esposa fue un error, sin duda, pero su arrogancia me sacó de quicio. *¿Voy a culparme por estar en esos días?*

Sí, lo haré. Pero aun así, ese hombre, con sus casi dos metros, desestabilizaba mi vida.

Lo odiaba. Odiaba esa sensación de nervios que él provocaba en mí. Odiaba querer tenerlo para mí. Y me odiaba aún más por envidiar a una esposa que, seguramente, sería una santa para aguantarlo.

Respiré profundo, soltando el aire con fuerza. La facilidad con la que él lograba removerme las entrañas me desarmaba. Masticé otro trozo de chocolate, ahogando la irritación acumulada por el dolor en los tobillos y las articulaciones, por el cansancio de las largas horas de trabajo y por esa constante falta de dinero.

— Amiga, ¿quién te ha molestado tanto? — preguntó Jazz al llegar. Iba con un vestido azul floreado y unas botas vaqueras, siempre estilosa y con ese brillo animado en los ojos. — Vamos, el personal de la clínica está esperando para hacer algunos exámenes.

— Vámonos, y fue el Doctor Cruel el que me sacó de quicio. ¡Necesito otro cardiólogo! — refunfuñé, siguiéndola hacia la estación.

El trayecto a pie hasta la estación de metro de la 63rd Street llevaba unos treinta minutos, lo que intensificaba mis dolores. Traté de ignorarlo, concentrándome en terminar mi chocolate mientras caminábamos a paso rápido.

— Amiga, creo que hoy solo harán unos exámenes y verán cómo manejamos los estimuladores hormonales — comentó Jazz. — ¿Qué te parece?

— Mi menstruación se fue el sábado, y sigo bien — respondí. — Ya veremos qué pasa.

— ¡Va a salir bien, amiga! ¡Quince mil será nuestro! — afirmó Jazz con confianza. — Más tarde, voy al cine en una cita.

La miré sorprendida. Jazz evitaba las citas tanto como yo, así que esa novedad era casi increíble.

— ¿De verdad? — pregunté, casi incrédula. — ¿Con quién?

— Con un tipo que encontré en Insta, con quien hablo desde hace meses — confesó, sonrojándose. — Amiga, ¿crees que va a llover? No tengo paraguas.

— No, quédate tranquila — aseguré, intentando tranquilizarla.

— Bueno, estoy usando mi ropa favorita de siempre — exclamó, eufórica. — No quiero ponerme a buscar novio, pero alguien que me haga olvidar los problemas por un día, sería genial.

A pesar de decir que estaba bien sola, quería alguien para amar y construir una vida sólida. No soñaba con niños corriendo por la casa o juguetes por el suelo, pero ansiaba estabilidad, compañerismo y amor verdadero. En mi visión de futuro, había dos perros jugando en el patio y Mileide, mi gata mimada, estirándose en el sofá como la verdadera reina del hogar.

Mis pensamientos fueron interrumpidos cuando Jazz me tocó el brazo.

— ¡Mira a Derek allá! — señalando, con los ojos abiertos de pura diversión.

Estábamos acercándonos a la entrada de la estación de metro cuando ella lo vio. Como si tuviera un sensor

para mi presencia, Derek levantó la cabeza en ese instante y, al reconocernos, detuvo la charla animada con sus amigos del baloncesto. Sonrió y, sin dudar, se acercó a nosotras con pasos largos y confiados.

Solté un suspiro cansado. Ya sabía lo que venía.

— ¡Buenos días, chicas! — saludó, abriendo los brazos como si estuviera listo para envolvernos en un abrazo colectivo. — ¿Qué van a hacer hoy, esas bellezas?

Su mirada se deslizó por mí de arriba abajo, demorándose un poco más de lo necesario.

— Vamos a pasear — mintió Jazz, sonriendo casualmente. — Además, estamos retrasadas.

— Bueno, no las voy a detener, entonces — dijo él, inclinando la cabeza. — Pero, Eve, respóndeme a mis mensajes. ¡Vamos a comer una pizza esta noche!

Derek hablaba como si la invitación ya estuviera aceptada. Su actitud convencida siempre me irritaba.

— No puedo — respondí de inmediato, tirando de Jazz por el brazo. — Adiós.

Antes que él pudiera insistir, crucé la entrada de la estación con pasos rápidos, casi arrastrando a mi amiga conmigo.

— ¡Vaya! ¡Huiste como si fuera un cobrador! — comentó Jazz entre risas.

— ¿Y no lo es? Él siempre quiere algo, y no estoy dispuesta a pagar el precio de la paciencia — le respondí, sacando mi tarjeta de transporte y pasándola por la fila de entrada.

Ella siguió riéndose mientras bajábamos las escaleras y abordábamos el vagón. La conversación con Derek quedó en el olvido en cuanto nos acomodamos en uno de los asientos vacíos.

El metro vibraba suavemente al partir, llevándonos hacia el próximo destino. El sonido de las ruedas sobre los rieles y los anuncios mecánicos creaban un fondo casi reconfortante. Jazz apoyó la cabeza en el vidrio y cerró los ojos por un momento, y yo hice lo mismo, permitiendo que esa breve pausa nos diera un poco de paz.

La distancia de Englewood a Gold Coast era aproximadamente una hora en metro, suficiente para sumergirse en pensamientos. Mientras avanzábamos, mi mente repasaba todo, y la ansiedad crecía. Sabía que el dinero de esa donación podría aliviar nuestras cargas, reducir las deudas y quizás darnos algo de estabilidad. Pero la duda persistía: ¿realmente querría tener un hijo — incluso siendo mi biológicamente—, criado por otra familia? Era una cuestión que volvía una y otra vez, cuestionándome sobre mis sentimientos hacia lo que vendría.

Mientras el metro seguía moviéndose, esas preguntas daban vueltas en mi cabeza, sin llegar a una conclusión definitiva. Era raro pensar que algo tan personal también podía ser una necesidad. Una decisión difícil, a veces, está arraigada no solo en lo que queremos, sino en lo que necesitamos, y equilibrar ambas fuerzas era un reto que tendría que enfrentar.

— ¡Llegamos! — anuncié a Jazz, al llegar a nuestra estación, esperando a que saliera una buena parte del bullicio, y nos levantamos juntas.

— Uf, me quedé dormido — bostezó Jazz —, pasé toda la noche con mi mamá y estuvo en crisis.

Tomé su mano y apreté, sabiendo lo difícil que era para ella. Pero ella me sonrió. Jazz decía que su madre siempre había sido agradecida por todo, una brasileña que llegó hace más de treinta años a América buscando una vida mejor, pero terminó en la miseria, aunque la tía Luzia siempre sonrió y, con calma, nos enseñó a mí y a sus hijos portugués.

Esos lazos y enseñanzas crearon un confort compartido entre Jazz y yo, uniéndonos aún más en nuestro camino. Mientras salíamos de la estación, entendí que cada paso nos acercaba a un posible renacimiento financiero, una oportunidad para aliviar un poco la carga que manteníamos sobre nuestras espaldas.

— ¿Vas a estar despierta para tu cita? — pregunté para distraerla, y Jazz río.

— Claro, cine y besitos, todo en paz — respondió Jazz, soltando una carcajada.

— Yo prefiero ver mi telenovela turca con Mileide.

— Tu gata es endemoniada...

— ¡No, no lo es! Solo me mordió una vez — defendí, protegiendo a mi pequeña felina.

— ¡Me muerde cada vez que voy, peor que un perro! — respondió Jazz, y terminamos riéndonos.

— A veces, ella me muerde. Creo que es porque el ambiente es pequeño y eso la irrita un poco — intenté explicarme.

— Entonces, que ella se moleste sola, ¡amiga! — exclamó ella,

Lo reí y suspirando al ver que la clínica se acercaba.

— ¡Vamos! — se animó Jazz.

Entramos juntas, mi corazón latiendo con fuerza en el pecho. Aunque era trasplantada de corazón, me aceptaron. El resto del proceso fue una avalancha de papeles para firmar, que leí con atención. Cuando regresé a la sala de espera sin Jazz, vi a una mujer de unos treinta y pocos años a mi lado, rubia y vestida elegantemente.

— Señorita Helia Russel, venga conmigo — llamó una enfermera.

La enfermera apareció en la puerta y sonrió cálidamente.

— Vamos, señorita. Todo está listo para su procedimiento.

Intenté devolverle la sonrisa, pero el nerviosismo me oprimía el pecho. Tragué saliva y me levanté, siguiéndola por el silencioso pasillo blanco. El olor a desinfectante y el sonido sordo de los pasos que resonaban en el suelo inmaculado me produjeron una extraña sensación de déjà-vu.

La enfermera abrió una puerta lateral y señalizó el vestuario pequeño.

— Puede dejar sus pertenencias aquí. Cámbiese y póngase la bata azul que está en el armario. Cuando termine, solo llámeme.

— Claro — susurré, entrando en la estrecha salita.

Cerré la puerta tras de mí y observé el lugar. Había un banco de metal, un colgador en la pared y un armario empotrado. Me acerqué y abrí la puerta, encontrando la bata doblada sobre una repisa, junto con un par de medias desechables y una cofia.

Solté un suspiro y empecé a quitarme la ropa, doblándola con cuidado antes de ponerla sobre el banco. La tela de la bata era fina y fría, haciendo que se me erizara la piel al vestirme. La sensación incómoda de estar vulnerable me golpeó de repente, como si estuviera a punto de hacer algo que no entendía del todo.

Ajusté la cofia sobre mi cabello y me miré en el pequeño espejo fijo en la pared. Mis ojos parecían más oscuros de lo normal, quizás por el cansancio, quizás por la ansiedad.

— Vamos, Eve… solo es un procedimiento sencillo — susurré para mí, tratando de calmar la ola de incertidumbre que subía por mi pecho.

Abrí lentamente la puerta y me encontré cara a cara con la enfermera que me esperaba.

— ¿Lista?

Asentí, intentando forzar una sonrisa.

Ella me guió hasta una sala amplia y bien iluminada, donde una doctora con bata impecable me esperaba.

— La doctora Trish tuvo una emergencia, así que asumí tu caso. Soy la doctora Scott — dijo mientras colocaba guantes nuevos con un estallido preciso.

— Hola, soy Eve — respondí, intentando parecer relajada. — Entonces… ¿cómo funciona?

— ¿Eve? — preguntó, confundida, y revisó una ficha. — Bueno, primero, necesito que firmes este documento para confirmar tu participación — explicó, deslizando una planilla hacia mí.

Tomé la pluma, dudosa.

— Es normal sentir un poco de nervios, pero será rápido — aseguró ella, ajustando los materiales sobre la mesa de acero inoxidable.

— Ah, sí… me imagino — susurré, firmando.

La doctora sonrió.

— Tu nombre es bonito. Eve, ¿no? Me gustan los nombres cortos.

— Mi madre gustaba de nombres bíblicos — respondí, intentando distraerme de la extraña sensación de que algo no estaba bien.

— Interesante. Tengo una hija llamada Zoe — contó ella, mientras organizaba frascos. — Significa "vida".

— También bonito — susurré, observándola mover una silla para sentarse a mi lado.

La enfermera se acercó, sosteniendo algo que no reconocí de inmediato.

— Por favor, acuéstate.

Respiré hondo e hice lo que me pedían, acomodándome en la camilla acolchada. El papel bajo mi cuerpo hizo un leve crujido y un escalofrío me recorrió la nuca. Pronto sentí un pinchazo en la vena y, como si me hubieran insertado una vía intravenosa, sonreí nerviosamente.

— ¿Trabajas en qué, Eve? — preguntó la médica mientras preparaba los instrumentos.

— Trabajo en una tienda de conveniencia — respondí, sintiendo que el estómago se me revolvía. — ¿Y tú? ¿Siempre quisiste ser doctora?

— Desde pequeña — respondió, con una sonrisa que no llegué a ver bien, porque cerré los ojos por un instante. — Yo era de esas niñas que ponían curitas en las muñecas.

Sonreí débilmente.

— Creo que la medicina es hermosa...

— La medicina, sí.

Mi cabeza empezó a volverse ligera, y parpadeé varias veces, notando que algo parecía... extraño.

— ¿Todo… todo está bien? — pregunté, sintiendo un leve hormigueo.

— Todo perfecto — dijo la médica, con su voz dulce, casi distraída.

Quise preguntar algo más, pero sentí un cansancio extraño que me arrastraba. Mi respiración se volvió lenta.

Y, entonces, vino la oscuridad.

Capítulo 6



Eve Clark

Me desperté con la boca seca y un sabor amargo que se extendía por la lengua, como si hubiera masticado algo metálico. Parpadeé varias veces, intentando ajustar mi visión a la luz tenue del ambiente. La sala todavía giraba un poco, y una presión incómoda en la parte baja de mi abdomen me hizo gemir en silencio. Miré hacia abajo y no vi nada, solo ese malestar.

— Qué bueno que despertaste, señorita. ¿Puedes decirme algo? ¿Sientes algo raro? — La voz de la

enfermera me alcanzó, suave y paciente, pero mi cabeza parecía estar cubierta por una niebla espesa.

Pasé la mano por mi rostro, intentando despejar la somnolencia, pero un malestar en la espalda me hizo gemir bajito.

— Yo… estoy medio mareada. Me duele la cabeza y… — Pause, frunciendo el ceño. Mi vientre parecía pesado, como si algo estuviera fuera de lugar. — Raro, tengo una molestia aquí abajo. Como una cólica, pero diferente...

La enfermera asentó sin mostrar sorpresa.

— Eso puede pasar — respondió, revisando algo en la planilla. — ¿Quieres que te traiga un poco de agua?

— No, solo quiero irme — susurré, intentando ponerme en sentado.

Al hacerlo, un leve malestar entre las piernas me hizo detenerme por un instante. Tragué saliva, con un nudo en la garganta. La sensación era extraña, como si mi cuerpo hubiera pasado por algo... invasivo. Un leve cosquilleo y una presión incómoda se expandieron por la parte baja del vientre.

La enfermera me observó con una pequeña sonrisa.

— Puedes sentir cierta sensibilidad en la región pélvica y quizás alguna secreción leve, pero esto es pasajero. Con el tiempo, mejorará.

¿Sangrado?

Mi mente corrió hacia la explicación más obvia. ¿Había roto mi himen? Pero... ¿por qué? El procedimiento que iba a hacer no implicaba eso, ¿o sí?

Me mordí el labio, incómoda, pero negué con la cabeza, apartando las dudas. Tal vez era normal sentir eso.

— Tu amiga te está esperando en la recepción — avisó la enfermera, ayudándome a ponerme de pie.

Mis piernas parecían débiles, como si hubiera corrido una maratón sin calentar. Respiré profundo, intentando estabilizarme.

— Te ayudaré a vestirte — continuó, tirando de la cortina junto a la camilla.

Acepté la ayuda sin cuestionar, colocando la ropa con movimientos lentos y cuidadosos.

— Si sientes algún malestar mayor, comunícate con nosotras — agregó, entregándome un folleto que, en ese momento, solo era un borrón de palabras delante de mis ojos cansados.

Asentí, aunque sin registrar bien lo que ella decía, y tomé mis cosas.

En cuanto salí, Jazz saltó de la silla y se acercó preocupado.

— ¡Amiga, qué susto! — exclamó, abrazándome con fuerza.

Yo reí con poca energía.

— Estoy bien, solo un poco extraña. Eso fue raro — admití, apoyando la cabeza en su hombro por un breve momento.

— El mío fue rapidísimo. Pero tú tardaste más. ¿Qué hicieron allá adentro?

Esa pregunta hizo que mi mente disparara. ¿Por qué mi procedimiento fue más largo que el de Jazz? Cerré los labios, intentando alejar esa sensación incómoda en lo profundo del estómago.

— No sé... solo quiero ir a casa.

— Vamos te alimentar primeiro. Depois, vou ao cinema. Quer que eu te leve?

— No hace falta, Jazz. Voy a estar bien.

Ella me lanzó una mirada de duda, pero no insistió.

La estación estaba llena, como siempre. Personas pasaban apresuradas, algunas me empujaban sin siquiera disculparse. El olor a metal y grasa impregnaba el aire, mezclado con el aroma a café de algún vaso olvidado por ahí. Mi cabeza dolía aún más fuerte, y las náuseas crecían como una ola a punto de tragarme.

Agarré el pasamanos al bajar las escaleras, sintiendo las piernas temblar. El mundo parecía un poco más distante, como si caminara dentro de un sueño extraño.

— Eve, creo que voy contigo… — sugirió Jazz con voz cargada de preocupación.

— No, sigue tu camino, que yo seguiré el mío — respondí, intentando sonar firme.

Ella no pareció convencida.

— ¿Estás segura? Estás algo pálida…

Solté un suspiro, forzando una sonrisa.

— Sí. Ve a besarle en la boca, una de nosotras tiene que hacerlo.

Ella bufó una risa, pero aún me miraba con duda.

Pasamos por las barreras y validamos nuestros tickets. El metro ya estaba en la plataforma, listo para partir. En el metro de Jazz, ella estaba del lado opuesto a mí.

— Cualquier cosa, llámame, ¿vale? — insistió, frunciendo el ceño.

— ¡Claro! — aseguré, intentando parecer más animada de lo que realmente me sentía.

Ella dudó un segundo antes de hacer una señal de despedida y seguir su camino.

Entré en mi vagón y, por suerte, encontré un asiento cerca de la puerta. Me lancé en el banco, respirando profundo para controlar el malestar. Las luces fluorescentes del metro parpadeaban ligeramente, y el ritmo del tren se mezclaba con las conversaciones en voz baja a mi alrededor.

Apoyé la cabeza contra la ventana fría, cerrando los ojos por un instante. Todo lo que quería era llegar a casa, meterme bajo las cobijas y olvidar este día extraño.

Pero, en el fondo, esa sensación de que algo estaba mal no me dejaba en paz.



Logré encender la televisión y me acomodé en la cama, comiendo un poco de fideos instantáneos, mientras Mileide estaba a mi lado, lametándose las patas con su ritmo habitual. Sentía una ligera incomodidad en la parte inferior del abdomen, pero intenté ignorarla. Estaba llevando el tenedor a la boca cuando una noticia urgente sobre un tiroteo en un cine apareció en la pantalla. Paré en seco, sin pensarlo dos veces.

— ¡Jazz! — grité.

Dejé el plato a un lado y salté del sofá, nerviosa. ¡Dios mío! ¡Jazz! Tomé mi celular del mostrador de la cocina y marqué, pero no contestaba. Intenté llamar a su hermano, pero tampoco tuve respuesta.

Respiré profundo, intentando ordenar mis pensamientos.

— ¡Dios, Mileide! — exclamé, aumentando la ansiedad.

Probé una vez más. Miré la pantalla y vi que todos los heridos estaban siendo llevados al Memorial de Chicago. ¡Tenía que ir ahí!

Corrí hacia la cómoda, agarré un cajón y me puse los leggings. Cogí una chaqueta con capucha y la lancé por encima, sin preocuparme en ponerme una blusa más fina debajo, todavía vestida solo con mi ropa interior y un sostén deportivo.

Me calqué mis zapatos deportivos, agarré mi bolso, mi celular y un paraguas. Me fui a la puerta, saqué la llave y salí corriendo, asegurándome de cerrar tras de mí. Vivía en el último piso del edificio y no había ascensor, así que bajé las escaleras a toda velocidad.

En la calle, la lluvia castigaba sin piedad, y ya pasaban de las 21h. El miedo y la preocupación aumentaban con cada paso que daba, la adrenalina fluyendo mientras me dirigía al Memorial de Chicago, ansiosa por saber si mi amiga estaba bien.

La lluvia caía implacable, empapando mi túnica delgada y pegando mi cabello en la cara. Mis piernas ardían, mis pulmones quemaban en cada inhalación de aire frío, mientras corría por las calles oscuras hacia el hospital. El ruido de la ciudad parecía distante, ahogado por el martilleo de mi corazón en mis oídos.

Mis pasos eran apresurados, torpes. La respiración salía entrecortada y cada vez que inhalaba, sentía un pinchazo en el costado del abdomen. La incomodidad en la parte inferior de mi vientre también aumentaba, como si algo se contrajera dentro de mí.

Solo un poco más. Solo un poco más.

Mi visión se volvió borrosa por un segundo; tuve que detenerme, inclinando el cuerpo hacia adelante y apoyando las manos en las rodillas mientras intentaba recuperar el aliento. La boca seca, la garganta rasposa, el aire parecía insuficiente.

Pero Jazz estaba allí. ¿Y si ella estuviera herida? Ese pensamiento me hizo ponerme recta y forzar a mis piernas a seguir adelante.

Finalmente, divisé las luces del hospital y mi pecho subía y bajaba frenéticamente, todo mi cuerpo temblaba — por el frío, por el esfuerzo, por el miedo. Ignoré el cansancio y caminé los últimos metros, sintiendo que mis zapatos mojados echaban agua al asfalto con cada paso.

Al llegar a la entrada, empujé las puertas de vidrio y entré casi tropezando. El aire caliente del hospital golpeó mi piel helada, pero no ayudó a aliviar la sensación de que algo andaba mal.

— ¡Jazz Alvarez! — grité a la primera persona con bata que vi. Mi voz salió temblorosa, mezclando urgencia y agotamiento.

La enfermera me miró de arriba abajo, claramente evaluando mi estado deplorable.

— ¿Estás bien? — preguntó con evidente preocupación.

— ¡Mi amiga! ¿Dónde está?! — insistí, aun jadeando, intentando tomar más aire en los pulmones. Mi pecho subía y bajaba sin control y la mareo empezaba a querer derribarme.

— Necesito que se calme — pidió la enfermera, pero su tono solo aumentó mi irritación.

— Solo quiero saber dónde está ella — repliqué, con la respiración aún entrecortada y las piernas temblando por el cansancio.

Se suspiró, tomó una planilla y me miró con expectativa.

— ¿El nombre completo de tu amiga?

Tragué saliva, intentando hablar a pesar del nudo en la garganta.

— Jazz... Jazz Alvarez.

— Aún no tenemos ninguna Jazz Alvarez aquí — dijo la enfermera. — Muchos pacientes todavía no tienen ficha. Espere un momento, por favor.

Dicho esto, se apartó y empecé a vagar por la sala de urgencias. Mi estómago se revolvía y, con cada paso, sentía que algo cambiaba dentro de mí, un dolor agudo en el pecho. No la veía por ningún lado, había gente en cirugía de emergencia y mi corazón se estrechaba cada segundo.

— Señorita, ¿vio a mi madre? — preguntó una niña de casi diez años, con la esperanza brillando en sus ojos.

— No, no la vi. ¿Quieres que busque contigo? — ofrecí, poseída por un impulso de empatía.

Antes de que ella pudiera responder, una mujer gritó un nombre y la niña se volvió rápidamente, corriendo en dirección a su madre. Suspiré, respire profundo y seguí buscando. Necesitaba noticias de Jazz. La llamé otra vez, pero sin respuesta.

El tiempo parecía eternizarse, y la noche transcurría llena de incertidumbre. Cuando por fin amaneció, mi celular vibró y la luz de la pantalla casi me hace saltar.

— ¿Jazz? — respondí nerviosa.

— Amiga, ¿dónde estás? — preguntó ella, con la voz lejana.

— En el hospital. ¿Qué pasó? — pregunté, ansiosa. — ¿Fue herida en el atentado?

— ¿Qué atentado? — su voz mostró sorpresa.

— En el cine. Entraron disparando y varias personas resultaron heridas.

— ¡Dios mío…! Estoy bien, no fui al cine. Cambié de plan — contestó, con voz más baja. — ¿Puedo llamarte más tarde?

— ¡Por supuesto! Qué alivio saber que estás bien — dije, sintiendo que un peso se levantaba de mis hombros.

Por fin, esa tensión que me oprimía la hacía abandonar mi cuerpo. Ahora sí, podía ir a casa, tranquila porque Jazz estaba a salvo. Con una sonrisa leve en los labios, me dirigí hacia la salida, lista para afrontar el día que me esperaba.

Capítulo 7



Adam Hawke

La maldita estaba tirando por la borda todo el trabajo que había hecho para mantenerla con vida. No esperaba ver a Eve Clark delante de mí, pero aquí estaba, esa desgraciada que tanto me atormentaba.

La chica pasó horas en urgencias y ni se dio cuenta de su propio estado. Su piel estaba más pálida, los labios descoloridos y había una cianosis visible en sus dedos. Eso solo podía significar una cosa: no estaba tomando su anticoagulante y estaba en riesgo por su negligencia.

Y eso me enfureció.

Respiré profundamente, tratando de controlarme. Pero ella tenía ese maldito don de sacarme del eje. Una sola conversación con esa stubborn y ya sentía un deseo insano de agarrarla por los hombros y sacudirla hasta que entendiese la gravedad de la situación.

Joder, concéntrate, cojones. No jodas a los pacientes. Y mucho menos a una chica mucho menor que yo.

La evitaba, ya bastante bastaban las consultas los miércoles. Hasta que apareció en mi hospital, desafiándome con su presencia y su perfume floral, con los ojos brillando de insolencia y los labios carnosos que insisten en llamar mi atención. Incluso en medio del caos, noté su presencia. No porque quisiera, sino porque su aroma floral parecía dominar el maldito hospital.

Acababa de salir de dos cirugías seguidas, y aun así la vi a lo lejos. Caminé en su dirección y la agarré del brazo, tirándola hacia mí. Sus ojos enrojecidos se abrieron de par en par, sorprendidos.

— ¿Doctor Hawke? — dijo, casi con una voz temblorosa, la confusión evidente en su tono.

— Ven conmigo, señorita Clark — gruñí, jalándola en dirección a mi piso. Entré en el ascensor vacío y presioné el número correcto, la tensión en el aire subiendo entre nosotros.

— ¿Qué estás haciendo? — preguntó ella, intentando soltarse de mi agarre, pero no iba a dejarla escapar.

— Queda quieta — gruñí, con la frustración que se volvía palpable mientras la jalaba justo cuando las puertas se abrían.

— ¿Doctor? — su tono estaba teñido de confusión, pero lo ignoré, continuando por el pasillo hasta llegar a mi consultorio.

Abrí la puerta y la empujé hacia adentro, cerrando la puerta tras nosotros. Solté su brazo, rodeé la mesa y me senté en mi silla, alejándome un poco, creando una especie de barrera entre nosotros. Pero, a pesar de la distancia física, la tensión era eléctrica, palpable.

— ¿En qué estabas pensando, Eve? — pregunté, mi voz grave y cargada de indignación. Ella parecía lista para responder, pero la determinación en su mirada desafiante solo alimentaba mi fuego interior. La necesidad de protegerla peleaba contra la de confrontarla por la imprudencia de arriesgar su propia vida.

Sus ojos recorrieron cada detalle de la oficina antes de posarse en mí. Sabía lo que veía: un sofá de cuero oscuro a la derecha, una alfombra redonda marrón en el centro, rodeada por una mesa de vidrio.

Las estanterías llenas de libros y archivos cubrían las paredes, mi mesa de madera maciza dominaba el centro de la sala, con dos sillas delante. Detrás de mí, la ventana de vidrio mostraba una vista impecable del Lago Michigan.

Y en un rincón, una puerta discreta llevaba al baño privado, donde podía limpiarme en paz después de largos procedimientos.

— Vaya, este despacho es más grande que mi casa — susurró ella, cruzando los brazos antes de mirarme. — ¿Qué quieres conmigo, doctor?

Quiero que dejes de ser irresponsable. Quiero que desaparezcas de mi vista. Pero, sobre todo, quiero entender por qué diablos insistes en poner a prueba mi paciencia.

— Siéntate, señorita Clark. — Señalé hacia la silla frente a mi mesa.

Ella rodó los ojos y se desplomó en el asiento, arrastrando la silla por el suelo de madera oscura, como si quisiera hacer ruido a propósito.

— ¿Vas a seguir mirándome o pretendes decir algo? — desafió, inclinándose ligeramente hacia adelante. — ¿O prefieres quedarte en silencio, doctor Hawke?

Su mirada castaña brillaba, provocadora, y la curva de sus labios formaba un pico insolente que me irritaba más de lo que debería.

— ¿Cuándo fue la última vez que tomaste tu anticoagulante? — fui directo.

Parpadeó, sorprendida, pero pronto recuperó su postura.

— Hoy, antes de venir aquí — mentí, la maldita.

— Tiene que tomarse cada doce horas — respondí, estrechando los ojos. — Tu piel muestra una cianosis evidente, y puedo apostar que tus tobillos están hinchados. ¿Qué diablos estás haciendo con tu propio cuerpo?

El brillo desafiante desapareció de sus ojos, reemplazado por furia. Su mandíbula se levantó y sus dedos tamborilearon sobre la madera de mi mesa.

— ¡Yo tomo los medicamentos correctamente! Solo olvidé ayer por la carrera — siseó, como si cada palabra le costara salir.

— Tu puta vida depende de ello. — gruñí, inclinándome sobre la mesa. — ¿Quieres acabar otra vez en una mesa de quirófano?

Apretó la mandíbula, sus puños se cerraron. Sus ojos ardían como brasas.

— ¿Por qué te importa, Hawke? — siseó, como si le costara pronunciar cada palabra.

Ni siquiera yo sabía por qué me importaba tanto.

— Me gusta que mis pacientes tengan una buena vida — respondí, intentando mantener la compostura, pero la preocupación se filtraba en mi voz.

Ella estaba con la ropa húmeda, temblando, con un vestigio de agotamiento evidente en la mirada. No debería estar aquí, pero ahora que lo estaba, no saldría sin que hiciera bien mi trabajo.

— Puedes enfermarte. Ve a cambiarte en mi baño. Como estás aquí, voy a ordenar los exámenes que mencioné.

— No hace falta, voy a casa — dijo ella, con una voz firme y sin espacio para discusiones. La expresión de frustración en sus ojos me hizo darme cuenta de que la paciencia se estaba agotando.

Típico. Cada minuto, se veía más claro que Eve Clark era una paciente difícil. Desobediente. Testaruda. Pero eso no importaba. Lo que importaba es que yo también era más terco.

— No, no vas a — respondí con firmeza. — Vas a hacer las pruebas que te pedí. Quiero ver cómo está esa vena de tu corazón.

Ella bufó, pero mi paciencia ya no daba para más. Tomé el teléfono y marqué al sector de resonancia.

— ¿Hay alguna disponibilidad para ahora? — pregunté sin rodeos.

— Sí, doctor Hawke — respondió el técnico del otro lado.

— Perfecto. Prepara todo. Eve Clark está en camino — informé, cortando antes de que tuviera oportunidad de protestar otra vez.

Deslicé mi silla hacia atrás y me levanté. Cruzando los brazos, la miré, sintiendo como la tensión brillaba entre nosotros.

— Vamos, señorita Clark — ordené, señalando hacia la puerta.

— ¡Eres mandón! — murmuró, pero me acompañó, todavía molesta.

Ignorando su comentario, la guié por los pasillos hasta la sala de imagen. Por el rabillo del ojo, noté algunas miradas curiosas. Enfermeros y residentes nos observaban, quizás sorprendidos por la escena. No era conocido por ser paciente con nadie, mucho menos por insistir tanto en un solo caso. Pero aquí estaba, empujando a Eve Clark dentro de la sala de exámenes como si mi vida dependiera de ello.

En la sala de exámenes, el técnico ajustaba los aparatos cuando llegamos. El ambiente era frío, como

siempre. Las paredes blancas, los monitores parpadeando con gráficos y números; la resonancia magnética, esperando como una bestia de metal lista para devorar a su próxima víctima.

— Necesito que cambiaste de ropa — le informé, entregándole una bata hospitalaria.

— ¿En serio? Odio esas cosas — protestó, con resistencia, tomando la prenda con desgano.

— Y yo odio pacientes que dificultan mi trabajo, pero mira qué sorpresa — comenté, levantando una ceja. — Rápido, Eve. Cuanto antes empecemos, antes podrás salir de aquí.

Ella me lanzó una mirada cargada de irritación, pero tomó la bata y se fue a cambiar. Cruzando los brazos, la observé mientras desaparecía por la puerta del vestuario.

Minutos después, regresó. La tela floja de la bata no ocultaba completamente que seguía pálida, y en sus dedos aún se notaba un leve temblor, como si intentara protegerse del frío de la sala.

— Vamos a hacerlo de una vez — murmuró, evitando mirarme.

Suspiré y asentí, guiándola hasta la máquina. Ella se acostó en la mesa deslizante de la resonancia, y el técnico empezó a posicionarla. Sus ojos oscuros encontraron los míos por un instante, y allí había algo más allá de la rebeldía: cansancio, vulnerabilidad... quizás incluso miedo.

Y eso me incomodó más de lo que debería.

— No te muevas — instruyó el técnico.

Ella cerró los ojos y la máquina comenzó a zumbar a su alrededor. Me quedé junto a los monitores, observando cómo se formaban las imágenes en la pantalla. Mi mandíbula se tensó al analizar cada detalle. Si algo estuviera mal, lo vería.

Suspiro de alivio al comprobar que el último examen mostraba que todo estaba en orden y que no parecía tener una vena obstruida. Pero la evaluación no estaba completa; necesitaba más pruebas y análisis de sangre para obtener una visión más clara de su salud.

Cuando terminó y volvió vestida con esas ropas húmedas e incómodas, noté que temblaba ligeramente. Su cabello despeinado caía sobre los hombros, algunas mechas pegadas a su piel por el frío. Cruzó los brazos, un gesto tan desafiante como defensivo, y me miró con esos ojos oscuros llenos de fuego. Había algo allí que me molestaba profundamente — una mezcla de exasperación y un magnetismo que no quería aceptar.

— ¿Algo más, doctor? — preguntó, con provocación clara en su voz, levantando una ceja.

Había algo casi felino en su postura, como si estuviera siempre lista para atacar. A pesar de lo incómodo, mantenía la cabeza en alto, la expresión testaruda. Maldita sea, esa mujer no sabía lo que era facilitar las cosas a nadie.

— Análisis de sangre — dije sin rodeos. — ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

Ella vaciló un instante antes de responder:

— Hace unas siete horas…

Mantuvo la mirada firme en la mía, desafiando mi autoridad en cada palabra, como si esperara que retrocediera. Pero eso nunca sucedería.

— Vamos a hacerlo — declaré, dejando claro que no había espacio para discusión.

Eve hizo una mueca, bufando, pero no respondió. Solo pasó junto a mí, su fragancia floral dejando una estela casi imperceptible en el aire. Me forced a ignorar esa información inútil y seguí a su lado, atento a las señales de cansancio que ella insistía en ocultar. El ambiente entre nosotros era casi tangible, como una electricidad a punto de saltar chispas. Ella podía desafiarme tanto como quisiera, pero yo tenía un trabajo que hacer. Y si pensaba que iba a ceder a su testarudez, estaba completamente equivocada.

Caminamos en silencio, el entorno cargado no solo con el peso de la situación, sino también con una extraña conexión que no podía ignorar. Vi que Helia se acercaba en nuestra dirección. Se detuvo y sonrió, su presencia traía un hálito de familiaridad y ligereza a ese escenario tenso.

— Adam, fui a tu oficina y no estabas — dijo Helia, sonriendo, hasta que dirigió la mirada a Eve junto a mí. — ¿Quién es ella, una paciente...?

— Ella es mi paciente y estamos apurados. Luego hablamos — respondí rápidamente, sujetando a Eve por el brazo y jalándola adelante, sin dar espacio a más preguntas.

Pero su reacción fue inmediata y feroz.

— ¡Hey! — Eve tiró de su brazo con un movimiento brusco, como si mi mano quemara su piel. Sus ojos se

estrecharon y una ira latente chisporroteó en ellos. — ¡Deja de sujetarme así, doctor!

El impacto fue como un chasquido seco en el aire. Su rostro estaba enrojecido, no de vergüenza, sino de indignación. Los ojos brillaban con intensidad, como si hubiera cruzado un límite que no toleraría.

Supe en ese instante que Eve no era del tipo que aceptaba ser conducida. No era la mujer que alguien simplemente jalaba del brazo como si fuera una pieza de ajedrez.

— No tengo tiempo para rabietas — respondí, con voz más firme y grave de lo que pretendía.

— Y yo no tengo paciencia para hombres que creen que pueden arrastrarme por ahí — ella dio un paso atrás, manteniendo la barbilla en alto, desafiante.

Helia observaba la escena, con un brillo curioso en los ojos. Sabía lo que ella estaba pensando. Veía algo allí. Algo que, tal vez, yo también veía, pero no estaba listo para aceptar.

Solté un suspiro y, controlando la molestia creciente, solo hice un gesto con la cabeza.

— Acompáñame. Sin dramas.

Eve dudó por un segundo, como si considerara mandarme al infierno allí mismo. Pero, al final, bufó y comenzó a caminar delante de mí, con los hombros aún tensos, pero sin más resistencia.

Mientras avanzábamos hacia el análisis de sangre, podía sentir el calor del momento palpitando entre

nosotros, aunque ninguno de los dos pronunciaba una sola palabra.

Lo que fuera que estuviera sucediendo entre Eve y yo, estaba lejos de resolverse.

Y jamás tocaría a esa maldita, mi paciente, demasiado joven para mí.

Capítulo 8



Eve Clark

La mano de él en mi antebrazo era firme. El calor atravesaba el tejido delgado como un recordatorio físico del control que ejercía. No sobre mi cuerpo, sino sobre todo lo que me rodeaba. Era como si ese toque dijera: *no huyas.*

El perfume — amaderado, cálido, con un fondo cítrico y difícil de definir —, se infiltraba en mis sentidos como una presencia insistente. Mantuve el rostro neutro, pero por dentro, algo se encendía.

Adam Hawke. Cirujano brillante. Respetado. Temido. Intenso. Todo lo que decían de él se confirmaba:

arrogante, metódico, irresistible por alguna razón que todavía intentaba comprender.

Hablan de una mujer en el pasado. Algo profundo, difícil de borrar. Quizá eso explicaba su mirada densa, la forma en que parecía siempre en conflicto interno. Pero eso no justificaba la forma en que me observaba. Como si quisiera descubrir algo en mí que yo misma cuidaba con esmero.

Y yo lo percibía. Cuando desviaba los ojos un segundo después de lo necesario. Cuando el maxilar se tensaba debido a una palabra que yo decía. Cuando su presencia me alcanzaba antes siquiera de entrar en la sala.

Pero yo no era ingenua. No era una niña. No iba a bajar la cabeza frente a un hombre que decidía mi valor en silencio.

— Puedes soltar — pedí con firmeza, manteniendo la voz baja, pero sin retroceder.

Él se detuvo frente a la puerta y, después de un instante más largo del aceptable, soltó mi antebrazo. La ausencia del contacto no trajo alivio ni nostalgia. Solo fue eso: ausencia. Seguí erguida, sosteniendo la mirada, dejando en claro que no era un objeto al alcance de su mano.

Adam abrió la puerta con un gesto seco y me dio paso. Entré en silencio, acomodándome en el sofá como quien sabe exactamente dónde está.

Él se sentó en la poltrona frente, dueño del espacio. La habitación parecía hecha para él — el olor, el orden, la gravedad en el aire.

Pero yo también tenía presencia. Y no pretendía ser engullida por ninguna sombra — ni siquiera la suya.

— En cuanto los análisis de sangre salgan, te llamaré aquí y conversaremos. Las consultas siempre los miércoles. Quiero que comiences algún tipo de ejercicio físico, con supervisión profesional — dijo, en el mismo tono impasible que usaba cuando quería mantener la distancia.

Resoplé con irritación, mi pecho subiendo y bajando con fuerza.

— Doctor, apenas puedo pagar comida de verdad — respondí con firmeza, sin elevar la voz. — ¿Cómo espera que pague un entrenador personal, un nutricionista o lo que sea que haya planeado? — La irritación ardía bajo mi piel, pero me mantuve de pie, mirando a sus ojos. — Perdón si lo saque de su trono de mármol, pero en mi barrio, la gente hace lo que puede con lo poco que tiene. Y lo hacen todos los días, sin público, sin reflectores.

La garganta apretaba, pero no dejaría que él viera.

No vivía con mis abuelos porque eso sería un peso más para ellos. Desde que salí de casa, mi abuelo redujo sus trabajos temporales, mi abuela empezó a descansar más. Finalmente, pudieron mirarse a sí mismas. Compraban sus propios medicamentos, cuidaban de su salud, algo que nunca hicieron cuando yo estaba allí.

Respiré hondo antes de continuar.

Sabía que ellos fingían creer que estaba bien solo para no sentirse culpables. Y yo lo permitía. Porque saber que estaban respirando con un poco más de tranquilidad... ya valía la pena.

Mi corazón latía tan fuerte que parecía eco en mis oídos.

La cabeza me giraba. Entre el cansancio, la irritación y esas malditas mariposas en el estómago, me sentía a punto de explotar. Y lo peor era esa sala cerrada, impregnada con su aroma, asfixiante, como si me atrapara con todo lo que no quería sentir.

Sus ojos se fijaron en mí por un segundo antes de apoyar los codos en la mesa, entrelazando los dedos y apoyando el mentón en las manos. La frente fruncida señalaba que algo en él le incomodaba.

— ¿Estás pasando por alguna dificultad? — preguntó despacio, como si cada palabra fuera cuidadosamente elegida.

Parpadeé, sorprendida por la pregunta.

— ¡No! — respondí rápidamente. — Me he salido con la mía.

Pero la forma en que me miró… como si viera algo más allá de las palabras. Como si ya hubiera escuchado esa negación antes, dicha por alguien que solo no quería ser una carga.

Sin decir nada, se levantó y se quitó la bata. El pijama de quirófano color vino moldeaba su cuerpo de manera indecente. Los músculos de los brazos sobresalían, definidos como los de un hombre que sabe usar cada fibra. Las piernas parecían firmes, sólidas, y cada paso suyo transmitía una seguridad que removía algo dentro de mí.

¡Dios! Demasiado tentador para un miércoles cualquiera. El diablo debe estar burlándose de mí. Quizá

sería buena idea aceptar la invitación de Jazz y ir a la iglesia el domingo. El padre Bento podría echar agua bendita en mí hasta hacerme olvidar que un hombre así existe. Aunque solo entendiera el "amén", quizás ya sería suficiente.

Adam recorrió la mesa con calma, colgó la bata en el perchero detrás de la puerta y entró al baño. Me quedé allí, sin moverme, con los pensamientos girando más rápido de lo que podía seguir el ritmo.

Fue entonces cuando me fijé en la fotografía entre los libros: una mujer rubia, de cabello largo, sonreía mientras sostenía su vientre. Embarazada. Era hermosa. Tenía un brillo sereno en el rostro, una mirada llena de esperanza.

La puerta del baño se abrió, su perfume se esparció por el ambiente como una presencia invisible. Era como si esa fragancia supiera exactamente dónde golpearme.

— La última foto que ella tomó antes de morir — dijo él en voz baja, las palabras escapando con un pesar contenido, como si todavía dolieran.

Mis músculos se tensaron de golpe. ¿Muerta? Pasó por mi cabeza. La esposa de él realmente había muerto. Un frío intenso recorrió toda mi espalda, y lentamente me giré para enfrentarlo, aún incrédula ante esa revelación.

Ahora él estaba vestido con un saco oscuro y una camisa del mismo tono. Los pantalones formales trazaban sus piernas largas, y los zapatos de cuero resonaban firmemente en el suelo. Pero no era la elegancia lo que llamaba la atención — era el dolor

escondido tras la compostura. Parecía alguien que había cerrado una parte del pecho y arrojado la llave lejos.

— ¿Ella murió en el parto? — se escapó de mí antes de poder evitarlo. Me arrepentí en ese mismo instante, sintiendo la crueldad del impacto.

— No. Pero ninguna de las dos resistió — respondió sin alterar su tono, como si el dolor fuera tan antiguo que ya había sido domado, pero nunca olvidado.

Un silencio pesado, casi sólido, cayó entre nosotros. Mi corazón se apretó, no por mí, sino por él. Por un hombre que parecía haber perdido todo y que se mantenía en pie con una rigidez que ocultaba cuánto había sangrado por dentro.

— Ahora vamos, ¡señorita Clark! — llamó, recuperando la firmeza de siempre.

Una vez más, me tomó por el brazo. El toque era firme, decidido, pero había algo diferente. Como si él supiera que tocarme era un riesgo. Como si el gesto dejara rastros — no solo en la piel, sino en todo lo que no quería sentir por él.

Dejé que me condujera por los pasillos del hospital, sin decir una palabra, consciente de las miradas que nos acompañaban. Había algo extraño en la forma en que las personas nos observaban, curiosidad, quizás sorpresa. Ignoré, o intenté.

Paró frente a un Bentley Flying Spur blanco en el estacionamiento. El coche parecía salido de una película. Desbloqueó las puertas con un clic seco y abrió la del pasajero con un gesto contenido, casi formal.

— Sube, señorita — dijo, con ese tono educado que escondía algo detrás.

— Mis ropas están húmedas — advertí, dudando, el incomodó atravesándome por dentro.

— Los asientos son de cuero — indicó, como si fuera obvio, simple, sin espacio para una negativa.

Suspiré y entré. Me encogí en el asiento, abrazando la bolsa como si fuera un escudo. Cada detalle dentro del coche brillaba — el panel, el aroma a nuevo, el silencio acolchado. Todo a su alrededor exudaba una vida mucho más allá de la mía. Y estar allí me hacía recordarlo en cada segundo.

Adam entró después. Cuando se estiró para ajustar mi cinturón, su barba rozó suavemente mi cuello sin piel. Un escalofrío me recorrió, tan intenso que casi cerré los ojos. El toque fue breve, pero quedó en mí, como si dejara una marca invisible.

— Cinturón de seguridad — susurró, después de ponerse el suyo. — No queremos accidentes.

— Está bien… — asentí en voz baja, intentando esconder el rubor que empezaba a subir a mi rostro.

El coche arrancó, deslizando con un ronroneo discreto, casi demasiado silencioso para un vehículo de ese tamaño. Salimos del estacionamiento sin prisa, y lo que se instauró entre nosotros fue algo difícil de nombrar. Un silencio denso, incómodo, por un lado, pero lleno de algo que aún no sabía cómo explicar.

Miré por la ventana, intentando distraerme, pero era difícil no pensar en él. En su tacto, en su barba, en el perfume que aún flotaba en el aire del coche.

— ¿No te importa salir después de tanto desastre? — arriesgué, rompiendo el hielo con una pregunta que sonó más personal de lo que quería.

— No. Mi equipo está bien preparado, y ya hice todo lo que debía. El personal de trauma tiene más demanda hoy — respondió con serenidad, con la mirada fija en la carretera.

Asentí, sin saber qué decir a continuación. Había algo reconfortante en su presencia, a pesar del extrañamiento. Un mezcla de calma y desconcierto. Y quizás fuera solo cansancio, quizás solo era él, pero por algún motivo, incluso en silencio, estar allí me hacía querer respirar profundo y quedarme.



No sabía qué estaba haciendo allí, en medio de una boutique elegante, junto al doctor arrogante que me observaba como si fuera un puzzle a punto de ser descifrado.

— ¿Qué estoy haciendo aquí, en realidad? — pregunté, mirando las perchas llenas de vestidos que parecían costar más que el alquiler de mi casa.

— Vamos a comprar algo para que te pongas. Necesitas quitarte esa ropa mojada — respondió, como si estuviera pidiendo un pan francés.

— No puedo comprar nada aquí, doctor.

— Por eso mismo, quien paga soy yo. Escoge algo. Y luego, saldremos con las ropas nuevas, y vamos a almorzar, ya que el reloj pasó de las 2 de la tarde.

Solté un suspiro largo, sin poder disimular mi sorpresa.

— ¿Por qué haces esto? — pregunté, la confusión evidente en mi voz.

— Porque quiero. Porque puedo, niña — respondió, con una confianza que se notaba claramente.

— Deja de llamarme así, doctor, tengo más de veinte años — repliqué, con una mezcla de indignación y desafío.

— Sigues siendo una niña. Podrías ser mi hija — dijo sin vacilar.

— Por suerte, no lo soy — respondí, soltando una sonrisa irónica, con la mirada llena de incredulidad respecto a esa comparación.

Caminé hacia la sección femenina, fingiendo seguridad, y empecé a revisar las opciones con una mirada crítica. Tomé unos jeans de mi talla, una blusa de manga ligera, además de ropa interior cómoda y sujetador. La vendedora, simpática y muda, me acompañó hasta el probador, donde me probé todo y quité las etiquetas sin ceremonias.

Al salir, me topé con el Doctor Cruel parado en la puerta, sosteniendo un par de deportivas y una bolsa con calcetines blancos. Quité mis zapatos mojados, me calcenté las medias y las zapatillas rápidamente. Casi perdí el equilibrio, pero él me agarró firme por la cintura.

— Cuidado — dijo en tono bajo, que me hizo poner los pelos de punta más que el aire frío de la tienda.

Después de recomponerme, levanté la cabeza con la poca dignidad que me quedaba.

— ¿Podemos ir a comer? A su alteza.

Él solo esbozó una sonrisa discreta. La tensión entre nosotros parecía haber retrocedido un paso. Y, a pesar de mi incomodidad inicial — y de esa casi absurda conciencia de cada centímetro de ese hombre —, sentí una extraña cuota de alivio por ya no estar empapada. La extrañeza de esa situación todavía me dejaba medio mareada, pero, en el fondo, había algo casi dulce en la forma en que él cuidaba de mí.

Aunque fuera a su manera.

Observé cómo, al pagar todo y salir de la boutique con la bolsa con mis ropas mojadas, él envolvió mi brazo con firmeza y me guió hacia afuera. El cielo seguía encapotado, y el viento frío que venía del Lago Michigan cortaba la piel, irritándome mientras caminábamos por la Magnificent Mile.

Mi cabello volaba en todas direcciones, creando un caos a mi alrededor, mientras Adam, imperturbable, me seguía hasta entrar en un restaurante discreto, elegante y con un calor reconfortante que contrastaba con el frío de afuera. Él soltó una silla para mí y se sentó enseguida, dejando la bolsa a sus pies. Sus ojos estaban clavados en mí, firmes, inquisidores.

Las luces suaves se reflejaban en las paredes claras, creando un ambiente casi demasiado íntimo para el momento. Yo todavía trataba de entender cómo había pasado de una consulta a un examen a un almuerzo

elegante con el hombre más insoportable — y más bonito — que había conocido.

El camarero apareció con una sonrisa simpática.

— ¿Puedo ayudar en algo?

— El menú, por favor. Y agua para los dos — pidió Adam.

Cuando regresó con los menús y los vasos, bebí un sorbo y me obligué a concentrarme en las opciones sencillas.

— Lasaña a la boloñesa — pedí.

— Lo mismo para mí. Trae también una ensalada verde y dos jugos de naranja — completó Adam sin siquiera consultarme.

— No es de mi agrado comer ensalada, Adam — puntualicé. — Podrías haber preguntado si quería.

— Necesitas incluir más verduras y hortalizas en tu dieta — respondió, con la autoridad de quien no admite contrapropuesta.

— ¿Ahora estás tomando el papel de padre?

— No, solo soy tu médico.

Revolvía los ojos y me volví hacia la ventana. La vista era bonita, pero mi estómago se revolvía. No por la comida. Por la cercanía. Por la absurda curiosidad que él despertaba en mí. Cuanto más tiempo pasaba cerca de él, más quería saber todo —, y más mi cuerpo se revoltaba por esa proximidad.

Cuando llegaron los platos, comimos en silencio. El silencio entre nosotros no era ligero. Tenía peso. Pero no era desagradable. Era extraño. Denso. Lleno de preguntas no hechas.

Después del almuerzo, él pagó la cuenta y, sin sorpresas, volvió a sujetarme del brazo. Suspiro profundo, pero seguí con él, resignada. Esta vez, entré en el coche antes de que él abriera la puerta del conductor. Puse el cinturón rápidamente, previniendo que él intentara hacer eso por mí otra vez. No sabía si quería evitar el toque o deseaba más.

— Dame tu dirección. Te voy a dejar en casa.

— En el barrio del hospital público. Avísame cuando estemos cerca.

— Todo bien.

El trayecto continuó en silencio. Casi incómodo. Casi.

Cuando estacionó frente a mi edificio, solté un suspiro de alivio.

— Gracias por la ropa. Por la comida. Por la ayuda... doctor.

Mientras soltaba el cinturón, noté que él observaba mi edificio. Su mirada parecía demasiado atenta.

— ¿Vives aquí?

— Sí. Con Mileide.

Él levantó una ceja.

— Mileide?

— Mi gata. *Tricolor*. Tiene dos años.

Él asintió, como si guardara esa información con cuidado.

— Hasta luego, Doctor...

— Hasta luego, Srta. Clark.

Salí rápidamente del coche. Subí las escaleras sin mirar atrás. Sólo cuando cerré la puerta del piso me di cuenta de que había dejado mi ropa vieja en su coche.

Mierda.

Capítulo 9



Adam Hawke

Me sentía un maldito pervertido por mirar la pequeña y roja braga de Eve, pero no podía evitarlo. Sus ropas — que más parecían trapos —, estaban en mi coche, y ahora estaban en mis manos, a punto de entrar en la lavadora. El simple acto de manipular aquello ya me llenaba de una frustración absurda.

Intenté alejar los pensamientos indecentes que seguían surgiendo, pero parecía que, cada vez que ella me desafiaba, alguna parte de mí se rendía. Y no era una parte cualquiera.

Puse la braga junto a las demás prendas, soltando un suspiro pesado. Esa chica me sacaba de eje de

maneras que ni siquiera sabía que podían existir. Cada vez que la encontraba, era como pisar un campo minado. La línea entre la preocupación profesional y un deseo que no debería sentir se disolvía con una facilidad despreciable.

Ella tenía la edad de mis sobrinos. Podría ser fácilmente mi hija. Esa idea debería ser suficiente para mantenerme alejado. Para recordarme la posición en la que estaba. Pero, cada vez que la veía, todas las reglas desaparecían. Maldición. Era como si la lógica se evaporara en fracciones de segundos, dejando solo el caos y el deseo latente.

Necesitaba mantener el foco. Recordar mi lugar. Pero la mezcla de atracción, rabia y una clase de fascinación insana por esa niña imprudente hacía que todo fuera demasiado confuso.

La forma en que me enfrentaba. El fuego en sus ojos. La audacia en sus palabras. Me enloquecía, y aun así, no lograba alejarme. Todo lo contrario. Me veía cada vez más enredado, como si cada discusión fuera una invitación a dar un paso más hacia el abismo.

¿Cómo podía estar tan involucrado con alguien que, racionalmente, solo debería ser una paciente? Sabía que debía trazar límites. Poner un muro entre nosotros. Pero cada vez que ella entraba en mi consultorio, ese muro se convertía en polvo.

Esa maldita nació para quitarme el juicio, sin duda. Cuando las ropas estaban limpias y secas, las metí en la bolsa y subí directo al segundo piso, yendo a mi habitación. Coloqué la bolsa en el armario, en el rincón vacío. Solo ese gesto me provocó un nudo en el

estómago. Perfecto. Además de todo, ahora ella ocupaba un espacio en mi casa.

Cansado, fui a la ducha y dejé que el agua caliente cayera con fuerza sobre mis espaldas, intentando relajar los músculos. Pero mi mente… mi mente no se apagaba. Eve todavía estaba allí, pegada como un olor que no desaparecía, una presencia que resonaba incluso en el silencio.

Tras ponerme ropa cómoda, bajé las escaleras. Cuando pisé el último peldaño, encontré a mis dos sobrinos en el sofá, mi padre en la butaca como si fuera el dueño de la casa, y mi hermano.

— Hola, tío — dijo Logan sin quitar los ojos del celular. Con veinticuatro años, parecía haber fusionado el cerebro con las redes sociales.

Oliver, dos años menor que él, levantó la vista del teléfono y me sonrió. Parpadeó hacia mí. La culpa era mía por haberle presentado ese mundo.

— ¿Qué ustedes hacen aquí? — pregunté, cruzando los brazos. Intenté mantener la postura, pero la irritación ya se notaba.

Mi padre resopló como si estuviera esperando una señal.

— Vinimos a verte. Parece que olvidaste que tienes familia, Adam — gruñó. — Tu madre e Izzy están en la cocina preparando la cena.

— Cuando vas a la casa de alguien, generalmente es por invitación. Lo contrario, se llama invasión — respondí, yendo al bar. Me serví una copa generosa de coñac.

— Tengo la llave. Y no invadí — respondió él, seco. — Pensé que Helia estaría aquí.

Me di vuelta y lo miré con frialdad.

— ¿Y por qué estaría?

— Porque ustedes son pareja. El domingo pasado, en el almuerzo, ella dijo que estaban planeando la vitrificación de óvulos. Es hora de que te cases. Ya llevan diez años en ese duelo.

Me lancé un trago de licor de un golpe, sintiendo cómo el alcohol quemaba en mi garganta y me confrontaba en el reflejo de la estantería de cristal detrás del bar. Diez años. Hablaban como si fuera demasiado tiempo, como si un reloj marcara cuándo la tristeza debería haber terminado.

Miré a Nate, mi hermano mayor, sentado en la esquina. Quieto como siempre. Seis años mayor, abogado exitoso y el favorito de papá. Ahí estaba, como un espectador paciente de una película que ya había visto varias veces.

— No tengo planes de casarme con Helia, ni con nadie. Y tener hijos? Eso menos. Lo que hago con mi duelo es problema mío — solté esa frase, como si fuera la verdad absoluta, aunque por dentro mi corazón ardía.

— ¿Cómo tienes la cara dura de usar a una mujer solo para sexo, Adam? — gruñó mi padre, levantándose de repente. La ira en su voz llenó todo el ambiente. — ¡Helia es una chica decente!

Esa discusión ya iba demasiado lejos. No debía llegar a ese punto. Después entendería con Helia, siempre dejé claro que entre nosotros solo era sexo

casual. Pero ahora, escuchar esa sermón de su boca era demasiado. ¿Qué más estaría contando de mí a mis espaldas?

— No estoy usando a nadie, papá — exclamé con fuerza, dejando el vaso con contundencia sobre la barra. El cristal tintineó, marcando mi rabia. — La gente se usa y listo. Follar es bueno. Y punto.

— Ese tema no está cerrado, Adam — bufó Richard, con el rostro enrojecido y los puños apretados. — Estoy harto de verte matarte por esa Angela. ¡Ella murió, por Dios! ¡Murió!

— ¡Papá! — Nate se levantó, con un aviso en la voz. — Ya basta.

— No, Nate. Déjame hablar — la voz de mi padre ahora era un trueno. — Vive en esa porquería desde que ella murió. Encerrado en esa cobertura, atrapado en un mausoleo invisible.

Cada palabra me golpeaba como un puñetazo. Es cierto, todavía llevaba la pérdida de Angela en el pecho, como una piedra. Pero escuchar eso de él, con esa brutalidad, como si fuera un fracaso ambulante, como si el dolor no hubiera valido nada…

— Estoy siguiendo mi vida a mi manera, con o sin duelo. Siempre viví por la medicina. Tanto que pasé más noches en turnos que en casa con mi mujer — gruñí, sintiendo cómo la frustración se escurría en cada palabra.

— ¿Entonces todo está bien en ver a mi hijo destruido así? — replicó Richard, con los ojos ardientes por la preocupación y la rabia.

— ¡*No* me estoy destruyendo, papá! Vivo como un hombre soltero que trabaja un montón — solté, con la indignación palpitando en mi pecho.

En ese momento, la voz de mi madre atravesó el ambiente pesado como un rayo de sol en medio de la tormenta.

— ¿Qué es ese griterío? — apareció la señora Maggi, pequeña en tamaño pero inmensa en carácter. Solo su presencia cortaba la tensión.

— Nada, mamá — respondí, acercándome a ella y abrazándola. El aroma de su perfume casero me golpeó con fuerza, como un recordatorio silencioso de lo que todavía valía la pena.

— Escuchamos los gritos. — Izzy apareció justo detrás, sonriéndome. — Estás hermoso, recién salido de la ducha. Adam, ¿la edad nunca te pasa?

— Como siempre, seductora — respondí, besando su rostro mientras aún envolvía a mi madre en un abrazo protector.

— Quita esas patas de mi mujer — bromeó Nate, y nos reímos. La ligereza repentina entre nosotros fue un alivio tan grande que casi dolió.

— Ella sabe que yo soy el más bonito — repliqué, soltándome de ellas con una sonrisa más sincera de lo que esperaba. — ¿Y qué están preparando para la cena? — pregunté, rápidamente, tratando de esquivar ese peso anterior antes de que él quisiera volver a tocarlo. No quería más discusión por hoy.

— Solo un plato especial. Creo que te va a encantar — respondió mi madre, animada, con esos ojos brillando

de esa manera que solo las madres tienen cuando cocinan a alguien que aman.

Seguimos conversando unos minutos más. El ambiente fue cambiando poco a poco, como una brisa suave después de un día bochornoso. Pero, a pesar de las risas, del aroma de la comida viniendo de la cocina y de las miradas cómplices de mi familia, yo sabía. Esa discusión con mi padre aún no había terminado. Solo estaba... dormida.

Y los fantasmas — esos hijos de puta —, siempre sabían cuándo era hora de volver.



En el despacho, mi padre y mi hermano me miraban fijamente. Levanté el vaso de brandy a los labios y sentí cómo el líquido caliente bajaba por mi garganta. Solté el aire lentamente, preparándome para lo que venía.

— ¿Qué pasa? — pregunté directo, sin paciencia para rodeos.

— Tuvimos un desfalco en las finanzas de la firma — respondió mi hermano con voz apagada, casi como si cargara vergüenza en las palabras. Se podía ver en sus ojos que la situación era grave.

— ¿Un desfalco? — repetí, recostándome en el sillón, intentando asimilar lo que acababa de escuchar. — ¿Cómo sucedió?

Mi padre apartó la vista, tenso, y soltó el aire como si las palabras pesaran más que cualquier documento.

— El contador desvió más de veintisiete millones — dijo Richard, con la voz aún firme, pero su cuerpo delataba desgaste. Con la cabeza baja, los hombros encorvados.

Me enderecé, el impacto empezaba a acumularse como una ola.

— ¡Hagan una auditoría, llévenlo a la justicia! ¡Maldita sea, son abogados! — gruñí, sintiendo que la indignación subía como fuego en el pecho. Eso era casi absurdo.

Nate cerró los ojos por un segundo antes de soltar otra bomba.

— Adam, él evadió nuestros impuestos por años. Veintisiete millones desviados y más de 400 millones en deudas con la hacienda. Con eso, el camino más seguro sería declararnos en quiebra.

Parpadeé, aturdido por esa cifra, y pasé la mano por la cara, como intentando arrancar la confusión.

— ¿Qué mierda estaban haciendo en ese despacho, carajo? — rugí, sin poder contener la furia. — Hasta yo, que soy médico, sé que tengo que leer mis contratos y cuidar de mi dinero.

El ambiente entre nosotros pesaba como plomo. La idea de que llegamos a esto era insana.

Mi padre levantó la mirada. Había vergüenza allí, pero también algo más: la chispa de quien, a pesar del error, quiere levantarse.

— Queremos tu ayuda — dijo mi padre, con la vergüenza visible en su rostro y la desesperación marcando su voz. — Sabemos que tienes acciones del banco de Alessio Vitale…

— Jamás pediría ayuda a Alessio, papá — interrumpí con firmeza, con la indignación saliendo en mi tono. — Puedo cubrir parte de los impuestos, pero lo demás, se lo dejan ustedes.

— Adam — protestó Nate, lanzando una mirada entre mí y nuestro padre, intentando amortiguar el impacto de la conversación. — Tengo los chicos, y eso significaría reducir nuestro nivel de vida.

— Los chicos tienen veinticuatro y veintidós; ya es hora de que empiecen a trabajar en serio, ya que cursan Derecho. Y pueden empezar vendiendo algunas mansiones y ese yate que tanto presumen — gruñí, sintiendo como la frustración subía como brasas. — No voy a arriesgar mi nombre.

Mi hermano respiró profundo, luchando con lo que sentía, mientras mi padre desviaba la mirada de la mía. La vergüenza se convirtió en un silencio cargado de todo lo que no se dijo. El aire parecía más pesado, como si cada palabra hasta ese momento hubiera dejado una huella.

— No es tan simple… — empezó mi padre, con tono vacilante, pero yo ya había tomado mi decisión.

— ¡Es muy simple! Soy médico, no empresario, y hasta yo sé eso. ¡O se ajustan, o declaran quiebra! — concluí, mi voz firme y sólida. Alguien tenía que poner los pies en la tierra, y ahora era mi turno.

— Intentemos a tu manera — dijo Richard, levantándose con un esfuerzo que mezclaba determinación y inquietud, algo difícil de ignorar.

Nate permaneció mirándome unos segundos, tal vez sorprendido con lo que acababa de escuchar. Antes de que pudiera decir algo, salió, sus pasos firmes resonando por el pasillo.

Sentí que el ambiente volvía a pesar, pero, aun así, lo acompañé afuera de la oficina. Alguien tenía que mantener el orden después del huracán que habíamos enfrentado.

El resto de la noche transcurrió entre conversaciones ligeras con mis sobrinos, mi madre y Izzy. El clima se volvió más relajado, y las risas se esparcieron por la sala como un suspiro bienvenido. Aun así, de vez en cuando, mi mente escapaba. Y siempre hacia el mismo lugar: la maldita Eve.

El recuerdo de ella me atravesaba como una espina invisible — sus ojos provocadores, la boca siempre lista para un desafío, esa manera de quien ponía a prueba los límites. Trataba de mantenerme enfocado en ese momento con mi familia, pero su rostro surgía como un eco insistente. Y me irritaba.

Era extraño sentir tanto por alguien que, técnicamente, solo era una paciente. Y aún más extraño era cuánto el deseo y la rabia se mezclaban cuando se trataba de ella. Como si el impulso de arrancar ese sarcasmo con un beso coexistiera con la voluntad de mantenerla lo más lejos posible.

La noche avanzaba, y me encontraba allí, con un vaso en la mano, observando a mis sobrinos reír,

escuchando a mi madre y a Izzy hablar sobre alguna receta nueva — pero, por dentro, había un vendaval. Eve había vuelto a dominar toda mi mente; junto a ella, algo que no sabía cómo nombrar. Algo que alteraba todo. Mi concentración, mi autocontrol, lo que consideraba seguro.

La verdad era que, incluso rodeado de todos ellos, había un punto dentro de mí que ya no era solo mío. Y ella se había apoderado sin pedir permiso.

Capítulo 10



Eve Clark

— ¡No puedes estar enojada conmigo para siempre! — dijo Jazz, extendiendo una cesta con algunas golosinas. — ¡Compré tu bombón de fresa!

La miré y encontré la trufa. La amaba. En realidad, me encantaba todo lo que tuviera sabor a fresa — siempre y cuando fuera artificial. Lo natural me llevaba directo al hospital, casi me mataba, porque era alérgica. No que muchas cosas todavía me mantuvieran viva, para ser honesta.

Le cogí la cesta y me senté en la cama. Mileide estaba dormida en la almohada junto a la mía. Jazz se

acomodó a mi lado y me abrazó.

— Amiga, perdóname. Acabo de ir a su casa y... ya sabes, las cosas se salieron de control — dijo en voz baja, casi susurrando. — Ni siquiera entré al cine, lo juro.

Desenrollé el bombón y lo metí entero en la boca, sintiendo que el dulce llenaba todo mi ser. Suspiré. Era perfecto.

— Pasé horas buscándote en el hospital. Y, al final, tuve que lidiar con el Doctor Cruel que me mandó hacer exámenes, me interrogó y, para rematar, me compró ropa — me quejé.

— ¿Te dio ropa nueva? — Sus ojos se abrieron de par en par. — ¿¿¿Ropa de verdad???

— ¡Sí! Y también descubrí que él es viudo — conté, mirándola directamente. Nuestras caras estaban tan cerca que casi se tocaban las narices. — Amiga, gastó una fortuna conmigo y después me llevó a un restaurante elegante. ¡Comí la mejor lasaña de mi vida!

Jazz quedó boquiabierta.

— ¿Viudo? ¡Chica... ya veo todo: ustedes van a casarse, ¡tener hijos y vivir ese "felices para siempre"! — exclamó, emocionada. — Que Dios me lo bendiga, ¡pero ojalá!

— Solo que olvidaste el detalle de que no le gusto. Él solo hizo eso por lástima. Y hay que ver cómo me miró cuando dije que no podía gastar en ciertas cosas. Parecía que había visto a una mendiga.

— Con él, casi somos eso mismo. Trabajamos para comer lo que podemos, pagar las cuentas y tratar de no enloquecer. Eso es todo — dijo Jazz, soltando un suspiro. — La vida no es un jardín lleno de flores para nosotras... pero a veces, se puede aprovechar un rayo de sol.

También suspiré. Ella tenía razón. Sobrevivir todavía no era vivir, pero estamos intentándolo. Un paso a la vez. Y solo saber que nos teníamos, ya hacía que el camino pareciera menos cruel.

— No me gusta sentirme pequeña delante de él, como polvo bajo sus zapatos — dije mientras tomaba otro bombón.

— Pero eso es lo que somos, amiga. Frente a esos hombres poderosos, no somos más que polvo. Pueden descartarnos en cualquier momento — dijo Jazz, con amargura en la mirada. — Deberíamos salir, emborracharnos, yo puedo, tú bebe agua y trata de ser feliz. Pero, por los procedimientos, ni eso podemos — dijo, señalando que eso está en la cláusula de la clínica.

Tragué el chocolate y resoplé.

— Esto es un absurdo — soltó mi boca. — Pero... podemos ir a la cancha a ver a los chicos jugar. Y después visitar a mis abuelos.

— ¡Vamos! — Jazz se animó al instante.

Me levanté de la cama y me cambié rápidamente, tomando unos pantalones de chándal y un abrigo, ya que la temperatura empezaba a bajar con la llegada del otoño. Puse comida para Mileide y salimos, cerrando la puerta tras de nosotros.

Bajamos las escaleras, intentando ignorar la mirada incómoda del casero.

En la acera, el viento frío desordenó aún más mi cabello. Caminamos hasta la cancha, donde Derek estaba con sus amigos. Cuando nos vio, se apartó del grupo y vino hacia nosotras.

— Eve, Jazz, ¿todo bien? — preguntó Derek, con tono firme.

— Todo — respondimos juntas.

Derek pasó su mano por el cabello corto y suspiró.

— Supe que ayer te vieron con un hombre sofisticado — dijo, fijando en mí su mirada. — Quiero saber con quién saliste.

— Eso no te importa, Derek — respondí con firmeza, manteniendo la compostura. — Mis decisiones son mías.

— Me importa, Eve — insistió, acercándose, el rostro intensamente ruborizado. — ¿Después de tantos años a tu lado, ahora pretendes distanciarte por un rico? ¿Te estás vendiendo, es eso?

Algo en mí se inflamó. Sin dudar, levanté la mano y le di una bofetada en la cara. El sonido del impacto resonó en el ambiente. Aún no satisfecho, le di en la espinilla con una patada, dejando claro mi descontento.

— Respétame, Derek — declaré, con voz firme y decidida.

Él rozó su mano en el rostro y suspiró, buscando quizás una respuesta.

— ¿Respetarte? — rió con un mezcla de desprecio y incredulidad. — Tú me rechazaste, y ahora buscas a alguien más rico, como si eso fuera normal.

Respiré profundo, forzando una sonrisa fría.

— Tu problema, Derek, es pensar que partes de mi vida. Agradezco algunas cosas, pero no me das derecho a decidir por mí.

Derek levantó la mirada con severidad.

— Eres ingrata, Eve — dijo. — Rechazas el afecto que debería ser tuyo por derecho, como si pudieras descartar sentimientos solo para beneficiarte.

Retrocedí, dando un paso atrás mientras la amargura se mezclaba con el dolor.

— ¡Basta! — ordenó Jazz, sujetando mi mano con firmeza. — Estás actuando de manera irresponsable, Derek.

Algo dentro de mí se quebró mientras Jazz me guiaba de regreso a casa. El peso de las palabras y del enfrentamiento resonaba en el silencio que se extendía a nuestro alrededor.



Estaba arreglando la estantería de snacks cuando el timbre anunció la llegada de un cliente. Pensando en la

tranquila martes, me levanté para atender y me sorprendió ver al Doctor Cruel.

— Buenas noches — saludé, intentando parecer cortés y sin mostrar el nerviosismo que siempre me causaba su presencia.

Vestía una camisa polo y jeans que resaltaban sus músculos. Sinceramente, el hombre era hermoso de una manera casi sobrenatural.

— Buenas noches, señorita Clark — su voz grave me provocó un escalofrío. — ¿Tiene algún tipo de dulce light por aquí?

¿Dulce light? ¿Estaba bromeando? ¿Quién busca dulce sin azúcar?

— No tenemos. Nuestra sección de productos naturales está fuera de stock — logré decir, conteniendo la risa. — ¿Puedo ayudar en algo más, doctor?

— ¿Está tomando sus medicamentos? — preguntó, y asentí. — Pensé en lo que mencionó sobre no poder hacer ejercicio por motivos económicos, en mi edificio tenemos una piscina. Si le doy acceso, puede usarla con el instructor que hay allí.

Parpadeé, incrédula. Parecía que escuchaba a un fantasma hablar.

— Señor, no hace falta. Ya hago ejercicio caminando hasta la estación y de vuelta, suman más de cuarenta minutos solo en desplazamiento. — expliqué.

— Caminas mucho desde tu casa hasta la estación — afirma.

— Media hora, para ser exacta. — encogí los hombros.

Se quedó pensativo, pasando su mano por su cabello oscuro y peinándoselo hacia atrás. Qué visión del paraíso.

— ¿A qué hora sales hoy, señorita Clark? — preguntó, cambiando de tema.

— Mi turno termina a las dos, Doctor — respondí, confundida. — ¿Por qué?

Él cruzó los brazos sobre el pecho.

— Muy tarde para una joven caminar sola por ahí, ¿no crees?

— ¡Necesito trabajar! — exclamé, encogiéndome de hombros.

— Sí, pero ese horario puede ser peligroso para una chica como tú — insistió.

Puse la mano en la cintura y lo miré, mi paciencia se agotaba. Aunque, en realidad, no es que tuviera mucha.

— Mira, Adam, no tengo el lujo de trabajar en horarios normales como mucha gente. Cada uno hace lo que puede para poner comida en la mesa. — Mi voz empezó a subir, llena de rabia. — Baja de tu torre y mira cómo nosotros, los mortales, tenemos que sobrevivir cada día.

Su ceja oscura se arqueó, y una sonrisa se extendió en sus labios.

— Sé lo que es trabajar duro, Eve. Solo que creo que es peligroso para una chica como tú tener que salir

tan tarde y, de madrugada, caminar hasta la estación a pie y todavía tener que recorrer bastante hasta casa.

A pesar de la irritación, no pude evitar notar la preocupación genuina en su voz.

— La vida es peligrosa, doctor — comenté. — ¿Quieres algo?

— Solo una bebida, conozco el camino — respondió.

Asentí y volví a la caja. Adam tomó una botella de agua y otra de isotónico, pagó y salió. Intenté mantener la atención en el trabajo, aunque en mi cabeza seguía atrapada por su presencia.

Mi próxima cita en la clínica estaba programada para dentro de tres semanas, para verificar si realmente estaba apta para donar mis óvulos. Había informado que no podría asistir antes por las horas extras y por acompañar a mis abuelos en sus consultas. La clínica había aceptado, pero recordó que, en cuanto mi ciclo bajara, debía regresar para continuar con el proceso de recogida de los óvulos.

Cuando finalizó mi turno y llegó mi colega para reemplazarme, salí de la tienda con pasos apresurados. El viento helado de la madrugada cortaba mi rostro, y ajusté la capucha de mi sudadera. Caminaba hacia la estación cuando un coche negro y brillante se detuvo a mi lado. La ventana bajó lentamente, revelando a Adam al volante.

— Entra. Te llevaré a casa — dijo, en voz baja, firme.

Miré alrededor, sorprendida y dudosa. El corazón latía a toda prisa. Finalmente, abrí la puerta y entré. El

calor interior del coche me envolvió, junto con su aroma inconfundible — una mezcla de madera, seguridad y un toque prohibido. Puse el cinturón, muy consciente de la cercanía, del espacio cerrado y del hombre a mi lado.

Él conducía con una mano firme sobre el volante, con la vista fija en el frente. No dijo una palabra. Pero algo en él era diferente. Los dedos tamborileaban sobre el cuero, y de vez en cuando soltaba un suspiro que parecía una conclusión contenida. Sus hombros estaban rígidos, la mandíbula apretada. El silencio, por sí solo, gritaba.

Lo observaba de reojo, intentando descifrarlo. Estaba incómodo. ¿Pero conmigo? ¿Con lo que estaba haciendo allí?

— Gracias — agradecí, con una voz más suave de lo que esperaba. — No necesitaba haberse molestado.

Él no respondió de inmediato. Solo apretó más fuerte el volante. Los músculos del antebrazo saltaron con ese movimiento. Sus ojos seguían fijos en la calle vacía.

— Te traje porque quise — susurró, finalmente.

Mis ojos se dirigieron hacia él. La manera en que decía eso… no era amabilidad. Era una advertencia.

— Entonces, ¿por qué pareces irritado? — pregunté, soltando el cinturón al ver que estábamos cerca de mi edificio.

Él frenó suavemente y estacionó. Respiró profundamente, como buscando control antes de hablar.

— Me sacas de quicio, niña — dijo, mirándome, con la voz ronca. — Me haces hacer cosas que no suelo hacer.

Volteé el rostro hacia él, sin saber cómo reaccionar. Todo mi cuerpo parecía en alerta, como esperando algo que aún no lograba nombrar.

— No te entiendo — respondí, en un hilo de voz.

Él me miró. La luz del panel resaltaba sus ojos, que parecían aún más intensos en ese momento. Había algo allí… algo que luchaba por salir.

— Una chica infeliz me haciendo romper la maldita regla — dijo entre dientes, antes de inclinarse y besarme.

No hubo duda.

Su boca encontró la mía con una hambre que me dejó sin respiración. Fue fuerte, desesperado, como si el mundo fuera a acabar y ese beso fuera la única salvación. Sus dedos sujetaron firmemente la base de mi cuello, tirándome más cerca, como si quisiera fundirme en él. Sentí que el calor subía por mis venas como si una puerta se abriera y no hubiera forma de cerrarla.

Mi mano fue hasta su pecho, pero no para alejarlo. Quería sentir su corazón bajo mis dedos, quería estar segura de que eso era real, que él también estaba siendo arrastrado por esa locura. Él profundizó el beso y yo respondí sin pensar, sin calcular. Era instinto, era impulso, algo que no se podía explicar.

Cuando se apartó, aún demasiado cerca, nuestras respiraciones se mezclaban. Nos quedamos allí, quietos,

un segundo más del necesario. Sus ojos me miraban con una mezcla de rabia y deseo.

— Esto no debería haber pasado — susurró, con voz ronca.

— Pero pasó — afirmé, con su sabor aún en mis labios.

Él desvió la mirada, como si necesitara escapar de mí para no repetir lo que acababa de hacer.

Abrí la puerta sin saber qué decir y salí del coche con las piernas temblando. Crucé la entrada del edificio, rezando para que se fuera pronto, pero incapaz de no desear que bajara y lo hiciera otra vez.

La noche ya no era la misma. Y yo tampoco.

Capítulo 11



Adam Hawke

Tres semanas después

No importaba cuán profundamente cepillara mis dientes o cuánto tomara café negro, su sabor seguía impregnado en mí — insistente, como un recordatorio de que había cruzado una línea que nunca debería haber atravesado. El perfume floral tampoco me dejaba en paz. Estaba arraigado en el cuero de los asientos, impregnado en el aire. Lo respiraba cada vez que entraba, como si fuera una evidencia física de que ella estuvo allí. De que cedí.

Cerré los ojos por un instante. El simple hecho de recordarlo hacía que mi mandíbula se tensara.

Desde mi consultorio, la vista del Lago Michigan parecía demasiado tranquila para el caos que ardía en mi

interior. El viento soplaba suavemente sobre la superficie del agua, incluso con el frío anunciando la llegada del otoño, todavía quedaba algo de belleza en esa escena. Casi reconfortante. Casi.

Acababa de regresar de una última ronda. Los pacientes operados estaban estables. No había más procedimientos en esa tarde. Jueves, tres semanas desde que ella desapareció — sin aviso, sin consulta, sin explicación. Nada.

Huyó. Por supuesto que huyó.

Y con razón. Yo rompí mis propias reglas y la besé. La chica equivocada, en el momento equivocado, con una intensidad equivocada — o quizás demasiado intensa para ser equivocada. Y ahora, ese fuego maldito no se apagaba. Se extendía por dentro como una molestia constante. La quería. Y odiaba quererla.

Me alejé de la ventana, me senté en la silla y apoyé la cabeza hacia atrás. Mis ojos ardiendo, fruto de una noche mal dormida y más de veinte horas de pie. Todavía estaba Nate, los abogados de la familia, y la eterna danza de egos y decisiones estúpidas. La oficina, una bomba de tiempo. El celular vibró. Era mi madre.

— Adam, hijo — dijo con el mismo entusiasmo de siempre.

— Hola, mamá. ¿En qué puedo ayudarte? — pregunté, tratando de suavizar la voz, aunque la fatiga pesaba en mis hombros.

— ¿No puedo llamar solo para invitar a mi hijo a almorzar? — ella rio, divertida. — Hice cordero en salsa de naranja.

Cerré los ojos y respiré profundo. La imagen de su mesa, de la comida caliente, del olor de la casa… me dio un alivio inesperado.

— Pasaré por allá, sí.

— ¡Genial! — respondió ella, satisfecha.

Colgué por unos minutos, simplemente mirando al vacío. Luego, organicé algunos expedientes, revisé actualizaciones de la investigación clínica y fui directo al vestuario. Tomé una ducha rápida y me vestí con ropa casual, guardada en el armario para días de largas guardias. Cerré la puerta de mi consultorio y traté de alejar el cansancio.

Pero la verdad era que el cansancio físico era lo de menos.

Era la falta la que me quitaba el aire. La memoria de la chica con ojos inquietos y respuestas agudas, que invadía mis pensamientos incluso cuando mi deseo era solo silencio.

Me dirigí al estacionamiento sin cruzar palabras con nadie, no era conocido por ser simpático. Entré en el coche y me dirigí a la casa de mis padres, en uno de los barrios más lujosos de Chicago, en las cercanías de Lake Shore Drive, donde mansiones elegantes bordeaban el lago y los jardines parecían sacados de un catálogo de arquitectura. Era casi una hora de Streeterville, pero el trayecto, aunque familiar, parecía más largo en ese momento.

El tráfico fluía bien. Encendí la música para intentar alejar los pensamientos, pero ni siquiera el ritmo de Imagine Dragons ayudaba. Cada golpe me llevaba de regreso a ella. El aroma floral de esa desgraciada aún

impregnaba el asiento del coche, y el sabor de su boca me corroía como ácido. Enfoque, carajo.

Estacioné frente a la casa de mis padres y atravesé la puerta automática. La humedad del otoño humedeció mi cabello cuando salí del coche y golpeé la puerta con más fuerza de la necesaria. Antes incluso de llegar, mi madre ya había abierto la puerta, como si me vigilara por la ventana.

— ¡Qué bueno que llegaste! — dijo, jalándome con un entusiasmo sospechoso. — Todos te están esperando en la sala de comedor.

— ¿Todos? — pregunté, desconfiado.

— Sí, sí — respondió, intentando sonar casual, pero la prisa con la que me condujo delataba algo.

Al entrar, vi la trampa preparada: Helia sentada en la mesa con los padres, mi hermano Nate, la cuñada, los sobrinos y, claro, mi padre, ocupando la cabecera como un general en su trinchera. Una comida en familia, pero con olor a emboscada.

— ¿Puedo saber por qué esta reunión? — pregunté, sin ocultar la molestia.

— Solo viejos amigos almorzando — respondió mi madre, como si fuera algo simple. — Nada más.

— Los viejos amigos no me esperan sentados en la mesa como en un juicio — respondí, quitándome la chaqueta y apoyándola en la espalda de la silla, pero quedándome de pie.

Helia me miró. Sus ojos se cruzaron brevemente con los míos. Había algo allí. No era culpa ni complicidad.

Era incomodidad. Quizás ella también sabía que estaban usando nuestros nombres como moneda de cambio.

— Adam, los Russel están aquí para proponer algo útil para todos — dijo mi padre, directo como siempre.

— ¿Útil para quién, exactamente? — pregunté, con sequedad.

— Para nosotros. Para la oficina. Para las familias — respondió el señor Russel. — Sabemos que tú y Helia ya tienen una relación… y pensamos que ya es hora de oficializarla.

La frase flotó sobre la mesa como un golpe mal dado. Helia bajó la mirada, incómoda.

— La idea es unir las oficinas. Una fusión de nombres, fuerzas, patrimonios. Y, claro, que ustedes dos estén casados. Una familia sólida. Estable — continuó como si leyera un contrato.

— Estable — repetí con ironía. — ¿Me llamaron aquí para venderme? ¿Es eso?

— No se trata de eso, hijo — intervino mi padre, más duro. — Se trata de futuro. Responsabilidad. Compromisos. Cosas que tú estás huyendo.

— Yo no huyo de nada. Solo no soy un caballo de *pedigree* que va a ser subastado a cambio de capital.

— ¿Y los hijos? — preguntó el señor Russel. — Helia nos dijo que ya pensaron en eso. Un niño necesita una base firme.

Miré directamente a Helia. Ella aún no podía enfrentarse a mí.

— No tengo planes de formar una familia con Helia. Ni ahora, ni después. — Cada palabra la pronuncié con total claridad. — Y mucho menos, hijos.

El silencio cayó sobre la mesa, espeso. Nate carraspeó, incómodo.

— Adam... no necesitas ser tan directo — susurró, mirándome y después al padre, intentando suavizar la situación. — Podemos hablar con calma después. Pensar con más estrategia.

— ¿Estrategia? — me reí, sin humor. — Esto no es una campaña publicitaria. Es mi vida.

— Tu egoísmo te va a costar caro, Adam — soltó mi padre.

— Ya costó, ¿no? Desde el día en que no acepté ser manipulado.

Helia se levantó sin decir nada. Pasó junto a mí con el rostro ruborizado y fue hasta el jardín trasero. Su padre la llamó, pero ella no respondió.

Yo seguía allí, de pie, sintiendo ese viejo impulso de irme andando y no volver más. Solo que esta vez, algo en mí estaba más firme. No iba a ceder.

— Adam, ¡mi hija merece ser tratada con más respeto! — rugió el señor Russel, con la frustración evidente en su voz. — ¡Llevas años en esa relación, usándola!

— Señor Russel, su hija y yo somos adultos suficientes para manejar nuestras vidas. Y no me voy a casar con ella. Nunca — afirmé, girándome sin dudar.

Seguí hacia la entrada, abrí la puerta y salí. La necesidad de escapar de aquel teatro familiar me llevó a cruzar el jardín a pasos largos. Entré en el coche, encendí el motor y maniobré para salir de la propiedad, como si eso borrara todo lo que acababa de suceder.

¿Qué diablos estaban pensando? Las palabras de Richard resonaban en mi cabeza, cada sílaba pesando más que la anterior. Todo esto — el casorio arreglado, la falsa idea de herederos, los alianzas forzadas —, era el retrato de una vida que nunca elegí.

Conduje por las calles arboladas del barrio, cruzando avenidas anchas hacia el centro. El tránsito fluía, pero mi mente seguía atrapada en la misma curva: Eve. La memoria de ella todavía ardía bajo mi piel, solo aumentaba el caos.

El toque del celular me sacó del trance. Lo puse en altavoz.

— Hawke — atendí, luchando por sonar neutral.

— ¿Señor Adam Hawke? — preguntó una voz femenina, formal, meticulosa.

— Sí.

— Hablo de la Clínica Celestia Fertility. Necesitamos que asista. Lo antes posible. — Me enderecé en el asiento.

— ¿Qué pasó?

— Cometimos un error. Necesitamos explicarlo en persona.

Cerré los ojos por un instante, sintiendo cómo el malestar se instalaba en el pecho.

— Voy para allá.

Apagué, los dedos apretando el volante. Un error. Perfecto. Otro capítulo de este circo mal montado.

Aceleré, el camino a la clínica dibujándose ante mí como un campo minado.



Entré en la clínica y de inmediato fui llevado a la oficina del director, donde Hiago Wills me esperaba. Era un excelente médico y dueño de la clínica, siempre reconocido por su competencia y consideración.

— Adam, siéntate, por favor — pidió, tras estrechar mi mano y acomodarse en su silla, con un semblante serio que mostraba que la conversación no sería fácil.

— ¿Qué pasó? — pregunté, directo, con la tensión acumulándose en mi pecho.

Él respiró hondo antes de hablar:

— Voy a ser franco. Alguien llegó aquí con tu firma falsificada. Y solicitó inseminar a esa persona con tu esperma, y bien… así se hizo. Descubrimos esto ayer.

— ¿Qué? — grité, dominado por la incredulidad. — ¿Cómo que eso?

— Adam, la señorita Russel tenía tu firma exactamente igual. Solo vimos el error ayer, cuando ella

vino a comprobar si estaba embarazada. La doctora que manejaba el caso se dio cuenta de que inseminaron a la persona equivocada, así que hicimos una auditoría y confirmamos el error — trató de explicar Wills, con expresión preocupada.

— ¿Helia intentó falsificar mi firma? — pregunté, casi con incredulidad al escuchar su nombre ligado a algo tan grave. — Pero ella no fue inseminada, ¿verdad?

— Sí, pero otra persona sí — respondió, bajando la cabeza, con la pesada situación suspendida en el aire entre nosotros. — Haremos todo lo posible para revertir esto. El resultado del test de embarazo de la otra mujer que recibió tu esperma se dará hoy.

Mi cabeza empezó a doler con fuerza, y apretaba la mandíbula, como si quisiera evitar el temblor que me sacudía por dentro. Lo que escuchaba era un giro de los acontecimientos en mi vida imposible de imaginar.

— ¿Quién es esa mujer? — pregunté, con la voz más tensa de lo que pretendía. Cada nueva revelación parecía empujarme aún más a una realidad que no quería aceptar.

Y en ese momento, golpearon la puerta. Wills dijo "pasen" y, al abrir, el aroma floral me golpeó como un puñetazo. Volví a la cabeza y vi a Eve frente a mí, con los ojos abiertos de par en par al verme.

¡Maldita sea! No puede ser ella…

La escena se desplegaba ante mis ojos como una pesadilla, las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar de forma aterradora. El último lugar en el que esperaba encontrar a la mujer que, de alguna forma,

consumía todos mis pensamientos, era allí, vinculada a toda esa confusión absurda. El tiempo pareció detenerse.

Me quedé en silencio, mirando fijamente a Eve, y ella hizo lo mismo — como si el mundo entero se hubiera evaporado, dejando solo a nosotros dos en esa sala demasiado pequeña para su presencia.

Sus ojos brillaron con asombro y algo indefinido, quizás indignación, quizás tristeza. O todo a la vez. Ella llevaba el uniforme de la clínica — del mismo azul claro que tantas veces vi en el área de enfermería —, y sostenía un sobre con los dedos tensos. Su perfume me invadió con fuerza total, atravesando cada rincón de mi cerebro y provocando un torbellino de recuerdos: el beso, la noche en el coche, el silencio que nos tragó después.

— ¿Eve? — mi voz salió en un susurro ronco, como si su nombre hubiera quedado demasiado tiempo aprisionado en mi garganta.

Ella agrandó aún más los ojos, su pecho subía y bajaba con rapidez. No respondió. Solo me miró, y juraría que el aire a nuestro alrededor empezó a hacerse más raro, como si la atmósfera misma estuviera perdiendo densidad.

Hiago aclaró, pero no escuché ni una sola palabra. Mi atención estaba toda en ella — en la mujer que no había visto en tres semanas, y que ahora, frente a mí, podía estar esperando un hijo mío.

— ¿Esto es una broma? — pregunté, aunque sabía que no lo era. — No puede ser. Esto... no.

— También pensé así — respondió ella, finalmente, con la voz firme, pero sus ojos decían otra cosa. — Pero

no es así. Recibí una llamada esta mañana y... — levantó el sobre. — Me pidieron venir a buscar esto.

Ella entregó el papel al director de la clínica, que abrió y leyó con atención. Cuando terminó, nos miró con pesar.

— Eve, la prueba dio positiva. Estás embarazada.

Mi mente dio vueltas. Cerré los ojos por un instante, buscando aire, razón, alguna lógica que me salvara de la espiral donde caía. Cuando los abrí, ella seguía allí, con la respiración entrecortada, los hombros duros y la expresión llena de confusión.

— Esto es un absurdo — declaré, más para mí que para cualquiera allí. — ¿Cómo... cómo sucedió?

— También quería saber — replicó ella, y había fuego en su mirada ahora. — Yo doné óvulos, Adam. Eso fue lo que vine a hacer. En ningún momento autoricé... ¡esto!

— Y yo no autoricé que nadie usara mi material. — Me levanté, sintiendo que el suelo temblaba bajo mis pies. — Esto es un crimen. Esto es...

— Lo sé — dijo Hiago, con pesar. — Pero sucedió. Y ahora, tenemos que decidir qué hacer.

La sala parecía demasiado pequeña para contener lo que se había instalado entre mí y Eve. Un hilo invisible e indomable — algo que ya existía desde el primer día que la vi.

Y ahora, había una vida en medio de todo eso.

Ella bajó la vista por un instante, y pude ver el susto, la vulnerabilidad que intentaba esconder tras esa

fachada firme.

Estaba embarazada. Y ese hijo era mío.

No pude pensar en nada más. Solo en ella. En lo que podría suceder. Y, sobre todo, en lo que eso despertaba en mí.

Una parte que juré mantener dormida.

Capítulo 12



Eve Clark

Mis pensamientos se enredaban, como si una niebla espesa cubriera cada certeza que creía tener. Desde que entré en la clínica, todo parecía girar en círculos. Las voces a mi alrededor resonaban lejanas, como si estuvieran bajo el agua. Ninguna explicación tenía sentido. Pasé de sala en sala realizando pruebas, como si estuviera en un sueño distorsionado. Ahora, sentada frente al director de la clínica, el señor Wills, y al lado de Adam — el mismo hombre que me besó con urgencia y después me trató como si fuera un error —, todo parecía aún más surrealista.

El peso de las últimas semanas me aplastaba. Mi abuelo, que había tenido un accidente en uno de los tantos trabajos que hacía para obtener un ingreso extra, ahora descansaba en el hospital, debilitado. Jazz, mi mejor amiga, estaba exhausta por el empeoramiento de su madre, y yo no tenía el valor de agregar más angustia a su vida. Me sentía al borde del agotamiento.

— Señorita Clark, por favor, siéntese — pidió el señor Wills, con voz firme y cuidadosa.

Me acomodé en la silla junto a Adam, sintiendo su presencia como una corriente eléctrica bajo mi piel. Aunque estábamos tan cerca, había un abismo entre nosotros.

Había un bebé dentro de mí. Un bebé.

Yo estaba embarazada.

— ¿Cómo puedo estar embarazada si solo vine a donar mis óvulos? — pregunté, tratando de mantener el control, aunque la sensación de que algo dentro de mí estaba a punto de derrumbarse.

Adam soltó un suspiro profundo, desviando la mirada. Wills se ajustó en su silla, como quien se prepara para entregar una verdad incómoda.

— Señorita Clark, el material genético del doctor Hawke fue guardado en nuestro banco criogénico. Por un error lamentable, fue procesado y utilizado en un procedimiento de inseminación. Debería haberse destinado a otra persona, pero… fue aplicado en usted — explicó, con cautela. — Asumimos toda la responsabilidad. Ofrecemos soporte médico completo y una compensación de doscientos mil dólares. También podemos comenzar el proceso para remover el embrión.

La gestación apenas está en sus primeras semanas, solo son tres.

— ¡Detén! — exclamé, con la voz ahogada por la mezcla de shock e incredulidad. — Solo detén esto. Cuando dices remover… hablas de un aborto, ¿verdad?

La palabra resonó en la sala con el peso de algo que nunca debió pronunciarse en tono neutro. Me quedé inmóvil, con el corazón acelerado y los ojos fijos en algún punto de la pared. Era como si todo a mi alrededor se hubiera detenido. La gravedad de aquello me envolvía como un manto asfixiante. Un procedimiento que empezó como algo altruista y para ayudarme financieramente, ahora me enfrentaba a una decisión que nunca quise tomar.

Adam seguía en silencio, pero podía sentir cómo la incomodidad crecía a mi lado. El silencio entre nosotros era casi tangible.

Necesitaba respirar. Necesitaba un momento, cualquier espacio donde pudiera escuchar mi propia voz sin que el mundo me gritara qué era correcto o incorrecto.

— Señorita Clark, esta niña no puede existir — insistió Wills. — Fue utilizada sin la autorización del señor Hawke.

— ¿Los óvulos fecundados fueron míos? — pregunté, sintiendo el amargor subir por la garganta, como si cada palabra saliera desgarrando.

— Sí, solo los tuyos — respondió Wills.

Tragué saliva. Un nudo se formaba en mi garganta, mi cuerpo parecía dividido entre huir y desplomarme allí

mismo. No quería ser madre. Nunca me vi con un niño en brazos. Mi vida estaba lejos de ser estable — apenas podía cuidar de mí misma, mucho menos de otro ser. Esa cantidad absurda de dinero podría cambiar todo, podría garantizar el tratamiento de mi abuelo, aliviar a Jazz, pero... ¿abortarr? Era una decisión que parecía atravesarme por dentro.

— Si me permiten... — susurré, levantándome lentamente, los pasos inciertos me llevaron hasta la puerta.

Pero antes de que pudiera tocarla, se abrió con fuerza.

Apareció una mujer alta, rubia, con el rostro bañándose en lágrimas. Sus ojos estaban muy abiertos, y había algo inestable en su expresión. La recordé vagamente... sí, en el día de la inseminación. Ella estaba aquí.

— Tú... — susurré, sorprendida.

Pasó por mi lado como si fuera invisible, tropezando con sus propios pies, con la cara cubierta de desesperación.

— Adam, perdóname... por favor. — Lloraba, con la voz ahogada, casi sin aire. — Solo quería darte un hijo, solo quería que me miraras, cuando el bebé nazca... ¡Podemos casarnos, ser una familia! — dijo, cayendo de rodillas frente a Adam, con los brazos extendidos como si implorara por salvación, sollozaba y decía cosas sin sentido.

Me quedé inmóvil, con la mirada fija en esa mujer a los pies del hombre que, hasta hace pocos días, ocupaba mis pensamientos con una fuerza que me atemorizaba.

Ella estaba colapsando. Yo estaba en shock.

Y él... permanecía en silencio.

Las palabras de ella resonaron en mí, como un golpe en el estómago que tardaba en sentirse. "Nuestro bebé". "Familia". "Casarse".

Giré la cara, intentando procesar aquello. Mi pecho se cerraba, la habitación parecía cada vez más pequeña. Una mujer llorando por un hombre. Un hombre en silencio. Un bebé dentro de mí. Y una decisión que nadie podía tomar por mí.

La vida, de repente, había descubierto su crueldad con un cinismo brutal.

Helia seguía arrodillada, llorando en el suelo de la sala.

— Adam... perdóname... por favor. — Sollozaba. — El bebé... es nuestro. Podemos criarlo. Haría cualquier cosa por ti, hice por nosotros...

Adam soltó una carcajada amarga, seca. No había rastro de pena en su rostro.

— *¿Nuestro?* — repitió, mirándola con desprecio. — Esto nunca fue nuestro, Helia. Fuiste tú. Siempre fuiste tú intentando coser un futuro que solo existe en tu cabeza. Y ahora has destruido cualquier resto de respeto que aún tenía por ti.

Ella se encogió, temblando, pero él no se detuvo. Se volvió hacia mí.

— Y tú — dijo con los ojos en llamas. — No sé qué crees que hay entre nosotros, pero esto... — señaló mi

vientre, sin siquiera decir la palabra —, *esto es un error*. Un error grotesco que nunca quise.

El suelo desapareció bajo mis pies.

— ¿Un error? — susurré, la voz fallando.

— *Sí*. Un error biológico. Nada más. Fuiste usada, Eve. Usada en un plano enfermizo, y ahora estás aquí... pensando que eso nos conecta. Pero no conecta. No hay lazo. No hay nosotros. No quiero a ese hijo. No quiero ningún vínculo contigo.

Sentí que mis ojos ardían, y el dolor en el pecho fue tan agudo que apenas pude respirar.

— ¿Cómo puedes decir eso? — susurré. — Es tu hijo.

Él no desvió la mirada.

— Y no voy a asumir algo que fue hecho a la fuerza, en medio de un engaño. ¿Quieres tener a ese bebé? Tómatelo. Pero olvídame. No esperes nada de mí. Porque no siento *nada.*

Silencio...

Lágrimas rodaron por mis ojos, pero las sequé con el dorso de la mano. Reí, una risa amarga, porque el ahogamiento por el dolor que me invadía parecía irreversible.

— No quiero nada de ti, doctor Hawke, absolutamente nada — declaré con firmeza. — Este niño tendrá a mí y todo mi amor.

Adam dio un paso atrás, con la expresión dura como piedra.

— Soy médico. No soy padre. Y mucho menos salvador — dijo, su mirada fija en Wills, que estaba pálida ante la situación. — Resuelve este desastre, con los abogados, si es necesario.

Y entonces, salió de la sala sin mirar atrás.

El sonido de la puerta cerrándose resonó en el ambiente, seco, casi como un final épico de una película trágica. Mi corazón se apretó al pensar en la confusión que él había dejado atrás.

No sabía si lloraba por el bebé que llevaba dentro, por la traición que acababa de presenciar, por la violencia de ese abandono — o por haber creído, aunque solo por un segundo, que él podría ser diferente. La frustración y la tristeza se mezclaban en un torbellino de emociones, y me sentía perdida, como si hubiera chocado con una realidad dura e indiferente.

Pensé en cómo mi vida había tomado un rumbo inesperado, y la sensación de soledad me amenazaba con consumirme. El futuro que ahora me esperaba era incierto, las promesas de amor y felicidad parecían distantes, casi imposibles.

¡Sería yo y ese bebé!



Intenté ignorar las golpes en mi puerta, pero pronto comenzaron a volverse insoportables.

— ¡Sé que estás aquí, Eve! — gritó Jazz, aumentando la intensidad de su insistencia. — ¡Abre!

Me levanté de la cama, arrastrándome unos pasos hasta la puerta. Cuando la abrí, vi que Jazz llevaba un vestido largo azul y un abrigo negro descolorido. Sus ojos se abrieron de par en par al verme. Entró rápidamente y cerró la puerta tras ella, sin decir nada más, me abrazó con fuerza.

Se quedó un rato sujetándome mientras yo lloraba en su hombro, como una niña perdida. Quizás así me sentía en ese momento.

— Vamos a acostarnos en la cama — dijo Jazz, arrastrándome de vuelta debajo de las mantas. — Vamos, amiga.

Me hundí bajo las cobijas, aun sollozando, y Jazz se unió a mí, envolviéndome en sus brazos. Ella alisó mi cabello rebelde y empezó a cantar mi canción favorita de Taylor Swift, "Fearless", en voz baja. Su voz era horrible, pero la amaba. Eso me calmaba, aunque fuera un poco.

— ¿Qué pasó, amiga? — preguntó después de cantar la misma canción tres veces.

— Estoy embarazada, me inseminaron por error, ¡y el hijo es de Adam! — solté, las palabras brotando de mí como un alivio necesario.

— ¡Voy a ser tía! — exclamó Jazz, riendo a carcajadas. — ¡Dios mío, vamos a tener un bebé para cuidar y ese olorcito bueno por toda la casa!

Saqué mi cabeza de su pecho y la miré mientras sollozaba.

— Tengo miedo — confesé, las lágrimas corriendo sin control.

— Yo no, porque podemos con esto. — Ella se secó mis lágrimas y sonrió, su risa mezclándose con el llanto. — ¡Es una señal de que tenemos algo bonito que esperar, amiga! ¡Vamos a tener un bebé, Eve!

Saltó sobre mí, abrazándome con fuerza, sollozando de alegría.

— Apenas puedo pagar el alquiler — susurré, pero no pude evitar reír con ella. — Aun así, siento que amo a ese granito de frijol, aunque todavía no lo haya visto.

— ¡Voy a ayudarte! Me quedaré despierta contigo, aprenderé a hacer biberones y, si es necesario, obligaré a mi cuerpo a producir leche — dijo Jazz, con una valentía que solo ella tenía. — Cuidaré de ustedes, porque lo que es tuyo también es mío.

— Apenas puedo pagar el alquiler — resoplé. — Tengo un armario a punto de desplomarse, y ahora... un bebé.

— Entonces, criaremos a ese bebé entre ollas viejas y paredes descascaradas. Pero lo haremos con amor — declaró Jazz, con los ojos llenos de lágrimas. — Yo hago biberones, lo llevo al pediatra, me quedo sin dormir. Haré todo contigo.

— Dices eso ahora, pero nunca te levantaste a las 3 de la mañana con un bebé llorando.

— Nunca fue necesario. — Sonrió. — Pero por ti, me levanto. Por ese bebé, poner el mundo patas arriba.

Lloramos juntas. Con Jazz a mi lado, incluso los días más oscuros tenían color. Ella era lo mejor de mí, y yo, lo mejor de ella.

— Necesito contarles a mis abuelos — dije, apartándome un poco y sonriéndole. — Se volverán locos.

— Te recibirán con los brazos abiertos — aseguró Jazz. — Primero haremos la ecografía y después hablaremos con ellos. ¿Esperamos unos tres meses, puede ser?

Asentí, y a medida que hablábamos sobre lo que venía, una sensación de renovación empezó a apoderarse de mí. Las dificultades aún estaban allí, pero su presencia hacía que todo fuera más soportable. Era un nuevo camino, y juntas sabíamos que podíamos seguir adelante.

— ¿Y tu mamá? ¿Cómo está? — pregunté con curiosidad y cariño.

— Mejoró. La gente de la iglesia allá en Brasil la fue a buscar hoy y la llevó a una finca en el interior — contó Jazz, sonriendo con los ojos. — Son muy acogedores, y mi mamá me expulsó cuando le dijo que iba a ir también. Dijo que era hora de que viviera mi vida. Pero cada quince días voy allá.

— Quería haberme despedido — confesé, sintiendo un nudo en el pecho al recordar todo lo que pasamos juntas.

— ¡El próximo fin de semana, vienes conmigo! — dijo ella, con entusiasmo.

— Sí, voy — afirmé, sintiendo cómo la esperanza crecía por dentro.

La idea de reencontrar a alguien querido en un lugar tranquilo parecía una invitación para respirar. Un instante de paz en medio del caos, una oportunidad para recordar que aún había belleza en el camino.

Capítulo 13



Adam Hawke

Me detuve frente a la lápida de Angela y de nuestra bebé. Ella fue enterrada sin nombre. Sin rostro. Sin oportunidad.

Coloqué flores — sencillas, frescas, blancas — y dejé que las lágrimas cayeran, sin intentar detenerlas. Cada gota parecía cavar un agujero en mi piel, como si el duelo finalmente hubiera encontrado una rendija para desbordarse.

El frío de la mañana se adhería a mi piel, pero lo que me helaba por dentro era el recuerdo del accidente. Los gritos de ella aún vivían en mí. Se habían convertido en un eco continuo, golpeando en mi cráneo desde

aquella noche. El sonido del impacto, el vidrio estallando, el olor a sangre mezclado con humo.

Respiré profundo, inhalando con dificultad, como si mi propio cuerpo resistiera la idea de seguir adelante. El pecho jadeaba, descompasado, mientras el dolor me atravesaba por dentro — feroz, crudo. Una mezcla caótica de rabia, culpa y nostalgia. Sentía como si algo en mí hubiera muerto junto con ellas. Y quizás así fue.

Me quedé allí por largos minutos, inmóvil. Ninguna oración salía de mi boca, porque ya no creía en justicia divina. La vida había sido cruel. Y yo, por más que intentara ser el hombre correcto, el hijo ejemplar, el médico impecable, no pude salvarlas.

No pude salvar a mi familia.

Pero algo dentro de mí se negaba a permitir que eso fuera el fin.

Había una incomodidad, una chispa encendida en la parte más oscura de mi ser. No sabía si era redención o solo el reflejo del instinto de supervivencia. Solo sabía que no podía seguir enterrado junto con ellas.

Angela merecía más que flores. Y nuestra hija, aunque sin nombre, merecía más que el olvido.

Me arrodillé frente a la lápida y apoyé la mano sobre la tierra. Era fría, pero real. Tanta como el dolor que me consumía.

— Lo siento mucho... — susurré, con la voz ahogada.

Me levanté con dificultad, sintiendo el peso del pasado sobre los hombros, secándome la cara con la

manga de la camisa. El dolor seguía allí, pero algo empezaba a moverse dentro de mí. Quizás no fuera paz, pero era un comienzo.

Y, a veces, un comienzo era todo lo que se tenía.

Caminé fuera del cementerio. El cielo empezaba a clarear, tiñendo de dorado el borde de las nubes. El día nacía, y con él, la obligación de seguir adelante.

Entré en el coche. Al cerrar la puerta, el aroma floral de Eve aún flotaba en el interior — un recuerdo fantasmal que me impactó con fuerza. Abrí las ventanas. Dejé que el viento entrara, lavando mis pensamientos con la brisa fría de la mañana.

Conduje en silencio hasta el hospital. Al salir, vi a Damon acercándose a mí. Su paso firme, como siempre, contrastaba con mi cansancio disfrazado.

— Buenos días, Adam — saludó, extendiendo la mano. — ¿Todo en orden?

— Todo — respondí, seco. — Y contigo.

— También bien. ¿Estás seguro de que estás bien para trabajar hoy? — preguntó, mirándome con extrañeza. — Tienes una expresión abatida.

— Totalmente. Necesito eso. — Solté su mano y saludé con la cabeza, dando por terminada la conversación.

— Que tenga buen turno entonces.

— Buen descanso — le ofrecí, ya siguiendo adelante.

Damon era un neurocirujano. De vez en cuando intercambiábamos cafés y charlas informales. Buena

gente.

Entré en el hospital con el mismo enfoque de siempre, pero con un peso diferente en los hombros. Fui directo al vestuario, cambié de ropa y me puse la bata que siempre dejaba por allí. Ya en el pasillo, fui interceptado por Joiste, mi residente.

— ¡Doctor! — dijo, jadeando. — Una paciente en urgencias puede necesitar una intervención cardíaca.

Asentí con un ligero movimiento de cabeza.

— ¿Dónde está?

— En la habitación de obstetricia.

Seguí a su lado, pasos rápidos y precisos. En cuanto entré, reconocí a Helia parada junto a la paciente.

Ella me miró por un segundo — su rostro perdió color, luego adquirió un tono rojizo. La mujer acostada parecía nerviosa, y Helia mantenía una postura rígida. Era una de sus pacientes.

No intercambiamos palabras. La última conversación entre nosotros todavía ardía en mi memoria. Y, por un momento, el aire se volvió más pesado entre ambos.

Pero allí había una paciente, y, sobre todo, yo era médico.

Me acerqué a la cama, evaluando los signos de la mujer. Mi rostro adoptó la expresión fría y concentrada que todos conocían. Era hora de dejar los sentimientos de lado — o fingir que todavía era posible.

— Buen día, soy el doctor Hawke, de cardiología — anuncé con calma. — ¿Cómo se siente, señora Rudes?

— Estoy de veintisiete semanas de embarazo... — respondió ella, con respiración agitada. — Tengo un trasplante de corazón desde que tenía dieciséis años.

La información golpeó con fuerza. Por un momento, vi el rostro de Eve — quince años, el mismo procedimiento, ahora con tres semanas de gestación. Enfoque, joder. No aquí.

— ¿Su cardiólogo fue consultado durante el embarazo?

— Soy de Nueva York, doctor. Solo paso por aquí. Siento que algo está mal. Siento como si fuera a infartar. El bebé... mi bebé está aquí — dijo, colocando la mano sobre la barriga.

— Solicitaré exámenes completos. El doctor Ethan, de medicina general, se encargará de su caso. — Mi voz salió más firme de lo necesario.

— Pero... ¿no es usted el mejor aquí?

— Soy cirujano. Y por el momento, su cuadro no indica necesidad de cirugía. Los exámenes nos dirán más. Si surge algún riesgo mayor, estaré presente. Con permiso.

Salí de la habitación antes de que la confusión dentro de mí estallara. Los pasos apresurados detrás de mí no me sorprendieron.

— ¡Adam! ¡Espera! — La voz de Helia me alcanzó, aguda, insistente.

Me di la vuelta lentamente, con la mirada ya cerrada.

— No tenemos nada de qué hablar — advertí, frío. — Mantén la distancia.

— Esa chica no puede dar a luz a tu hijo, Adam — disparó ella, nerviosa. — Ella tiene que interrumpir esto.

Pasó las manos por su cabello, inquieta. Como si yo pudiera comprender esa efusividad.

¿Te volviste loca? — mi voz salió baja, firme, cargada de indignación. — Esto no es asunto tuyo.

— ¡Tenía que ser nuestro! — susurró ella, con ojos húmedos. — Tenía que ser nuestro...

— Nunca debería haber sido. Nada entre nosotros fue real — afirmé, sin apartar la mirada.

Ella se pálido.

— Nunca — repetí, con más énfasis, y entonces di la vuelta, alejándome sin mirar atrás.

Había vidas que salvar. Y ninguna de ellas estaba en el pasado.



Entré en el restaurante y, en lugar de dirigirme a la mesa habitual, elegí una cerca de las ventanas. Josías y los otros camareros me lanzaron miradas curiosas, pero las ignoré. El jardín que Elias había creado allí, con sus

flores bien cuidadas, contrastaba brutalmente con el caos que se alojaba en mi interior.

Hice el pedido automáticamente. Quizá la rutina me calmara, pero ni el vino ayudaba. En la cuarta copa, Elias apareció y se sentó frente a mí, trayendo algunos aperitivos.

— ¿Qué está pasando, Adam? — preguntó, con firmeza, sus ojos escrutando los míos, como si quisiera leer todo lo que no decía.

— Mi niña... está esperando un hijo mío — susurré, con una risa seca, intentando encontrar algo de alivio en el fondo de la copa.

— ¿Eve? — Él levantó una ceja. Asentí con la cabeza, evitando mirarlo. — Eso es bueno, ¿no? Un hijo... — intentó él.

Solté una risa amarga.

— Ella fue inseminada con mi material por error. Un error clínico. Una tontería.

— ¿Cómo así, por error?

— Helia falsificó mi firma. Y, de alguna forma, Eve fue quien terminó siendo inseminada. Ahora está embarazada — hable, con cada palabra más amarga que la anterior.

Su mirada me presionaba más que cualquier juicio.

— ¿Y la niña? ¿Te quedas con ella? Ella no tiene a nadie, Adam. Tú mismo dijiste que apenas se mantiene.

Las palabras me golpearon profundamente. La vergüenza se extendió en mi pecho.

— La mandé a arreglárselas sola — confesé. — Dije que no podía hacer nada.

Elias me miró como si fuera un extraño.

— Joder, Adam.

Tomé otro sorbo de vino, intentando evitar el peso de la verdad que se acumulaba.

— Siento atracción por una chica de veinticinco años que tiene la edad de mi sobrino — dije, con una sonrisa forzada. — Y ahora ella está embarazada de mí.

— Una chica de veinticinco años que sabe lo que quiere en la vida. Más madura que mucha gente que conocemos. Ese no es el problema, y tú lo sabes.

Él empujó un aperitivo en dirección a mí. El gesto simple, casi paternal, me desarmó más que cualquier argumento.

— La evitas porque ella te saca del control. Porque te hace olvidar. Algo que Angela nunca pudo.

Su nombre cayó como una piedra sobre la mesa.

— Basta de hablar de Angela — gruñí, más alto de lo que pretendía. — No tiene nada que ver con ella.

— Tiene todo que ver. Sigues atrapado en la culpa de no haber sido el hombre que ella esperaba. Pero Eve... Eve te hace sentir vivo. Ella te saca de la rutina, te arranca del luto, y eso te asusta más que cualquier otra cosa.

Me quedé en silencio, mirando el fondo de la copa. Sus palabras eran como un golpe, certeras.

— Ella no debería querer volver a mirar mi cara... — dije, con vacilación en mi voz.

— Si estuviera en su lugar, le reventaría esa cara bonita, hijo de puta — río Elias, y su tono bromista alivió ligeramente la tensión que me rodeaba.

— Pide perdón a la niña y sácala de ese agujero donde vive. Sabes que, en su condición, necesita cuidado y consuelo.

Asentí en señal de acuerdo, la sugerencia de él resonó en mí. Sabía que esa era la actitud correcta.

— Voy a mandar limpiar mi casa. El bebé tendrá más espacio allí, la vista al mar hará bien a Eve — dije, comiendo uno de los aperitivos mientras pensaba en qué hacer a continuación. La idea de que ella y el niño estuvieran en un ambiente que pudiese ofrecer tranquilidad empezaba a parecer más atractiva.

— Nunca usaste esa casa — comentó Elias, analizándome con una mirada casi investigadora.

— Angela la odiaba por ser más anticuada y distante — respondí, levantándome, una oleada de recuerdos pasados me golpeó. El dolor de cada recuerdo sonaba como una cicatriz que aún no había sanado.

— Me voy a casa — declaré, sintiendo que se acababa el tiempo de la charla.

— ¿Quieres que te lleve? — preguntó, acompañándome, él también se levantó, claramente dispuesto a ayudar.

— Voy a caminar y luego agarro un taxi — le di una palmada en el hombro, intentando sonreír, pero la

sensación de urgencia me empujaba a salir. La atmósfera entre nosotros había cambiado, y necesitaba espacio para pensar.

Al salir del restaurante, la decisión de traer a Eve a mi casa empezó a tomar forma en mi cabeza, pero la realidad de la situación todavía me golpeaba. Cuidarla a ella y al bebé se volvía una prioridad, sin embargo, la idea de tenerla como pareja romántica parecía una línea que no podía cruzar. La lucha interna entre el deseo y la culpa era constante, como si cada paso hacia Eve me alejara de todo lo que había construido hasta ahora. Pero quizás era eso precisamente lo que necesitaba: romper con certezas viejas para construir algo nuevo, incluso si era a trompicones.

Recorrí las calles vacías, el viento cortándome la cara mientras mi mente trataba de ordenar el caos. La noche estaba en silencio, como si el mundo me diera un tiempo para pensar — o me lanzara contra mí mismo. Cada paso llevaba el nombre de ella en mi cabeza.

Eve.

Ella era fuego y desafío, una tempestad disfrazada de calma. Y ahora llevaba algo que, de alguna manera, ya era mío. Un bebé. Una nueva vida. Una oportunidad para hacer todo diferente — no porque fuera bueno, sino porque no soportaba la idea de equivocarme otra vez.

Quizá todavía no sabía amar de manera ligera. Pero sabía cuidar, proteger. Y, jodidamente, sabía reconocer cuando algo era importante.

Saqué el celular del bolsillo. Mi pulgar dudó sobre la pantalla, pero lo escribí de todas formas:

"Eve, necesitamos hablar. Nos vemos, te buscaré mañana en cuanto salga del trabajo."

Miré el mensaje por largos segundos antes de apretar enviar.

Capítulo 14



Adam Hawke

Yo me sentía como un maldito perseguidor, siguiéndola a distancia. La infeliz ignoraba todos mis mensajes y llamadas, dejando claro que buscaba evitar cualquier tipo de contacto. Y, como un lunático, seguí tras ella. Usaba diferentes autos — cuando no podía ir yo mismo, ponía a Xavier, mi conductor y ex-agente del ejército, tras ella. Él la vigilaba por mí, me mantenía informado de cada paso.

No era solo por ella. Era por el bebé también.

Estaba dando tiempo para que ella se acostumbrara.

Para que yo aceptara.

Su hijo.

Mierda, Hawke.

Tu hijo.

Nuestro bebé.

Y aun así, me evitaba al punto de faltar a las consultas. Eso me volvía loco. Conocía los riesgos. Sabía de cada complicación que podía surgir. Y ella actuaba como si nada estuviera pasando.

Era la puta de un bastardo miserable.

Un hombre que la quería, deseaba, necesitaba.

Pero no podía tenerla. No de la manera correcta.

Infierno.

Vi cuando salió del trabajo, noche tarde. Estaba exhausta, abrazando su abrigo contra el cuerpo. Caminaba rápido por la acera, con pasos cortos, dirección a la estación.

Esperé a una buena distancia y, entonces, encendí el coche. Lentamente. No tenía el Bentley — ella ya lo conocía. Y si era necesario comprar una flota de autos nuevos para no ser reconocida, lo haría. Hasta que ella decidiera de por sí enfrentarse a mí.

O hasta que mi paciencia se agotara.

Ella entró en la estación y Xavier me avisó que ya estaba dentro del vagón. Él fue con ella, manteniendo distancia.

Mientras tanto, conduje hasta su barrio.

Llegué antes.

Aparqué y espere.

Ella salió de la estación sin mirar a los lados. Caminaba con pasos rápidos, abrazando su abrigo como si pudiera protegerse del mundo.

La calle era mal iluminada, con postes dispersos y fachadas desgastadas. Ella siguió por la acera estrecha, esquivando huecos, autos estacionados al azar y latas de basura apiladas junto a la acera. La seguí desde lejos, con la velocidad baja, las luces apagadas.

Veinte minutos de caminata. Solamente. Embarazada.

Eso me enloquecía.

Pasó frente a una tienda cerrada, una portón de hierro grafiteado, luego dobló en la esquina hacia una calle aún más oscura. Tuve que apretar los ojos para seguirla.

Cada paso que daba sin mí me carcomía.

Cada vez que miraba por encima del hombro y no me veía, algo en mí se partía.

Eve merecía más.

Más que ese barrio, ese recorrido, esa soledad.

Cuando finalmente llegó al edificio, me acerqué despacio, deteniéndome a unos metros de la entrada.

La puerta estaba con la pintura desconchada. El intercomunicador no funcionaba bien. Una bombilla

colgaba del techo de la entrada, parpadeando como una maldición.

Ella abrió la portón con dificultad, empujó la puerta y entró. Sin ninguna tranca adicional. Sin portero.

Mierda.

Me quedé dentro del coche, con los dedos tensos en el volante.

Podría subir.

Terminar con esta payasada ahora mismo.

Exigir que me escuchara. Que dejara de huir.

Pero sabía que ella todavía no estaba lista.

Respiré profundo.

Miré hacia la ventana del tercer piso. Las luces se encendieron.

Estaba en casa. Estaba bien.

Giré la llave. El motor ronroneó suavemente.

Conduje sin rumbo durante unas manzanas hasta que divisé un bar discreto, de esos en los que nadie hace preguntas. Aparqué. Elías ya estaba allí, sentado con una mujer de vestido ajustado y risa fácil. Cuando me vio en la puerta, dejó escapar una media sonrisa aliviada.

La mujer se dio cuenta del estado de ánimo y se levantó dándole un beso en la comisura de los labios. Elías no dijo nada, sólo señaló el asiento vacío que había a su lado. Me senté, con la sangre aun hirviéndome.

— Adam, no pensé que vendrías — comentó, antes de dar un sorbo a su copa.

— Estaba observando a Eve ir a casa.

Elevó una ceja.

— ¿Hablaron?

Hice un gesto hacia el camarero. Pedí whisky. Doble. Miré la copa como si tuviera las respuestas.

— No. Solo la seguí.

Elias soltó una risa cínica, ese típico sonido que sale cuando se pierde la fe temporalmente en la sanidad mental del amigo.

— La seguiste, ¿pero no le hablaste? — Ahora reía en serio, sin filtros. — ¿Desde cuándo te volviste un cobarde?

La palabra me impactó como un puñetazo en el estómago. Me obligué a mantener una expresión firme, pero él ya lo sabía. Me conocía demasiado bien.

— Estoy dando espacio — respondí, con la voz baja, cargada de rabia contenida. — Ella está embarazada, por mi culpa. Lo mínimo que puedo hacer es no invadir más.

Elias apoyó los codos en la barra, mirándome con esa expresión de quien no acepta excusas baratas.

— Eres un hijo de puta controlador que sigue a la mujer hasta el edificio, pero a la hora de subir y resolver la mierda, se esconde detrás de la moralidad. ¡Joder, Adam! Esa mujer necesita de ti. No de tu orgullo.

Apreté la mano alrededor de la copa, con los dedos demasiado firmes. Di un sorbo y dejé que el alcohol quemara hasta el estómago.

— Tú no entiendes.

— Entiendo, sí. Quieres control, pero lo perdiste. Y no sabes qué hacer con eso. Solo que ella no esperará para siempre.

Dejé la copa en la barra y miré el reflejo en el espejo del bar. Parecía tranquilo. Pero por dentro estaba a punto de explotar.

Tenía razón.

Y, aun así, permanecí sentado.

Porque si subiera a ese apartamento, no podría salir sin ella.

Y no quería forzarla a nada.

Aún no.

— No vas a poder seguir así, Adam — dijo Elias, girando el hielo en su vaso. — Esa tontería de hacerte el fantasma protector no es lo tuyo. O hablas con ella, o terminarás destruyéndote.

— Ya me estoy destruyendo — confesé, con voz ronca. — Pero no tiene que ver conmigo. Tiene que ver con ella, con lo que hice. Rechacé a nuestro hijo.

— No eres el único culpable en esta historia. Pero lo serás, si sigues huyendo.

Solté el aire con fuerza, apoyando los codos en la madera gastada de la barra. El bar estaba sofocante,

lleno de voces que no me importaban. Nada me importaba en ese momento, más que su rostro, la expresión cerrada al pasar junto a mí en la calle, la forma en que abrazaba su abrigo como una armadura.

— ¿Y qué sugieres? ¿Que toque la puerta de ella como si nada hubiera pasado? ¿Que exija el derecho a estar junto a alguien que quiere que esté lejos de mí?

Elias sonrió con cinismo.

— No lo sé. Tal vez solo pregunte cómo está. Tal vez, por una vez en la vida, no tengas que exigir nada.

Fruncí el ceño y terminé el whisky de un trago. El alcohol no calmaba la inquietud, solo la maquillaba por unos minutos.

— Ella no quiere hablar conmigo — dije.

— No la juzgo, tiene razón — afirmó. — Fuiste un idiota.

— Lo sé, lo sé.

Elias me observó durante unos segundos. Luego se encogió de hombros y pidió otra ronda.

— No quería decirte esto, pero… quizás ella está esperando este día.

— Quizás.

— ¿Y tú hasta cuándo vas a esperar?

Me quedé en silencio. La pregunta quedó flotando en el aire, como humo de cigarro, y allí, en esa noche asfixiante, en medio de un bar cualquiera, tuve la certeza de que no esperaría mucho más.

Porque amar a alguien en silencio era como sangrar por dentro.

Y ya estaba cansado de fingir que no dolía.

Capítulo 15



Eve Clark

Duas semanas después

Me sentía agotada mientras salía de la tienda después de terminar mi turno. Ya pasaban de las 10 de la noche. Sin un horario fijo, me adaptaba al que surgía. No me quejaba — no tenía ese lujo. Apreté el abrigo alrededor del cuerpo, intentando protegerme del viento frío, y comencé a caminar por la acera en dirección a la estación.

Pero me detuve.

Adam estaba allí.

Apoyado en el coche, con los brazos cruzados, la mirada fija en mí. La sombra de la farola dibujaba líneas rígidas en su rostro, y por un instante, el tiempo pareció dudar, como si esperara mi próximo paso.

En los últimos días, hice todo lo posible por mantener distancia. Ignoraba sus mensajes, evitaba cualquier contacto. Pedí a otro cardiólogo que se encargara de mis análisis y me mantenía alejada de la clínica de fertilización, que ya me había informado que, independientemente del resultado, me indemnizarían por todo lo ocurrido. Una cifra alta — más de doscientos mil dólares. Pero ni eso borraba la sensación de invasión, de haber tenido mi cuerpo y mis decisiones anulados.

Todo lo que quería era tiempo. Silencio. Un espacio donde pudiera procesar el embarazo y manejar las palabras que Adam me lanzaba. Siempre volvían cuando cerraba los ojos, como fantasmas susurrando en la oscuridad. A veces soñaba con que él se alejaba. Otras, con el seco dolor de ser dejada sola. Respiré profundo, intentando ignorarlo. Pero él se alejó del coche y se acercó a mí. Mi estómago se revolvió. Quise huir, pero mis pies estaban inmóviles. El corazón latía fuerte. Nostalgia, rabia, deseo... todo se mezclaba.

Se detuvo frente a mí, alto, imposible de ignorar.

— Eve, necesito hablar contigo — dijo, aunque su voz sonaba más baja, aún mantenía una firmeza inflexible allí.

— No quiero hablar. — Mi respuesta fue seca. — Déjame pasar.

— Necesitamos hablar sobre nuestro hijo — dijo, tocando mi brazo. El gesto fue contenido, sin fuerza, pero aun así, me provocó un escalofrío. — Entra en el coche. Solo quiero llevarte a un lugar tranquilo. Nada más.

— Adam, ya no hay nada que decir — afirmé, manteniendo la postura. — Ya dijiste todo lo que necesitabas. ¿Crees que ahora puedes simplemente reaparecer, darme una comida y borrar lo que hiciste?

— No intento borrar nada. Castígate después, si quieres. Pero hoy… tú y el bebé vienen conmigo. Quiero asegurarme de que estén bien.

— Voy a mi casa — repetí, mirando a sus ojos.

— No, niña, tú vienes conmigo.

Dio un paso atrás, como si respirara profundo antes de tomar una decisión. Luego, con un movimiento rápido, me levantó como si pesara menos que un suspiro.

— ¡Adam! — grité, intentando soltarme. — ¿Te has vuelto loco?

— Solo un poco — dijo con la calma de quien se negaba a discutir. Abrió la puerta del coche, me acomodó en el asiento trasero con firmeza y entró a mi lado. — Xavier, podemos ir.

El conductor asintió sin decir nada. La ciudad pasaba por las ventanas mientras yo miraba a Adam, enfadada y conmocionada. Parecía tranquilo, pero sus ojos delataban algo más. Tal vez arrepentimiento. Tal vez miedo.

Tal vez la misma marea de confusión que giraba dentro de mí.

— ¿A dónde vamos? — pregunté después de un largo silencio.

Me miró, y pude notar las ojeras oscuras bajo sus ojos; parecía tan exhausto como yo me sentía. Por un momento, eso me dio una extraña sensación de calma.

— ¿Estás tomando tus medicamentos? ¿Has visto a alguna obstetra? — preguntó, ignorando mi pregunta.

— Estoy tomando los medicamentos, pero aún no he visto a una obstetra. Solo conseguí una cita para dentro de dos semanas — respondí.

— Voy a marcar en el hospital y transferir todos tus controles allí. Será mejor y tendremos más apoyo — dijo él, pasando la mano por su rostro antes de suspirar. — Eve, ni pienses en negarlo. Es tu salud y la de nuestro hijo.

Apreté la garganta. La tentación de rechazar cualquier cosa que saliera de él era fuerte, pero mi lado racional ganó. Necesitaba que él asumiera sus responsabilidades. No me daría el lujo de negarme por orgullo puro.

— Ok — logré murmurar.

Él asintió, sus ojos bajaron hacia mi vientre todavía liso. Por un segundo, parecieron vacíos, pero luego parpadeó y me miró, sonriendo sin mostrar los dientes.

— Ya casi llegamos — informó.

Solo asentí, jurando que vivía cerca del hospital y de la tienda de conveniencia, pero estábamos yendo en

dirección opuesta. Me tardé en darme cuenta de que nos dirigíamos hacia el norte de Chicago, hacia Gold Coast.

Suspiré al entrar en el barrio lleno de mansiones clásicas. Cuanto más avanzábamos, más el coche se adentraba en un camino rodeado de árboles y jardineras con flores, aún hermosas en pleno otoño. Cuando el coche se detuvo, Adam salió y extendió su mano hacia mí. Tomé su mano y suspiré al sentir el viento fresco del Lago Michigan en mi rostro, contemplando toda la vista de la costa.

Justo delante, una alameda de piedras claras, flanqueada por muros bajos de ladrillo tallado — parcialmente cubiertos de musgo y enredaderas —, que conducía hasta los escalones del porche. Los muros dividían discretamente los jardines simétricos. Tenían pequeñas esculturas en las esquinas: pájaros, hojas de laurel, y una concha tallada en el centro de cada curva, como si la misma naturaleza allí fuera invitada, no contenida.

El camino permanecía en silencio, salvo por el sonido del agua de una fuente antigua de piedra, su flujo constante e hipnótico. La puerta de entrada, de madera oscura, gruesa y delicadamente tallada con arabescos casi invisibles a simple vista, pero que, al mirarlos de cerca, mostraban escenas de otro tiempo.

La iluminación era impecable. Hasta de noche, parecía que era de día.

El impacto del paisaje frente a mí fue inmediato. Por un momento, olvidé el frío que cortaba mis dedos. La majestuosidad de aquel escenario me golpeaba como una ola silenciosa — no por el lujo ruidoso, sino por el contraste absoluto con todo lo que conocía.

Apreté la mano de Adam solo el tiempo suficiente para bajar del coche, luego la solté. Mis pasos sobre las piedras claras parecían resonar en un mundo que no era mío. Todo era demasiado refinado, demasiado contenido. La casa, en sí, no mostraba ostentación.

Aquella fachada estaba diseñada para impresionar sin esfuerzo, como un recordatorio sutil de que allí se respiraba otro aire, se vivía otra realidad. Todo a su alrededor susurraba tradición, elegancia y poder. Nada gritaba, pero todo pesaba.

Mi garganta se secó.

Caminé lentamente, sintiendo que sus ojos me acompañaban. El aroma suave de jazmín venía de algún rincón del jardín, mezclado con la frescura del lago.

— No esperaba... esto — murmuré, más para mí que para él.

Adam se acercó en silencio, pero no dijo nada. La llave giró en la cerradura con un clic firme. Cuando la puerta se abrió, un calor suave escapó de la casa, acogiéndonos, pero sin calentar lo que había dentro de mí.

Respiré profundo antes de cruzar el umbral, como si atravesara un límite invisible — entre lo que conocía y lo que nunca entendería por completo. La madera bajo mis pies era oscura, pulida. El aroma del ambiente mezclaba madera envejecida, incienso discreto y algo más... algo que me recordaba a él.

Por más hermosa que fuera, todo allí me parecía distante. Un escenario montado para alguien como él— meticuloso, preciso, inquebrantable. El tipo de casa

donde el silencio tiene reglas, donde incluso los cuadros en las paredes parecen observarte.

— ¿Es esta tu casa? — pregunté, volviendo el rostro en su dirección.

— Es — respondió, con voz baja pero firme —. Y, por ahora, también será la tuya.

Levanté una ceja, sorprendida por la afirmación.

— No recuerdo haber discutido eso.

— Me gustaría que vivieras aquí, la casa es espaciosa y también puede evitar que veas a Mileide, tu gata — dijo, directo, o parecía estar siendo. — Eve, quiero que tengas comodidad y tu apartamento no puede darte eso.

— No puedo aceptar vivir en ese lugar — gruñí.

Él me miró con esa calma que parecía más una provocación.

— Aún vas a aceptar.

Miré alrededor una vez más. El techo alto, el brillo discreto de las lámparas de araña, las paredes de tono neutro con obras de arte que parecían elegidas para no llamar la atención y, por eso mismo, llamaban la atención.

Mi cuerpo podía estar allí, pero parte de mí aún estaba en la acera, en la tienda de conveniencia, en el viejo sofá de la casa de mis abuelos.

— Es bonito — admití, pero mi voz salió baja —. Pero no sé qué estoy haciendo aquí.

Adam se acercó más, su presencia parecía llenar todos los espacios a su alrededor.

— Estás aquí porque quiero cuidarte a ti, Eve. A nuestro hijo. No importa lo que ocurrió antes, me equivoqué. Pero ahora... ahora, estoy intentando hacer lo correcto.

Crucé los brazos, intentando mantener el foco.

— ¿Y crees que ponerme en una casa que parece escenario de revista arreglará algo?

Él no respondió de inmediato. Solo me miró, serio.

— No. Pero quiero que sepas que no estás sola. Ni por un segundo.

Por dentro, algo se partió — o quizás solo era la muralla que intentaba mantener en pie.

Me quedé allí, en medio de ese hall impecable, sin saber si aquello era el comienzo de algo o solo un paso más hacia el abismo.

— Te alimentaré y luego te mostraré dónde puedes dormir — dijo, guiándome hacia una cocina espaciosa con una gran isla y bancos a su alrededor. — Matilde hizo un pastel de papa delicioso.

— ¿Quién es Matilde? — pregunté rápidamente.

— La cocinera — respondió —. Siéntate, te voy a servir.

Su lado amable me estaba poniendo nerviosa. A pesar de su persistente arrogancia en la voz, había una calma, casi pasividad, que no esperaba. Él me sirvió y comí en silencio; realmente estaba delicioso. Cuando

terminé, Adam lavó los platos y los cubiertos antes de posar suavemente su mano en mi espalda y guiarme hasta el piso superior, donde me llevó por un pasillo hasta uno de los cuartos, o mejor dicho, una suite.

Me impresionó el tamaño: una cama king size, ropa de cama clara, un vestidor espacioso y un baño lujoso, con una vista impresionante.

— Esta será tu habitación. La mía queda al final del pasillo — explicó —. Hay ropa en el armario que te espera, además de champú y todo lo que necesitas en el baño. Voy a dejarte tranquila para que te acomodes, mañana hablaremos mejor.

Antes de que pudiera decir algo, él se retiró.

Me senté en la cama, con los dedos hundiéndose en la suave tela de la colcha blanca como la nieve. El colchón cedió bajo mi peso con un confort casi indecente, pero no logré relajarme. La habitación era amplia, silenciosa, absurdamente acogedora. La madera oscura del suelo contrastaba con las cortinas ligeras y translúcidas que danzaban con la brisa. Un difusor difundía un aroma a lavanda y vainilla por el aire— algo que, en otra situación, me habría hecho dormir sin resistirme.

Sin embargo, mi pecho estaba en guerra.

Miré alrededor como si buscara pruebas de que aquello era real. La ropa en el armario, los frascos en el baño, los detalles sutiles de alguien que pensó en mí antes de que llegara... Era como si él supiera, con anticipación, que acabaría allí. Y, de cierta forma, eso me revolvía aún más.

Envié un mensaje a Jazz, intentando ser breve, directo, como si al escribir poco pudiera disminuir el peso de todo aquello:

"Estoy en la casa de Adam. Él insistió. Parece seguro. ¿Puedes alimentar a Mileide para mí? Mañana te cuento mejor. Te amo."

Apreté enviar y dejé el celular a un lado. Las paredes, el techo alto, el espejo ovalado apoyado en la esquina— todo allí era pensado, meticulosamente elegido, pero aun así, parecía impersonal. Como si esa casa hubiera sido diseñada para que nadie necesitara hablar alto. Para que los sentimientos no quedaran a la vista.

Me acosté en la cama sin cubrirme, mirando al techo. ¿Qué estaba haciendo?

No confiaba en Adam— al menos no de la manera en que uno debería confiar en alguien que se invita a cuidar de ti. Había demasiada tristeza, mucha decepción. Pero, al mismo tiempo, algo en él me jalaba. Era más que orgullo herido o rabia. Era una inquietud. Una promesa no dicha.

No sabía qué quería él, en realidad. Si redención, control o amor. Quizá ni él mismo lo sabía.

Cerré los ojos por un instante y dejé que mi mano descansara sobre el vientre aún invisible. Un gesto pequeño, casi inconsciente, pero que bastó para que una lágrima se deslizara por la esquina de mi rostro.

No se trataba de lujo. No era sobre camas enormes o cocineras que hacían pasteles de papa.

Era sobre ese hijo que crecía dentro de mí. Sobre el peso de ser responsable de una vida, mientras todo a mi alrededor parecía frágil y al borde del colapso.

Era sobre sobrevivir a eso por completo.

Me giré de lado, buscando un rincón menos vasto en aquella colchón. Mañana él quería hablar. Mañana todo podría cambiar.

Capítulo 16



Adam Hawke

Caminé por el lado este de la propiedad, donde los muros bajos de piedra caliza se extendían hasta el borde del suave acantilado, moldeado por la lenta acción del tiempo, descendiendo hacia el Lago Michigan. La vastedad azul ante mí parecía más un océano que un lago. La superficie brillaba bajo los primeros tonos dorados del atardecer, mientras el viento frío danzaba entre los árboles, esparciendo hojas secas por el suelo.

Me senté sobre una de las rocas calentadas por el sol, ignorando el hecho de estar sin camisa. El contraste entre el calor de la piedra y el frío que recorría mi piel era justo lo que necesitaba para sentirme presente, real.

El aire que llenaba mis pulmones era puro, libre de las presiones y los ruidos que normalmente me rodeaban.

Allí, en ese rincón escondido del mundo, lejos de los pasillos fríos del hospital, de las reuniones tensas y de la culpa que siempre me seguía, existía una quietud que me desarmaba.

Sabía que Eve pronto despertaría, y que, tarde o temprano, tendríamos la charla que ella había evitado desde el día en que la lastimé con mis palabras. Respetaba su resistencia, sin embargo, no estaba dispuesto a dejarla escapar. No ahora. Su bienestar y el de la criatura que llevaba en su vientre eran prioridades. Aunque ella me mirara con desconfianza o me enfrentara con esa valentía impulsiva que tanto me irritaba... y que también me fascinaba.

La verdad era que aún intentaba asimilar la idea de ser padre. La palabra sonaba extraña, como un traje que nunca me había puesto. No era miedo. Era incredulidad. Yo, que siempre controlé todo, ahora enfrentaba algo que escapaba por completo a mi racionalidad.

Quizá escuchar el corazón del bebé durante la ultrasonografía me traería algún tipo de comprensión. O tal vez solo aumentaría el caos interno. Aun así, era un sonido que quería—necesitaba—escuchar. Un sonido que me confirmara que aquello era real.

Llevé la mano a mi propio pecho, sintiendo la pulsación firme contra los dedos. Un recordatorio de que la vida, por más desordenada que estuviera, seguía adelante. Y, de forma inesperada, parecía estar a punto de ganar un nuevo significado. Uno que no involucraba premios, cirugías riesgosas o titulares en revistas médicas.

Uno que involucraba a ella.

Y a esa pequeña vida creciendo dentro de ella.

Quizá, al final, empezaba a vivir después de años entumecido por el dolor.

Tras un rato de contemplación, regresé a la casa. La madera bajo mis pies parecía más cálida ahora, calentada por el sol de otoño que empezaba a dorar el interior a través de las grandes ventanas.

En la sala, encontré a Liandri organizando cojines y recogiendo tazas olvidadas. Su sonrisa fue instantánea al verme.

— ¡Adam! — exclamó, con ese entusiasmo espontáneo que la acompañaba desde que tengo memoria. — La mesa del café ya está puesta. ¿Tu novia ya despertó?

— Liandri, Eve no es mi novia — respondí, por décima vez, sin esconder el cansancio en mi tono. — Estamos ligados por el bebé. Nada más que eso.

Ella resopló, girando sobre los talones con un gesto silencioso.

— Ustedes, los jóvenes modernos, están todos confundidos. Hablan de lazos y vínculos como si los sentimientos fueran contratos — respondió, desapareciendo hacia la cocina.

Subí las escaleras de dos en dos, ya esperando encontrar su habitación todavía cerrada. Pero, al llegar a la correa, me detuve abruptamente. Eve salía justamente en ese momento, y nuestras miradas se cruzaron.

Su cabello suelto caía en ondas sobre sus hombros. Sus mejillas aún tenían un tono rosado, tal vez por el calor del baño o por la vergüenza de verme. La observé por un instante, demasiado largo— sus ojos deslizándose por mi pecho descubierto, hasta que se dio cuenta de su propia reacción y desvió la mirada rápidamente.

— B-buenos días, Adam — saludó, con la voz temblorosa y los ojos huyendo de los míos.

Había algo encantador en cómo intentaba disimular el impacto de mi presencia. Esa mezcla de inocencia y desafío me dejaba más atento de lo que quisiera.

— Buenos días, Eve — respondí, observando su ropa. El mono azul y el abrigo ligero que llevaba eran mis elecciones. No sabía si ella los aprobaría, pero parecía cómoda. — ¿Dormiste bien?

— Sí, la habitación es maravillosa. La cama… parece que me absorbió — comentó, con una media sonrisa y una rápida mirada al suelo.

Era una contradicción viviente. Su rostro suave, casi dulce, parecía esconder una mente y una lengua afilada. Una trampa hecha de capas.

— Genial. Baja, el desayuno ya está servido. Me voy a vestir y te encuentro allí — dije, pasando junto a ella mientras me dirigía a mi habitación.

— Está bien.

Aún vacilaba en mirarme de frente, pero algo en su voz sonó más tranquila esta vez. Cerré la puerta de la habitación tras de mí y me puse una camisa de manga larga. La tela fría ayudó a alejar los últimos vestigios del sol sobre mi piel.

Cuando bajé de nuevo, la encontré ya sentada en la mesa. Estaba concentrada en servirse un pedazo generoso de pastel. La escena me provocó un impulso inmediato.

— No comas eso — advertí, con un tono más áspero de lo necesario.

Eve me miró de reojito, sorprendida, con el tenedor todavía en el aire.

— ¿Por qué?

— Tienes alergia a las fresas — expliqué, sentándome en la punta de la mesa, justo a su lado.

Ella se quedó con los ojos muy abiertos, mirando el plato, y soltó el tenedor con algo de vergüenza.

— Yo... ni siquiera me di cuenta de que era de fresa — susurró, empujando el plato suavemente a un lado.

— El embarazo puede intensificar las reacciones alérgicas. Es mejor no arriesgar — respondí, sirviéndole una porción del pastel sencillo, sin cobertura.

La situación entre nosotros seguía siendo una cuerda floja. El deseo de protegerla y cuidar al bebé caminaba junto con la irritación constante que su obstinación despertaba en mí. Ella traía caos, pero también una extraña sensación de renovación. Como si, de alguna forma, el mundo dejara de ser tan predecible desde que ella había entrado en él.

Pero ahora, era necesario mantener el enfoque. Un paso a la vez. Sin espacio para impulsos o distracciones.

Incluso si la distracción estaba allí, con el cabello aún húmedo, la mirada inquieta y ese perfume ligero que

parecía pegarse por toda la casa.

Comimos en silencio. El sonido de los cubiertos sobre la porcelana parecía amplificado, llenando los espacios vacíos de las palabras no dichas. Cuando terminé, dejé la servilleta sobre la mesa, levantándome lentamente. Miré a Eve, que me observaba de reojo, pero sin mirarme de verdad.

— Vamos a hablar afuera. Un poco de sol puede ayudar a aclarar las ideas — sugerí, en un esfuerzo por aliviar la carga que había entre nosotros.

Ella no dudó. Se levantó con calma y me siguió hasta el jardín, con pasos ligeros sobre el sendero de piedra. La brisa de la mañana nos envolvió con una frescura suave, y seguimos en silencio hasta la orilla de la propiedad, donde el terreno inclinaba suavemente hasta encontrar la pequeña playa escondida abajo. El Lago Michigan, con su vastedad azul-verde, brillaba bajo el cielo despejado, pareciendo engullir el horizonte.

Eve se detuvo a mi lado y, al mirar hacia el paisaje, sus ojos adquirieron brillo. Una sonrisa tenue emergió, por un instante, vi a la mujer antes del caos— ligera, curiosa, encantada.

— Aquí es hermoso — dijo, como si esa fuera una descubrimiento raro.

— Sí, lo sé — afirmé. Por un momento, compartí el silencio con ella, pero, esta vez, de forma menos asfixiante.

Me di la vuelta, sintiendo el peso que se acumulaba en mi pecho. Era hora de abrir la herida, aunque todavía estuviera expuesta.

— Quiero pedirte perdón por mis palabras el día que supe del embarazo.

Ella se volteó lentamente, la sonrisa ya disipándose, reemplazada por una expresión densa, los ojos oscurecidos por el recuerdo.

— Yo también me sorprendí. Estaba dolida. Me sentí traicionada — dijo, con firmeza, pero sin gritar. — No pedí esto, Adam. No pedí a ese bebé. No pedí cargar el fruto de una mentira. Me sentí… violada. Como si mi cuerpo hubiera sido invadido. Pero aun así, en el momento del shock, nunca pensé en quitar esa vida. Nunca.

Sus palabras me impactaron con una fuerza silenciosa. Respiré profundo, los ojos fijos en la línea del lago. El dolor en su voz no era teatral. Era real. Crudo.

— Entiendo. O al menos estoy intentando entender. Solo… nunca imaginé pasar por esto. Nunca pensé que sería padre otra vez. Y descubrir que usaron mi semen sin mi permiso… fue como si me arrancaran algo de adentro. Me sentí expuesto, robado.

Dejé que la frase muriera en el aire. Tal vez porque, al terminarla, sería enfrentar la profundidad de la violación que también me había alcanzado a mí.

— Tú sufriste, sí — respondió ella, sin suavizarse. — Pero yo estuve allí, escuchando tus palabras como si fuera una sentencia. Estaba vulnerable, embarazada, sola… y tú me disparaste con frases que pesaban como acero. Me heriste sin siquiera levantar la voz.

Sus palabras atravesaron mi defensa. No había manera de negar lo sucedido. Yo había fallado. Y ahora,

no bastaba con arrepentirme, necesitaba actuar diferente.

— No quiero volver a cometer errores contigo, Eve — dije por fin, sin filtros. — Ni con este bebé.

Ella me observó por un momento. El viento levantó su cabello en direcciones suaves, y vi cómo movía la mandíbula, como si estuviera conteniendo algo— una lágrima, una respuesta, un impulso.

— Entonces, demuestra eso — dijo ella, al fin. — Porque las palabras... son fáciles, Adam. Y las tuyas ya me han herido lo suficiente.

— Sé que las palabras no solucionan las cosas, Eve — respondí, intentando prepararme para lo que vendría. — Sé que te lastimé, que fui injusto.

— No lo arregla, Adam — cortó, con la frustración evidente en la voz. — Tú me pusiste en el mismo lugar que esa mujer. Dime… ¿también le soltaste las mismas palabras que me dijiste a mí?

— Aún no tuve oportunidad... — intenté justificarme.

— *¡Tuviste, en ese día!* — Ella no lo permitió. La voz se le elevó, cargada de dolor. — Me miraste como si fuera basura. Como si hubiera planeado esto. Yo no pedí cargar con tu hijo, Adam.

— *¡Lo sé!* — La rabia se escapó de mí. — ¡Estamos en el mismo barco, carajo! Cometí errores. Ya pedí disculpas. ¡Y estoy intentando arreglarlo! Quiero que estés bien aquí. Que aceptes mi ayuda. Hay una cabaña en el sur de la propiedad — puedo traer a tus abuelos para que estén contigo. Puedo cuidar de ustedes.

— *Esa casa* — escupí con las palabras —, *esa propiedad, ¡ese confort... nada de eso me dará lo que necesito!* — Su voz se quebró, pero continuó: — Ni todo el dinero del mundo llenará eso. Ni a mí, ni a este bebé.

Respiré profundo. La rabia latía bajo mi piel, mezclada con la preocupación que no me abandonaba desde que todo esto empezó.

— Entonces, ¿qué quieres de mí? — pregunté, entre dientes, al borde del control.

— Que *quieras*. Pero de verdad. Eso. Una buena relación entre nosotros por el bebé... — Su voz vaciló, pero no apartó la mirada. — Quiero saber si en *realidad elegiste* ser un buen padre... o si simplemente estás tratando de pagar la culpa con caprichos.

Se impuso un silencio tenso. Sus palabras aún vibraban en el aire cuando respondí, directo, cruel, sincero.

— Nosotros no vamos a ser pareja, Eve. Nunca — afirmé. — Tú serás la madre. Yo, el padre. Solo eso.

Se quedó inmóvil por un segundo, como si necesitara procesar.

Luego, rió. Una risa nerviosa, breve, entre el dolor y la rabia.

— Tan vivo, tan inteligente... doctor Adam Hawke. Pero no ve más allá de dos palmos. Esa sabiduría, la que importa, te falta — dijo, con una calma cortante. — Llévame a mi casa. Necesito pensar sobre tu propuesta.

La palabra quedó suspendida entre nosotros. *Propuesta*. Fría. Comercial. Una etiqueta que aplastaba

todo lo humano en esta situación.

Mientras ella se alejaba unos pasos, cruzando los brazos, el viento moviendo su cabello suelto, yo solo podía pensar en cómo dos corazones podían latir por uno... y, aun así, parecer tan distantes.

Nuestra batalla apenas comenzaba. Y no tenía certeza de si saldríamos enteros.

Capítulo 17



Eve Clark

Entré en la casa de mis abuelos ya sintiendo el aroma de té de manzanilla invadir el aire. Ese perfume dulce y cálido que siempre me acogió. Fui hasta la cocina y los vi sentados en la pequeña mesa redonda, bebiendo té y comiendo galletas caseras, como hacían todas las tardes.

— ¡Llegué justo a tiempo! — dije sonriendo y besé a cada uno.

— Estás hablando muy bajo, niña — se quejó el abuelo, acariciando mi rostro con sus manos ásperas —. Y has estado desaparecida.

Sonreí con la familiaridad de esa reprimenda cariñosa. Tiré de una silla, me senté y tomé una galleta de chocolate de la bandeja.

— Hablo alto, ¡es que usted no escucha! — provoqué, y él se rió, moviendo la cabeza como quien reconoce la derrota.

— ¿Cómo están tus brazos, abuela? ¿Dejaste de lavar ropa para los demás?

— Mejoré, niña. Y no, ya no lavo más ropa para afuera — respondió —. ¿Quieres té?

— No, solo galletas. Por cierto, ¡tengo buenas noticias! — exclamé emocionada. — Abuelo, mañana en el hospital entregan tu aparato auditivo, y abuela, llegaron tus medicinas, esas que solo se compran por pedido. ¡Mañana las traigo!

Me miraron sorprendidos, como si la información tardara en tener sentido. Mientras mordía la galleta, fingía no ver cómo se paraba la confusión en sus rostros.

— ¿Robaste un banco o te prostituiste, Eve? — preguntó la abuela, con tono nervioso. — Jesús, oh, Jesús... Sabía que no haberte bautizado de bebé daría en esto. ¡Mira… Prefiero mendigar que aceptar dinero sucio, Eve!

Intenté contener la risa.

— No me prostituí ni robé, abuela. Es honesto, lo juro por Cristo — aseguré, conteniendo la risa —. Fui indemnizada por una situación… una tontería, pero prefirieron pagarme a denunciarse.

Conté por encima, sin entrar en detalles. Mi abuela empezó a llorar y tomó mi mano con delicadeza.

— Podrías usar ese dinero para ti, niña. Ya haces tanto por nosotros…

— Gracias, Eve — agradeció el abuelo, dando suavemente un golpe en mi hombro. Un gesto simple, pero cargado de tanto amor.

¿Cómo podía explicarles que nada de lo que hiciera se acercaba a todo lo que ellos habían hecho por mí desde que nací?

El abuelo solo tuvo un hijo y, aun así, lo perdió por el alcohol— incluso después de haber tratado de criarlo con todo lo que pudo dar. La abuela siempre decía que mi padre nunca le gustó trabajar o tener responsabilidades. Cuando mi hermano y yo nacimos, fueron ellos quienes cuidaron de nosotros. Mis padres apenas podían cuidar de ellos mismos.

Y aun después del accidente, siguieron allí. Siempre firmes.

Cuando dejé la casa, fue para que por fin pudieran, en realidad, cuidarse a sí mismos, algo que no hicieron durante décadas. Aun así, a esa hora, cuando todavía vivía con ellos, estaban trabajando— lavando ropa, vendiendo pan, entregando comida. Incluso con el dinero que dejaba, insistían en asegurarse de que tuviera todo. Desde la mejor alimentación hasta los medicamentos. Como si el amor también se mostrara con sacrificio.

— No lo agradezcan — dije.

Pasé el resto de la tarde charlando, sobre las 7 de la noche, comí algo y decidí irme, cuando estaba en la calle

cogí el móvil y vi un mensaje de Jazz diciendo que iba a venir a mi casa antes de que me fuera a trabajar a las 8 y media, ya que mi turno empezaba pronto a las 10 de la noche.

Y había un mensaje de Adam diciendo que me buscaría para el trabajo, respondí que sí. No negaría la ayuda ni la comodidad. Nuestra relación, si es que se podía llamar así, estaba estrecha, o mejor, confusa. Él desapareció unos días desde que me llevó de vuelta a casa y ahora enviaba mensajes, hombre confundido.

Caminé por la acera sin prisa y avisté a Derek cerca de mi edificio. Seguí caminando; no cambiaría de acera por él, de ninguna manera.

Cuando pasé junto a él, sentí su mano agarrar mi muñeca, forzándome a detenerme.

— Eve, necesitamos hablar! — gritó.

— Suéltame, ¡no hay nada qué decir! — dije, firme, tratando de mantener la calma.

— No — gruñó, apretando más mis muñecas. — Eve, necesitamos resolver esto, me cansé de esperar a que me buscaras.

Sus ojos estaban rojos y su aliento alcohólico invadió mis fosas nasales. Conocía muy bien esas señales. Mi padre había agredido a mi madre varias veces así, y viceversa.

Intenté sonreír, buscando aparentar tranquilidad. Gritar solo lo pondría más nervioso.

— Está bien, suéltame y hablemos — logré decir, manteniendo un tono calmado.

Él parpadeó, pero en lugar de soltarme, apretó aún más mi muñeca, haciendo que gruñera de dolor.

— Es lo que siento cada vez que no me miras. Sabes que te amo, Eve. Lo sabes — dijo Derek.

— Sé, sé, Derek — respondí, intentando calmarlo.

Su rostro se llenó de una furia repentina, y entonces movió la cabeza. Instantáneamente, llevé una mano a mi pancita, intentando proteger al bebé.

— Me heriste. Estás dejando que otro hombre tenga lo que era mío. Lo sé, lo vi. Es el doctor, ¿verdad? Te he estado siguiendo, Eve, tu... — gritó y, en un acto de rabia, me dio una bofetada en la cara, lanzándome al suelo.

Antes de que pudiera reaccionar, me pateó las piernas, y todo se volvió una mancha borrosa: un coche frenando y Adam apareciendo, arrojando a Derek al suelo y lanzándose a golpes furiosos.

— ¡Aléjate de ella, hijo de puta! — gruñó Adam, continuando a golpes a Derek.

— ¡Adam, Adam! — llamé, intentando que volviera. Cuando me miró, parpadeó varias veces y se acercó a mí. — ¡Ayúdame!

— Eve, joder — susurró. — ¿Te duele algo?

— ¡Mi cara y mi pierna, nada más! — respondí, las palabras saliendo sin fuerza. — Llévame a casa, por favor.

Él pasó un brazo por debajo de mis piernas y otro por mis espaldas, levantándome del suelo con una facilidad asombrosa. Entró en el edificio y subió las

escaleras, mientras me sujetaba al cuello, buscando seguridad en su fuerza.

Adam me cargaba en brazos, como si no pesara nada. Su mandíbula seguía tensa, y no dijo una sola palabra hasta que paramos frente a la puerta de mi apartamento.

— La llave... está en mi bolsa — susurré, con voz ronca —. En el bolsillo de adelante.

Inclinó la cabeza en asentimiento y, con una habilidad que me sorprendió, puso la pequeña llave en la cerradura. La giró, empujó la puerta y entró conmigo en brazos.

— Voy a buscar hielo y un paño húmedo. ¿Hay botiquín de primeros auxilios aquí? — preguntó, ya alejándose.

— En el armario del baño... arriba — le respondí, con una voz más débil de lo que quisiera.

Adam salió y, por un momento, dejé que los ojos se cerraran. Cuando volvió, sostenía una toalla pequeña, un paquete de hielo improvisado y un tubo de ungüento en las manos. Pero antes de que pudiera acercarse a mí, una bola de pelo *tricolor* saltó sobre la cama con un maullido indignado.

— ¡Ah! — Se detuvo, sorprendido. — ¿Y quién es esa?

— Mileide — respondí, intentando contener una sonrisa al ver a la gata mirando a Adam como si fuera un intruso.

Ella dio vueltas alrededor de la almohada, rozó sus costas en mi hombro y luego se sentó, protegiéndome con su mirada felina afilada.

Adam frunció el ceño.

— ¿Me estás juzgando, Mileide?

La gata soltó un maullido seco y giró el rostro, claramente ofendida.

— Creo que sí — respondí, sonriendo. — Ella no confía en los hombres grandes de entrada.

— Ella es inteligente — murmuró, acercándose con cuidado a la cama, como si pidiera permiso al gato. - Disculpe, señora Mileide. Tengo que ocuparme de su humano.

Con una mirada de pocos amigos, Mileide saltó a la mesita de noche, desde donde vigilaba cada movimiento de él como una centinela.

Adam se sentó en el borde de la cama y mojó la toalla en el vaso de agua que había traído. Con delicadeza, comenzó a limpiar el rincón de mi boca, donde todavía persistía el gusto metálico de la sangre.

— Esto va a ardere un poco — dijo, con la voz baja.

— Está bien.

Su toque era suave, casi reverente. En silencio, aplicó la pomada en el rincón herido de mi boca y, luego, presionó con cuidado la bolsa de hielo contra mi pierna.

— ¿El dolor es fuerte? — preguntó, con los ojos clavados en mí.

— Solo molesta. Ya pasé por cosas peores — respondí, tratando de sonar fuerte. Pero su mirada decía que no creía mucho en eso.

Después de unos minutos en silencio, extendió la mano y tocó mi vientre con suavidad, como si pidiera permiso.

— Ante todo le protegías — dije, casi en un susurro. — Incluso cuando tenías miedo. Incluso cuando te atacaron.

Asentí lentamente, con un nudo en la garganta. Mileide, como si se diera cuenta del estado de ánimo, saltó de nuevo a la cama y se tumbó a mi lado, acurrucándose contra mi vientre, como había hecho desde que descubrí que estaba embarazada.

— Ella supo — dije. — Desde el principio. Siempre se acerca cuando estoy mal.

Adam sonrió, una sonrisa triste y llena de cosas que no decía.

— Ella tiene razón. No deberías pasar por eso sola.

— Ya no estoy sola ahora, ¿verdad? — pregunté, mirándolo.

Él dudó. El dolor en su rostro era distinto al físico. Era el dolor de quien intenta levantarse después de destruir algo valioso con sus propias manos.

— No. No lo estás — respondió. — ¿Vas a dormir aquí? — preguntó, mirando alrededor.

Asentí.

— No tengo cuarto. Todo está aquí — expliqué, mirando mi pequeño espacio. — La cama, la sala, la cocina. Multifuncional, como yo — añadí.

Él respiró profundo, noté que intentaba mantener la calma.

— Programé una consulta contigo mañana con la obstetra y haremos más exámenes por prevención — dijo en serio. — Eve, toma tus cosas y vámonos a mi casa.

Después del incidente con Derek, no sabía qué hacer. Los 15 mil dólares que la clínica me envió se usaron para comprarle al abuelo su aparato y los medicamentos de la abuela. Con el resto, saldé algunas deudas. Aún estaba la promesa de los doscientos mil, pero sabía que no sería suficiente por mucho tiempo.

— ¡Acepto! — dije, tragando mi orgullo.

— Bien, ¿necesitas que te ayude a hacer las maletas?

— No, yo me encargo. — Sonreí, tratando de parecer segura de mi decisión. — Déjame sola para eso, mi amiga llega en un rato y quiero hacerlo por mí misma.

— Estaré en el coche — avisó, respetando mi pedido, y salió.

Me quedé allí unos instantes, absorbiendo lo que estaba a punto de cambiar en mi vida. Era una decisión grande, pero tal vez necesaria. Estaba lista para enfrentar lo que fuera, sabiendo que no estaba sola en ese camino.

Tomé mi maleta y comencé a ordenar las cosas lentamente, me detuve un momento y me senté.

Entonces, Mileide se acurrucó en mi regazo al escuchar las animadas golpes en la puerta.

— ¡Abre esa puerta, mujer! ¡O entro por la ventana! — Reconocí la voz de Jazz incluso antes de levantarme.

Solté un suspiro, entre sonrisa y cansancio. Fui hasta la puerta y la abrí. Jazz entró como un huracán.

— Traje galletas rellenas, chocolate y jugo. ¡Todo lo que un corazón roto y embarazado puede querer! — declaró, jalándome para un abrazo apretado que duró más de lo que esperaba. — Te extrañé.

— Yo también, — solté, apoyando la cabeza en su hombro un segundo.

— Tuve que ir de urgencia al interior — contó, ya entrando y dejando las bolsas en el suelo de la cocina —. Tuve asuntos urgentes con mi madre en ese dónde ni señal ni nada.

— ¿Fin del mundo? — pregunté, riéndome.

— Sí.

Ella me miró y observó alrededor y vio la maleta abierta en el sofá cama, ropas dobladas y la caja de Mileide junto a la puerta.

— ¿Te vas a mudar? — preguntó, con una sonrisa que comenzó a desvanecerse un poco.

Asentí.

— Me voy a casa del… del Adam.

— Claro que sí — dijo ella con una media sonrisa, luego cruzó los brazos. — Eve, perdóname por

desaparecer. Debería haber estado aquí, escucharte, apoyarte. Pero mi cabeza se convirtió en una sopa extraña con arroz quemado.

— Hey. — Tomé su brazo. — Siempre has sido mi lugar seguro. Solo que estés aquí ya vale por todo.

— Vuelvo en tres meses, ¿vale? La doctora de mi madre quiere que ella esté en observación, y alguien tiene que cuidar a esa mujer terca. Pero nos hablaremos todos los días. No intentes evitarme, porque soy peor que una factura vencida.

— ¿Tres meses? — hice una mueca.

— Tres meses de añoranza. Y cuando vuelva, estaremos más fuertes. Tú con ese bebé que ya le dará unos patadones, y yo con unos kilos de comida casera.

Nos miramos y nos reímos. Jazz siempre tenía ese talento: hacía que el mundo pareciera más ligero, incluso en los días más pesados.

— ¿Vas a mantener ese apartamento? — preguntó, tomando a Mileide en brazos.

— Voy a devolver el apartamento — le respondí y ella asintió, apretando a Mileide. — Ella muerde, ¿sabes? — advertí, señalando a Mileide.

— Perfecto, nos entendemos — respondió, besando a la gata en la cabeza antes de devolverla a la cajita.

El momento era simple, pero lleno de cariño. Y cuando nos despedimos, con un abrazo fuerte y promesas silenciosas, sentí que, aun con los cambios, todavía guardaba un pedacito de casa allí conmigo.

Jazz salió por la puerta y yo me quedé unos instantes más, firme en la decisión que tomaría a partir de ese momento.

Lista para el próximo paso, o no, simplemente seguiría.

Capítulo 18



Adam Hawke

Mi ira aún ardía dentro de mí mientras conducía a casa. Eve estaba a mi lado en el asiento del copiloto, Mileide maullaba en la caja de transporte, y la maleta con sus pertenencias ocupaba el maletero. El sonido persistente de la gata llenaba el coche, rompiendo lo que quedaba de paz en ese espacio cerrado.

Mi deseo era volver y destrozarle los dientes al desgraciado que le puso un dedo encima. Cuando salí del apartamento, él ya se había desaparecido. Solo quedaron marcas en el suelo, manchas oscuras que parecían burlarse de mi impotencia. Nunca fui un hombre de

perder el control, pero ahora... todo dentro de mí gritaba.

Solté el aire con fuerza por las narinas, intentando no ahogarme en el impulso de echar para atrás.

— ¿Quieres que pase por algún lugar antes? — pregunté sin quitarle los ojos de la calle.

— No. Solo déjame en el trabajo y lleva a Mileide contigo — respondió Eve, con voz firme, pero aún con una rigidez que revelaba el cansancio.

— ¿Vas a trabajar en serio?

— Sí. El mundo puede derrumbarse, pero yo sigo en pie, Adam.

Había algo en la forma en que ella dijo eso que me tocó. Ella no pedía ayuda. Y eso me gustaba en ella, la infeliz era dura en la caída.

— Entendido — susurré, aceptando lo que podía, aunque quería cuestionar todo.

Conduje hasta el puesto donde ella trabajaba. Aparqué, observé a los clientes entrar y salir, una energía que no combinaba con lo que sentíamos. Aparqué, y antes de decir algo, ella ya soltaba el cinturón.

— Deja agua para Mileide. La caja de arena puede quedar cerca del área de servicio, donde ella vea. Es molesta con eso — advirtió, empujando la caja de transporte sobre mi regazo.

Salió rápidamente, con pasos decididos, casi como si quisiera terminar la conversación.

— ¿A qué hora sales?

— A las 6 de la mañana — dije sin mirar atrás.

— Xavier te va a buscar. Yo estaré en el hospital.

Ella levantó la mano en un breve adiós.

—Está bien. Chao.

Solo quedó el sonido de la puerta cerrándose y el aroma de flores en el aire. La observé alejarse hasta entrar en el edificio. Aún quería correr tras ella, decirle que dejara todo y se viniera conmigo. Pero no sería justo, ni tampoco era el momento.

Mi cabeza hervía. Desde la cena con mi familia, evité cualquier contacto con ellos. Ya habían pasado unos días desde la última conversación — un silencio que construí yo mismo, ladrillo por ladrillo. En cada esquina, el peso de lo que venía acumulaba en mi pecho.

Contacto a mis propios abogados, dejando de lado cualquier profesional vinculado a los Hawke. Maddox Pierce, un viejo amigo, dirigía uno de los bufetes más grandes del país en Los Ángeles. Uno de sus socios vivía en Chicago, lo que facilitaba las cosas. Pero en el caso de la fraude con mis padres y Helia, Maddox asumió personalmente. Aunque no era su área específica, insistió en manejar todo con sus propias manos.

Aparqué en casa, tomé la caja con Mileide antes de que Xavier se acercara.

— Señor, ¿puedo ayudar? — preguntó siempre dispuesto.

— Toma las maletas del maletero y llévalas al cuarto de Eve. La gata se queda conmigo — respondí,

manteniendo la calma exterior mientras por dentro todo giraba.

— Sí, señor — dijo él, y de inmediato cumplió con la tarea.

Entré, con pensamientos en espiral. En la sala, dejé la caja de transporte en el suelo y abrí la pequeña puerta, como Eve había indicado. La gata no mostró prisa. Se quedó allí, con los ojos atentos, encorvada en su interior.

Me afasté, dejando espacio.

Poco a poco, ella salió. Orejas bajadas, pasos cautelosos. Observaba el entorno con ojos atentos, como quien no confía en nada. La imagen de ella, pequeña y asustada, me tocó. No era un hombre de animales. Nunca tuve tiempo ni paciencia. Pero desde que supe del embarazo, empecé a leer sobre todo. Bebés, gatos, cuidados con recién nacidos, y ahora... estaba aquí, observando a un animal que apenas me conocía y, aun así, dependía de mí.

Fui a la cocina, separé un plato pequeño y vertí la comida para gatos. Colocé también agua. Ella vino lentamente hasta el plato. Comió con cierta hesitación, con la cola baja. La escena me hizo pensar en Eve. En ella, herida y, aun así, decidida a seguir con la rutina. Ella y Mileide. Dos supervivientes en cuerpos delicados.

Me senté en el sofá, intentando recuperar alguna orden, pensar con certeza, aunque internamente estuviera lleno de dudas. Pero eso era; la nueva realidad estaba frente a mí. Me quedé un tiempo allí, reflexionando, sin darme cuenta de cómo pasaron las horas.

Y, guste o no, ya había elegido quedarme.

— Adam, tu padre y tu hermano están aquí — informó Liandri. — ¿Puedo dejarlos entrar?

— Sí — respondí, sin entusiasmo.

Minutos después, ella abrió la puerta. Mi padre, Nate y el señor Russel cruzaron mi sala como si todavía tuvieran algún dominio sobre ella. Se sentaron sin ser invitados, con un aire tenso entre nosotros.

— Adam, necesitamos hablar sobre lo que estás haciendo — dijo mi padre.

— ¿Y qué exactamente estoy haciendo? — pregunté, cruzando los brazos.

— Humillaste a Helia, la estás procesando. Los Russel son nuestros amigos desde hace décadas. ¿Es así que tratas a quienes siempre estuvieron a tu lado? — dijo, bufando.

— Helia cometió un delito — respondí con firmeza. — Y va a responder por eso, sea quien sea.

Nate suspiró y me lanzó una mirada cansada.

— Adam, ella solo te ama. No es justo convertir todo esto en un escándalo.

— Que me ame menos, entonces — le repliqué. — O mejor, que no me ame. El proceso seguirá. No me retracto.

El señor Russel se levantó de repente. Quiso imponerse con su postura, pero la diferencia de altura entre nosotros jugaba en mi favor.

— Estás siendo irresponsable y cruel — dijo, elevando su tono. — Sabes por lo que pasó mi hija. Y ahora escucho que trajiste a una chica cualquiera a tu casa. Después de jugar con Helia, apareces con otra, más joven, solo para satisfacer tu ego. ¡Una chica que puedes usar sin tener que pensar dos veces!

Me acerqué, la distancia entre nosotros desapareció, y quedé a pocos centímetros de su rostro.

— Es la última vez que te refieres a ella así — dije, en voz baja, firme. — Una palabra más ofensiva, y te aseguro que acabaré con tu vida pública y con tu apellido. No usé a nadie. Tu hija tuvo opciones. Y, si quieres saber, muchas noches ella ya no encontró espacio para mí en su vida — pronuncié, sin elevar la voz, pero haciendo que cada sílaba pesara.

— Has ido demasiado lejos — dijo mi padre, también levantándose, con la voz temblando de indignación.

Ustedes pasaron. Intentaron forzarme a un matrimonio por interés, usaron a Helia como moneda de cambio. Vienen a mi casa a acusarme de deshonra, cuando fueron ustedes los que organizaron todo esto — enfrenté a los tres. — Helia es libre para hacer lo que quiera, igual que yo. Y escogí salir de esta farsa.

El silencio que siguió pareció durar horas. Finalmente, fue mi padre quien habló:

— Te arrepentirás de esto.

— Quizá — respondí. — Pero lo haré siendo honesto conmigo mismo. Y lejos de ustedes.

En cuanto la puerta se cerró tras los tres, el aire de la sala pareció aliviarse, pero mi pecho seguía apretado.

Me quedé quieto por unos segundos, con las manos cerradas a los lados, intentando contener la furia que aún vibraba bajo mi piel.

La visita había sido un último intento de doblegarme. Pero ahora estaba claro: no había vuelta atrás. El lazo con mi padre, con Nate, con los Russel… todo estaba roto.

Caminé hasta la cocina, tomé un vaso de agua y lo bebí de un trago, mirando mi reflejo en la ventana. La voluntad de proteger a Eve — y a mí mismo —, ahora se mezclaba con algo más visceral: la necesidad de defender el espacio que estábamos comenzando a construir.

Escuché un maullido suave detrás de mí. Mileide.

Ella estaba en un rincón de la sala, observando todo con esa mirada misteriosa de gato que pareciera saber más de lo que debería. Me agaché lentamente y extendí la mano.

— Ven aquí, pequeña.

Ella dudó por un segundo, luego se acercó con pasos cautelosos y rozó su hocico en mi mano.

Después de unos minutos acariciando su pelaje tricolor, me levanté y fui hasta la habitación donde habían dejado las cosas de Eve. Había un suéter suyo doblado sobre la cama. Lo tomé y lo acerqué a mi rostro — su aroma aún estaba allí. Suave, dulce, con algo levemente cítrico. Eso tranquilizaba.

Revisé el reloj. Quedaba poco más de una hora para el fin de su turno. Tomé las llaves y salí. Iba a buscarla.

Como no tenía cirugías por la mañana, informé que, por motivos personales, llegaría después de las 10h.



Cuando aparqué frente a la tienda de convenience, todavía era madrugada, pero el cielo comenzaba a aclararse. Entré y la vi detrás del mostrador, apilando paquetes de snacks, distraída. Incluso exhausta, ella mantenía esa energía particular. Esa que me desarmaba.

— Tu conductor ya llegó — dije, apoyándome en la caja.

Ella levantó los ojos, con una media sonrisa.

— ¿Xavier tomó día libre?

— Hoy soy yo quien insiste — respondí, y ella mordió el labio, intentando esconder una sonrisa más grande.

— Mileide está bien?

— Ya me está controlando. Se hizo cargo de la sala y solo me deja sentarme en el sofá con autorización felina.

Ella rió, cansada pero genuina.

— Va a ser peor cuando el bebé nazca. Tú solo serás el conductor de nuevo.

— Desde que sea para ustedes dos, acepto el cargo — dije, y ella desvió la mirada, tímida.

— ¿Me das cinco minutos para cerrar la caja y recoger mis cosas?

— Te espero aquí.

Un poco después, nos fuimos, y Eve estaba acomodada a mi lado, su perfume floral llenando todo el espacio.

El sonido de los neumáticos deslizando por el asfalto llenaba el interior del coche, pero era su presencia en el asiento al lado lo que ocupaba todos los espacios de mi mente. Eve apoyaba la barbilla en la mano, mirando por la ventana como si el mundo allá fuera fuera menos caótico que lo que existía entre nosotros dos.

— Conduces como si fueras un jubilado aposentado — soltó, sin mirar hacia mí.

Le levanté una ceja, luchando por mantener la expresión neutra.

— Pensé que apreciarías la suavidad de mi conducción después de una madrugada entera en pie.

— Yo disfruto la adrenalina. Si fuera a ir despacio, yo misma cojo el volante y te dejo en el asiento del copiloto — respondió, luego me miró de reojo, con esa sonrisa traviesa. — Apuesto a que no estás acostumbrado a estar fuera de control, ¿verdad?

Ella sabía lo que hacía.

Suspiré, manteniendo los ojos en la carretera. No iba a darle el gusto de ver cómo eso me afectaba.

— Cuando estés conduciendo el coche, puedes acelerar tanto como quieras. Pero mientras esté bajo mi responsabilidad, Eve, iré a mi ritmo.

Ella río, un sonido áspero, burlón.

— ¿Eso sirve para todo o solo para el volante?

Le lancé una mirada rápida en dirección, había fuego en sus ojos. El mismo que me hizo perder la razón en el coche semanas atrás, el mismo que aún me quemaba por dentro cada vez que ella me desafiaba así.

— Quieres jugar, pero no tienes idea de a dónde esto puede llevar — advertí, con voz baja y firme.

— Adam… — dijo ella, arrastrando el nombre con gusto. — La vida ya es un caos. Si no bromear, me vuelvo loca. Y, admitamos… tú necesitas más eso que yo.

— ¿Eso?

— De una mujer con la lengua más afilada que tu corbata preferida y que no muere de miedo de ti — provocó, echando el pelo a un lado. — Del tipo que dice lo que piensa, no lo que quieres escuchar.

— ¿Quieres un trofeo por eso?

— No, quiero pan de queso, los probé hace unos días y me encantaron. Y una ducha caliente. Quizá un masaje, si tengo ganas. — Sonrió y cruzó los brazos, todavía con ese tono entre desafío y charme. — ¿También me lo vas a negar, doctor?

— Estás embarazada, Eve — respondí, sin poder esconder una sonrisa suave. — No una inmortal. Podés agarrar el pan de queso sola si querés.

Ella fingió indignación, colocando la mano en el pecho.

— Frío, cirujano. Muy frío.

— Soy cardiólogo. Trabajo con corazones, no con drama.

— Entonces, ya debía saber que el mío está lleno de defectos congénitos. Ahora aguanta — comentó, girando el rostro con una sonrisa victoriosa en los labios.

Miré hacia adelante, disimulando la risa. Ella era una tormenta. Y, extrañamente, empezaba a gustarme mojarme en ella.

Mi celular pitó, y atendí en modo de altavoz, la adrenalina ya comenzando a fluir cuando escuché la voz del operador.

— Doctor, ¡hubo una emergencia con el paciente Solde!

— Estoy llegando — respondí, cortando rápidamente la llamada. La urgencia en las palabras del operador hizo que mi corazón latiera más rápido.

Activé la señal de tránsito y estacioné en el arcén, con la necesidad de actuar de inmediato instalándose en mí. El trabajo nunca descansaba, y momentos como ese requerían toda mi atención.

— Tengo que ir al hospital. ¿Vienes conmigo? Xavier te busca, ¿vale? — le dije a Eve, su expresión cambió, y una cierta preocupación surgió en su mirada.

— ¡Está bien! — confirmó, su voz revelando un leve temblor de nerviosismo.

Con las instrucciones dadas, salí rápidamente con el coche, guiado por la determinación. La situación con Solde nunca era sencilla, y la prisa se volvía parte del trabajo. Mientras conducía hacia el hospital, mis pensamientos volaban en torno a Eve, la situación con mi padre y mi hermano. La tarea urgente siempre parecía encontrar la manera de interferir en mis conflictos personales, haciendo todo mucho más complicado.

Mis pensamientos estaban confusos, pero la responsabilidad de salvar vidas superaba cualquier dolor o rabia que pudiera sentir. Cuando llegamos al hospital, volví a concentrarme, sabiendo que el bienestar de Solde dependía de mi atención y del trabajo del equipo.

Al estacionar, temía mucho más que la vida de Solde; la lucha interna entre la necesidad de cuidar a otros y la complejidad de mis emociones pesaba sobre mí. Pero, en ese momento, solo había un foco: salvar a un paciente que confiaba en mí, y quizás después, lograría resolver las complicaciones de mi propia vida.

Capítulo 19



Eve Clark

Adam me acomodó en su sala antes de vestirse y salir corriendo. Me quedé sentada en el sofá y, después de un tiempo, terminé acostada. Me sentía exhausta, tras tantas horas de trabajo y el reciente cambio, y aún tenía en la mente el enfrentamiento con Derek. Jazz también comenzaba a distanciarse, y la sensación de soledad me envolvía.

Recibí un mensaje diciendo que el conductor llegaría con retraso. Aproveché para descansar.

Cerré los ojos, intentando dormitar un momento, o eso creía, hasta que me desperté y me di cuenta de que

Adam aún no había vuelto. Me habían puesto una manta encima, y sobre la mesa había una bandeja con dos bocadillos, un vaso de zumo y un tarro de fruta, además de una nota.

Come todo. Es orden del doctor. Él está en cirugía de emergencia.

Me senté en la mesa y devoré mi comida, sorprendida por cuánto hambre tenía. Después de comer, limpié todo y tiré la basura. Entré al baño de al lado, cerré con cuidado la puerta, me alivie y me cepillé los dientes con un cepillo adicional que encontré en el cajón.

Volví al despacho por mi bolso, saqué una ropa interior extra que siempre dejaba allí, y me dirigí a la ducha. Tras desnudarme, entré en la cabina y gemí de placer al sentir la presión del agua caliente en mis hombros tensos y en la cabeza. El agua caliente era como un bálsamo, lavando el cansancio y la tensión acumulada en la piel, permitiéndome relajarme, aunque solo por un breve momento.

Salí de la ducha, vestida con la ropa limpia de Adam puesta encima de mi ropa interior. Su blusa parecía un vestido en mí. Mi abrigo era grande, llegaba hasta mis pies, así que nadie me vería. Arreglé el cabello con sus productos y, al salir del baño, me sorprendió ver a Helia allí. La mujer alta y rubia se giró, y sus ojos claros se agrandaron al verme.

— ¿Qué haces aquí? — preguntó con rabia. — ¿Y por qué estás usando la ropa de Adam?

Respiré hondo. Rara vez sentía odio por alguien, pero esa mujer despertaba algo en mí.

— Estoy esperando a Adam — respondí, intentando mantener la calma.

— Fuera de su vida, desaparece — dijo, seca.

Estaba en la puerta del baño, lista para entrar y cerrar la puerta si era necesario. Ella parecía fuera de control.

— No voy a irme. Adam me quiere en su vida — mentí.

Porque, incluso si él quería al bebé, o solo asumía la responsabilidad, eso era exactamente en lo que yo estaba ahora.

— ¡Solo quiere el bebé! — exclamó, pasándose la mano por el cabello trenzado rubio. — Te doy diez millones. Te vas a un lugar lejos, tienes al bebé, me lo das y yo lo crío.

— ¡No, el hijo es mío! — contesté, firme. — Sal de aquí.

— No eres más que una pobre coja. Él te enviará lejos después del parto — rugió. — ¡Te quitará la custodia y te devolverá al pozo de donde saliste!

Cerré los puños, sintiendo cómo la rabia hervía dentro y el pecho me dolía. Quizá en realidad él haría eso, pero yo lucharía como una leona por mi hijo, sin pensar dos veces. Esa certeza me daba fuerza, incluso frente a su provocación.

— ¿Quieres dinero? — continuó Helia, ahora un paso más cerca. — ¿Estás vendiendo un bebé, ¿no? Eso hacen las personas como tú. Venden hijos para tratar de comprar una vida nueva.

— ¿Personas como yo? — levanté una ceja, cruzando los brazos sobre la blusa ancha de Adam. — Estás hablando de una mujer que trabaja todo el día y aún tiene que lidiar con lunáticas ricas que quieren comprar niños como si fueran bolsos de marca.

Helia apretó los ojos.

— No tienes idea de lo que estás haciendo. Adam es un Hawke. ¿Crees que realmente dejan a cualquiera entrar en esa familia?

— No quiero entrar en ninguna familia. Quiero criar a mi hijo, algo que tú nunca entenderás — respondí, sintiendo todo mi cuerpo en alerta. — Y si piensas que puedes comprar mi vientre o mi dignidad, busca otra vitrina. La mía ya está cerrada.

Ella se rió, seca.

— ¿Crees que él se quedará contigo después de esto? Estás ilusionada. Adam siempre vuelve conmigo.

— ¿En serio? Curioso, porque la última vez que él volvió a casa, era conmigo con quien estaba — le dije con una sonrisa breve en los labios, inclinando la cabeza. — Creo que tu GPS emocional necesita una actualización.

Ella avanzó un paso, pero se detuvo, quizá dándose cuenta de que no conseguiría lo que quería.

— Él abrirá los ojos. Se dará cuenta de quién eres.

— Estupendo. Que observe bien. No necesito esconder nada. Pero ¿tú? — dejé la pregunta en el aire, con una mirada que la atravesó.

Helia parpadeó varias veces, con el rostro enrojecido. Respiró profundo y se dio media vuelta sin decir nada más, los zapatos golpeando contra el suelo de mármol mientras se alejaba.

Cuando la puerta se cerró tras ella, sentí que mis piernas se flojearon por un momento. Me apoyé en la pared, respirando profundamente. No era solo miedo o rabia — era todo junto. La confusión, la soledad, la duda. Pero, incluso con el corazón acelerado, una cosa tenía claro: nadie iba a quitarme a mi hijo. Ni Helia. Ni los Hawke. Ni todo el mundo.

Quería proteger al bebé, y lo haría, incluso si eso significaba huir de todos.

Me arrastré hasta el sofá y me puse a descansar, cubriéndome con la manta. Mi mano fue a la barriga. Ya tenía dos meses y algunas semanas. No podía estar seguro, porque desde que descubrí el embarazo, los días y semanas habían pasado turbulentos, volteando mi vida de cabeza. Sentía así: intentando seguir mi rutina, tratando de no desplomarme, pero el cansancio me agotaba día tras día.

A pesar de todo, una chispa de determinación permanecía encendida dentro de mí, impulsándome a seguir luchando por la vida que llevaba conmigo.

La perilla giró. Abrí los ojos de golpe. Mi corazón ya estaba acelerado, pero ahora parecía resonar en mi pecho.

Adam entró en la oficina, aún con la bata. La expresión cansada y sus ojos más oscuros de lo habitual indicaban que la cirugía había sido larga. Cuando me vio

acostada en el sofá, se detuvo por un instante, observando.

— ¿Todo bien? — preguntó, con la voz más baja de lo habitual.

Asentí, pero mi garganta estaba seca. Él dejó la carpeta sobre la mesa, se quitó la bata y la colgó en la silla antes de acercarse.

— Te ves pálida — susurró, agachándose junto al sofá. — ¿Pasó algo?

Hesité un segundo. Quería decirlo. Quería soltar todo, como la rabia que aún burbujeaba en mi pecho. Pero algo en la manera en que él me miraba, con ese cansancio mezclado con preocupación sincera, me hizo cambiar de tono.

— Helia estuvo aquí — solté, sin ceremonia. — Intentó comprarme. Diez millones por el bebé. Y aún dijo que te quitaría la custodia y me devolvería al "pozo de donde salí".

El maxilar de Adam se endureció. Se levantó de un salto, caminó hasta la puerta, la cerró con fuerza y volvió, con los ojos chisporroteando.

— ¿Ella estuvo aquí? — repitió, como si confirmara para sí mismo. — ¿Ella te dijo eso?

— Dijo. Y me llamó pobre coja. Dijo que solo soy una distracción hasta que ella vuelva con él. Mejor te cuento antes que ella invente su versión.

Adam pasó la mano por la cara, luego por el cabello, como si intentara contener la rabia que burbujeaba allí — parecida a la mía. Pero cuando se acercó de nuevo,

había algo distinto en su mirada. Una mezcla de pesar y promesa.

— Ella no tiene derecho a hablar contigo. Ni a acercarse. Esto termina hoy — dijo, firme. — Voy a resolverlo.

— No espero que me defiendas, Adam — le miré a los ojos. — Pero no voy a aceptar ser amenazada, ni subestimada. No llevo tu apellido, ni tengo tu dinero ni tu estatus, pero tengo a este bebé. Y él es mío.

— Nuestro — corrigió, más suave. — Y no voy a dejar que pase nada con ustedes. Ni Helia ni nadie volverá a tocarte.

Me quedé en silencio unos segundos. La rabia todavía ardía, pero la forma en que me miraba… había algo allí. Algo que casi me hizo derrumbarme.

— Quiero que este bebé sea feliz — dije.

— Lo será — garantizó. — Xavier está llegando, te llevaré hasta la salida, ve a casa y descansa.

Solo asentí.



Xavier conducía con cuidado hacia mi nuevo hogar. No hablaba mucho y, por su porte físico, podía ver que, no solo era un conductor.

Al detenerse en un semáforo, decidí iniciar la conversación.

— ¿Puedes decirme si Adam siempre es tan tenso? — pregunté.

— Trabajo con él desde hace quince años y el señor Adam siempre fue serio y reservado — respondió, mirándome por el espejo retrovisor.

— Entonces conociste a su esposa…

— A la fallecida Angela, sí. Pero no trabajé directamente con ella, señorita — comentó.

— Ellos eran felices, ¿verdad? — indagué, con curiosidad.

— Parecían, sí.

— ¿Parecían? — repetí, confundida. — Vi las fotos, siempre estaban sonriendo uno al otro.

— No todo es lo que parece, señorita. Pero, de hecho, decían ser felices juntos.

Xavier volvió a concentrarse en la carretera, evitando distracciones mientras conducía. Sus palabras resonaban en mi mente, intensificando mi curiosidad sobre el pasado de Adam y Angela. Era un recordatorio de que las apariencias muchas veces no revelaban toda la verdad.

Me quedé en silencio unos instantes, mirando por la ventanilla. La ciudad pasaba como una mancha gris y fría, y aun así, mi pensamiento permanecía atrapado en el pasado de un hombre que apenas empezaba a entender.

— ¿Te gustaba ella? — pregunté en voz baja, sin mirarlo directamente.

Le tomó unos segundos responder, como si ponderara cada palabra antes de soltarla.

— La señorita Angela era educada. Amable con los empleados. Pero… había algo en ella. Un tipo de… frialdad. No sabría explicarlo — explicó, en última instancia.

— ¿Y Adam? ¿Era diferente con ella?

— Con la señorita Angela, parecía esforzarse. Casi como si siempre… intentara dar en el punto — respondió, y volvió a mirar por el espejo. — El señor Adam es un hombre meticuloso, señorita. Le gusta el control, el orden. Pero con ella… había distancia. Aunque vivían juntos, siempre había un abismo entre ellos.

Mordí mi labio, pensativa.

— Hablas de él con respeto.

— Porque lo merece. Es un buen hombre, aunque no sea fácil de leer. Es leal, protector con quien ama.

Suspiré, apoyando la cabeza en el respaldo del asiento.

— Parece solitario.

— Lo es. Mucho — respondió Xavier, sin dudar.

El resto del camino transcurrió en silencio, pero no por incomodidad— sino porque necesitaba digerir todo eso. Adam no era ese hombre perfecto que muestran en las revistas médicas o en los pasillos de la clínica. Estaba hecho de recortes, heridas y paredes bien

construidas. Y, de alguna forma retorcida, eso solo lo hacía más real. Más intrigante. Más peligroso.

Porque un hombre solitario con un corazón cerrado podía ser aún más difícil de alcanzar… o de resistir.

Al entrar en la propiedad, una vez más me maravilló tanta belleza. En cuanto Xavier estacionó, salí del coche antes de que pudiera abrir la puerta para mí, sujetando mi abrigo para no revelar que solo llevaba una camisa de Adam debajo.

— Gracias por traerme — agradecí.

— A disposición, señorita.

— Eve, solo llámame Eve.

Él asintió, y yo sonreí.

Mientras me dirigía a la casa, no sabía si debía tocar la campanilla, golpear o simplemente entrar. Admiré la vista del gran lago, que parecía más un mar, y suspiré. El aire allí era tan puro, y me encantaba la idea de que, si permanecía allí, mi bebé podría crecer corriendo descalzo, zambulléndose en el lago, haciendo castillos de arena e incluso construyendo una casa en el árbol.

Me sacrificaría por vivir con Adam, incluso sin su amor, por el bien de mi bebé. Porque eso es lo que hacen los buenos padres. Era lo que mis padres deberían haber hecho por mí. Me elegí a mí misma.

Aparté la tristeza y el dolor relacionados con mis padres y los guardé en lo más profundo de mi mente. Seguí hacia adentro. Subí los escalones y, antes de que pudiera golpear o abrir la puerta, ésta se abrió, y una señora sonrió.

— Hola, soy Liandri, la gobernanta — dijo, acercándome en un abrazo cálido —. Vamos a entrar. Necesitamos alimentarte.

— Hola, yo estoy bien, y...

— Matilde ya está cuidando tu almuerzo. Adam nos pasó la lista de tus alergias, qué debes comer por tu bien y del bebé, los horarios de tus medicamentos — explicó Liandri.

La eficiencia de ella era reconfortante; sentí que un peso se quitaba de mis hombros. Entré con ella, curiosa por ver cómo se desarrollaría esta nueva rutina.

El calor de la casa contrastaba con el frío cortante del exterior, y el aroma que llegaba desde la cocina me hizo salivar. Algo con ajo, hierbas frescas y pan recién horneado. Era el tipo de aroma que alfombra.

Liandri me guió hasta el sofá, me senté y ella me miró con cariño.

— Pareces cansada — dijo.

— Lo estoy. Pero es un cansancio que viene de más que solo el cuerpo — respondí, sin pensar mucho.

Ella no dijo nada, solo se quedó a mi lado.

— ¿Adam siempre es tan… controlador? — pregunté, intentando disimular el tono entre curiosidad y provocación.

Liandri río.

— Nació con el gen del control. Cuando era niño, alineaba los juguetes por color, tamaño y función — contó, con un cariño evidente en la voz. — Pero ¿sabes

qué es lo gracioso? Nunca hizo eso para dominar a nadie. Solo se siente más seguro cuando sabe que las cosas están en su lugar correcto. Cuando puede proteger a las personas a su alrededor.

La miré, sorprendida.

— Lo amas, ¿verdad?

— Como si fuera mi niño — respondió con orgullo. — Él siente algo bueno por ti, niña, no dejes que la frialdad te asuste.

Mis ojos ardían, pero aparté la mirada, fingiendo que solo era el vapor del té que ella había dejado a mi lado.

— No sé qué siente él... y ni siquiera sé qué quiero sentir yo — confesé.

— Entonces solo come, descansa y vive un día a la vez, querida. El amor, a veces, llega lentamente. Y cuando te das cuenta, ya está enraizado — dijo, levantándose. — Ahora ve a la cocina. Matilde no acepta que la comida se enfríe.

Sonreí con un nudo en la garganta y me levanté.

Me dejé guiar por ella, olvidándome un poco de todo y de las palabras de Helia. Porque, con o sin la ayuda de Adam, de alguna forma, haría lo necesario para mantener lejos a esa mujer de mí y de mi bebé.

Capítulo 20



Adam Hawke

Salí del hospital exhausto después de un turno de veinticuatro horas, pero no iba a casa a descansar. Necesitaba reunirme con Maddox y discutir los asuntos de Helia y el bufete de abogados de mi padre. La presión me devoraba, pero estaba decidido a poner todo en orden.

Conduje hasta el hotel donde él estaba hospedado; el camino fue corto. Al llegar, entregué mi coche al valet, expliqué mi nombre en recepción y subí a la suite.

Maddox abrió la puerta, me miró y me hizo señas para que entrara. La habitación olía a puro de cigarro, y él sostenía un vaso de whisky. Su cabello rubio estaba

peinado, y sobre la mesa había papeles organizados en medio del caos.

— ¿Dejarte el trago tan temprano? — pregunté, intentando darle un tono más ligero a la charla, pero la preocupación en su rostro era indiscutible.

— No dormí, así que no es temprano — respondió con un tono amargo que me hizo sentir el peso de la situación.

Me acomodé en una de las sillas y me preparé para lo que venía.

— ¿Cómo van las cosas?

— Tu padre no está en bancarrota ni debe impuestos — fue directo, su sinceridad cortante. — Tiene, en realidad, más de ciento cincuenta millones de dólares de deuda con Russel, quien lo tomó prestado después de que su hermano perdiera en las apuestas.

¿Nate en las apuestas? Mi hermano siempre fue el hijo responsable, el responsable de la familia.

— ¿Apuestas? — pregunté, lleno de incredulidad.

— Sí, y prostitución en uno de los casinos clandestinos, hasta donde logré investigar — respondió, sentándose frente a mí, mientras la gravedad de la situación se agravaba. — Todos pertenecen a la familia Vitale.

Jalé aire por la boca, maldiciendo por dentro. No podía creer que Nate fuera lo suficientemente tonto como para meterse en los negocios ilegales del bajo mundo.

— Él y el señor Russel tienen los mismos gustos: prostitutas, juegos, esclavas sexuales y otras cosas. Él es el sumiso y su hermano gusta de apostar en ambos lados, siendo el pasivo en uno — dijo Maddox, con tono serio. — Si quieres, tenemos imágenes, pero no creo que sea bueno que las veas.

La inquietud crecía en mi estómago.

— ¿Cómo llegó a los ciento cincuenta millones?

— Acumulación de deudas y, además, gastos exorbitantes en joyas compradas en el casino, apuestas en carreras, peleas y extorsión — explicó, con una voz firme y directa.

— ¿Extorsión de quién? — pregunté, con la ansiedad aumentando.

— De uno de los prostitutas. Después de que su hermano tuvo sexo con él, hubo una grabación y el chico amenazó con divulgarlo todo — respondió Maddox, con mirada seria que reflejaba la gravedad del asunto.

Las piezas del rompecabezas encajaban de forma aterradora. La imagen de Nate, el hijo responsable, atrapado en un mundo de juegos y escándalos, me impactó profundamente. Mi indignación creció, no solo por él, sino por el impacto que todo eso tendría en toda nuestra familia. Necesitaba encontrar una forma de lidiar con todo esto, pero la presión parecía más grande de lo que podía soportar.

— ¿Y mi padre sabía de todo esto? — pregunté en voz más baja de lo que quería.

— Sabía — confirmó Maddox, sirviendo más whisky, pero sin ofrecerme. — Ha estado encubriendo a Nate por

lo menos dos años. Las deudas empezaron pequeñas, pero luego se convirtieron en una avalancha. El señor Russel aprovechó cada hueco para apoderarse más y más de la firma. El "acuerdo" de matrimonio con Helia fue la última jugada: una forma de consolidar el nombre Hawke con el nombre Russel y, así, sellar la deuda en silencio. Era esto o ver a tu familia destruida en los medios.

Reí sin humor, pasando la mano por mi rostro.

— Esto aquí es un circo — murmuré. — Una maldita obra de máscaras.

Maddox me observó fijamente, casi como si analizara más mi reacción que mis palabras.

— Adam... necesitas saber que están desesperados. Nate ya no es una variable controlable, tu padre está intentando mantener la imagen intacta, cueste lo que cueste. Helia fue insertada en tu vida para crear una nueva "familia modelo" que compensara los escándalos a punto de estallar. ¿Qué crees que haría si tuviera un hijo tuyo? ¡Te convertiría en rehén de toda esta mugre!

— Pero ella no quedó embarazada. Su intento falló. — Mi voz salió más dura, casi como un recordatorio para mí mismo.

Maddox guardó silencio unos segundos. Luego apoyó los codos en las rodillas y me miró fijamente.

— ¿Y Eve? ¿Todavía está en juego, no?

Mi mandíbula se trabó.

— Eve no tiene nada que ver con esto. Lo que pasó fue un error. Ella fue víctima de toda esa conspiración, y ahora está embarazada.

— ¿Un error... o la clave para salir de todo esto?

Levanté la vista, sorprendido.

— ¿Cómo dice?

— Adam, si lo que sientes por ella es real, entonces tienes la oportunidad de construir algo fuera de esta mierda. Con ella y el bebé. Pero tendrás que romper con todo. Incluso con tu apellido.

— Ella solo es la madre de mi hijo, no vamos a tener nada más — afirmé, intentando establecer un límite, pero la duda comenzaba a infiltrarse en mi mente.

— Quizás — coincidió Maddox, su expresión era neutra, pero la discusión todavía estaba lejos de estar resuelta.

Me quedé allí, por largos segundos, viendo el vaso vacío que puso frente a mí. El mundo que conocía se estaba desmoronando. Pero quizás, solo quizás, era la oportunidad de construir algo nuevo, aunque con las manos sucias de todo lo que tendría que destruir.

— ¿Qué me recomienda hacer respecto a Helia? — pregunté, deseando un consejo que me ayudara a navegar en medio de esta situación caótica.

— Rechaza la ayuda financiera, ya estoy procesando a Helia y a la clínica por lo ocurrido. La deuda de tu chica, Eve, es de más de dos millones…

— ¿Cómo? — pregunté, mi corazón acelerándose mientras trataba de entender lo que me decía.

— La hipoteca atrasada de la casa de sus padres, que estaba a su nombre, después pasó a sus abuelos y luego fue a su nombre. Además, gastos hospitalarios, el

trasplante de corazón a los quince años y todo lo que gastó en funerales.

— ¿Funerales? — El impacto cortó mis palabras, la realidad me golpeó con fuerza.

— Adam, el día en que Angela y su hija fallecieron, Eve perdió a sus padres y a su hermano. Ella estuvo en el mismo accidente. Recibió el corazón de su hermano... y todavía era su cumpleaños.

Me atraganté con la revelación. Las palabras de Maddox parecían un puñetazo en el estómago, y el dolor se expandió por todo mi ser. Mi niña...

La idea de Eve, la joven que había visto como una conexión con mi futuro, se revelaba ahora como alguien que cargaba con un peso extraordinario. Su vida estaba entrelazada con la tragedia y eso, en cierto modo, me hacía estar aún más decidida a ayudarla. La tragedia de nuestros pasados se estaba convirtiendo en un hilo invisible que nos unía, y necesitaba dejar de ver a Eve sólo como una fuente de confusión. Era una superviviente, y yo empezaba a verla plenamente, no sólo como la madre de mi hijo, sino como alguien que, incluso enterrada en un dolor inimaginable, seguía en pie.

Llevé la mano al pecho, como si pudiera contener el impacto de esa información. El corazón que ella latía… era el del hermano. Un regalo brutal de la muerte. Y en el mismo día, perdió a los padres, la inocencia y cualquier resto de un cumpleaños feliz.

— ¿Por qué nunca me lo contó? — susurré, más para mí que para Maddox.

— Porque aprendió a sobrevivir sola, Adam. Quizá esté cansada de tener que justificar su dolor. O no confía lo suficiente en nadie — respondió él, con una mirada más humana de la que esperaba.

Cerré los ojos por un instante, intentando contener el aluvión de sentimientos que me inundaban: culpa, rabia, compasión y una voluntad absurda de protegerla de todo esto. Eve no era frágil. Estaba hecha de acero forjado en el dolor. Y lo más absurdo de todo era que, incluso con el mundo desmoronándose sobre ella, seguía habiendo ternura en su mirada cuando me miraba.

— ¿Y ahora? — pregunté, más tranquilo, pero con la mente en ebullición. — ¿Qué hago con todo esto?

— Tú decides si serás parte del problema... o del nuevo comienzo de ella.

Las palabras de Maddox cayeron como una sentencia. No había manual para esto. No era un hombre de sentimientos fáciles, mucho menos de decisiones impulsivas. Pero esa mujer… ese bebé… estaban transformándome, aun resistiéndome.

Me levanté lentamente, sintiendo el peso de todo sobre mis hombros. Tomé mi abrigo.

— Necesito verla.

— Pensé que dirías eso — comentó Maddox, levantándose también y tomando la carpeta con los documentos. — Déjame a mí cuidar de los monstruos. Tú cuida de la niña que sobrevivió a ellos.

Salí del hotel con un único pensamiento: no importaba si Eve todavía me veía como un extraño. Iba a demostrarle que estaba a su lado. Por la vida que ella

llevaba. Por la vida que casi perdió. Y, sobre todo, por la oportunidad de, quizás, tener algo más allá del caos.

Algo real.



Pasé por los portones y me detuve al ver a Eve jugando en el jardín con Mileide, que movía la pata en el agua de la fuente, creando pequeñas ondas mientras la gata se divertía. La risa de Eve era contagiosa; no pude evitar una sonrisa al verla tan libre y feliz.

Al percatarse de mi presencia, Eve dudó por un momento, pero pronto asumió una postura tímida. Caminé hacia ella, la idea de envolverla en mis brazos y cuidarla se volvía cada vez más abrumadora. Mi corazón latía con más fuerza, recordando la intensidad de lo que estábamos a punto de enfrentar juntos.

Nunca quise profundizar en su vida. La razón me decía que no podía tenerla como mi mujer, pero la atracción y las emociones clamaban por que la tomara en mis brazos, porque la besara y la hiciera mía.

Me detuve frente a ella.

— Adam, ¿cómo fue el trabajo? — preguntó, mirándome a los ojos, una sonrisa formándose en sus labios.

Necesitaba sentir de nuevo su sabor, la urgencia de eso casi se volvía insoportable.

— Fue bien, las cirugías fueron un éxito — respondí, mirando su boquita pequeña. El deseo pulsaba en mí mientras sentía la conexión intensa que se había formado entre nosotros.

— Pareces cansada. Ve a descansar; Mileide y yo estábamos disfrutando del sol y jugando en tu fuente — dijo, con su voz suave en contraste con la alegría de la escena.

— ¡Nuestra! — corregí, con una sonrisa ligera. — Esta casa también es tuya, así que es nuestra.

Ella sonrió ampliamente, mostrando los dientes, sus mejillas inflándose de felicidad. Fue un momento simple, pero las lágrimas de alegría casi rodaron por mis ojos.

— Tuya, yo estoy aquí como invitada — dijo, con un aire de inocencia en su voz —. ¿Reseñaste la cita? — preguntó, tratando de cambiar el enfoque.

— Mañana, a las 10 — respondí, llevando la mano a su vientre. — Estás casi en la semana doce.

— El bebé estará saludable — aseguró, con confianza creciente.

— Mañana, después de la cita, elegiremos nombres para chicos y chicas — dije, mirándola a los ojos, buscando la certeza en esta nueva etapa.

— ¡Está bien! — La alegría en su voz hizo que mi corazón se calentara.

Inclinándome, le besé la frente y la abracé con fuerza. Ella se acurrucó contra mi pecho, oliendo su

cabello, y en mi mente se formó una decisión: haría que fuera mía, mi niña. Quería que fuera mi mujer, y estaba dispuesto a arrastrarme a sus pies cuantas veces fuera necesario para obtener su perdón y construir un futuro a su lado.

El dulce olor de su cabello, mezclado con el sol y el aire fresco del lago, me hizo cerrar los ojos. Por un instante, todo quedó en silencio. Nada de deudas, escándalos, cirugías o infidelidades. Solo nosotros dos. Y un corazón nuevo latiendo entre nosotros.

— Me estás apretando — murmuró, con una risa ahogada contra mi pecho.

Aflojé el abrazo, pero no me aparté. La miré; ella levantó el rostro, los ojos castaños aún húmedos de risa. Y fue en esa mirada— desprotegida, confiada, entregada — que entendí: ella no necesitaba escuchar ninguna promesa. Bastaba con estar allí. Y yo también.

— Voy a cuidar de los dos. No importa cómo — declaré, con la voz más áspera de lo que quería. — Ya no te dejaré cargar con todo sola, Eve.

Ella no respondió de inmediato. Solo me miró, como si intentara descifrar lo que había detrás de mis palabras. Como si esperara que, en cualquier momento, desistiera. Pero no retrocedí.

— Está bien — aceptó, finalmente, en voz baja, como quien está cansada de luchar contra la esperanza.

Y allí, en medio del jardín, con la gata aun intentando pescar olas en la fuente y el sol calentando nuestros rostros, sentí que algo había cambiado. No un final, sino un inicio.

Capítulo 21



Eve Clark

El nerviosismo me dominaba al entrar en la sala del obstetra Daniel Brow. Él tenía el cabello gris en los lados de la cabeza y una sonrisa acogedora. Me senté en la silla frente a él, mientras Adam sujetaba mi mano con firmeza, brindándome un silencio confortante. Tras nosotros, una enfermera nos observaba.

— Hola, Eve y Adam — saludó con cordialidad.

— Daniel — respondió Adam, estrechando la mano del médico. — Esta es Eve, como sabe, y ella está con aproximadamente doce o trece semanas.

Sonreí nerviosa, tratando de calmarme.

— Bueno, haré algunas preguntas, luego haremos un análisis de sangre y un *ultrasonido morfológico*. Quizás hasta podamos arriesgarnos a saber el sexo del bebé — explicó el doctor Brow, manteniendo un tono ligero y tranquilizador.

Sentí una oleada de expectativa mezclada con ansiedad. Todo el futuro parecía colocarse ante mí de forma más tangible, y la presencia de Adam a mi lado, a pesar de todo, ayudaba a suavizar la incomodidad de lo desconocido.

Respondí a todas las preguntas del doctor Brow y respiré profundo cuando tomaron la muestra de sangre en ese mismo momento. Odiaba las agujas, aunque ya estaba algo acostumbrada a ellas.

— Puedes recostarte en la camilla para comenzar el ultrasonido y escuchar el corazón del bebé — dijo el doctor Brow, ajustando el equipo con delicadeza.

Intercambié una mirada con Adam antes de colocarme en posición. Un extraño calor recorrió mi cuerpo cuando me cogió de la mano. Ansiedad mezclada con una especie de encanto — como si estuviéramos a punto de cruzar un umbral invisible hacia algo que lo cambiaría todo.

Me levanté la blusa y la enfermera me extendió el gel por el vientre con suaves toques. Adam se acercó y apretó mi mano entre sus dedos. Sus ojos buscaron los míos con una ternura que me dejó sin aliento.

El aparato empezó a emitir un suave sonido, un zumbido continuo, mientras el transductor se deslizaba por mi piel. El médico observó atentamente el monitor.

Durante unos segundos sólo se oyó el sonido del aparato en funcionamiento, hasta que surgió algo nuevo que llenó la habitación con un ritmo inconfundible.

Tum-tum. Tum-tum. Tum-tum.

El sonido reverberó en mi pecho como si proviniera del centro mismo de mi alma. Era fuerte, apurado, casi como un tambor en marcha rápida. Mi pecho se apretó. Era real. Había una vida dentro de mí — y ahora, podía escucharla.

Mis ojos se dirigieron a Adam. Él permanecía inmóvil, como si el mundo allá afuera hubiera desaparecido. Sus ojos estaban fijos en la pantalla, pero una humedad comenzaba a formarse en ellos. Cuando me miró, no había máscaras — solo un hombre ante un milagro.

— Es el sonido más hermoso que he escuchado — dijo, con la voz áspera, casi ahogada.

Mi cuerpo reaccionó con un escalofrío, como si en aquel momento todo adquiriera una nueva densidad. Podía sentir el calor de su mano en la mía, el rítmico latido del corazón de nuestro hijo llenando la habitación como una antigua canción que habíamos estado esperando oír sin saberlo.

El médico volvió a mover el transductor. Sus ojos se entrecerraron y su ceño se frunció. La enfermera que estaba a su lado se inclinó ligeramente para mirar el

monitor. No había alarma en sus rostros, pero algo había cambiado.

— ¿Está todo en orden? — pregunté, con un hilo de voz, intentando contener el temor.

El médico inclinó la cabeza, sus labios curvándose en una sonrisa de asombro.

— Está más que claro — indicó dos puntos distintos en la pantalla. — Uno... dos corazones. Gemelos.

La realidad de esas palabras atravesó mi cuerpo como una corriente caliente. Dos. Dos latidos distintos. Dos vidas creciendo dentro de mí. Sentí las lágrimas subir a mis ojos, como si mi cuerpo ya no supiera dónde guardar tanta emoción.

Adam soltó el aire lentamente, como si finalmente pudiera respirar después de algo que había estado conteniendo por dentro.

— Dos... — repetí, intentando asimilarlo. — Un niño... y una niña...

— Ambos con latidos fuertes — reforzó el médico —. Están creciendo bien.

Adam se inclinó y apoyó los labios en mi frente, luego me ajustó en un abrazo que lo envolvía todo: amor, miedo, esperanza y una promesa muda de que estaría allí. Siempre.

Pero no quise engañarme con eso.

No obstante, la expresión del médico se volvió más seria. Guardó el transductor, limpió la pantalla y nos miró con seriedad.

— Eve, necesito ser directo. Tu historial hace que esta gestación sea delicada. Un embarazo ya exige mucho del cuerpo. Con dos bebés, tu corazón trasplantado tendrá que trabajar al doble. Tendremos que seguir cada detalle con mucho cuidado.

Sus palabras resonaron en mí como una alerta. Sabía de los riesgos, pero escuchar eso me hacía volver a la realidad. Aun así, mi enfoque seguía en los dos latidos que ecoaban en mi mente.

— Lo soportaré. Por ellos — respondí con la voz firme.

— No estás sola — dijo Adam. — Enfrentaremos todo esto juntos.

Una lágrima rodó por mis mejillas, caliente, densa, imposible de contener. Mi pecho parecía demasiado pequeño para todo lo que sentía.

— Dios mío, ¡son gemelos, Adam! ¡Gemelos! — exclamé, con la voz quebrada bajo el peso de la sorpresa, de la alegría, del susto de algo increíble que crecía en mi pecho. Era como si mi alma vibrara junto con los latidos que aún resonaban en el aire.

Él me miró con los ojos llenos de lágrimas, las manos firmes en mi rostro, como si intentara contener todo lo que también explotaba dentro de él.

— Tienen dos bebés y, tras el análisis de sangre fetal, confirmaremos el sexo de ambos — dijo el médico, apartándose para dejar espacio a ese momento que era solo nuestro.

Adam volvió a mirarme. Tocó mi frente con los labios, con una delicadeza que me desarmó por dentro.

Cuando sus ojos volvieron a encontrar los míos, había algo distinto allí. Un brillo nuevo. Casi un niño. Casi un hombre renacido.

— Gracias. Muchas gracias, Eve.

Parpadeé, sorprendida por la intensidad de eso.

— ¿Por qué? — pregunté, sin entender.

Él respiró profundo, como si estuviera revelando algo que había guardado demasiado tiempo.

— Por darme dos corazones que laten.

La sinceridad en su voz fue un soplo cálido en mi alma. Era como si se hubiera despojado de todas las armaduras, de todas las certezas. Adam Hawke, el hombre que parecía dominar el mundo con el bisturí en las manos, ahora me agradecía con los ojos llenos — que ni siquiera él imaginaba que quería hasta que ocurrió.

Y en ese instante, con mi barriga aún cubierta de gel y el sonido de los latidos resonando dentro de mí como un recuerdo mágico, supe: estábamos conectados por un sentimiento que no se podía explicar con palabras.



Una semana después

Los bebés eran efectivamente una pareja: una niña y un niño.

La confirmación aún flotaba en el aire, como si las palabras del médico aún resonaran en mi mente. Adam me dirigió una mirada que no podría traducir. Era profunda, serena y, al mismo tiempo, llena de una sensación que me erizó la piel.

El corazón me latía deprisa, como si intentara seguir el ritmo de la vida que crecía en mi interior. Sentía que el pecho se me dilataba, no por la ansiedad, pero había un elemento dulce y cálido que amenazaba con inundarme por completo.

Adam dejó el móvil en el borde de la cama y se acercó, sus pasos tranquilos, decididos. Se detuvo frente a mí y tiró de mí hacia él, mi cabeza chocó contra su firme pecho. Me envolvió en un fuerte abrazo y me hundí en el calor de su pecho. Allí era donde siempre me acogía; desde que me mudé a aquella casa, era el lugar más seguro del mundo: entre sus brazos.

No hablaba mucho. Pero había algo en su forma de abrazarme que decía más que cualquier frase. A veces lo sorprendía mirándome mientras me reía con Mileide en el jardín o durante las llamadas con Jazz, a quien ahora echaba tanto de menos. Ni siquiera le conté lo de los gemelos. Por alguna razón, ese secreto nos pertenecía sólo a nosotros dos... y al doctor Daniel.

— Una niña y un niño — susurró, con un tono profundo y suave a la vez, como si hablara con sus

propios sueños. — Tenemos que elegir los nombres.

Le acaricié el pecho con las yemas de los dedos, sintiendo el olor a madera de su ropa. Tenía esa forma de calentar incluso las partes de mí que me habían parecido frías durante mucho tiempo.

— Nash Ewan. Quiero que él se llame así — dije, apretándolo más fuerte, como si ya quisiera proteger a ese pequeño que aún vivía dentro de mí.

Adam no dudó. Me besó la coronilla con reverencia.

— Está bien, me gusta, mi pequeño. — Su voz sonó casi como un juramento. — ¿Qué te parece... ¿Noelle? Para ella.

Levanté la cara y le miré. Una sonrisa se dibujó en mis labios. Era como si el nombre ya le perteneciera.

— Me gusta.

— A mí también. — Me devolvió la sonrisa, y su expresión parecía casi adolescente. — Ahora tenemos que hablar con tus abuelos.

Tragué saliva, asintiendo lentamente. Había tantas cosas que aún no sabían. Y ahora, no era sólo una vida. Eran dos.

Adam me tocó suavemente la barbilla y me levantó la cara hasta que nuestras miradas se encontraron. Sus ojos tenían una luz nueva, entre orgullo y promesa. Entonces su boca tocó la mía con dulzura. Un beso silencioso, pero lleno de todo lo que aún no sabía cómo decir. Un roce que me dejó sin aliento y me aceleró el corazón.

Adam deslizó sus labios por la línea de mi mandíbula hasta llegar a mi cuello, donde su boca encontró un punto sensible que me arrancó un leve jadeo. Su mano recorrió con firmeza mi espalda, deslizándose por la curva de mi cintura como si explorara un territorio conocido y deseado.

Sus dedos se hundieron en la base de mi columna, atrayendo mis caderas contra las suyas. La proximidad de su cuerpo, cálido y sólido, me produjo una oleada de escalofríos. Podía sentir cada línea, cada contorno, como si quisiera marcarme sin decir una palabra.

Mis dedos recorrieron el interior de su camisa, buscando el calor de su piel. Era firme, cálida, viva. Un suspiro escapó de su garganta cuando mis uñas se deslizaron suavemente por su espalda. Me apretó más fuerte, como si quisiera apoderarse de mis sentidos en ese mismo instante.

Sus manos exploraron mi cuerpo con precisión. Sus dedos se deslizaron por debajo de mi blusa, bajaron por el lateral de mi vientre hasta encontrar el elástico de mis pantalones. Su respiración era áspera, su tacto sin vacilaciones.

Mi cuerpo se rindió, tenso de deseo, hambriento de más. Mordí su hombro, reprimiendo el sonido que se escapó del fondo de mi garganta, y sentí su cuerpo estremecerse contra el mío. Él respondió subiéndome la blusa, con sus ojos fijos en los míos, como si me estudiara — no con dulzura, sino con un fuego que quemaba.

Sin decir palabra, bajó la cabeza, pegando su boca a mi vientre. El contraste entre la calidez de su aliento y la frialdad del aire sobre mi piel expuesta me hizo jadear.

Sus labios trazaron un lento camino de vuelta a mi boca y, cuando volvió a besarme, lo hizo con una urgencia más áspera, caliente, exigente.

No hubo promesas. Ni declaraciones.

Sólo piel. Sólo calor. Sólo la certeza de que lo necesitábamos.

Ahora.

— Te gusta provocar, ¿verdad? — Su voz salió ronca, arrastrada, mientras sus dedos seguían apoyados en la piel desnuda de mi cintura.

— Y a ti te gusta fingir que tienes el control — repliqué con una sonrisa ladeada, arañándole ligeramente la nuca con las uñas.

Adam me apretó las caderas con más fuerza y sus ojos se clavaron en los míos.

— Cuidado con lo que dices, pequeña. — Su boca rozó la mía. — Ya has visto lo que pasa cuando me desafías.

Incliné la cara hasta que nuestros labios casi se tocaron, sin darle el beso completo.

— Quizá me guste lo que pasa... o quizá no tengas el valor de llegar hasta el final.

Se río por lo bajo, un sonido sordo y peligroso. Sus dedos recorrieron mi espina dorsal, provocándome escalofríos.

— ¿De verdad crees que soy yo la que está al límite? — murmuró contra mi boca. — Estás temblando en mis manos.

Sostuve su rostro entre mis palmas, con firmeza, sin apartar la mirada.

— Puede que lo sea. Pero no porque tenga miedo — susurré. — Es porque me apetece. Y tú... estás tardando demasiado.

Adam tiró de mi pierna hasta que mi cuerpo encajó aún más cerca del suyo. Su cara estaba a milímetros de la mía, sus ojos clavados en los míos como si estuviera a punto de devorarme allí mismo.

— Eres insoportable... — gruñó, con la respiración agitada.

Sonreí, burlándome aún más de él.

— Aun así, no puedes escapar.

Me empujó de nuevo contra el colchón con suavidad, pero con la firmeza suficiente para dejarme sin aliento.

— Porque no quiero. — Su boca descendió hasta mi cuello y, antes de continuar, susurró contra mi piel: — Y ahora vas a ver lo que ocurre cuando decido dejar de sujetarte.

Antes de que pudiera replicar, oí gritos fuera.

— ¡Adam, Adam! — gritó un hombre.

— Quédate aquí — ordenó Adam, sellando mis labios con un beso rápido.

Vi cómo se separaba, su expresión cambió al instante, su mirada ahora alerta y concentrada. Me quedé quieta un momento, con un torbellino de emociones bullendo en mi interior. El momento que

habíamos compartido parecía disiparse y la realidad no tardó en volver.

Salió de la habitación y me di cuenta del repentino silencio que había ocupado su lugar, una expectación en el aire mientras intentaba escuchar lo que ocurría fuera. El contraste entre la intensidad de nuestro beso y la confusión que siguió era casi irritante.

Capítulo 22



Adam Hawke

Bajé las escaleras consumido por una furia que ardía por dentro. Encontré a Nate parado en medio de la sala, con la corbata floja y el cabello desordenado — señales evidentes de un día que había pasado el límite.

— Adam, ¿qué mierda hiciste? — rugió, con los ojos muy abiertos y la cara enrojecida de indignación.

— ¿Puedes explicarme por qué estás gritando en mi casa? — respondí, cruzando los brazos. El esfuerzo por mantener la compostura era casi inútil.

— Enviaste a Pierce a auditar la oficina sin mi autorización o la de papá. ¿Estás loco?

— ¿De verdad crees que pediría permiso? — solté, dando un paso adelante. — Sé que están mintiendo sobre el agujero en las finanzas. Y yo estaba dispuesto a sacar millones de mi bolsillo para cubrirlo, ¡Nate! ¡Para tapar un agujero que ni siquiera sé hasta dónde llega!

Él pasó las manos por el rostro, con los hombros tensos, tratando de encontrar las palabras correctas. La mirada, que antes era feroz, ahora oscilaba entre cansancio y culpa.

— La idea fue del papá... — confesó en voz baja. — Solo quería solucionar las cosas. Y tú... tú retrocediste cuando decidiste no casarte con Helia. Estás hundiéndote y arrastrándonos, ¡Adam! Necesito que te unas a Russel.

Solté una risa seca, sin humor.

— No jodí por Helia. Me jodi por confiar demasiado en todos ustedes.

Nate me miró fijamente, con el rostro endurecido, pero había algo en sus ojos — que recordaba al hermano que creció conmigo. Él no era un villano. Solo estaba tan hundido como el resto.

— Solo quiero salvar lo que aún queda de nuestra familia — dijo con la voz entrecortada. — Estamos al borde del colapso. Tú solo estás cavando más profundo en vez de ayudar a salir.

La furia en mí se convirtió en algo más frío, más certero. Lo enfrenté de regreso.

— A veces, la única salida es cavar hasta encontrar lo que está enterrado. Y no voy a tapar ningún agujero que no haya cavado.

Por un momento, el silencio pareció devorar todo. Nate desvió la vista, como si estuviera viendo los escombros de lo que intentaba mantener en pie durante demasiado tiempo.

Esa conversación aún no había terminado. Pero ahora él sabía que estaba dispuesto a ir hasta donde fuera necesario — incluso si eso significaba desenterrar cada secreto de nuestra familia.

Nate se pasó la mano por la barba, respirando con dificultad. Caminó hasta la barra en la esquina de la sala y sirvió un vaso de whisky, sin ofrecerme. Lo bebió de un trago y golpeó el vaso contra la mesa con fuerza.

— ¿Crees que soy el único engañado? — preguntó, sin mirarme. — Yo también lo fui, Adam. Me prometieron que solo era una maniobra. Que nadie saldría perjudicado. Que todo se resolvería. ¡Que mantendrían mi secreto!

— ¿Y tú creíste? — avancé un paso. — ¿De verdad pensaste que iban a detenerse antes de involucrarme? ¿Antes de meter mi nombre en un contrato de fertilización sin mi permiso?

Nate se volvió, con los ojos en llamas.

— ¡No sabía de esa mierda! Si hubiera sabido... — interrumpió, como si no pudiera terminar la frase — si hubiera sabido, habría hecho algo.

— Pero sabías que había suciedad. Sabías que Helia podía hacer cosas bajas. Y aun así, aceptaste. ¿Sabes por qué? Porque siempre fue más fácil fingir que nada estaba pasando, ¿verdad?

Se le torció la cara, como si mis palabras fueran golpes.

— Yo no soy tú, Adam. Jamás lo fui. No puedo vivir en tu mundo clínico, donde todo es blanco o negro.

Me acerqué lentamente, sintiendo la sangre pulsar en mis oídos.

— La estructura está podrida, Nate. Y quieres sostenerla con mentiras tras mentiras. Voy a derribar esa mierda, aunque tenga que hacerlo solo. Y si intentas detenerme... — lo enfrenté de cerca, con las palabras afiladas como una promesa —, caerás junto conmigo.

Su pecho subía y bajaba en un ritmo descoordinado. Pero en lugar de responder, retrocedió un paso.

— ¿Y Eve? ¿La vas a arrastrar a ella también en todo esto?

Mi mandíbula se trabó. Solo escuchar su nombre me hizo reaccionar por completo.

— Eve es lo único que me impide romperlo todo ahora mismo. Así que cuidado con lo que dices. Cuidado con lo que haces.

Nate me miró como si viera a un extraño por primera vez. Y quizás era así. Porque el hombre que conocía — el que cedia, el que protegía a la familia —, estaba enterrado bajo la traición que me dejaron como herencia.

— Vas a terminar solo, Adam — susurró. — Y no quedará nada para reconstruir.

— Prefiero eso a seguir viviendo en esta farsa — respondí, dando la espalda.

Subí las escaleras sin mirar atrás. La carga de la guerra que se acercaba ya apretaba mis hombros, pero esta vez, estaba listo.

— Eres el señor perfecto, Adam, el hombre que es ideal para los negocios — gritó —. ¡Pero nadie ve lo impulsivo que eres! Te casaste con Angela por impulso y después no supiste qué hacer. Un maldito cobarde que finge ser el hijo ideal.

Desnivelé las escaleras de nuevo, pero me detuve a mitad del camino. Algo en mí se negaba a dejar que la conversación terminara allí, con la furia ardiendo bajo la piel.

— No, no. Tú no vas a salir de aquí haciendo el papel de mártir, Nate. ¿De verdad quieres hablar de impulsividad? — pregunté, bajando los últimos peldaños con pasos firmes. — Vamos a hablar de lo que has escondido. De lo que descubrí.

Su rostro se palideció. Ese cambio súbito en su mirada lo delató incluso antes de que terminara.

— Adam… — intentó decir, con la voz fallando.

— No, ahora me vas a escuchar. Tú le debes ciento cincuenta millones a los Russel. ¡Ciento cincuenta millones, Nate! ¿Y sabes por qué? Porque te metiste hasta el cuello en apuestas ilegales y prostitución de lujo.

Abrió la boca, pero no salió nada. Su silencio era más revelador que cualquier confesión.

— Y aún tuviste la audacia de decir que la idea de casarte con Helia era para salvar la firma — soltó una carcajada seca. — Tú no querías salvar nada. Solo

querías borrar tus propias deudas y seguir fingiendo que eres el hijo perfecto.

— Yo… pensé que podía salir — susurró finalmente. — Creí que podía recuperar… que no llegaría tan lejos.

— Pero llegaste. Y ahora quieres arrastrarme contigo, ¿eh? ¿Ponerte del lado de esa gente podrida? — Mi voz salió baja, pero dura. — Los Russel quieren encerrarme en un contrato con su hija, porque tú convertiste nuestra empresa en un trueque, ¡Nate!

— ¡Estaba desesperado, joder! — gritó, con la máscara, por fin, desmoronándose. — ¡Y papá lo sabía! ¡Sabía y me dijo que aguantara hasta que tú aceptaras el matrimonio con Helia!

Las palabras resonaron en el aire. La sangre me subió a la cabeza. Mi padre. Claro. Siempre fingiendo que no sabía nada mientras movía los hilos por detrás.

— Son patéticos. Cobardes. Y ahora creen que voy a poner a Eve, a nuestros hijos, en esa trampa. — Mi voz se volvió baja, pero firme. — Nunca. Ni aunque el mundo esté en ruinas.

— Adam… — Nate dio un paso adelante, con los ojos llorosos — soy tu hermano.

— Eras. Ahora solo eres otro malnacido en la lista de los que me vendieron.

Y con eso, di la espalda. Definitivamente, esta vez, sin intención de volver.

— ¿Está esperando gemelos? — preguntó, confundido.

— ¡Fuera de mi casa, Nate, ahora! — ordené, mirándolo por encima del hombro.

Él me miró y se fue.

Inhalé con furia, maldita sea.

Necesitaba llamar a Maddox.



Luego de horas conversando con Maddox, me dirigí hacia Eve, que estaba afuera, apoyada en la pared, observando la vasta extensión del lago. Me acerqué y la abracé por detrás. Ella estremeció al sentir mi toque, pero pronto se relajó bajo mis brazos. Le di un beso en la mejilla, y la conexión entre nosotros parecía eléctrica.

Aún sentía el sabor de sus labios en mi boca, un recuerdo que me dejaba ansioso y dependiente, como un maldito adicto a alguna sustancia peligrosa. La necesitaba, el calor que ella emanaba en ese instante parecía hacer todo un poco más claro.

Nos quedamos en silencio, disfrutando solamente del atardecer, sus colores cálidos reflejándose en el agua. El viento estaba frio, y noté que Eve temblaba ligeramente en mis brazos. Por instinto, la estreché más contra mí.

— Vamos a entrar, hace frío — susurré en su oído, y ella se encogió, como buscando consuelo.

— He hablado con mi abuela y mañana iremos allí a hablar — dijo, con una vacilación en la voz que revelaba su preocupación. — Y, Adam, ¿por qué has pagado mis deudas? — preguntó volviendo la cara hacia mí, con la sombra de la incertidumbre extendiéndose en su mirada.

— Porque cuido de lo que es mío — respondí, manteniendo la calma, pero la certeza en mis palabras sonaba más fuerte de lo que quería admitir. Lo que estamos construyendo, aunque sea frágil, era algo que quería proteger.

— Adam, los bebés son tuyos, pero yo aún no... — empezó ella, pero la interrumpí:

— Entonces, trabajaré para que seas mía, Eve.

Ella se volvió lentamente en mis brazos. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero había algo más en ellos — algo entre desafío y rendición. Como si estuviera decidida a si dejarme entrar o a empujarme lejos de una vez por todas.

— Hablas como si yo fuera una extensión de lo que conquistaste — dijo, firme, pero sin alejarse. — Como si yo fuera parte de tu imperio personal.

Incliné la cabeza, sonriendo de lado.

— No eres una conquista. Es un milagro que no esperaba y, aun así, no puedo renunciar a ello.

Ella levantó una ceja, como si no quisiese dejarse tocar por eso... pero la conocía. Su cuerpo decía otra cosa. Los ojos lo negaban, pero sus labios se entreabrieron como si esperaran mis caricias.

— ¿Eso es tu manera sofisticada de decirme que soy un capricho? — provocó, cruzando los brazos, pero sin soltarse de mí.

Me acerqué a su rostro hasta sentir su respiración. Mi mano deslizándose por su espalda, lentamente, con firmeza, sosteniéndola más cerca en su cintura.

— No. Es mi manera directa de decirte que, si sigues provocándome así, volvemos adentro ahora, pero no será para conversar.

Sus ojos brillaron con ese desafío que solo ella sabía lanzar. Ella mordió el labio, y sentí que el fuego se encendía de nuevo.

— Te crees tan en control, Adam Hawke... — susurró.

— No me creo — respondí, con la voz ronca, apretándole la cintura con más fuerza. — Soy. Hasta que tú decidas convertirte en mi punto débil.

Ella río, un sonido bajo, casi burlón, pero lleno de calor. Sus dedos se cerraron en el cuello de mi camisa, acercando mi rostro más a ella.

— ¿De verdad me vas a llevar adentro? — provocó. — ¿O solo hablas así para parecer el dueño del mundo?

— Soy dueño de lo que me pertenece, Eve. Y tú estás empezando a pertenecerme en capas que ni siquiera tú entiendes aún.

Ella me tiró para un beso rápido e intenso, como si quisiera cortarme con la lengua. Y cuando se apartó, susurró contra mis labios:

— Entonces, muéstrame, Adam. Muéstrame de qué eres dueño.

Capítulo 23



Adam Hawke

Lo abracé con decisión, nuestros cuerpos pegados, respiraciones aceleradas. Entré en la casa con ella sin soltarla ni por un instante, sintiendo que sus palabras quemaban bajo mi piel.

Era deseo, era guerra, era rendición. Y ninguno de los dos estábamos preparados para retroceder.

La besé con fuerza. Nada suave. Nada contenida. Mi lengua invadió su boca sin pedir permiso, y ella gimió contra mí. Un jadeo corto, urgente, que me hizo olvidar por completo el mundo.

Terminé el beso y la miré, famélico.

— Me miras como si quisieras devorarme — susurró, mordiendo el labio inferior.

— Lo haré — respondí, ronco, y hundí mi boca en su cuello, bajando por su clavícula hasta sus pechos. Besé, chupé, mordí suavemente, y ella arqueó su cuerpo, jalando de mi cabello con fuerza.

— Adam…

Ella rozó su cadera contra la mía, sintiendo el volumen palpitante bajo mi pantalón. Casi pierdo el control cuando susurró cerca de mi oído:

— Tómame, hazme sentirte profundo dentro de mí.

Subí las escaleras con sus labios en mi cuello, maldita sea. Agitando mis sentidos.

Apoyé su espalda contra la pared del pasillo, sintiendo sus piernas apretarse alrededor de mi cintura. Su mirada me quemaba, insolente y hambrienta al mismo tiempo.

— ¿Vas a detenerme aquí como si tuvieses autoridad sobre mí? — susurró, con sus uñas rascando mi hombro por encima de la camisa.

Me acerqué a su cuello y le hablé entre dientes:

— Tú sabes que quieres que te mande.

Ella rió, provocativa.

— Crees que soy flexible... pero muerdo, Adam.

— Genial — respondí, presionando la pelvis contra la suya, la tensión entre nosotros chisporroteando como

una cuerda tensa al máximo. — Me gusta que me arañen, que me mordisqueen y que me dejen marca tuya.

Ella me jaló de la nuca, obligándome a mirarla de cerca, desafiando el control que fingía mantener.

— ¿Y si te digo que pares? — preguntó, con la voz baja, llena de veneno dulce.

Sujeté su rostro con firmeza, con los ojos fijos en los de ella.

— Entonces paro. Pero hasta que me lo pidas, Eve… tú eres mi distracción favorita.

Ella me besó como si estuviera poniendo a prueba mi resistencia, mi firmeza, como si quisiera arrancarme cada gota de autocontrol. Nuestros cuerpos encajaban con una precisión impresionante, como si estuviéramos destinados a colisionar.

La llevé a su habitación sin perder contacto de nuestros labios. La lancé sobre la cama, y ella cayó con una sonrisa peligrosa en el rostro. Sus ojos brillaban.

— ¿Vas a seguir mirándome como si fuera un premio? — provocó. — ¿O vas a hacer algo en serio?

—Yo no colecciono trofeos, Eve — afirmé, quitándome la camisa y subiendo sobre ella. — Me gusta el juego. Y contigo… la apuesta siempre vale el riesgo.

Ella volvió a tirar de mi cara, acercando su boca a la mía y mordiendo mi labio inferior, con fuerza suficiente para arrancarme un jadeo ronco.

— Entonces apuesta alto, cardiólogo. Porque no vine a perder.

Y cuando nuestras bocas volvieron a encontrarse, hubo guerra. Hubo entrega. Pero, sobre todo, hubo una promesa no dicha de que ninguno de los dos saldría ileso.

Su respiración se aceleró contra mi cuello, y su cuerpo, aunque tembloroso, buscó el mío con un hambre nueva y descarnada. La noche nos envolvía como un velo cómplice, y ya no había miedo, sólo la urgencia de descubrirnos mutuamente.

Mis manos se deslizaron por su espalda, por sus curvas, hasta llegar al dobladillo de su blusa. La levanté lentamente, sintiendo cómo su piel se estremecía bajo mis dedos. Eva separó los brazos y me dejó quitarle la blusa por completo. Se le cayó el sujetador y por un momento me limité a admirarla: sus pechos turgentes, los pezones rígidos por el frío y el deseo, la cicatriz del pecho que la hacía aún más hermosa.

Me llevé cada uno a la boca, chupando con fuerza. Eva arqueó la espalda, soltando un gemido que me hizo endurecerme aún más. El sonido que salió de ella fue crudo, involuntario, como si hubiera tocado un nervio expuesto. Acaricié ambos pezones, alternando suaves mordiscos e intensas succiones, hasta que los vi hinchados, rojos y brillantes de saliva.

Me clavó las uñas en los hombros, jadeando.

— Adam... me estoy volviendo loca — jadeó, con la voz ronca por la excitación, los ojos entrecerrados, desenfocados.

Seguí besando su vientre, explorando cada centímetro, hasta que llegué al borde de sus pantalones.

Sujeté la cintura con firmeza, manteniendo mi mirada clavada en la suya.

— Levántate para mí, mi pequeña — murmuré, y ella obedeció sin vacilar, levantando las caderas.

La agarré por las caderas, la empujé hacia atrás en la cama y me arrodillé entre sus piernas. Ella arqueó la espalda mientras yo le bajaba los pantalones y las bragas de una sola vez, dejando al descubierto todo de sí misma. El centro de su deseo brillaba a la luz de la lámpara. Estaba mojada, lista.

— Adam... — susurró, esta vez con una nota de nerviosismo en medio del fuego.

— Será a tu ritmo, cariño. Pero primero quiero probarte.

Gimió cuando mi boca la tocó, mi lengua exploró cada pliegue, cada pulso. Suave al principio. Luego más firme. Se agarró a las sábanas y sus piernas temblaron alrededor de mi cabeza.

— Estás toda mojada para mí — susurré arrodillándome entre sus muslos. — Ya echaba de menos ese sabor sin siquiera haberlo probado.

La recorrí lentamente con la lengua, saboreándola por primera vez, y Eva gimió con fuerza, sujetándome el pelo con fuerza. Lamí despacio al principio, luego más profundamente, explorando su clítoris con la punta de la lengua mientras ella se retorcía debajo de mí.

— Eso es... no pares — suplicó jadeando, con la voz entrecortada por el placer.

Deslicé dos dedos en su interior, sintiendo el calor y la presión. Ella gritó, temblorosa, y sus caderas empezaron a moverse contra mi boca. Estaba cerca.

— Corri a mí, Eve. Quiero sentir el temblor de tu cuerpo en mi lengua — le ordené con voz profunda y firme.

Ella obedeció, como si hubiera perdido todo el control sobre sí misma. Se corrió intensa, incontrolablemente, su respiración era agitada, gemidos desgarrados escapaban de su garganta.

Posicioné mi cuerpo sobre el suyo, besando sus labios con el sabor de su propia excitación. Sus ojos estaban húmedos, intensos y hambrientos.

Me aparté de ella y la miré desparramado sobre mis sábanas, no, sobre las nuestras. Eva me miró fijamente, se mordió los labios y empezó a levantarse.

Ella se sentó en el borde de la cama, sus ojos fijos en mí con un hambre que iba más allá de lo físico. Cuando me bajó la cremallera del pantalón, despacio, casi a cámara lenta, sentí que me hervía la sangre. Pero en lugar de precipitarme, levanté la barbilla y dejé que me mirara.

Pero ella me miró y sonrió tímidamente, luego confesó:

— Eres la primero. Y tengo muchas ganas de probarte.

— Joder — gruñí por lo bajo. — Joder, hecho para mí.

Dejé escapar una risa baja y forzada y llevé las manos al dobladillo de la camisa. Me la quité lentamente, sin romper el contacto visual. La tela se subió, revelando mi abdomen rígido, los músculos tensos por la excitación. Tiré la camisa a un lado y observé cómo sus ojos seguían cada uno de mis movimientos como si lo estuvieran grabando todo.

La hebilla del cinturón fue lo siguiente. La solté con un chasquido. Luego los pantalones se deslizaron por mis piernas y los dejé caer al suelo junto a los calzoncillos. Me quedé un momento desnudo delante de ella, con el aire enrarecido. Eva se mordió el labio inferior, con los ojos muy abiertos por el deseo y el asombro.

— Di algo — le pedí, con la voz baja, sintiendo su efecto sobre mí.

— No sabía que existieran hombres así fuera de las revistas — susurró, recorriendo con la mirada cada centímetro de mi cuerpo. — ¿Eres real?

— Ven aquí y descúbrelo — le dije, acercándome de rodillas hasta situarme entre sus piernas.

Me tocó con una mezcla de reverencia y atrevimiento. Sus suaves manos exploraron mi abdomen, subieron hasta mi pecho y volvieron a bajar hasta que envolvieron mi ya dura y caliente polla, palpitante para ella. Gemí suavemente al sentir la palma de su mano cerrarse a mi alrededor, y la forma en que reaccionó — los ojos abiertos de par en par, la respiración acelerada — me dejó atónito.

Apreté la base de la polla, sintiendo el fuerte y doloroso pulso de la necesidad, y se la llevé a la boca.

Eve me miró con aquellos ojos enormes y brillantes, mezclando inocencia y malicia de una forma que casi me hizo perder el control allí mismo.

Ella pasó la lengua por la punta, despacio, saboreando el gusto, como si probara algo sagrado.

— ¿Te gusta? — murmuró, con una voz llena de curiosidad y burla.

— Así, pequeña — la animé, cerrando la mano en su pelo, lo bastante suave para guiarla, lo bastante firme para demostrarle que era mía.

Cuando envolvió mi cabeza con sus labios cálidos y húmedos, un gemido gutural escapó de lo más profundo de mi garganta.

Al principio se movió despacio, experimentando con cada una de mis reacciones, hasta que ganó confianza y deslizó su boca más profundamente, envolviéndome en calidez y dulzura.

La agarré del pelo, apartándolo de su cara para ver cada maldito detalle de aquella visión: Eva entregándose a mí con devoción, con auténtico deseo.

— Eso es... — Gruñí, moviendo ligeramente las caderas, siguiendo su ritmo. — Mi chica... tan perfecta.

Ella gimió a mi alrededor, el sonido vibrando en mi polla casi haciéndome caer.

La sensación era cruda, adictiva.

Cada lametón, cada chupada, cada mirada que me lanzaba bajo las pestañas era una tortura deliciosa.

Sentía que la presión crecía rápidamente, que mi cuerpo pedía más, exigía más.

Pero aún no quería correrme. Así no.

No antes de sentirla completamente mía.

Tiré de su pelo con más fuerza, apartando su boca de mí con una bofetada húmeda que resonó en la habitación.

Tenía los labios hinchados y los ojos vidriosos de deseo.

— Eres peligrosa, Eve — gruñí, respirando con dificultad.

— ¿Sólo va a mirarme, doctor? — bromeó, con la voz ronca y los dedos firmes deslizándose dentro de sus pantalones. — ¿O vas a enseñarme lo que sabes hacer?

Me agaché, encajando su cuerpo bajo el mío, nuestros labios se encontraron de nuevo, hambrientos. Ahora, despojado de todo — ropa, defensas, barreras —, me entregué por completo. Carne contra carne. Deseo crudo e intenso. Cuerpos que se acoplan como si conocieran el camino.

— Eres preciosa... — le susurré al oído. — Y ahora toda mía.

Se arqueó bajo mí, y el resto de la historia fueron gemidos, calor y movimiento.

Sus palabras me hicieron perder la última pizca de control. Tiré de ella hacia la cama y la tumbé lentamente, como si fuera de porcelana. Pero había salvajismo en mis besos y ella respondía con la misma intensidad. Estaba desnuda, con el pelo extendido sobre

la almohada, el pecho subiendo y bajando rápidamente. Le pasé la mano por el muslo, haciéndome sitio entre sus piernas. Me recibió con un suspiro que se disolvió en un gemido cuando volví a tocarla.

— ¿Estás lista? — pregunté, colocándome en posición y sintiendo la punta rozar su entrada húmeda y caliente.

— Adam... Lo quiero todo. Lo quiero ahora.

Entré lentamente, cada centímetro un suspiro, un estremecimiento. Su cuerpo se ajustaba al mío como si hubiera sido hecho a medida. Su calor me envolvió, apretado, húmedo, envolvente. Se mordió el labio con fuerza, pero no apartó la mirada. Quería sentirla. Quería verlo. Quería recordar.

— Mierda, Eve... — gruñí, con los dientes apretados, intentando mantener el control mientras la sentía por todas partes.

Me rodeó la cintura con las piernas y tiró de mí con más fuerza. Empezaron a escaparse gemidos, cortos, urgentes.

— Eso es... eso es, Adam... no pares... — susurró, sus dedos agarrándome los hombros, arañándome, marcándome.

Con cada embestida, su cuerpo respondía: sus caderas en sincronía con las mías, su vientre temblando, sus gemidos aumentando. Sus ojos se cerraban de placer, pero siempre volvían a mí, como queriendo decir que no había nadie más en ese momento.

Me besó entre gemidos, sus labios temblorosos y hambrientos.

— Estoy... casi...

— Entonces corre a mí, preciosa. Quiero sentir cómo te corres en mi polla.

Y se corrió —, con los ojos cerrados, el cuello arqueado y las caderas empujando contra mí. Un grito ronco cortó el aire, una oleada de placer recorrió todo su cuerpo. Las contracciones en su interior me llevaron al límite y me corrí con ella, profundamente enterrado, con los músculos tensos y la respiración entrecortada en la garganta.

Nos quedamos tumbados, jadeantes, sudorosos, entrelazados. Mi cabeza apoyada en su hombro, mi corazón latiendo contra el suyo.

Después de unos minutos en silencio, con el cuerpo aún tembloroso, me pasó los dedos por el pecho.

— Lo cambia todo, ¿verdad?

Besé sus dedos sin responder. Pero en mi interior, la respuesta ya estaba tatuada: sí. Todo há cambiado.

Capítulo 24



Eve Clark

Me sentía dolorida, pero tenía una buena sensación dentro de mí, y mantuve los ojos cerrados, intentando conservar la magia del momento. Había tenido mi primera vez con el hombre del que llevaba enamorada más tiempo del que me gustaría admitir. Parecía un maldito sueño y temía despertarme.

Sus fuertes brazos me envolvían con seguridad, mientras mis piernas descansaban sobre las suyas, firmes y gruesas. Adam, acostumbrado a trabajar muchas horas, destilaba firmeza y protección. Su aroma, una embriagadora mezcla de colonia y algo más, se mezclaba

con el mío, como si estuviéramos hechos el uno para el otro.

La conexión física y emocional me hizo sentir segura y deseada. Me aferré a la esperanza de que aquello fuera real, incluso frente a las incertidumbres del futuro.

El calor de su cuerpo, la suave respiración contra mi piel y el ligero peso de sus manos crearon un escudo silencioso a nuestro alrededor, como si nada pudiera separarnos.

Cada latido de su corazón y el sutil roce de sus dedos en mi espalda amplificaban la intensidad del momento, como una danza íntima propia. Quería perderme allí, olvidarme del mañana y entregarme por completo a esta sensación nueva y abrumadora.

— ¿Te encuentras bien? — me preguntó con voz ronca y suave al mismo tiempo, rompiendo el silencio que se había instalado entre nosotros.

No supe responder de inmediato. Todavía estaba asimilando todo lo que había pasado, intentando comprender hasta qué punto era real. Cómo estaba allí, en sus brazos, después de tantas semanas de deseo reprimido y tensión. Como si él hubiera llenado todos los espacios que antes parecían vacíos.

— Estoy... — empecé a decir, pero me falló la voz y volvió a hacerse el silencio entre nosotros. No era vergüenza ni inseguridad. Adam parecía comprender. No insistió en las palabras, simplemente me acercó un poco más, su tacto se hizo más suave, casi como si quisiera asegurarse de que me estaba cuidando, incluso cuando las palabras se hicieron innecesarias.

Apoyé la cabeza en su pecho, sintiendo la calma que me proporcionaba su presencia, y no dije nada más. Me abandoné a la sensación de haber encontrado por fin un lugar donde podía ser yo misma, sin más máscaras.

— Tienes que tomarte la medicación y yo tengo que darte de comer a ti y a nuestros hijos — susurró al cabo de un momento.

Refunfuñé, pero tenía razón. Antes había descuidado mi salud, pero ahora también tenía que cuidarme por los bebés.

Adam me sacó de sus brazos y, mientras me levantaba, no pude evitar fijarme en su cara todavía arrugada, los ojos medio cerrados y el pelo revuelto. Me hacía sentir especial poder ver esta faceta suya por la mañana, antes de que se convirtiera en el médico frío y distante que todos conocían.

— Si sigues mirándome así, voy a tener que meterme dentro de ti, pequeña, y sabemos que tu... bueno, no me soportas, todavía no. — Su voz era ronca y profunda.

Tragué saliva, ruborizándome un poco.

— Yo... estaba pensando en lo guapa que estás toda arrugada, doctor Hawke — confesé, con una sonrisa tímida.

Él se río, y la tensión en el aire pareció disiparse un poco.

— Estás perfecta, pequeña. Me encanta tu pelo alborotado — dijo, acariciándome la mejilla con ternura. — ¿Cómo te encuentras?

— Como alguien que ha recibido unos buenos azotes. — Le sonreí, intentando convertir la conversación en algo ligero, pero lo cierto era que la profundidad de nuestros sentimientos apenas empezaba a revelarse.

— Bueno, quiero que me sientas todo el día —gruñó en un tono bajo y posesivo, como un auténtico macho alfa.

Adam se quitó las sábanas y salió de la cama, dejando al descubierto su torso desnudo. Sólo llevaba unos calzoncillos negros que resaltaban su culo duro y firme. Sus largas y varoniles piernas eran velludas y atractivas, su ancha espalda exudaba fuerza. El hombre era todo virilidad y perfección, y no pude evitar que la admiración se apoderara de mí.

Su mirada me dejó momentáneamente sin habla, una mezcla de asombro y deseo se formó en mi interior. Era difícil creer que alguien tan imponente como él pudiera formar parte de mi vida. Mientras admiraba aquel cuerpo, sentí una oleada de emoción, reforzando la conexión que estábamos formando.

— Vamos, mi pequeña, voy a darte un baño y luego os daré de comer a ti y a nuestros bebés — dijo Adam, con una sonrisa que mezclaba ternura y una determinación protectora.

Me levanté, sintiendo un escalofrío en el estómago ante la propuesta. La idea de estar a su cuidado, incluso en una situación tan sencilla, me produjo un inesperado bienestar.

Mientras caminaba hacia él, su presencia me resultaba reconfortante y poderosa, como si fuera el refugio que necesitaba en aquel momento tan

problemático. Quería relajarme y dejar que cuidara de mí, incluso con los retos que nos rodeaban. La conexión entre nosotros parecía fortalecerse a cada momento, la sencillez de una ducha y una comida se convertía de repente en la certeza de que era real. No sólo un sueño.

Me moría de ganas de que me bañara.



Adam aparcó su Mercedes delante de la casa de mis abuelos. Eran casi las cuatro de la tarde y yo tenía que estar en el trabajo a las nueve y media, así que tendríamos tiempo de hablar y aclarar las cosas.

Salí del coche con él, que me miró y negó con la cabeza. Era un caballero, me abría la puerta, pero yo estaba impaciente.

— Yo te abro la puerta, Eve — dijo.

— Tengo manos. — Levanté las manos y caminé hacia la puerta. — Venga, vamos.

Abrí la oxidada verja y entré, con Adam justo detrás de mí. La hierba estaba alta. Suspiré y me dirigí a las escaleras, subí despacio y abrí la puerta, oliendo el aroma de manzanilla y pastel en el aire.

— Abuela, ¡ya estoy en casa! — grité.

— Entra.

Agarré a Adam de la mano y lo arrastré dentro conmigo. Atravesamos el salón y entramos en la cocina, donde mis abuelos estaban sentados a la mesa redonda. Nos miraron a Adam y a mí, sobresaltados, y me alivió ver el audífono del abuelo.

— Mamá, este es Adam — les dije. — Adam, esta es mi abuela, Rosa, y este es mi abuelo, Samuel Clark.

Mi abuela se levantó y le tendió la mano a Adam.

— Hola, bienvenido — dijo, un poco tímida. — No sabía que venías. ¿Quieres un trozo de tarta o té?

— Me encantaría, y te pido disculpas por no habértelo dicho antes — respondió Adam con simpatía.

— Siéntate y te sirvo yo — le ofreció mi abuela.

Adam se acomodó y miró a mi abuelo.

— Hola, señor Clark. Siento irrumpir así en su casa...

— ¿Cuál es su relación con mi nieta? — preguntó mi abuelo con semblante serio. — Sea sincero, reconozco de lejos a un hombre poderoso y mayor.

El ambiente se volvió tenso por un momento, y pude percibir cómo Adam evaluaba la situación. Era un momento delicado, en el que las piezas se estaban colocando en el tablero, y lo que ocurriera a continuación podría cambiarlo todo.

— Yo no quiero. Ya estoy prometido con tu hija y tendremos hijos juntos. — Adam mantuvo la voz normal, pero firme. — Eva espera gemelos. Me gustaría que disfrutaras de este momento mágico con nosotros. Soy

médico y conozco los riesgos del embarazo, pero pienso cuidarla con mi vida.

— No me lo esperaba — dijo mi abuelo mirándome. — ¿Eres feliz? ¿Te cuida?

Yo quise responderle que aún no sabía si era realmente feliz o no.

— Sí, me cuida — dije, sintiendo que los ojos se me llenaban de lágrimas, la emoción me golpeaba con fuerza. — Y no lo he dicho, pero sois pareja. Abuelo, voy a tener dos hijos. Un niño y una niña.

Me acerqué a él y le abracé, incluso mientras estaba sentado. Mi abuelo me apretó con fuerza.

— ¡Quiero que seas feliz, nieta mía! — susurró. — Te lo mereces, después de tanto tiempo buscando tu felicidad.

Lo abracé un rato antes de volverme hacia mi abuela, que ya estaba llorando.

— Voy a tener bisnietos, dos hermosos bisnietos — murmuró mi abuela entre lágrimas.

— No sé cómo hacerlo, abuela, pero lo haré.

— Te ayudaré, mi amor.

— Sé que lo harás.

Nos alejamos, secándonos las lágrimas.

— Abuela, ya estoy viviendo con él — confesé, sintiendo una mezcla de alivio y nerviosismo.

— Ya lo sabíamos cuando dijiste que te ibas a vivir con un novio — dijo la abuela. — Luego vino Derek, todo

magullado, diciendo que tu novio le había pegado.

— Me pegó — dije furiosa, recordando el enfrentamiento. — El desgraciado estaba borracho y me pegó. Adam sólo me defendió.

— No lo sabía — dijo el abuelo, levantándose, con determinación en los ojos. — Rosa, trae mi rifle, voy a darle una lección a este chico.

— ¡Samuel! — gritó la abuela, tratando de calmarlo. — Siéntate, Adam ya se ha ocupado de él.

— ¡Le ha pegado a mi nieta! — gruñó el abuelo, con evidente determinación. — Tengo que darle una lección.

— Señor Clark, ya me he ocupado de todo — dijo Adam, intentando transmitir confianza. — Tomemos un té y comamos la tarta de manzana, que tiene una pinta deliciosa.

— ¿Le has dado fuerte? — preguntó el abuelo, mirando fijamente a Adam.

— Hice que se desmayara de tanto golpear — le aseguró Adam sin vacilar, y su sinceridad hizo que el abuelo pareciera un poco más satisfecho.

— Vaya, ¡ya veo que me gustas! — exclamó el abuelo, esbozando una leve sonrisa, como si la tensión de la situación se estuviera disipando.

La tarde pasó rápidamente, llena de risas y conversaciones, pero a medida que el reloj se acercaba a las siete de la tarde, el cansancio empezó a hacer mella. Nos despedimos, prometiendo volver pronto, y me sentí reconfortado por la pequeña reunión familiar.

De camino al trabajo, Adam no estaba tan hablador. La atmósfera entre nosotros parecía densa, llena de pensamientos no expresados. ¿Qué le pasaba por la cabeza?

— ¿Qué le pasaba? — pregunté, rompiendo la expectación.

— ¿Has pensado en dejar el trabajo?

— No, quiero llegar hasta el final de mi embarazo — respondí, decidida.

— Eve, tu embarazo corre peligro — dijo, con voz suave pero firme.

— Sí, y puedo cuidar de mí misma. No voy a depender de tu dinero. — Mi respuesta salió como una defensa dura y espontánea.

— ¿Así que mi dinero es el problema? — preguntó, con un rastro de confusión en su expresión.

— No voy a depender de ti, Adam — declaré, tratando de afirmar mi espacio.

El coche se deslizó por las calles y sentí la presión de la conversación. Sabía que la discusión sobre nuestras vidas y planes distaba mucho de haber terminado, pero en aquel momento era esencial que me mantuviera firme en mi postura.

Mientras conducíamos, el paisaje urbano pasaba junto a la ventanilla. Las luces parpadeaban y una sensación de incertidumbre me invadía. Incluso rodeada de todo aquello, una parte de mí anhelaba claridad y dirección.

Miré a Adam. Para un hombre que parecía tan resuelto y firme, había un elemento de vulnerabilidad en su expresión. Él también estaba lidiando con el peso de esta situación, y necesitábamos encontrar una forma de avanzar en la que ambos pudiéramos equilibrar nuestros retos sin perder lo que importaba.

— Quiero que nos entendamos — dije, deseando que mis emociones salieran a relucir. — No se trata sólo de dinero, sino de cómo vamos a afrontarlo juntos.

Me miró, entre nosotros había un entendimiento silencioso de que afrontaríamos los retos que nos esperaban.

Capítulo 25



Adam Hawke

Estaba estresado después de salir de una reunión de la junta directiva. Viktor, el director, finalmente atendió a mi pedido de alejar a Helia del hospital y confirmó que su despido ya estaba en proceso. Quería la mayor distancia posible de ella, de su familia y de la mía. La situación me pesaba, mi cabeza estaba a punto de explotar.

Entré en mi consultorio y me cambié de ropa. Ya no había cirugías programadas y ya había visto a todos mis pacientes y hablado con mis residentes; la rutina que antes era un consuelo ahora solo aumentaba mi irritación.

Un golpe en la puerta interrumpió mis pensamientos. Ordené que entrara, era Brandon, que sonrió para mí, con una expresión amigable que contrastaba con mi estado de ánimo.

— ¡Vamos al bar a tomar una copa antes de ir a casa! — dijo él, como si eso pudiera aliviar el peso que llevaba.

— Solo voy a cambiarme. Puedes ir tú — respondí, tratando de esconder lo sobrecargado que me sentía.

— ¡Te espero aquí, Adam! — dijo, su insistencia hizo que negara con la cabeza, pero la idea de compañía empezaba a parecerme más atractiva de lo que quería admitir.

Fuí al baño y me cambié rápidamente, con la esperanza de que el cambio de ropa también pudiera cambiar mi humor. Al salir y recoger mis cosas, miré mi teléfono. Ningún mensaje de Eve. Xavier me había avisado que ella pasó el día explorando la propiedad, incluso mojó los pies en el lago y tomó el sol. Me envió videos y fotos de ella, y las imágenes la mostraban feliz, algo que calentaba mi corazón, incluso en medio del estrés.

Salimos y comenzamos a caminar; incluso al entrar en el bar, vi que todos estaban allí: Viktor, Ethan, Charles y hasta ese desgraciado de Elias. El ambiente era ligero, con conversaciones animadas que contrastaban con el torbellino de sentimientos dentro de mí.

Sabía que necesitaba relajarme un poco, pero la presencia de todos y la expectativa de lo que podía suceder solo aumentaban mi irritación. Antes, salir al bar

era una forma de desestresarme, pero ahora, cada risa parecía un recordatorio de las complicaciones que permeaban mi vida. No había avisado a Eve que me retrasaría, joder. No quería parecer un hombre soltero, ya tenía collar y ama de casa.

Y la idea de Eve, aunque lejos, todavía me atormentaba.

Y así, envuelto en un mar de rostros familiares y energía, luchaba por encontrar mi espacio, tratando de ignorar las cadenas que aún me ataban a un pasado que se negaba a desligarse de mí.

El bar estaba ruidoso, lleno de voces mezcladas, risas y el sonido de copas chocando. El olor a alcohol, madera barnizada y fritura llenaba el aire. Brandon pidió dos dosis de whisky sin preguntar y me entregó un vaso.

— Vamos a ver si eso te ayuda a relajarte un poco, doctor — dijo él, sonriendo antes de tomar un sorbo de la bebida, algo raro en él, que pocas veces bebía algo alcohólico.

— Esto solo me hará olvidar que todavía tengo que lidiar con la mitad de mi familia mañana — refunfuñé, pero lo bebí de todas formas.

En los primeros minutos, estuve más a la defensiva, respondiendo a las conversaciones con monosílabos. Pero después de la segunda copa, y cuando Viktor apareció con una botella cara diciendo que la ronda era por mi cuenta, empecé a relajarme.

Ethan habló sobre un nuevo equipo de imagen del hospital, Brandon se rió de alguna historia de los residentes, e incluso Elias, con su cara de burla, parecía más soportable después de algunas copas.

— Estás muy callado hoy, Adam — dijo Viktor, llenando mi vaso una vez más. — ¿La despedida de Helia no debería ser motivo para celebrar?

— Es — asentí, mirando el líquido ámbar. — Pero hay algo más importante en mi cabeza.

— ¿Qué? — preguntó Brandon, curioso. — ¿Una cirugía nueva? ¿Un cambio de cargo?

Suspiré. El alcohol ardía en mi garganta, pero también empezaba a calentar otra parte de mí: el orgullo. El tipo de orgullo que explota cuando tienes algo enorme guardado y no puedes seguir escondiéndolo.

Me quedé en silencio por un instante, escuchando a todos discutir tonterías. Sentí la copa sudar en mi mano. Y, de repente, sin poder aguantar más, empujé la silla hacia atrás, me levanté en medio del bar y levanté mi copa.

— ¿Puedo tener la atención de todos por un instante?

El bar fue quedando en silencio poco a poco, uno por uno, hasta que toda la atención se dirigió a mí. Algunas personas ya reían, pensando que haría un brindis sarcástico o una broma de doctor cansado.

— Voy a ser papá — solté con voz firme.

Un murmullo surgió, pero elevé aún más la voz, con una sonrisa torcida en el rostro y el corazón acelerado.

— ¡De mellizos! Voy a ser papá de mellizos, ¡joder!

Brandon escupió parte del whisky, Viktor abrió los ojos de par en par y alguien gritó "¡Mentira!". Pero poco después, el bar explotó en aplausos, silbidos y risas.

Alguien golpeó el mostrador pidiendo una ronda doble. Ethan se levantó para abrazarme y Elias murmuró algo como: "El mundo realmente se está acabando".

— ¡Felicidades, hermano! — Brandon me abrazó con fuerza. — Eso es increíble. Mellizos, hombre. Eso es... épico. Voy a estar con ellos desde que nacen, y ni pienses en ponerles otro pediatra.

— ¿Y cómo está la madre? — preguntó Viktor, mirándome con un tono más serio.

Sonreí de lado, pensando en ella, en cómo dormía acurrucada, en el calor de su piel contra la mía.

— Ella es la mujer más fuerte que he conocido. Y hermosa de puta madre.

— Quién lo diría... — rió Ethan, balanceando la cabeza. — El cirujano de hielo se convertirá en un papá orgulloso.

— Lo voy a ser — respondí, sentándome de nuevo. — Que se jodan los demás.

Mientras los brindis continuaban, una parte de mí ya ansiaba volver a casa. A ella. Pero por ahora, dejé que el orgullo hablara más alto. Esa noche, era un hombre con todo qué perder — y todo qué ganar. Un padre, por fin.

Seguí bebiendo con ellos, una copa y otra, y me sentía animado, por eso, cuando cambió la música, me animé de nuevo y exploté mi alegría.

— ¡De mellizos, joder! — repetí, ya con el vaso en alto, el calor de la bebida y la emoción quemando por dentro.

Brandon soltó un grito agudo y levantó el suyo también.

— ¡Que alguien sostenga a ese hombre! ¡El Doctor Frío va a ser papá! ¡De dos!

— ¡Eso merece más que una ronda! — gritó Ethan, yendo ya hacia la barra. — ¡Vamos a brindar hasta que ese bebé nazca aquí en el bar!

— ¡Bebés, en plural! — corregí, riendo.

Charles me dio una palmada en la espalda lo suficientemente fuerte para hacer que me empujara hacia adelante.

— Ahora vas a tener que comprar una furgoneta, Adam. Un coche doble, pañales en cantidad doble, noches sin dormir...

— No hables de pañales ahora, hombre — murmuré, frotándome los ojos.

— Ahora acepta, ¿no? — provocó Elias, sonriendo con burla. — Por fin, hermano, dejaste de ser cabezota.

Me volví hacia él, riendo, pero sin esconder el agotamiento.

— Sí. Necesito hacer que este corazón vuelva a latir y está latiendo con vida.

El ruido alrededor fue disminuyendo, y sentí que las miradas se volvían más — atentas.

— Hablo en serio ahora — añadí, limpiándome la garganta. — Estoy feliz. Miedo de puta madre, pero feliz. Quiero a estos hijos más que a cualquier otra cosa. Solo que antes de eso, tendré que suplicar perdón a Eve.

Brandon apoyó el codo en la barra y me miró con seriedad.

— ¿Todavía está molesta?

— Ella está herida. Y con razón. La mierda que le hicieron... con su cuerpo. Y me tardé en entender lo mucho que eso la hirió.

Viktor, que hasta entonces solo observaba, soltó un suspiro.

— Tendrás que sudar. Y hacer más que flores y disculpas. Ella no es cualquiera.

— Lo sé — respondí. — Ya no quiero vivir un día sin ella. Sin los tres. Y haré lo que sea necesario. Solo... necesitaba respirar hoy. Mañana, vuelvo y empiezo a reconquistar a mi familia.

— Familia — repitió Ethan, sonriendo. — Vaya, tú estás realmente en eso.

— Hasta el cuello — confirmé, mirando mi vaso vacío.

— Vas a poder, Adam — dijo Ethan, más serio de lo habitual. — Pero dolerá. Una mujer enamorada y herida es un huracán. Sobre todo si es del tipo que te ama de verdad.

Solté una risa baja.

— Ella me llama "doctor Hawke" cuando quiere provocarme. Pero cuando solo me llama Adam... sé que estoy jodido.

Todos rieron, pero había respeto en el aire. Sabían que no hablaba por hablar.

— Entonces, levanta esa copa de nuevo — dijo Brandon. — Por el hombre que va a convertirse en padre de mellizos y va a romper sus propias defensas por amor.

Levanté la copa.

— Y por ella. Por Eve. Que me hace querer ser alguien mejor.

Las bebidas tintinearon, por un instante, y me permití olvidar el dolor, el pasado, la culpa. Solo había una certeza: estaba enamorado de esa mujer. Y nada, ni siquiera mi orgullo, colocaría obstáculos entre mí y el futuro que quería a su lado.



Eve, Eve — llamé, sentándome a su lado en la cama, en su habitación. — ¡Despierta!

Mi voz estaba entrecortada, y me sentía mareado, pero la necesidad de darle un beso de buenas noches — o buenas madrugadas —, en ella, en mi pequeña, después en los bebés, era inmensa.

— ¿Adam? — dijo ella, acurrucada, aun soñolienta, sentándose en la cama, con el rostro aún marcado por el sueño.

Encendí la luz del pequeño lámpara, y ella parpadeó varias veces al mirarme, como si intentara procesar la

realidad. Luego, se rascó los ojos y suspiró, una mezcla de confusión e irritación creciendo.

— Quiero saber por qué estás aquí — pregunté, con la lengua doblada en un esfuerzo para expresarme mientras sonreía, tratando de suavizar el momento.

Eve me miró con una expresión escéptica.

— Ese fue el cuarto que me diste, Adam. Para mí... ¡estás borracho!

— Bebí con mis amigos del hospital. Te avisé por mensaje, las cosas se salieron de control y ellos están felices por nosotros dos y los bebés — susurré, con la euforia de la bebida en conflicto con la sinceridad del momento.

— ¿Hablaron con ellos? — la sorpresa se mezclaba con incomodidad en su voz.

— Shh, no grites, pequeña. Que los bebés no se despierten. — Pasé suavemente la mano por su vientre, la conexión entre nosotros volviéndose aún más real. — Serán hermosos como tú, nuestros bebés. Después, haremos más bebés, y más bebés.

Ella suspiró, bufando un poco, su rostro tomando una expresión de exasperación que partía mi corazón.

— Adam, ve a tu habitación, estoy cansada.

Su respuesta tenía un tono de rechazo que me incomodó. Quería cuidarla, hacer que se sintiera segura, pero percibía que aún había espacio para la confusión y la incertidumbre entre nosotros, y tras la intensa conversación que tuvimos. La certeza de que sentía una

conexión más profunda me dejaba ansioso, pero sabía que debía respetar sus límites.

— Está bien — asentí, sabiendo que necesitaba alejarme un poco, pero el deseo de quedarme allí más tiempo aún latía en mí. — Si necesitas de mí, estaré en la próxima puerta.

Me levanté, yendo hacia la puerta, pero no podía quitarme la sensación de que había mucho más por explorar entre nosotros, una idea que no lograba dejar atrás.

Antes de salir, me detuve en la puerta y me volví lentamente. La luz amarillenta de la pantalla trazaba el contorno de su cara, el pelo un poco revuelto, la expresión cansada... pero aun así hermosa. Mi pequeña.

— Eve… — susurré, con la mano sosteniendo el marco de la puerta como si eso me impidiera desplomarme. — No te enojes, solo bebí un poco, ven conmigo a dormir juntos, solo dormir, Eve...

Ella no dijo nada. Solo me miró, seria, quizás intentando comprender si lo que decía era efecto del alcohol o del corazón. Quizá un poco de ambos.

— Quiero cuidar a los bebés en tu barriga, ven a dormir conmigo, por favor — imploré. — ¡Eve!

— Cuando estés sobria, doctora Hawke, hablamos — declaró.

Ella desvió la mirada, y no insistí más. Ya era demasiado para esa hora de la madrugada. Caminé hacia mi habitación, cada paso más lento que el anterior, con el corazón pesado como si me hubieran hecho una cirugía en él mismo.

Me acurruqué en la cama, sin cambiarme de ropa, el olor de ella todavía en mí, mezclado con la bebida y la nostalgia.

Por más que quisiera correr de regreso a su habitación y abrazarla contra mi pecho, sabía que debía esperar. Ser el hombre que ella merecía. Ser el padre que esos dos pequeños corazones esperaban.

Esa madrugada, mientras el mundo afuera dormía, me quedé despierto.

Escuchando el sonido del silencio y deseando que, en la habitación de al lado, mi pequeña supiera que lo estaba intentando. Aunque roto, aunque fallido. Pero, intentando.

Capítulo 26



Eve Clark

Corrí al baño con el estómago revuelto. Me apoyé sobre el váter, sintiendo que todo salía de mí. Me asusté al sentir manos firmes sujetando mi cabello y acariciando mis espalda. Era Adam.

Después de que mi estómago se calmó, intenté levantarme, pero la mareo era fuerte. Él me envolvió en sus brazos y me llevó hasta la encimera, donde me sentó, con la cabeza apoyada en la pared. Mientras me recuperaba, Adam volvió, tiró de la cadena y trajo un cepillo de dientes. Lo agarré, todavía temblando, y me cepillé para deshacerme del mal sabor.

Adam me ayudó a bajar de la encimera, sosteniéndome con cuidado mientras mantenía el equilibrio. Escupí el enjuague, intentando recuperar algo de normalidad en aquella mañana tumultuosa.

Su apoyo silencioso y constante me dio fuerzas, y me sentí agradecida de que él estuviera allí en uno de los momentos más difíciles y vulnerables.

— Ven, mi pequeña — susurró, como si temiera romper el poco equilibrio que había logrado recuperar.

Su brazo firme me rodeó por la cintura, guiándome de vuelta al cuarto. Cada paso fue lento, cuidadoso, como si supiera exactamente cuánto mi cuerpo necesitaba una pausa y cariño.

Me recosté con su ayuda, y él acomodó las almohadas a mi alrededor como si montara un nido. Luego, cubrió mis piernas con la manta ligera y se agachó a mi lado.

— ¿Quieres un té? ¿Tostadas? ¿O solo... quedarte aquí conmigo unos minutos? — preguntó, con sus ojos azules observándome con esa mirada que solo él tenía. No era pena. Era presencia.

— Solo quédate — susurré, con la voz aún débil.

Se sentó a mi lado en la cama, quitándose los zapatos y recostándose con cuidado. Poco después, sentí sus dedos entrelazarse con los míos por encima de la manta.

— Tus bebés te están haciendo marear — dijo, con medio sonrisa. — Son traviesos como la madre.

— O insoportables como el padre — respondí. — Deben haberse molestado con tanto alcohol que bebiste ayer.

Él río.

— Bebí con mis amigos, pero no siempre es así. Si te molesta, beberé menos o dejaré — dijo, acariciando mi rostro con ternura.

— No bebas tanto como para emborracharte y tropezar, así empiezan los vicios — susurré.

La idea de vivir como mi madre, atrapada en los mismos vicios de quien me hirió, era insoportable.

— Prometí que no volveré a beber como ayer — aseguró, besando mi cabeza con un toque de cariño. — Pediré algo para comer y te lo traeré — agregó, preocupado.

— Voy a tomar una ducha...

— Yo te ayudo — interrumpió.

— Adam, yo...

— Ya te vi desnuda, mi pequeña, y voy a ayudarte — insistió, con una preocupación más que bienvenida.

La simple idea de tener a alguien a mi lado, dispuesto a enfrentarse a cada momento del día, desde los más insignificantes hasta los más importantes, hacía que todo mi ser se calentara de gratitud y comprensión. Entre estas cuatro paredes, estábamos construyendo algo bondadoso y real, paso a paso.

Adam me ayudó a levantarme con calma. Sus manos eran firmes, pero suaves. Cuando me llevó al baño, su

presencia constante a mi lado me dio la seguridad que necesitaba para dejarme cuidar.

Abrió la ducha, verificó la temperatura del agua, y luego volvió a mirarme. Sus ojos estaban fijos en los míos, preguntando en silencio si podía seguir.

Asentí, y él se acercó, tirando lentamente la barra de mi blusa. Con delicadeza, la deslizó por encima de mi cabeza, luego retiró mi braga, arrodillándose con cuidado frente a mí. Su toque no era de deseo — era de reverencia. Como si desnudarme fuera un ritual sagrado, no un gesto mundano.

— Eres hermosa — susurró, más para sí que para mí, como si dijera algo que ya sabía desde hace mucho tiempo.

Entramos juntos en la ducha, con él colocándose detrás de mí, ayudándome a mantener el equilibrio, mientras el agua tibia corría por nuestra piel. Sus manos deslizaban por mi cuerpo, repartiendo jabón con cariño. Lavaba mis hombros, mi espalda, mi barriga, haciendo pausas suaves cuando sus palmas encontraban mis senos sensibles o el volumen aún discreto de mi vientre.

— No veo la hora de que den señales de vida, de que pateen y estiren tu piel — susurró, besando suavemente mi cuello.

— Ni yo — respondí, poniendo mi mano sobre la suya, buscando consuelo. — Ni puedo creer que voy a ser madre y, si mi corazón no aguanta, Adam, quiero verlos crecer, caminar...

Mi voz se quebró. El miedo a no resistir siempre estaba presente, porque conocía los riesgos. Dos bebés a la vez parecían una locura.

Adam apretó suavemente mi mano, me envolvió en un abrazo protector y dijo:

— Vamos a superar esto juntos. Estaré a tu lado en cada paso de este camino. Veremos a nuestros hijos crecer, caminar y mucho más.

Respiré profundo, permitiendo que sus palabras disiparan un poco la preocupación que me envolvía. El peso de la incertidumbre se volvía más liviano con Adam a mi lado, y estar allí, en esa intimidad, me daba una fuerza indescriptible para enfrentar lo que el futuro nos reservaba.

Me volví y lo miré.

Adam pasó sus dedos húmedos por el lateral de mi rostro, apartando algunos hilos húmedos que pegaban en mi piel. Besó mi sien con delicadeza, como si sellara una promesa silenciosa allí, bajo el agua.

— Los verás dar sus primeros pasos, correr por el jardín... te pelearás conmigo cuando enseñe a jugar fútbol dentro de la casa — susurró, con una sonrisa que mezclaba ternura y esperanza. — Y verás a cada uno llamándote mamá. La vida todavía te devolverá todo lo que te quitó.

Sentí los ojos arder, y cuando parpadeé, una lágrima corrió. Quizá era solo el agua caliente o el vapor. Quizá era él. La forma en que hablaba, cómo me tocaba... hacía que todo pareciera posible. Hasta lo imposible.

Me envolvió en sus brazos, sus labios se posaron en la parte superior de mi cabeza.

— No dejaré que nada te pase — dijo, en un tono que era más una promesa que una frase. — Ni a ti, ni a

los bebés. Haré lo que sea necesario para protegerlos.

Cerre los ojos y apoyé la frente en su hombro. Sentía su corazón latir con firmeza contra mi espalda, su cuerpo caliente pegado al mío. Era como si, por unos minutos, el mundo exterior no existiera. Solo estaban el sonido del agua, nuestros cuerpos y ese amor que crecía más rápido de lo que cualquiera de nosotros estaba preparado para admitir.

— ¿Puedes prometerme eso? — pregunté con voz débil. — ¿Que no me dejarás?

Él me giró lentamente, sosteniendo mi rostro entre sus manos húmedas. Sus ojos estaban intensos, azules y fijos en los míos, y su respuesta fue firme:

— Prometo que estaré aquí por nuestros hijos.

Por los bebés y no por mí.



Me arrastré por el trabajo, cargando con el peso del cansancio acumulado. Durante un descanso, intercambié mensajes con Jazz, pero seguía sin revelarle el sexo de los bebés ni que eran gemelos. Quería decírselo en persona o por videollamada, pero según ella, Internet en el campo no servía para eso.

Continué hasta el final de mi turno, sabiendo que Xavier o Adam me recogerían a las diez de la noche. No

estaba segura de quién vendría exactamente, pero confiaba en no estar sola de camino a casa.

Llegó mi compañera sustituta y, como ya le había cubierto otros turnos, opté por irme media hora antes. Aprovecharía este tiempo extra para relajarme un poco. Salí, la brisa del atardecer me refrescó mientras me dirigía al punto de encuentro.

La expectación ante lo que estaba por venir, sumada al embarazo y a la mezcla de emociones cotidianas, se veía respaldada por el hecho de saber que tenía gente a mi alrededor dispuesta a ayudarme y apoyarme en cada paso del camino.

La noche era muy tranquila. Estaba fuera, sentada en el banco junto al aparcamiento, esperando el coche de Adam o Xavier. Las luces de la calle parpadeaban de vez en cuando, y el aire fresco ayudaba a mitigar el cansancio.

Oí pasos que se acercaban, me di la vuelta, confuso, y entonces la vi.

Helia.

— Mira quién está aquí... — dijo una voz dulce, casi susurrante, que encerraba una amenaza oculta.

Llevaba un vestido negro ajustado, un maquillaje impecable, tacones altos y el pelo recogido en un moño. Parecía salida de un editorial de revista. Pero su mirada... su mirada no era la correcta. Había algo roto allí. Demasiado brillo. Demasiado arreglado.

— ¿Helia? ¿Qué haces aquí? — pregunté, poniéndome en pie, sintiendo que mi cuerpo reaccionaba instintivamente alarmado. — ¿Me estás siguiendo?

Se río. Un sonido agudo y forzado.

— ¿Siguiéndote? Sólo he venido a ver de cerca la destrucción. — Dio dos pasos hacia delante. — La pequeña zorra que se llevó todo lo que era mío.

— No me llevé nada tuyo. Falsificaste documentos. Engañaste a la clínica, a mí, a Adam... — Mi voz era firme, pero mi corazón latía con fuerza.

— ¡Has mentido! — gritó ella, con su voz aguda cortando el aire. — ¡Apareciste con esa cara de santa y me lo arrebataste! Iba a darle un hijo, ¡iba a devolver el honor a nuestra familia. ¿Y ahora? ¿Ahora apareces embarazada de gemelos?

Se acercó, con los ojos muy abiertos y las manos temblorosas. Intenté retroceder, pero me caí y me golpeé la espalda contra el banco.

Me levanté a toda prisa, intentando poner más distancia entre ella y yo.

— Aléjate de mí, Helia. Estoy embarazada. No voy a discutir contigo. Vete — dije, intentando mantener la calma.

— Si este bebé no es mío... ¡tampoco será tuyo! — gritó, y en un gesto repentino, me empujó con fuerza.

Intenté sujetarme, pero caí al suelo con un ruido sordo. El dolor fue rápido, el susto aún mayor. Grité, llevándome las manos al estómago.

— ¡Eres un error! ¡Eres un bicho raro! ¿Quieres reemplazarme? ¡Entonces sufrirás como yo! — gritó, y levantó los talones como si fuera a golpearme.

— ¡No! — grité, encogiéndome para proteger mi vientre. — ¡Por el amor de Dios, mis bebés!

Estaba a punto de darme una patada cuando el atronador sonido de un coche frenando violentamente llenó el espacio.

Adán.

— ¡Helia! — Su voz cortó el aire como un látigo. — ¡Quítale las manos de encima!

Corrió como un huracán, agarrándola del brazo y alejándola de mí.

— ¿Has perdido la cabeza? — gritó, con los ojos brillantes. — Está embarazada, ¡podrías haber matado a los bebés!

Helia luchó contra él, con el moño deshecho, pero hermosa como una muñeca de porcelana, una muñeca rota.

— ¡Me lo prometiste! — gritó, tratando de alcanzarlo. — Me lo ha robado todo. ¡Tiene lo que era mío!

— ¡Tú nunca tuviste nada! — gruñó Adam, apartándola con un movimiento firme. — No vuelvas a acercarte a ella. Jamás.

Helia, jadeante, lo miró con ojos vidriosos y maníacos. Luego a mí, tirada en el suelo.

— Si no es mía... no será de nadie... — susurró. Y entonces echó a correr. Desapareció entre las sombras, el sonido de sus tacones resonando en el asfalto como una amenaza.

Adam corrió hacia mí.

— Eve. Amor... respóndeme. — Se arrodilló a mi lado, tocando mi rostro, mi vientre con sus dedos.

— Adam... — mi voz era débil — estoy sangrando.

Él se quedó pálido.

— No...

Observó el charco oscuro que se formaba bajo mi cuerpo.

— Aguanta. Estoy aquí. Te voy a salvar. Lo juro. — Y, sin dudar, me tomó en brazos, ya llamando al hospital con la otra mano.

Mientras el mundo giraba y todo parecía apagarse, el sonido de su voz era la única ancla que tenía.

Capítulo 27



Adam Hawke

Daniel estaba examinado a Eve, mientras yo permanecía afuera, siguiendo sus indicaciones. El nerviosismo me consumía, un torbellino de emociones se formaba en mi estómago. La rabia contra Helia ardía en mi interior; la policía ya la buscaba, y Maddox controlaba la situación, pero eso no aliviaba la angustia que sentía por Eve.

Cada segundo se hacía eterno mientras aguardaba. Sabía que, por los problemas cardíacos que ella enfrentaba, Eve necesitaba más exámenes. La idea de perder otro hijo o a mi pequeña era insoportable. ¡Joder!

La ansiedad me dejaba inquieto, no podía quedarme quieto. Mirando al suelo, recuerdos dolorosos comenzaron a surgir, y el peso de la culpa se volvía casi insoportable. La idea de no poder ser un padre presente otra vez, de perder a alguien que ya se había vuelto tan importante para mí, comprimía mi pecho como una venda.

Respiré profundo, intentando controlar la tormenta que se formaba dentro de mí. No podía dejar que el miedo me dominara. Eve necesitaba que estuviera enfocado, fuerte. Cambiar el rumbo de todo aquello parecía imposible, pero una cosa era segura: haría lo que fuera necesario para mantenerla segura.

Las puertas de la sala de exámenes se abrieron y vi a Daniel salir. Su mirada era recelosa, y entendí que las noticias no serían fáciles. Caminé en su dirección, con el corazón acelerado, preparado para enfrentar lo que viniera.

Daniel se acercó con pasos pesados, quitándose las guantes de látex y tirándolas al cubo de basura junto a la puerta. Su semblante era serio, pero no desesperado — lo que, de alguna forma, me dio un hilo de esperanza.

— Ella está estable — dijo él de manera directa, encontrándose con mi vista. — Pero el sangrado fue considerable. Tuvimos que hacer una ultrasonografía de emergencia para verificar el estado de los bebés y también una evaluación cardíaca. El estrés y el trauma físico afectaron su presión y sus latidos.

Sentí que mis rodillas amenazaban con ceder. Apoyé la espalda en la pared, intentando contener la avalancha de sensaciones que me atravesaba.

— ¿Y los bebés? — pregunté, con la voz entrecortada, casi fallando. — ¿Siguen... ?

Daniel respiró hondo antes de responder.

— Siguen con latidos. Los dos. Un poco acelerados, pero estables. El cuello del útero está cerrado, lo cual es una buena señal. Eve necesitará reposo absoluto y monitoreo constante en los próximos días. Pero, Adam... — hizo una pausa, buscándome con la mirada, como si quisiera escoger las palabras correctas —, cualquier nuevo trauma, emocional o físico, puede tener consecuencias graves para ella y para los bebés.

Cerré los ojos por un segundo, tragando saliva con dificultad. Una parte de mí quería correr y sacar a Helia del mundo con mis propias manos. Otra quería entrar en esa sala, acostarme a su lado y prometer que nada más tocaría a ella.

— ¿Puedo verla? — pregunté, ya dejando la pared, con los puños apretados.

— Puedes. Pero ve con cuidado. Ella está asustada... y débil. Muy débil. Ella preguntó por ti — dijo, con un leve gesto de cabeza —, pero si eso puede causar más estrés, mejor ni entres.

— No voy a causar nada. Solo quiero estar con ella — aseguré, sintiendo que la garganta se me apretaba.

Daniel asintió y se alejó. Caminé hasta la puerta entreabierta; la abrí con suavidad, y la luz tenue de la habitación mostró la silueta de Eve recostada en la camilla, con los ojos cerrados, una sonda en el brazo, su rostro pálido y lastimado. Aun así, era hermosa. Tan fuerte. Tan mía.

— Eve... — llamé suavemente, acercándome al lado de la cama.

Ella abrió los ojos lentamente y, al verme, sonrió con un cansancio que me partió el alma.

— Has venido — susurró, con la voz casi como un suspiro.

Sujeté su mano con ambas, llevándola a mis labios.

— Estaré aquí. Siempre. Y nadie... *nadie* te hará daño otra vez.

Ella respiró profundamente, con los ojos llenos de lágrimas.

— Tenía tanto miedo, Adam...

— Yo también. — Sentí que mi voz se quebraba. — Pero eres la mujer más fuerte que conozco. Y nuestros hijos tienen a ti. Y yo... yo tengo.

Ella lloró en silencio, y me incliné, apoyando la frente en la de ella.

— Debería haberte protegido mejor. Debería haber previsto que Helia haría algo así. Pero te juro, Eve, por todo lo sagrado, que si vuelve a acercarse, conocerá un lado de mí que ni siquiera sabía que existía.

Ella asintió apenas, apretando mi mano.

— Prométeme... que lucharás por nosotros. ¿Aunque yo flaquee?

— Ya estoy luchando, pequeña. Y seguiré luchando. Por ti, por ellas...

— ¿Y Helia? Adam, no quiero que esa mujer se acerque a mí ni a mis hijos otra vez — La voz de Eve temblaba, marcada por la preocupación y la frustración.

La intensidad de sus palabras me golpeó como un puñetazo. Era evidente que su presencia le afectaba profundamente, y el miedo a que su vida volviera a verse amenazada pesaba en su corazón.

— Ella no se acercará, Eve, te lo prometo — aseguré, intentando transmitir seguridad, y le besé la frente, un gesto que buscaba calmarla, mostrar que estaba a su lado.

Sentía la tensión aún viva entre nosotros, pero sabía que debía ser firme. Su preocupación era válida, y estaba decidido a proteger no solo a mi niña, sino también la memoria de lo que ya había sido.

— No voy a permitir que cause más dolor. Estamos en esto juntos, y haré lo que sea necesario para garantizar tu seguridad y la de nuestros bebés. — La determinación en mi voz era real; no quedaba espacio para dudas.

Eve me miró, con los ojos brillando de una mezcla de gratitud y miedo. Sabía que la batalla aún no había terminado, pero mi compromiso de cuidarla me impulsaba a enfrentar cualquier desafío. Estaba listo para luchar, no solo contra Helia, sino contra cualquier cosa que amenazara el futuro que comenzaba a formarse entre nosotros.

Eve tomó mi muñeca con fuerza, como si eso fuera la última ancla que le quedaba entre ella y el colapso.

— No entiendes, Adam. Ella intentó matar a nuestros hijos. Ella intentó matarme — Su voz se

quebró, el pánico creciendo otra vez. — ¿Y si intenta de nuevo? ¿Y si nadie le cree? ¿Y si huye? ¡No puedo vivir con ese miedo!

— Mírame — le pedí, tirando de una silla y sentándome a su lado, poniéndome a su altura. — La policía ya está tras ella. Maddox, el abogado que mencioné, está personalmente en el caso. Vio el estado en que llegaste aquí. Está preparándose para acusarla por intento de homicidio, por intento de aborto, por agresión... todo.

— Pero si queda impune... — susurró, volviendo la cara a la pared.

— Y yo soy Adam Hawke. — Toqué suavemente su barbilla, haciéndola encararme de nuevo. — Tengo recursos, tengo nombre. Y ahora mismo tengo una razón real para ir al infierno y volver, si es necesario. Tú y los niños son mi prioridad, mi vida. Si Helia osa respirar cerca de ti otra vez, me encargaré de que no quede impune.

Las lágrimas rodaron silentes por sus mejillas, como una rendición exhausta después de una guerra demasiado larga. La abracé con cuidado, temiendo hacerle daño, pero ella se aferró a mí como si necesitara esa certeza física para no desmoronarse.

— Perdóname por todo esto — susurró contra mi pecho. — Solo quería una vida normal... No merecía pasar por esto, Adam.

— No. No lo merecías. Pero ahora vas a tener una vida mucho mejor que "normal". Voy a asegurar eso. Vas a reír, a dormir en paz, a caminar con nuestros hijos en

brazos sin miedo. Y cuando todo esto pase, miraremos atrás y recordaremos que sobrevivimos. Juntos.

Ella se acurrucó más en mí, su cuerpo frágil, pero su corazón aún latiendo fuerte. El miedo seguía allí, claro, pero también había una chispa de esperanza.



Tres semanas después

Después de días en observación, Eve finalmente recibió el alta. Sus abuelos vinieron a visitarla y su amiga conversó con ella por videollamada, pero no pudo venir en persona. No hablé con mi pequeña, pero reconocí la voz masculina al fondo. Alessio Vitale. Aunque sentía curiosidad por saber qué hacía él allí, opté por mantenerme en silencio. Sabía que Vitale era más que un banquero de renombre en Chicago, por eso siempre evito extender nuestra amistad a copas de whisky en eventos benéficos.

Sea lo que sea que tuviera con Jazz, que se resolvieran sin afectar a Eve.

Observé a Eve recostada en mi cama, con Mileide acomodada sobre su vientre. Ambas estaban dormidas,

tranquilas; por un momento, la paz en el ambiente me brindó un leve consuelo. Aproveché esa oportunidad y decidí hablar con Xavier sobre incrementar la protección ella. Ya había solicitado la renuncia del trabajo de Eve, y, por milagro, ella no preguntó nada al ser informada en el hospital.

Bajé las escaleras y fui hasta mi oficina, donde Xavier me esperaba.

— Xavier — dije al sentarme detrás de mi escritorio de madera maciza oscura. El olor a pulido y el ambiente me recordaron las horas que pasé allí, concentrado en mis actividades, lejos de las complicaciones emocionales.

— Quiero seguridad las veinticuatro horas para Eve y sus abuelos — declaré, la firmeza en mi voz reflejando la urgencia del momento.

— Ya lo hice, señor, y aquí está el dossier que Pierce envió sobre sus hermanos y los Russel — dijo Xavier, extendiéndome una carpeta llena de información.

La mención de los Russel me dejó cauteloso. Helia seguía desaparecida, y la incertidumbre sobre dónde estaba solo añadía más capas a la compleja situación que intentaba manejar.

Abrí la carpeta y comencé a evaluar la información. La presión en mi cabeza aumentaba mientras pensaba en Eve y en cómo podía garantizar que permaneciera segura, lejos de cualquier amenaza.

— Xavier, mantén los ojos abiertos. No podemos permitir que nada interfiera en la vida de Eve, estoy seguro de que las complicaciones no terminaron aquí. — La determinación en mi voz no era solo una frase, era una promesa que me hacía a mí mismo.

Él asintió, entendiendo la gravedad de lo que estaba en juego. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para proteger a mi familia que comenzaba a formarse, incluso ante tantas incertidumbres.

Con la carpeta abierta frente a mí, los nombres allí no eran solo tinta en papel — eran amenazas veladas, fantasmas que estaba decidido a enfrentar de frente. Helia, los Russel, e incluso mi hermano... Si osaba cruzar esa línea una vez más, sabría de qué soy capaz.

En ese momento, mi teléfono vibró, interrumpiendo mis pensamientos. Era un mensaje de Daniel:

Ultrasonido confirmado para el viernes a las 14h. Eve debe evitar esfuerzos hasta entonces. Los bebés están estables, pero su emocionalismo puede interferir mucho más que antes.

Cerré los ojos por un instante, sintiendo cómo crecía el peso de la responsabilidad sobre mí. Lo que estaba en juego no era solo la salud de Eve, sino también la de nuestros hijos. La presión era inmensa, pero, por alguna razón, nunca había tenido tanta certeza de algo en la vida: podría con ello. Por ella. Por nuestros hijos. Y, si fuera necesario, enfrentaría a cualquiera que amenazara ese futuro.

Abrí los ojos y asentí con la cabeza, dejando de lado las dudas que intentaban atormentarme. La fuerza en mi decisión me invadía. Ser padre era un rol que comenzaba a aceptar, haría todo lo posible para que la vida que empezaba a formarse se convirtiera en realidad, libre de miedos y complicaciones.

No permitiría que los errores del pasado interferieran en lo que estaba por crearse. El futuro que

tanto deseaba dependería de asumir esa responsabilidad, de decidir actuar. Con un nuevo enfoque, me levanté de la mesa, decidido a dar cada paso necesario para proteger lo que era mío — con todas las fuerzas que tuviera.

Capítulo 28



Eve Clark

Me sentía al borde de la locura, inquieta. Pasaba días y noches en la cama, caminando poco cuando Adam no estaba cerca. Liandri y Matilde me vigilaban constantemente, e incluso Mileide parecía estar atenta a mí. Entendía que era por los bebés, y que estaban bien; la última ecografía mostró que todo seguía estable, pero el doctor Daniel recomendó más reposo, lo que convirtió mi rutina en una especie de cárcel.

Cansada de la inacción, salí de la habitación con la necesidad de estirar las piernas y respirar aire fresco.

Con cuatro meses, casi cinco, ansiaba sentirlos moverse pronto. Pero seguían quietos.

Bajé las escaleras lentamente y salí afuera, sonriendo al sentir los rayos de sol atravesando las nubes. El otoño mostraba su fuerza y, con el invierno acercándose, pronto sería Navidad. Habíamos pasado el Día de Acción de Gracias aquí con mis abuelos, que todavía resistían la idea de mudarse para acá.

Bajé hasta el área privada, me quité los zapatos y hundí los pies en la arena fría y suave. El viento me despeinó y me permití un momento de contemplación. Habían pasado semanas que estaba en casa, y Adam aún no me había tocado; ni besos, ni caricias.

La cercanía de él sin contacto físico me confundía, pero respetaba su espacio tanto como el mío. Mientras el viento soplaba, recordé que el amor y el cuidado no siempre se demostraban con gestos evidentes. Era un desafío adaptarme, pero seguiríamos juntos, trabajando hacia un futuro que empezaba a concretarse.

Pasé un rato allí, observando el río y perdiéndome en mis pensamientos. Me senté en una de las piedras y me abracé, aunque abrigada, el viento me hacía temblar, pero el aire puro me mantenía viva.

Extrañaba a Jazz, pero al verla en nuestras llamadas de video notaba lo bien que estaba, más viva y menos pálida, incluso dejando crecer su cabello, algo que antes siempre cortaba.

Escuché pasos detrás de mí y, por el perfume, supe quién era: Adam. Suspire, preparándome para la conversación que iba a venir.

— Eve, no deberías estar aquí sola. Es peligroso — dijo, con un tono preocupado.

Me giré para mirarlo y suspiré de nuevo. Usaba uno de sus trajes de tres piezas y un sobretodo azul encima, siempre elegante.

— Necesitaba aire fresco —. respondí, desviando la mirada, luchando contra la frustración interna. Deseaba a un hombre que todavía parecía vivir por su esposa fallecida.

— ¡Podría haber pedido que alguien viniera contigo! — exclamó, con la preocupación evidente en su voz.

Me levanté de la piedra y lo enfrenté. Él pasó la mano por sus cabellos oscuros, y fue entonces cuando lo noté: la alianza ya no estaba allí. Desde la noche en que fue a pedirme perdón, dejó de usarla…

Ese pequeño detalle me hizo reflexionar sobre cuánto estaban cambiando las cosas entre nosotros. Aunque la sombra del pasado todavía flotaba sobre Adam, el hecho de que aparentemente hubiera dejado de lado ese símbolo me dio una nueva esperanza. Era como si, poco a poco, se estuviera abriendo a un nuevo capítulo, así como yo trataba de hacerlo.

Lo miré, buscando en sus ojos una confirmación de que ya no estábamos atrapados en lo que fue, sino dispuestos a construir algo nuevo juntos.

Adam sostuvo mi mirada por un largo instante. Sus ojos, siempre firmes, estaban cargados de algo que parecía pesar tanto como liberar. La ausencia de la alianza ardía en silencio entre nosotros — un gesto pequeño, pero simbólico, como si finalmente él hubiera quitado una armadura invisible.

— Sé que fallé al intentar controlar todo — empezó, con voz baja, casi llevada por el viento —, pero no se trata de controlar, Eve. Es miedo. Perderte me daría más miedo que cualquier maldita cirugía que haya enfrentado.

Di un paso adelante, el frío olvidado ante la intensidad de ese momento.

— ¿Y tú crees que yo no tengo miedo? — susurré. — Pero no voy a pasar los próximos meses siendo vigilada como si fuera un cristal a punto de romperse. Quiero vivir esto contigo y no sentirme como una carga.

Cerró los ojos por un segundo, como si esas palabras le atravesaran el alma.

— No eres una carga. Nunca lo fuiste. — Su voz flaqueó un poco, pero no apartó la mirada. — Solo... necesito aprender a compartir ese miedo contigo. No puedo más intentar cargar todo solo.

Me acerqué hasta sentir el calor que irradiaba su cuerpo bajo el abrigo. Le toqué el pecho, donde su corazón latía sin cesar, recordando todas las veces que me había salvado, incluso cuando yo no quería ser salvada.

— Entonces empieza conmigo. Aquí. Ahora — pedí, con la respiración retenida en la garganta. — Dime que estamos intentando de verdad... que no vas a huir si yo tropiezo con mi pasado o mis inseguridades.

Adam llevó la mano a la mía, apoyada sobre su pecho, y entrelazó sus dedos con los míos.

— No voy a huir. Ni de lo que ya hemos pasado, ni de lo que todavía está por venir. — Sus ojos bajaron

hasta mi barriga. — Sobre todo de esto. De los tres.

Una sonrisa débil escapó de mis labios, seguida por una lágrima silenciosa.

— Dices que quieres protegerme, que tienes miedo de perderme… — empecé, con la voz firme, aunque temblorosa por dentro. — Pero desde que volví a esta casa, Adam, no me tocas. No me besas. No me miras como antes.

Frunció el ceño, apretando la mandíbula como si luchara contra cada palabra que quería escupir.

— Eso es injusto, Eve. Pasaste por un trauma, estás embarazada, necesitas reposo… — Gesticuló, como si justificara algo obvio.

— ¡No te escondas detrás de eso! — grité. — No hagas de mi embarazo una excusa para alejarme. Porque tú ya hiciste eso antes. Cada vez que las cosas se vuelven reales, te cierras. ¡Y ya estoy cansada de golpear una puerta que solo se entreabre cuando te conviene! ¡Y el doctor dio el alta!

Adam dio un paso atrás, con los ojos azules chispeando.

— No me cerré por conveniencia. ¡Me cerré para no volver a lastimarte! Para no asfixiarte con ese lado obsesivo que ya has visto de mí. — Señaló su pecho. — ¿Crees que no te quiero? Carajo, Eve, vives en cada célula de mi cuerpo. Pero tengo miedo de lo que eso está haciendo conmigo.

— *¿Entonces eso es?* — escupí. — ¿Soy una debilidad para ti ahora? ¿Una amenaza a tu autocontrol clínico?

— ¡No! — Se acercó de nuevo, con ira y desesperación mezcladas. — Eres todo lo que quiero, pero lo que pasaste... Helia, el hospital, los bebés, el riesgo... Eve, por Dios, casi te pierdo.

— *Pero no perdiste.* — Mis palabras salieron en un susurro firme. — Y aun así, me alejaste. Quieres que esté aquí como la madre de tus hijos, como la mujer que necesita ser vigilada, cuidada… pero no como la mujer que tú deseas.

Respiró hondo, con los ojos llorosos, pero ni intentó negar.

— No sé cómo lidiar con el miedo de perderte. Cada vez que te miro, veo lo que casi sucedió. Y si te toco, si me dejo llevar... tengo miedo de cruzar un límite, de causar algo que ponga en riesgo a ustedes.

— Y si te digo que ese abandono me duele más que cualquier cosa? ¿Qué despertar cada día a tu lado y sentirme invisible me destroza por dentro? — Mi voz ya no era firme. Era cruda. Dolorida.

Adam se acercó lentamente y me sostuvo.

— Te quiero, Eve.

El abrazo de él era apretado, pero no asfixiante. Era una ancla. Mi rostro estaba contra el pecho de Adam, y escuchaba los latidos fuertes de su corazón, ese sonido firme y protector que, por alguna razón, lograba tranquilizarme. Pero también encendía algo más — una chispa que llevaba días intentando ignorar.

Él deslizó las manos por mis espaldas con una lentitud que parecía premeditada, y cuando me apartó lo

suficiente para mirarme a los ojos, había algo diferente allí. Algo bruto. Ardiente.

— Nunca dejé de quererte, Eve. Ni por un segundo.

Fue todo lo que dijo. No dio tiempo para más nada. La boca de él encontró la mía con hambre, con fuerza, con una urgencia que hizo temblar todo mi cuerpo. El beso no fue suave. Fue posesivo, exigente, como si intentara compensar cada segundo de distancia.

Mi cuerpo se pegó al de él, aunque sobre ella llevaba el abrigo y el tejido del vestido entre nosotros, lo sentí. El deseo. La tensión acumulada. La necesidad latente que él trataba de esconder. Pero allí, junto al lago, con el viento rodeándonos y la arena fría bajo mis pies.

Mis dedos se aferraron al tejido del traje que todavía vestía, tirándolo más hacia él. Sentí sus manos bajando por mis espaldas, agarrando mi cintura con fuerza, y solté un suspiro bajo contra sus labios. El frío de la tarde desapareció, devorado por el calor que explotaba entre nosotros.

Él me empujó contra la piedra donde antes había estado sentada y siguió besándome, como si no hubiera un mañana, como si el mundo se hubiera detenido a nuestro alrededor. Y quizás así fuera. Allí, con el agua golpeando suavemente en la orilla, las nubes danzando en el cielo, y solo el sonido de su respiración mezclándose con la mía, todo parecía suspendido.

Quería más. Sentía que mi cuerpo pedía más. Los senos sensibles por el embarazo ardían con cada toque más cercano, mi piel parecía responder solo al sonido de su voz, a la presión de sus dedos en mis caderas, al

calor que crecía en la base de mi vientre— un hambre que no tenía nada que ver con la comida.

Pero, cuando él rompió el beso, jadeante, con los ojos todavía llenos de deseo, sostuvo mi rostro de nuevo y susurró contra mi boca:

— Dímelo, ¿sigues queriéndome así?

— Te quiero — respondí, sin dudar, sintiendo mi cuerpo latir por él.

— Joder, mi pequeña, vamos, necesito tenerte en mi cama — gruñó contra mi boca, con la voz grave y desgarrada por el deseo, como si estuviera al límite, como si aguantar otro segundo lejos de mí fuera imposible.

La manera en que dijo "*mi pequeña*" me puso la piel de gallina de pies a cabeza. Era posesión. Era deseo bruto. Era amor en combustión.

— Entonces, llévame — pedí, con la respiración entrecortada, las piernas temblando ya. Mis dedos le agarraron la nuca, tirándolo para otro beso desesperado, y él no dudó. Me levantó en brazos con una facilidad que me dejó aún sin aire, como si no fuera nada más que una extensión de su cuerpo. Una promesa que estaba a punto de cumplir.

Mientras caminaba conmigo en brazos por la arena de la playa privada, el abrigo ondeaba, el cielo nublado pintaba el escenario con tonos dramáticos, y solo podía pensar en una cosa: quería ser de él. Otra vez. Entera.

La mansión apareció justo adelante, y la prisa con la que aceleró el paso, sujetando firme mi cuerpo contra el pecho, dejaba claro que no era solo el deseo físico lo

que pesaba— era algo que llevaba demasiado tiempo intentando silenciar.

Capítulo 29



Eve Clark

Adam la acostó en la cama y se posicionó sobre mí, atrapando mi boca en un beso entre risas, una ligereza tonta que hacía tiempo no experimentaba. Su barba rozaba mi piel mientras descendía los besos por mi barbilla y cuello, provocando una sensación deliciosa.

Con un toque de provocación, mordisqueó suavemente mi piel, despertando en mí un calor olvidado. En una mezcla de desesperación y deseo, empezó a quitarme la ropa, cada pieza que removía aumentaba la cercanía entre nosotros.

Miré a él, desnudo frente a mí, el cuerpo esculpido, poderoso. Los pelos oscuros trazaban una línea desde su abdomen firme hasta el centro del deseo que latía entre sus piernas. El miembro grueso, rígido, con la cabeza rosada y húmeda, hizo que jadease. La vista de él me mareaba, una hambre antigua encendiéndose en mi interior.

Adam era la personificación misma del deseo: viril, intenso, dominante incluso en el silencio. Cada trazo de su cuerpo parecía hecho a medida para provocar mi perdición. La forma en que me miraba, como si mi cuerpo fuera lo único que importaba en el mundo, me incendiaba por dentro.

— ¿Sabes lo que haces conmigo? — susurró, arrodillándose en la cama, sus manos firmes recorriendo mis muslos abiertos con una crueldad lenta. — Mi niña... voy a dejar una marca mía en ti. Por dentro y por fuera.

Humedezco mis labios y lo miro, con el corazón acelerado en el pecho.

— Quiero probártelo — susurré, sintiendo mi cuerpo latir con una urgencia cruda. — Déjame probártelo, doctor Hawke.

Un sonido áspero y profundo escapó de su pecho, una mezcla de placer y dominio que me erizó cada parte del cuerpo.

Adam se apartó solo lo suficiente para estar de pie al lado de la cama, llenando todo el ambiente con su presencia. La mirada que me lanzó era salvaje, posesiva.

— Entonces ven — dijo con voz ronca. — Demuestra que esa boca también me pertenece.

Gateé hasta él, sintiendo el suelo de la cama bajo mis rodillas mientras mantenía la mirada fija en la suya. Sus dedos deslizáronse suavemente por mi rostro, contrastando con el deseo que vibraba entre nosotros. Sostuvo mis labios con los dedos, ejerciendo una leve presión, y luego los soltó con un pequeño estallido.

Con la lengua, acaricié la punta sensible de su glande, sintiendo cómo su cuerpo reaccionaba con un estremecimiento sutil. Él gimió un sonido gutural que me enardeció aún más. Sus dedos se enroscaban en mi cabello, guiando mis movimientos con firmeza y cuidado, como si cada gesto fuera parte de un ritual entre nuestros cuerpos.

Su aroma, su calor, su sabor... todo me dejaba aturdida.

Quería más. Mucho más.

Mi lengua recorrió su glande con precisión, sintiendo el gusto ligeramente salado mezclado con el calor de su piel. Adam tiró con más fuerza de mi cabello, dirigiendo mi boca hacia abajo, haciendo que lo tomara cada vez más profundo.

— Eso... buena niña — susurró entre los dientes, con el abdomen contraído, mientras lo envolvía con la boca caliente y hambrienta.

Comencé a moverme con intensidad, los labios firmes cerrándose en torno a su grosor, sintiendo cada vena latir contra mi lengua. La base de su miembro estaba cubierta por pelos oscuros y bien cuidados, que ahora rozaban mi piel a medida que descendía con ganas. Era grueso, pesado en mi boca, exigente — y me encantaba cada segundo.

Adam gimió en voz baja, abafado, mientras su mano mantenía su cabello sujetado con firmeza.

— Así, Eve. Chúpame con esa boca golosa, traga todo — gruñó, con los cuadris empezando a moverse con más urgencia.

Cada estocada en mi garganta producía lágrimas en mis ojos, y el sonido húmedo de mi esfuerzo resonaba en la habitación. Pero no paré. Quería más. Me sentía poderosa allí, de rodillas ante él, sintiendo que el placer se acercaba.

Su otra mano me agarró la barbilla y sus ojos se clavaron en los míos.

— Mírame mientras te tragas esa polla, pequeña mía. Quiero ver tu boca adorándome.

Obedecí, con los ojos llorosos clavados en los suyos, mientras bajaba hasta tragarme cada centímetro de su rigidez. Perdió el aliento con un insulto ahogado.

— Joder... has nacido para esto, Eve. Para estar de rodillas ante mí, con esa boca caliente chupándome hasta que me corra — siseó.

Sentí cómo se le contraían los músculos del estómago y supe que estaba a punto. Pero antes de que pudiera correrme, Adam me tiró brutalmente de la cintura, poniéndome de pie y juntando nuestros cuerpos. Sus labios tomaron los míos en un beso devorador, como si quisiera tragarme entera.

— A la cama, ahora. Voy a follarte hasta que olvides tu nombre. — Su voz era profunda, llena de deseo salvaje.

Me di la vuelta y me subí a la cama, tumbada boca abajo, con las piernas abiertas ofreciéndome. Sentí su peso cubriéndome, su cuerpo caliente, su polla dura rozándome entre las nalgas. Adam se inclinó y me lamió la columna, subiendo hasta el cuello.

— ¿Lista para que te folle de verdad, pequeña? — murmuró contra mi oreja, mordisqueándome ligeramente el lóbulo.

Se me escapó un grito, mezcla de placer y conmoción, cuando empezó a penetrarme con embestidas firmes, profundas y posesivas.

Cada golpe de sus caderas contra mi culo resonaba en toda la casa. Los gemidos, los gruñidos, los sonidos húmedos... todo llenaba la habitación de una lascivia casi sagrada.

Y en aquella cama, bajo su dominio, me perdí.

Adam me sujetaba la cintura con ambas manos, sus dedos se hundían en mi piel, como si necesitara algo para anclarse a la locura en que se había convertido el acto de poseerme.

Sus movimientos se volvieron más violentos, más profundos, y cada embestida me arrancaba gemidos fuertes y roncos, como si mi cuerpo fuera suyo en todos los sentidos, — y lo era.

— Escucha el sonido de tu coño tragándome, Eve... escucha — gruñó, con voz grave y áspera, rozándome la oreja con el labio.

Y yo escuché. El sonido indecente de nuestro sexo húmedo y desesperado se mezclaba con el de la cama crujiendo bajo nuestros cuerpos enfurecidos.

— Me vuelves loca — continuó, como si necesitara hacerme entender con palabras lo que sus actos ya dejaban claro.

Sentía su cuerpo contra el mío, caliente, húmedo de sudor, su abdomen chocando contra mis nalgas con una fuerza rítmica, áspera y envolvente. Y era profundo. Tan profundo que apenas podía respirar, y no quería hacerlo.

Con cada embestida, mi clítoris rozaba la sábana y el placer recorría mi vientre en espiral.

— Haz que me corra, Adam... por el amor de Dios — le supliqué, con la voz entrecortada entre jadeos y gemidos.

Él rió, un sonido ronco y malicioso.

— Te vas a correr ahora, mi pequeña. Y te vas a correr fuerte, con mi polla llenándote. — Y sin previo aviso, deslizó su mano bajo mi cuerpo, encontrando mi punto más sensible con sus hábiles dedos.

Fue como una explosión. Un grito salió de mi garganta mientras todo mi cuerpo se arqueaba bajo él, temblando, contrayéndose en espasmos incontrolables mientras el orgasmo me destrozaba por dentro.

— Eso es... así... siénteme hasta el fondo — gruñó, aún más rudo, empujando con furia para acompañar mi clímax.

Mis paredes palpitaban a su alrededor, apretándolo como si mi cuerpo intentara succionarlo entero. Y Adam gimió fuerte, casi como un animal, enterrándose una última vez y corriéndose profundamente, llenándome con su calor, espeso, caliente, interminable.

Nos quedamos así, pegados, jadeando, nuestros cuerpos sudorosos y entrelazados, como si el mundo exterior hubiera dejado de existir.

Se tumbó a mi lado, sin dejar de acercarme. Su respiración agitada me golpeaba el cuello.

— Eres la adicción más maldita que he tenido nunca — murmuró, besándome la piel, con la mano aún entre mis muslos, como si no pudiera soportar soltarme.

Y en aquel silencio después de la tormenta, lo comprendí: entre nosotros no sólo había deseo. Había hambre, entrega, guerra y amor.

Corazones fuera de compás que intentaban recuperar su ritmo. Adam me estrechó contra él como si aún tuviera miedo de perderme, incluso después de haberme tomado entera.

Su mano se deslizó lentamente por mi espalda desnuda y, cuando me volví hacia él, me sostuvo la mirada con unos ojos azules que seguían siendo salvajes, pero ahora más serenos, como el mar después de una tormenta.

— Joder, Eve... — susurró, con el pulgar acariciándome la barbilla suavemente, casi con reverencia. — Nunca... nunca había estado así con nadie.

Sonreí por lo bajo, aún recuperándome, con el cuerpo flácido, rendido.

— Es como si sólo existiera aquí... contigo. Como si todo lo demás no tuviera sentido — dije.

Frunció el ceño, como si mis palabras hubieran tocado una fibra sensible. Sus dedos se acercaron a mi

vientre, ahora un poco más redondo, y lo tocó como quien toca un secreto. Un futuro.

— No me equivocaré contigo. Ni con ellos — murmuró, su voz baja, grave, como una promesa hecha desde el interior de su pecho.

— Ya tienes razón — le susurré, tirando de él en un beso tranquilo, lento, sin el hambre de antes, pero con una dulzura que era rara entre nosotros.

Nos quedamos así un rato: él acariciándome la piel, yo recorriéndole los hombros con las uñas, sintiendo su barba rozar suavemente mi mejilla. La habitación aún olía a nosotros: a sudor, a deseo y a un poco de caos.

— ¿Por qué no me pediste que parara, Eve? — me preguntó en voz baja. — Podría haberte hecho daño, fui demasiado intenso.

— Porque no quería que pararas. Porque yo también lo necesitaba. De ti.

— ¿Estás dolorida o sientes algo? — preguntó, preocupado.

— No, estamos bien, ¡me siento como si me hubieran follado de verdad! — reí, la risa escapándose entre mis labios.

Él también se rió, y me encantó el sonido de su risa.

— Lo estabas — me aseguró. — Joder, me siento como un cavernícola por ser el único en tocarte, en follarte...

Su tono ronco y posesivo me produjo escalofríos. La forma en que lo dijo, sin ningún pudor, sin suavizar sus

palabras, me puso caliente de nuevo, a pesar de que mi cuerpo seguía palpitando por la entrega anterior.

— Pero lo es — dije, tirando de él por el cuello, con una sonrisa traviesa en los labios. — Eres el único. Y así seguirá siendo.

Gruñó por lo bajo, inclinándose hacia mi boca, mordisqueándome el labio inferior como si necesitara reafirmar su dominio.

— Debería controlarme, pero maldita sea... eres como una droga para mí, Eve. Sólo con mirarte la boca me entran ganas de volver a enterrarte la polla.

Dejo escapar una risa ahogada y burlona:

— ¿Vas a dejarme caminar hoy o vas a ponerme a cuatro patas otra vez antes de cenar?

Sus ojos brillaron con un fuego salvaje e incontrolable, como si hubiera encendido una cerilla en un granero lleno de heno.

— Esa boca va a ser mi perdición — murmuró, antes de besarme el vientre con una reverencia casi adoradora.

Sus labios descendieron un poco más, trazando un camino perezoso entre mis pechos, mi ombligo, hasta detenerse justo debajo de...

— Adam... — susurré, sintiendo ya que el calor crecía de nuevo en mí.

— Shh... ahora es mi turno de saborearte, mi pequeña.

Y cuando me abrió con sus manos firmes y su lengua caliente me golpeó, arqueé el cuerpo con un

gemido ronco, incapaz de controlar la reacción.

Adam me abrazó con fuerza, manteniéndome exactamente donde quería, con la cara enterrada entre mis muslos, devorándome como si yo fuera su única necesidad.

— Tan mojada por mí... — murmuró contra mi piel, la vibración de su voz arrancando otro gemido desesperado de mis labios.

Sus dedos abrieron aún más mi carne sensible, exponiendo cada parte de mí a su lengua hambrienta.

Él exploró cada pliegue, cada rincón oculto, con una mezcla perfecta de hambre y reverencia, como si estuviera trazando un mapa de mi placer para poder destruirme después.

Llevé mi mano a su pelo, tirando con fuerza de él, mientras me lamía en círculos lentos y burlones, hasta que me sentí temblorosa, perdida, suplicando descaradamente.

Él gemía por lo bajo mientras me devoraba, como si fuera tan adicto a mí como yo lo era a él, el sonido grave vibraba a través de mi clítoris y me acercaba aún más al abismo.

Cuando succionó ese punto sensible, con fuerza, rítmicamente, mi visión se nubló y el orgasmo me golpeó con una fuerza brutal, arrancándome un grito de la garganta.

Mi cuerpo se arqueó, temblando contra su boca, mientras él continuaba, prolongando cada oleada de placer hasta que quedé destrozada entre sus brazos.

Sólo entonces levantó la cara, con la barba húmeda y sus ojos azules ardiendo en mi dirección.

— Ya está — gruñó, con voz ronca y llena de posesión. — Que te corras en mi boca es lo más hermoso que he visto nunca.

— ¡Adam! — ronroneé, satisfecha.

— Vamos a dormirte, Eve — susurró, aún contra mi cálida piel. — Necesitas descansar.

Adam nos tapó con la manta, protegiendo nuestros cuerpos desnudos del frío que empezaba a invadir la habitación. Sus brazos me envolvieron como paredes y, por primera vez en mucho tiempo, me dormí sintiendo que estaba exactamente donde debía estar: en los brazos del hombre que me amaba de la forma más feroz en que se puede amar a alguien.

Capítulo 30



Adam Hawke

Me sentía como un adolescente eligiendo un regalo para la novia del colegio. El problema era que nunca había salido con nadie en el colegio, y agradar a Angela había sido fácil — solo tenía que regalarle alguna joya. Pero Eve era diferente.

Mi pequeña no se enamoraba de mi dinero ni de mi apellido. Decidimos pasar las festividades de Navidad en casa, solo nosotros dos. Sus abuelos optaron por quedarse con la gente de la iglesia, y yo no quería ver a mi familia tan pronto. Necesitaba espacio para procesar todo.

Quería darle algo especial, que mostrara cuánto la valoraba, pero, por más que buscaba, no encontraba nada que encajara con su estilo. Pasé horas mirando joyerías, tiendas de ropa y boutiques, cada vez más frustrado. Ningún objeto parecía captar su esencia, su singularidad. Eve merecía algo tan especial como ella misma.

Cada vez que tomaba algún objeto en las manos, la decepción se asentaba. Las piezas eran bonitas, pero vacías; no transmitían la profundidad que quería expresar. Era una mezcla de desesperación y determinación que comenzaba a agobiarme. Como mi única motivación en la vida ahora era hacer feliz a Eve, no quería cometer un error que pareciera superficial.

Mientras recorría las tiendas, me venían a la mente — imágenes de ella: su sonrisa, su risa, su forma de ver el mundo que la rodeaba. No necesitaba mucho para saber que quería algo que la hiciera sentirse querida y apreciada, algo personal y significativo. Finalmente, decidí que tenía que salirme de lo convencional.

La idea empezó a tomar forma. Un regalo que no fuera sólo un objeto, sino una experiencia. Algo que la acercara a la naturaleza o creara un recuerdo especial. Mientras tanto, la vista del hermoso lago y la playa que compartimos durante el verano trajo un nuevo enfoque a mi mente. Esa conexión sincera y pura podía ser mi guía.

Nunca había querido tanto acertar con un regalo antes. No se trataba del valor, ni de lo que podía comprar. Era por hacer que ella se sintiera vista. Reconocida. Honrada. Y nada de lo que vi en las vitrinas me daba esa certeza — así que lo construí yo mismo.

Pasé las últimas cuarenta y ocho horas entre cirugías, planos arquitectónicos y llamadas urgentes. Coordiné todo con Jackson, como si armara un quirófano: quería cada tornillo en su lugar, cada vidrio limpio, cada detalle respetando el proyecto.

La invernadero quedaba en el lado sur de la propiedad, entre la cabaña y el pequeño lago que mandé ampliar discretamente en verano. Rodeada de piedras rústicas, con peces ornamentales nadando bajo una superficie espejada — el agua era calentada por un sistema que regulaba la temperatura. Jackson superó mis expectativas. Por dentro, la estructura de vidrio era sostenida por un marco de hierro y maderas envejecidas. Tenía bancos, estantes vacíos esperando las plantas que ella elegiría, un pequeño sofá de mimbre con mantas abrigadas y una estantería con libros sobre jardinería que robé de su biblioteca personal.

Y Eve no sabía nada.

Cuando regresé a casa aquella tarde, encontré a Eve acurrucada en el sofá, con los pies sobre una almohada y una taza humeante en las manos. Sus ojos me seguían desde el momento en que entré, y podía ver la mezcla de sorpresa y curiosidad en su mirada. Al arrodillarme frente a ella, la energía entre nosotros era palpable.

— Ven conmigo — dije, acariciando con mis dedos su pierna cubierta por la sudadera. — Tengo algo que mostrarte.

Ella frunció el ceño, con la confusión evidente.

— ¿Ahora?

— Ahora. Está todo listo.

La tomé de la mano y la llevé hasta el lado sur de la propiedad, donde las luces de la invernadero ya brillaban, calentando el vidrio desde adentro y creando un efecto de linterna viva contra la noche que se acercaba. Hacía frío afuera, pero, extrañamente, no lo sentía. Solo pensaba en lo que estaba por suceder.

Cuando Eve vio la estructura, se detuvo en medio del camino, con los ojos muy abiertos de sorpresa y duda.

— Adam… ¿qué es esto?

— Tu regalo.

— ¿Todo esto? — Ella apretó mi mano con fuerza, aún con incredulidad.

— Ven a verlo de cerca.

Abrí la puerta de hierro y cristal y el calor del invernadero nos envolvió al instante, junto con el olor a madera nueva y tierra mojada. Ella entró despacio, con los ojos vidriosos, los dedos rozando las estanterías vacías, el sofá cubierto con las mantas que le gustaba llevarse a la nariz en las noches frías. El ambiente estaba inmerso en una nueva esperanza. Eve se detuvo junto a la ventana que daba al lago, donde el agua brillaba bajo las discretas luces que había instalado a su alrededor.

— Yo… no sé qué decir — susurró, girándose hacia mí, la vulnerabilidad en su voz me tocó profundamente.

Me acerqué y le toqué el rostro, notando la nariz roja por la emoción y el frío. La cercanía con ella me hacía aún más decidido a que todo saliera bien.

— No necesitas decir nada. Solo quiero que tengas un lugar solo para ti aquí. Un refugio. Una invernadero viva para cuando todo parezca pesado.

Ella mordió su labio inferior, vi que se estaban formando lágrimas, aunque no caían. No en ese momento.

— Pensé que me darías un collar o algo así — susurró, la decepción asomándose en su voz. — Pero esto… esto es…

— No eres "algo así", Eve. Nunca lo fuiste — afirmé, la sinceridad en mis palabras cortó el aire entre nosotros.

Entonces, ella me abrazó fuerte, envolviéndome en su calor. Enterró el rostro en mi pecho y, en medio de una tormenta de emociones, susurró:

— Gracias.

Nos quedamos allí unos minutos, solo escuchando la respiración de cada uno y el susurro sutil del agua del lago de fondo. Después, nos sentamos en el sofá. Eve se acurrucó contra mí, cubriéndose las piernas con una manta y apoyando la cabeza en mi hombro.

— Quiero plantar todo aquí — dijo en voz baja. — Albahaca, lavanda, tomates… y quizás hasta fresas.

— Todo lo que quieras. Puedo traer tierra orgánica, macetas, lo que necesites.

Eve miró hacia atrás, sobre su hombro, sonriendo con los ojos brillantes, y pasó la mano por su vientre aún discreto.

— Nuestros bebés crecerán rodeados de verde. Puedo venir aquí con ellos, contar historias, enseñarles a cuidar las plantas. Será nuestro lugar.

Mi pecho se apretó. Esa visión que ella dibujaba era todo lo que no sabía que necesitaba. Un hogar con raíces vivas, con olor a tierra y promesas reales.

— Quiero montar una hamaca aquí dentro — continuó ella. — Y quizás una de esas mesas plegables para dibujar. Puedo hacer bocetos de plantas, flores, estudiar más sobre cultivo.

— Y cuando estés cansada, acuéstate aquí y duerme, que yo me encargaré de todo — le dije, besando la cima de su cabeza.

Ella rió, cerrando los ojos.

— Ya cuidas. Mucho más de lo que merecía.

— Mereces esto y mucho más, mi pequeña.

Fuera, las luces de Navidad que decoraban la casa empezaron a parpadear con más intensidad. El cielo se oscurecía lentamente, teñido con tonos anaranjados y azul oscuro. La nieve se acumulaba suavemente sobre el techo de la invernadero.

— Está casi midiendo la medianoche — murmuré, revisando el reloj en mi pulsera. — Casi Navidad.

Ella levantó la cara y me miró como si aquel fuera el primer Navidad de su vida.

Quizás fuera nuestro primer, de verdad.

— Adam…

— Hm?

— Gracias por darme todo esto.

Sostuve su rostro entre las manos y la besé con toda la calma del mundo, con la certeza de que, por primera vez en años, también había encontrado mi hogar, mi todo.

Con ella. Con nuestros bebés. Con todo lo que aún está por venir.



Me desperté antes de Eve, su cuerpo desnudo enrollado en el mío, una sensación de paz me envolvía al darme cuenta de lo cómoda que ella estaba en mis brazos. Acaricié la protuberancia en su vientre, cada día más estirada y ovalada, eso me llenaba de un amor profundo e incondicional. Amaba verla así, la fragilidad y la fuerza entrelazándose de maneras que nunca había imaginado.

Los bebés aún no se habían movido, y la expectativa de sentir los primeros patadones que crecía dentro de ella me llenaba de ansiedad. ansiaba esa conexión física, una señal de vida que haría todo esto aún más real. La gestación de Eve seguía segura, y quería que así permaneciese, libre de complicaciones.

Le di un beso en su cuello, la piel caliente bajo mis labios despertando mis sentidos. Ella se movió en la

cama, suspirando y abriendo los ojos, cuando giró la cabeza para mirarme; su sonrisa tímida iluminó el ambiente y logró derretir cualquier resto de preocupación en mi mente.

— Buenos días, mi amor — susurré, admirando su belleza, incluso al despertar, con el cabello despeinado y los rasgos aún suaves por la madrugada.

Eve sonrió más, la timidez en su mirada contrastando con la confianza que empezaba a encontrar en mí y en nuestra nueva vida. El momento era simple, pero cada segundo a su lado solo reafirmaba el amor que crecía dentro de mí.

— ¿Dormí bien, y tú? — preguntó, con la voz áspera por las horas de sueño.

— Muy bien, es mejor ahora que estoy aquí contigo — respondí, estrechándola más contra mí, queriendo empaparme de la alegría de aquel momento.

Mientras la luz del sol entraba por la ventana, iluminando toda la habitación y revelando una mañana llena de posibilidades, nevaba un poco, entendí que estábamos juntos, listos para enfrentar cualquier desafío y que, unidos, podíamos construir un futuro increíble.

Eve deslizó los dedos sobre mi vientre y luego colocó la mano sobre el suyo, como si ya sintiera al bebé incluso en silencio.

— Sabes en qué estaba pensando? — dijo ella con tono soñador. — El año que viene, en este mismo día, tendremos a los bebés en nuestros brazos.

Me senté en la cama, apoyándome en los cojines y jalándola suavemente conmigo, dejando que su cabeza

reposara en mi pecho.

— Será la primera Navidad de ellos... — pasé los dedos por su brazo desnudo, sintiendo los vellos erizarse con el tacto. — Y no puedo esperar a que peleen por ver quién pone la estrella en el árbol.

Ella se rió, con un sonido bajo y acogedor.

— Apuesto a que mimarás tanto a estos niños que terminarás dejándolos subir a la cima del árbol, incluso con un año o menos.

— Claro que no. — Hice una pausa. — Los sostendré en mis brazos y ayudaré a ponerla. Técnica segura y supervisada. — Sonreí. — Se convertirá en una tradición. Nosotros empezaremos nuestras propias tradiciones.

— Harremos galletas juntos, contaremos historias de Navidad, haremos fotos ridículas con suéteres a juego.

— Todo — afirmé, besando la cima de su cabeza. — Quiero todo eso contigo.

Ella levantó el rostro, sus ojos llenos de lágrimas. Pero esta vez eran lágrimas tranquilas, dulces, que no caían, solo brillaban allí, diciendo todo lo que quizás no podía expresar con palabras.

— No sé si soy buena en esto, Adam. En ser madre. En tener una familia.

Cerré sus mejillas entre mis manos.

— Ya lo eres. Todo eso y más. Solo no tuviste a alguien antes que te hiciera sentir lo suficientemente segura para creer en ello.

Un silencio se instaló, pero era cómodo, envuelto por el calor de la habitación y por el sonido distante de las campanas de la iglesia resonando en la aldea cercana.

Feliz Navidad, mi amor — deseé, mirándola a los ojos.

Ella sonrió y me besó con dulzura, entrelazando sus dedos con los míos, trayendo un calor que se expandió por todo mi cuerpo.

— Feliz Navidad, Adam — dijo, soltando mis manos y levantándose de la cama, todavía envuelta en una sábana, mientras caminaba hacia la puerta. La observé, notando cómo sus cosas aún estaban en la habitación de huéspedes, un detalle que me incomodaba, pero en ese momento, su belleza eclipsaba cualquier preocupación.

Unos minutos después, Eve regresó con una pequeña caja en las manos, el rostro algo nervioso, pero iluminado por una emoción palpable.

— Aquí — dijo, entregándome el regalo. Me senté en la cama, inclinándome para desatar los lazos rojos con cuidado.

El corazón se me aceleró al abrir la caja y sonreí al ver un collar de plata con un colgante de tres muñequitos. Era delicado, hermoso, y llevaba un significado profundo.

— Tu hija no tuvo un nombre, así que la llamé Angel — comentó, toda tímida. — Un ángel en el cielo que nos guiará desde aquí y que, con certeza, vigilará a los hermanos allá arriba.

Sus palabras resonaron en mí como un canto suave. Esa conexión con el pasado, al mismo tiempo que honraba la memoria de nuestra pérdida, traía esperanza al presente que estábamos construyendo. El gesto de ella era un símbolo de amor y de nuestro futuro; la idea de Angel como guía para nuestros nuevos hijos elevó mi alma.

— Eve, esto es... increíble. — La emoción me invadió, la perspectiva de usar ese collar cada vez que pensara en ella y en los bebés. — Gracias por esto.

Ella sonrió, su rostro iluminado por la alegría y la vulnerabilidad. En ese instante, todo parecía más claro. A pesar de los desafíos que aún tendríamos por delante, había una certeza de que estábamos creando algo hermoso juntos, incluso cuando el pasado todavía nos acechaba.

— Nos cuidaremos el uno al otro y a nuestros hijos — afirmé, la promesa consolidándose entre nosotros.

Y en aquel Navidad, entre la nieve y el calor de nuestro amor, comprendí que, poco a poco, no solo estábamos curando, sino también aprendiendo a vivir y a amar de nuevo.

Eve se acercó lentamente, arrodillándose frente a mí con los ojos llorosos, pero llenos de luz. La abracé sin prisa, con cuidado, como si nuestras almas se estuvieran encajando en silencio. Nos quedamos así un tiempo, simplemente sintiendo la respiración del otro.

— Quiero pasar todos los Navidades contigo — dijo, apoyada en mi pecho, y el sonido apagado de su voz hizo que mi corazón se comprimir con ternura.

— Y será así — prometí. — Tú, yo, nuestros bebés… y Angel, siempre con nosotros.

Nos vestimos con ropa abrigada, ella con un abrigo suelto sobre la camisón y yo con una manta para envolverla. No planeamos nada, pero sabíamos que queríamos estar en la invernadero en ese momento. Era nuestro refugio — y ahora, parte de nuestra nueva tradición.

La nieve seguía cayendo, fina como azúcar glas. Caminamos de la mano hacia la invernadero, en silencio, cada paso sobre la nieve blanda como si cruzáramos un portal hacia un lugar donde el tiempo se ralentizaba.

Allí dentro, el calor era reconfortante. Las luces colgadas entre las vigas proyectaban reflejos suaves sobre el vidrio, y el lago al fondo parecía un cuadro, con la superficie parcialmente cubierta por una capa delgada y brillante de hielo. Encendí una pequeña linterna sobre la mesa de madera, donde Liandri había dejado algunas galletas caseras y dos tazas de chocolate caliente con malvavisco.

Eve se sentó en el sofá, levantando las piernas y acomodándose bajo la manta. Le entregué la taza, que sostuvo con ambas manos, calentando los dedos.

— Hicimos todo esto en poco tiempo, Adam. Y, aun así, parece que siempre fue así.

— Quizá porque tenía que ser — respondí, mirándola con más calma. — La vida esperó el momento adecuado para juntarnos.

Eve apoyó la cabeza en mi hombro.

— —Creo que lo que más me emociona… es darme cuenta de que me quieres entera. Con lo que viví. Con lo que ya perdí. Con lo que todavía estoy intentando entender.

— Te quiero con todo eso y también con lo que aún descubrirás en ti misma. Eres mucho más de lo que imaginas, Eve. Y tengo el privilegio de ver eso de cerca.

Eve me miró y sonrió, con los ojos llenos de esa rara mezcla de paz y valentía.

— Nuestros bebés nacerán rodeados de amor. Lo sé ahora.

Tomé su mano sobre su vientre. Y, como si el universo escuchara, sentí un leve movimiento bajo mis dedos. Mi corazón se detuvo por un segundo.

— ¿Lo sentiste?

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida.

— Lo sentí. Adam… fue el primer patadón.

Reímos juntos, reímos con lágrimas rodando, y la emoción explotó en mí como un milagro.

Nuestra Navidad estaba completa.

Nosotros los cuatro construyendo una familia; nada podía destruirnos.

Al menos, eso creía yo.

Capítulo 31



Eve Clark

Estaba sentada en la playa con Mileide, bien abrigada, observando las aguas mientras nevaba ligeramente. Adam estaba en el hospital, mis abuelos habían ido a un retiro con la iglesia.

Sentía que Xavier o Liandri me vigilaban, pero no me importaba.

Más tarde, planeaba ir a la invernadero, pero en ese momento quería quedarme allí, reflexionando. Moví la mano al corazón, sintiendo cómo latía con fuerza. La saudade de mi hermano era grande, aunque sabía que él estaba conmigo, porque su corazón latía en mi pecho.

Ewan fue más que un hermano; creyó en mis sueños y, al final, cumplió la promesa de que cuidaría de mí incluso después de su partida.

— ¿Es mi imaginación o quieres llorar? — La voz de Jazz resonó alta, desde atrás.

Me levanté rápido y la vi a unos metros de distancia. Su cabello estaba más largo. Abrió los brazos, y corrí hacia ella, abrazándola con fuerza.

— Extrañé tu presencia — susurré.

— Yo a la tuya. Ahora cuéntame sobre mi sobrino o sobrina.

Me aparté un poco y sonreí.

— ¡Son gemelos, una pareja! — exclamé, viendo cómo se le abrían los ojos de sorpresa. — ¡Nash, Ewan y Noelle!

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Jazz me tiró a otro abrazo fuerte, luego se separó un poco y acarició mi barriga, sobre la ropa.

— ¡Son dos, Dios mío, dos bebés lindos para cuidar, amar y proteger! — lloraba de alegría. — Voy a enseñarles tantas cosas, amiga. ¡Vas a parir dos bebés! Menos mal que será cesárea, porque...

Le di una ligera palmada de broma.

— Estoy emocionada. Aún ni lo creo. Tengo que preparar su habitación, pero no sé si es el momento.

— ¿Cómo que no sabes? — preguntó Jazz. — Amiga, ¡ya pasó el momento! Llama al doctor y pídele que te libere la tarjeta. Podrías escoger un cochecito muy

bonito, también una cuna especial. Gracias a Dios, ustedes tienen condiciones, y tu esposo es muy exitoso, multimillonario.

Le parpadeé sorprendida.

— ¿Multimillonario? — pregunté, nerviosa. — ¿Como con Bi?

— Eve, tú, torpe, Adam Hawke tiene una fortuna de más de 2.3 mil millones. Él es médico, sí, pero también tiene otros negocios. Su fortuna es mayor que la de su padre y su hermano — dijo ella.

— ¿Cómo sabes todo eso? — pregunté. — No creo que esté en internet.

— No está, lo supe a través de Alessio Vitale — dijo ella y suspiró. — Pero no se lo cuentes a nadie.

— ¿Quién es ese hombre?

— Un banquero italiano con quien me involucré, pero ya, ya no, amiga. — Su voz se tornó triste. — Su mundo exige cosas que yo no soy, y tiene una novia.

— ¿Te usó? ¿Tuviste sexo con él?

Ella rió y entrelazó nuestras manos.

— Amiga, hablemos de ti. Juro que solo quiero pasar por esa tormenta — dijo.

Asentí, tratando de cambiar de tema.

— Ya no soy virgen, Adam es maravilloso en la cama...

— ¿Solo en la cama? — provocó Jazz, guiñando un ojo.

Ella soltó una carcajada fuerte, de esas que hacen vibrar el pecho y hacen que el corazón se sienta en casa. Sentí que también se escapaba una sonrisa de mí, ligera y sincera. Estar con ella hacía que todo pareciera menos aterrador, menos solitario.

— Él es maravilloso en todo, en realidad — añadí, sentándome de nuevo en la arena fría y tirando de Jazz hacia mi lado. — Pero fue diferente. No solo porque era mi primera vez, sino porque él... cuidó de mí. Como si me desnudara por dentro, no solo el cuerpo.

Ella apoyó la cabeza en mi hombro, y el silencio entre nosotros fue cortado solo por el sonido del mar y la nieve mezclándose con la arena oscura.

— Creo que has encontrado tu hogar, Eve — dijo, en un tono casi solemne. — Y eso me da paz. Mereces todo lo que estás viviendo, después de todo lo que sobreviviste.

Mis ojos ardieron. Volví a llevar la mano al pecho, donde el corazón de Ewan latía con fuerza. Sentí, en ese instante, que él también sonreía.

— Todavía lo extraño todos los días — confesé. — Pero ahora, cuando Adam me mira, cuando toca mi vientre, siento que Ewan estaría feliz. Él confiaría su corazón a Adam, si pudiera.

Jazz apretó mi mano con fuerza.

— Y él confió. Eres el mayor regalo que Ewan pudo dejarle a este mundo. Y ahora estás criando a otros dos. Eso es… casi poético.

— Nash, Ewan y Noelle — repetí. — Dos mundos, un cielo entero dentro de mí.

Jazz sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

— Y los nombres son perfectos. Él llevará la fuerza de su hermano. Y ella, la luz de todo lo que han vivido.

Permanecimos en silencio unos minutos. La nieve caía ahora más espesa, y la marea golpeaba con fuerza un poco más allá. Miré al cielo, viendo los copos bailar bajo la luz difusa de las farolas lejanas.

— Quiero que crezcan oyendo historias sobre él. Sobre nosotros. Quiero que sepan quiénes son, de dónde vienen. No solo sobre las pérdidas, sino sobre el amor que nos moldeó.

— Entonces escribe, Eve — sugirió Jazz. — Empieza un diario, una carta, cualquiera. Tienes tanto dentro de ti, y los dos querrán escuchar tu voz, incluso cuando sean adultos.

La idea quedó flotando en mí como una brisa fría. Tal vez empezaría esa misma noche, en la invernadero, con una manta en las piernas y el silencio del vidrio a mi alrededor. Escribir para ellos. Para Angel. Para mí.

Me levanté, con Jazz ayudándome. Era hora de volver, pero antes, miré al mar una última vez.

— Vamos a la invernadero — dije. — Quiero sentir el calor de las plantas y escribir la primera página de lo que será nuestra historia.

Jazz sonrió.

— Y yo quiero verte vivir todo eso. De cerca.

Subimos y nos dirigimos hacia la parte sur de la propiedad, con Jazz cargando a Mileide tranquila en sus brazos. Tras una breve caminata, llegamos a mi refugio.

La invernadero empezaba a tomar forma, aunque todavía no había plantado mucho. El espacio se estaba volviendo especial para mí.

Jazz soltó a Mileide, que salió corriendo libre. Reí, sabiendo que mi gata era realmente una traviesa.

— Amiga, ¿pero tú y Adam, cómo están en realidad? — preguntó Jazz, con su curiosidad evidente.

— Vamos paso a paso — respondí, intentando poner en palabras mis sentimientos. — Todavía tengo mi propia habitación y todo lo demás.

— ¿Por qué no está en la de él? — preguntó, manipulando uno de los vasos donde había plantado flores.

— No sé, quizás sea miedo. Él nunca me invitó…

— Si quieres, ve y hazlo. Múdate a su habitación. Los hombres pueden ser idiotas a veces, Eve — dijo, mirándome directamente. — Habla con él. Es imposible que no haya sentimientos profundos. Mira lo que se ha construido aquí, todo por ti.

— Lo sé… — murmuré, mirando alrededor y absorbiendo el calor sutil de la invernadero, el vidrio empañado por las diferencias de temperatura y las estanterías con vasos aún tímidos de vida. — Solo que, a veces, parece demasiado bueno. Él es tan… seguro, tan estable. Y yo soy un torbellino ambulante.

Jazz dibujó una media sonrisa y se acercó, tomando una manta que estaba doblada en una de las sillas. La puso sobre mis hombros con un gesto cariñoso.

— No eres inestable. Solo estás acostumbrada a luchar, siempre. A desconfiar de la calma. Pero, Eve… a veces, hay que confiar. Ni que sea solo un poquito, de a poco.

Sentí la verdad en sus palabras. Había pasado tanto tiempo enfrentando desafíos que la idea de bajar la guardia era aterradora. Sin embargo, la seguridad que Adam ofrecía no tenía por qué ser algo intimidante. Podría ser una ancla que me ayudara a dejar atrás el miedo a lo desconocido.

Mientras Jazz hablaba, percibí que confiar en Adam y en mí misma sería un paso importante. No necesitaba lanzarme de inmediato a confiar por completo; podía hacerlo gradualmente, sin prisa. Y ese pensamiento me traía una calma inesperada en medio del caos que siempre me acompañaba.



Jazz pasó la tarde conmigo, después de su partida, pasé algunas horas en la cocina con Matilde y Liandri. Después de cenar y tomar mis medicamentos, fui a mi habitación para acostarme. Aunque dormía en la habitación de Adam, necesitaba mi espacio para pensar.

Ya pasaba de las 11 de la noche cuando la puerta se abrió y su aroma a colonia invadió el ambiente. Me mantuve tranquila y en silencio. Él se sentó a mi lado y

acarició mi rostro. Abrí los ojos y lo miré, notando su rostro cansado bajo la luz suave del lámpara.

— ¿Por qué estás aquí? — preguntó él.

Suspiré y me senté, colocando la cabeza en el cabecero de la cama, mientras lo observaba.

— ¿Por qué, Eve?

— Porque no sé dónde debo quedarme, Adam — confesé. — No sé hasta qué punto me quieres...

Él pasó la mano por su rostro, frustrado, y me miró intensamente.

— Pensé que había quedado claro, en nuestras noches de pasión y en los días juntos, que te quiero en mi vida, mi pequeña — dijo suavemente, con la voz ronca y cansada. — Quiero que estés en nuestro cuarto, tus cosas junto a las mías, llegar a casa y verte acostada en nuestra cama.

Me quedé en silencio unos segundos, digiriendo cada palabra. El corazón me apretó en el pecho. Había ternura en aquella voz firme, en ese hombre que nunca decía más de lo necesario — pero cuando hablaba, era como si el mundo entero se detuviera para escuchar.

— Solo… — empecé, y mi voz se quebró — tengo miedo de tomar un lugar que no es mío. De invadir, de… ser temporal.

Adam se acercó aún más, apoyando los codos en las rodillas y sujetando mis manos, que descansaban en mi regazo. Las suyas estaban frías por la nieve afuera, pero cuando entrelazó sus dedos con los míos, sentí un calor invadiendo mi pecho.

— Eve, escucha lo que te voy a decir. — Sus ojos estaban oscuros e intensos, como si me viera desde adentro. — No hay nada temporal entre nosotros. No después de todo. No después de nuestros hijos. No después de lo que eres para mí.

Mi quijada tembló.

— ¿Tus sentimientos por mí no cambian por el embarazo? ¿No sientes pena?

Él rio con incredulidad, pero sus ojos brillaban de emoción. Soltó mis manos, se levantó de la cama y empezó a caminar por la habitación con las manos en el cabello, claramente sin saber cómo explicar lo que sentía.

— Te anhelo. Siento amor por ti. Tengo una necesidad que me consume cuando no estás cerca. Y sin embargo... aun así, sigo teniendo miedo de asfixiarte, de alejarte antes de que estés preparada. — Volvió y se arrodilló frente a la cama. — Pero ahora lo digo, claramente. Eve, te quiero conmigo, como mi esposa, mi amor y la madre de nuestros hijos. No sólo en la cama, sino en mis días, mis noches, mi hogar. En mi caos y en mi silencio. Y si dices que sí, ahora, pondré tus cosas en mi armario, en mi baño, desordenaré mi mundo para ti.

Las lágrimas fluyeron sin que pudiera detenerlas. Me incliné hacia delante y le toqué la cara, sintiendo su barba incipiente bajo mis dedos. Me arrodillé en la cama y él se puso de pie, frente a mí.

— Entonces ayúdame a llevar mis cosas a nuestra habitación — susurré, con una pequeña sonrisa húmeda de emoción. — Estoy lista, Adam. Quiero dormir contigo,

despertarme contigo, pelearme por la manta contigo. Lo quiero todo.

Adam no dijo nada más. Se limitó a levantarse, tiró suavemente de mí por la cintura y me subió a su regazo como si fuera ligera, como si estuviera hecho para llevarme. El gesto me aceleró el corazón. No era sólo la fuerza, era la forma en que sus brazos me envolvían, como si yo fuera preciosa. Y lo era. Al menos, en aquel momento, era sólo suya.

Enterré la cara en su cuello mientras caminaba por el pasillo en silencio, con pasos firmes, llenos de tensión contenida. Sentí el calor de su piel bajo la camiseta, el olor familiar de su colonia mezclado con el calor de la noche. Cuando cruzamos la puerta de su habitación — nuestra habitación, ahora — algo en mi interior se calmó. Me colocó en el borde de la cama con una reverencia silenciosa, como si aquel momento fuera algo más que físico.

— No quiero que tengas dudas sobre cuál es tu sitio, Eve — dijo, con voz ronca, grave, cargada de deseo y verdad.

Antes de que pudiera replicar, sus labios se apoderaron de los míos en un beso hambriento, casi feroz. Me agarré a su nuca, tirando de él más cerca, sintiendo su cálido aliento contra mi boca. Se arrodilló frente a mí, sus manos se deslizaron por mis muslos y se dirigieron lentamente al dobladillo de mi camisa.

— Esto de aquí... — murmuró, mirando la fina tela, está al revés.

Con un solo gesto, me quitó el jersey y éste se deslizó por mi cuerpo, revelando mi piel a su tacto. Se

me puso la piel de gallina. La forma en que me miraba... como si estuviera viendo algo sagrado. O algo demasiado peligroso como para no tocarlo.

— Eres perfecta — susurró, y sus labios tocaron mi vientre, justo entre los huesos de mi cadera. — Los tres corazones que latían en mi interior me volvieron loca.

Mi cuerpo reaccionó al suyo con una sed nueva, como si aquella noche renaciera todo lo que habíamos vivido hasta entonces: los silencios, los miedos, las palabras no dichas. Me tumbé, tirando de él encima de mí. Sentí su cuerpo firme y cálido contra el mío. Sus dedos recorrían mi cara, mi cuello, mis pechos sensibles, y cada roce era una petición silenciosa de rendición.

— Te deseo — susurré. — Aquí, ahora. Como nunca antes.

Gimió por lo bajo, el sonido profundo, visceral, mientras sus labios volvían a los míos, hambrientos. Sus manos exploraron mi piel con precisión, provocando jadeos, gemidos y calor por todas partes. Sus besos siguieron senderos calientes por mi cuerpo, hasta que todo en mí fue urgencia y abandono.

En aquella cama, con nuestros cuerpos entrelazados y las sábanas enredadas bajo nosotros, éramos más que dos almas llenas de cicatrices. Éramos amor y deseo, miedo y valor, promesa y pecado.

Capítulo 32



Adam Hawke

Sentí que algo me despertaba y, al abrir los ojos, vi a Eve frente a mí — mejor decir, su sombra iluminada por la luz suave de la lámpara. Ella resoplaba, en ese momento, me senté en la cama y encendí la luz, observando sus ojos rojos y su semblante cansado.

— Eve, ¿qué pasó? — pregunté, rápidamente revisando si había alguna señal de sangrado, preocupado por su bienestar.

— Quiero comer Affy Tapple. — Resopló, con la voz cargada de una petición sincera. — Con mucho caramelo y después un poco de Chicago Mix Popcorn, pero ¡no hay aquí!

Parpadeé, intentando procesar esa necesidad.

— ¿Tienes antojo? — pregunté, una sonrisa involuntaria se formó en mi rostro. La idea de ser despertado en medio de la noche por un deseo era nueva para mí; había algo encantador en esa autenticidad del momento.

Sentí una ola de felicidad al darme cuenta de que ella contaba conmigo, por un momento, tomé sus mejillas y la besé, sintiendo el gusto de las lágrimas aún frescas.

— ¡Sí! — reclamó ella, con un tono llorón, haciendo un puchero que casi derrite mi corazón. — Quiero ese caramelo en particular. Y el mix, Adam… ese con cheddar y caramelo. Es dulce y salado a la vez. ¡Lo necesito!

Se hundió en mi pecho como si el mundo estuviera colapsando, y no pude evitar reír. Metí los dedos en su cabello, acariciándola con cariño.

— Y yo pensando que algo grave había pasado — susurré, aliviado por la ligereza del momento. — Antojo de embarazada a las 3 a.m.… es oficial. Te convertiste en mi ruina.

Ella levantó el rostro, con la expresión malhumorada contrastando con una pizca de esperanza en sus ojos.

— ¿Vas a buscar?

— Claro. — Me levanté de la cama sin dudar, con la determinación creciendo. — Solo dame cinco minutos para descubrir dónde venden eso en Chicago a esa hora.

— Gracias — susurró, limpiándose la nariz con mi pijama sin ningún reparo. — Pero trae dos Affy Tapple,

por si el bebé quiere más.

Asentí con la cabeza, riendo, mientras caminaba hacia el armario. Mientras me ponía un pantalón y cogía la cartera, la miré aún sentada en la cama, con la camisón, con los ojos levemente hinchados.

— Eve?

— Hm?

— Estás preciosa, incluso llorando por palomitas — dije, ya abriendo la puerta.

— Y tú estás jodido — replicó ella, con una sonrisa traviesa bailando en sus labios, trayendo un poco de ligereza al aire.

— Me alegra estar aquí — dije, inclinándome para besarla otra vez. Me encantaba el sabor de su boca, una comodidad que llenaba el vacío que, a veces, se formaba. — Vamos a hacer tu deseo realidad, pequeña...

— ¿Realmente vas a ir? — preguntó, sus ojos radiantes llenos de expectativa, haciendo latir mi corazón más rápido.

— Claro que sí, Eve — afirmé, levantándome de la cama con determinación.

Me puse el pantalón del pijama y una blusa, me arremangué el abrigo por encima y me calqué las botas. Cogí la cartera, y al mirarla, vi el brillo de felicidad en sus ojos. Eso me animó de una forma que no podía describir.

La besé una vez más, deseando que ese momento durara para siempre.

— Ya vuelvo — avisé, tratando de transmitir un aire de confianza.

— Te esperaré, yo y los bebés — comentó, con una sonrisa que reafirmó mi compromiso.

Salí del cuarto, con la mente ya en marcha. A las 3h, ¿dónde iba a encontrar esas cosas? La verdad es que solo me quedaba una opción: ¡Elias!

Con prisa, fui a la cochera, cogí el teléfono y llamé a mi buen amigo.

— ¡Es la hora, Adam! — rugió Elias, con diversión y sorpresa en su voz.

— Necesito Affy Tapple y Chicago Mix Popcorn — dije, encendiendo el coche mientras trataba de controlar la ansiedad que crecía en mí.

— ¿Qué?

— ¡Eve tiene antojo! ¡Ayúdame, joder! ¡Mi mujer quiere esta basura a las 3 de la mañana!

— ¡Mierda, Adam! Sé dónde conseguirlo. Te enviaré la dirección — dijo, y la determinación de su voz se convirtió rápidamente en acción.

— Gracias... — Colgué, suspirando aliviada y con una sonrisa tonta en la cara.

Con una nueva concentración, arranqué el coche y conduje hasta el lugar del que me había hablado Elías. La adrenalina se mezclaba con la emoción de hacer algo especial por Eva, a pesar de la hora, la ciudad parecía vibrante bajo las farolas. Cada kilómetro que recorría me acercaba más a cumplir su deseo.

Sabía que esas pequeñas cosas contaban, sobre todo en un momento tan intenso de nuestras vidas, y estaba más que dispuesta a hacer lo que hiciera falta para asegurarme de que se sintiera querida y cuidada. Al recordar su expresión cuando me pidió aquellos caramelos, me invadió un sentimiento cálido, la certeza de que estar cerca de ella era lo que realmente importaba.

La dirección que me había enviado Elías era la de una pequeña charcutería abierta las 24 horas, escondida entre calles residenciales, de esas que sólo conocen los habitantes de Chicago. Aparqué y entré a toda prisa. La dependienta, una mujer mayor con acento de Europa del Este, arqueó las cejas cuando me vio entrar con abrigo y aspecto desesperado.

— Affy Tapple — dije sin rodeos. Ella señaló una estantería que parecía un santuario. Quedaban tres unidades. — ¿Y el Chicago Mix Popcorn?

Ella sonrió, cómplice, y apuntó hacia un congelador al fondo. Con el paquete en mano, fui hasta la caja.

— ¿Antojo de embarazada? — preguntó, mientras pasaba los artículos. Asentí, riendo. — Ah, estos son los más peligrosos. Pero también los más hermosos.

Pagué, agradecí y salí con la bolsa como si llevara una joya. En el coche, miré hacia el asiento del copiloto, a los dulces. Ría solo.

Estoy jodido. Completamente. Irremediablemente. Y feliz como nunca.

La ciudad parecía menos hostil en el camino de regreso, como si cada semáforo conspirara a favor de ese momento. Cuando estacioné en la cochera, la bolsa

con los deseos de Eve se balanceaba suavemente en el asiento a mi lado. La tomé con cuidado y subí directo, ansioso por ver el brillo en sus ojos.

Abrí la puerta de la habitación con el mínimo de ruido posible, pero ella ya estaba sentada en la cama, cubierta hasta la cintura, con los ojos atentos y abiertos como los de una niña en la mañana de Navidad.

— ¿Lo conseguí? — preguntó, la voz ronca y soñolienta, pero cargada de esperanza.

— Misión cumplida — respondí, levantando triunfante la bolsa.

Ella respiró hondo, como si no pudiera creerlo, y extendió las manos. Caminé hasta la cama y me senté a su lado, sacando con reverencia los dos Affy Tapple envueltos y el paquete de Chicago Mix Popcorn.

— Caramelo… cheddar… sal… eres perfecta — susurró ella, con los ojos llenos de lágrimas otra vez, ahora por una razón completamente diferente.

— Solo porque tienes antojo — le sonreí, mientras ella desenvainaba la manzana caramelizada como si el mundo dependiera de ello.

— No — corrigió ella, entre una mordida y otra. — Porque tú hiciste esto por mí, en medio de la madrugada, sin quejarte. Eso es amor, Adam.

Esas palabras me tomaron por sorpresa.

La miré masticando con ganas, el cabello despeinado y los ojos llenos de lágrimas, y me sentí ridículamente completo.

— ¿Te das cuenta de lo linda que te ves así, toda feliz por la comida? — le dije, quitándole un hilo de caramelo que escapaba del rincón de la boca.

— Embarazada y hambrienta. Un encanto. — Ella rió, apoyándose en mi hombro mientras seguía masticando. — Gracias, Adam. De verdad.

— Haría esto todas las noches, si hiciera falta — afirmé. — Por ti. Por nuestros hijos.

Y allí, con Eve pegada a mí y el sonido del paquete de palomitas siendo abierto, tuve la certeza: la vida que creía que nunca podría tener estaba justo allí, entre dulces y confesiones simples. Y nunca quise otra cosa.

Ella masticaba despacio ahora, más tranquila, el cuerpo recostado en mí como si ese fuera el lugar más seguro del mundo. La habitación estaba cálida, pero el calor que ella emanaba era otro — venía de dentro, de cómo se acurrucaba, de cómo me miraba.

— ¿Te gusta esta gestación? — pregunté, acariciando su vientre con la punta de los dedos, sintiendo la piel calentita bajo el fino tejido de la camisón.

Eve asintió, con la cabeza aún apoyada en mi hombro.

— Siento que sí. Es como si ya me conocieran. Como si me pidieran cosas, me sacaran de dentro para afuera. Es extraño… y mágico — susurró.

Apoyé la barbilla sobre su cabeza y cerré los ojos por un instante.

— Creo que serán iguales a su madre… llenos de deseos en medio de la madrugada y de un carácter difícil — bromeé, sintiéndola reír contra mi pecho.

— Y te va a encantar — bromeó, levantando la cara para mirarme a los ojos.

Me miré en ella por un largo momento. Por un instante demasiado largo.

Su sonrisa desapareció lentamente, pero no por tristeza — era como si algo más profundo ocupará su lugar. Una comprensión silenciosa. Un deseo tranquilo.

Incliné el rostro y la besé con calma, sintiendo el dulce sabor del caramelo aún presente. Fue un beso lento, envolvente, lleno de cosas que aún no sabía cómo decir, pero que ella parecía entender. Sus manos subieron hacia mi cuello, y cuando hundió los dedos en mi cabello, supe que esa noche todavía nos tenía más que ofrecer.

Me aparté lo suficiente para mirarla a los ojos.

— ¿Quieres más caramelo? — susurré, la voz áspera, demasiado cargada por lo que sentía.

— Solo si es de tu boca — respondió ella, jalándome de vuelta.

¡Maldita sea! Con el sabor de Eve en mi boca mezclado con el caramelo, me sentía más que realizado. Era una combinación perfecta de placer y consuelo que solo ella podía darme. Pero, al mismo tiempo, tenía la sensación de ser un idiota por haber negado esa felicidad, por haber dudado en aceptar que ella y nuestros hijos eran todo lo que siempre quise.

Capítulo 33



Adam Hawke

Después de las fiestas de fin de año, me sentía casi completo. La vida con Eve tomaba un rumbo positivo, e incluso nuestra gata, Mileide, empezaba a adaptarse a mí — aunque todavía a veces me arañaba. Era parte del encanto de formar una familia.

Emocionado, programé para el día siguiente la compra de los muebles para nuestros hijos. La idea de convertir la antigua habitación de Eve en un espacio para los bebés despertaba en mí una alegría que ni siquiera sabía que aún existía en mí.

El vínculo con Eve y la preparación del hogar aportaban un nuevo propósito a mi vida. Cada detalle,

desde los colores hasta la elección de los muebles, reflejaba el amor y la esperanza que sentía.

A pesar de las incertidumbres, una profunda gratitud me llenaba. Estaba decidido a construir para Eve y nuestros hijos no solo un espacio seguro, sino un hogar lleno de amor. Esa idea lejana de familia ahora era una realidad — y estaba listo para vivirla a su lado.

Siempre que pensaba en familia, sentía un dolor en el estómago. Era una sensación incómoda, un nudo que se formaba con cada recuerdo o pensamiento sobre ellos. Mi madre había estado días intentando comunicarse conmigo, pero evitaba sus llamadas. La última cosa que quería era lidiar con dramas familiares, mientras intentaba navegar por la confusión que se había instalado en mi vida.

Mi padre sabía que debía mantenerse lejos, y mi hermano parecía haber desaparecido por completo. Era como si todos estuvieran en una burbuja aparte, ajenos a lo que realmente ocurría, mientras yo enfrentaba una realidad cada vez más pesada.

El resultado de la auditoría que Maddox había levantado saldría pronto, así que tendría que enfrentar a mis padres y a mi hermano cara a cara. Nunca imaginé que terminaría tratando a mi familia como criminales, sin embargo, la situación exigía eso. La traición casi se desplegó ante mis ojos, junto con mentiras y secretos, dejando una marca indeleble en mi mente. Y aún quedaba Helia, la mujer fugitiva que había provocado tantas complicaciones en mi vida.

Ella desapareció del mapa, y Maddox sospechaba que alguien muy poderoso la estaba escondiendo. El rostro de Eve frecuentemente flotaba en mi mente,

presionándome para que priorizara a ella y nuestro futuro, mientras las sombras de mi familia seguían amenazando lo que estaba intentando construir.

No podía pensar en nada más que en mis padres y el impacto que sus acciones habían tenido en la vida de Eve. Mi deseo de protegerla luchaba contra el dolor de la decepción familiar, y la necesidad de liberarme de los fantasmas del pasado se volvía cada vez más urgente. Necesitaba encontrar un camino claro, no solo para mí, sino para lo que realmente importaba: crear un futuro seguro y feliz para Eve y nuestros bebés, lejos de todas las complicaciones que traía el pasado.

Decidida a afrontar la situación, respiré hondo y resolví que, en cuanto llegaran los resultados, tomaría decisiones que antepusieran la felicidad de Eva y de nuestros hijos, sin dejarme atrapar por los errores del viejo mundo que había conocido.

Oí golpes en la puerta y le grité que entrara. Eve entró sonriendo tímidamente: era mi pequeña. Cerró la puerta y me miró, y reconocí el deseo en sus ojos. Era una mezcla de vulnerabilidad y audacia, y me golpeó como una descarga eléctrica.

— ¿Qué puedo hacer por usted, señorita Clark? — pregunté, uniéndome a la broma, tratando de mantener un tono ligero.

— No me encuentro bien, doctor Hawke — dijo mientras se desabrochaba el abrigo que cubría su cuerpo. El gesto reveló más de lo que las palabras podrían expresar; había una intensidad en la situación que me puso en alerta. — Estoy sintiendo cosas extrañas.

Arqueé una ceja, anticipando ya el rumbo que tomaría la conversación.

— ¿Qué sientes? Cuéntame tus síntomas — le animé, siguiéndole el juego, sabiendo que podía ponerse interesante.

— Un calor entre las piernas, anhelo de mi hombre y su boca por todo mi cuerpo — dijo descaradamente, su mirada desafiante hizo que mi corazón se acelerara.

Mi respuesta física fue instantánea. Sentí que mi cuerpo respondía, que el deseo se despertaba como un fuego que exigía atención. Su tono era provocador, la forma en que se expresaba me dejaba sin palabras, pero al mismo tiempo todo parecía tener sentido.

Mi polla presionaba contra la tela del pijama de hospital, suplicando alivio. Las bragas ya no eran una barrera suficiente. Estaba dura, palpitante, el calor aumentaba hasta hacerse insoportable. Mi boca salivaba ante la imagen de ella de pie en la puerta de mi despacho, como si perteneciera a aquella escena de deseo prohibido.

— Te deseo — dijo sin apartar la mirada. Y se quitó el abrigo negro.

Eché mi silla hacia atrás, eliminando cualquier obstáculo entre nosotros, y palmeé mi regazo, invitándola a entrar.

— Ven, pequeña. Ven y siéntate donde te corresponde.

Eve caminó hacia mí con pasos lentos, casi felinos, sus tacones sonaban como pequeños chasquidos en el suelo encerado. Llevaba lencería burdeos de encaje,

demasiado fina para ocultar ninguna curva. Sus pechos estaban más llenos, más pesados, denunciando los cambios del embarazo. Su vientre ya empezaba a sobresalir suavemente, y eso me volvió aún más loco. Era mía. Y dentro de ella crecían mis hijos.

Una visión sagrada y sucia al mismo tiempo.

Se detuvo frente a mí y sonrió con picardía, el pelo suelto en ondas salvajes, cayendo sobre sus hombros desnudos. Había fuego en sus ojos. Una invitación y un desafío. Me temblaban los dedos de ganas de tocarla, pero esperé.

— Tómame, pequeña — le ordené en voz baja y ronca, desgarrado por el hambre que sentía por ella.

Eve se apoyó en la mesa, con las caderas levantadas, y se inclinó hacia delante lentamente, burlona. Sus manos se deslizaron por mis muslos hasta llegar al elástico del pantalón del pijama. Sus dedos tiraron firmemente hacia abajo, dejando al descubierto mi erección, rígida, con las venas saltando bajo la cálida piel.

Ella soltó una carcajada, ese sonido que me producía escalofríos.

— Siempre lista para mí, Dr. Hawke.

— Porque usted me pone así — respondí entre dientes. — Me destrozas.

Se agachó, con las rodillas tocando el suelo, y me miró con una sonrisa casi inocente, salvo que aquel momento no tenía nada de puro. Su lengua húmeda recorrió la longitud de mi miembro, lenta, burlonamente.

Gimió contra mi piel, y eso hizo que mi abdomen se contrajera.

La agarré del pelo, tirando firmemente hacia atrás, exponiendo su rostro. Su boca era una dulce maldición, caliente y húmeda, y cuando me rodeó con sus labios, mi mundo se estrechó. Sus ojos no se apartaban de los míos, y eso me destrozó.

— Entonces... Buena chica — murmuré, enredando los dedos en las hebras oscuras mientras ella se movía, sin prisa, como si quisiera volverme loco poco a poco.

Me chupaba con placer, succionando con intensidad, alternando el ritmo. Mi respiración ya era irregular, y el deseo de llevarla allí, por cualquier medio, no hacía más que crecer.

— Ven aquí arriba. Ahora — le ordené, tirando de ella por los brazos.

Se levantó con elegancia y se colocó entre mis piernas. Besé su vientre con reverencia, sintiendo la piel cálida y tensa bajo mis labios. Deslicé las manos hacia arriba hasta llegar a los corchetes del sujetador de encaje que sostenía sus pesados pechos.

— Esto hay que quitárselo — murmuré contra su piel, desabroché con agilidad y tiré de la prenda hacia abajo.

Dejé caer el sujetador al suelo y dejé que mis ojos devoraran lo que ahora era sólo mío. Sus pechos estaban hinchados, redondos, sus pezones más grandes, duros, tan sensibles que sólo soplar aire caliente sobre ellos hacía estremecer a Eva.

— Mira esto... eres aún más perfecta — dijo, cogiendo ambos con las manos, sintiendo su peso contra las palmas. — Estos pechos... son adictivos.

Me llevé uno a la boca, lamiendo con cuidado, luego chupando más fuerte, sintiendo cómo se arqueaba, cómo su cuerpo se rendía. Succioné con hambre, luego con más firmeza, mordisqueando con cuidado para no lastimarla, pero lo suficiente para hacerla gemir con fuerza.

— Adam... — gimió, sujetándome la cabeza. — No pares.

Cambié de lado y lamí el otro pezón, moviendo la lengua en círculos lentos y luego rápidos. Se revolvió en mi regazo, jadeando, con el cuerpo completamente despierto, y su olor me golpeó con fuerza. Humedad, calor, deseo. Mi polla palpitaba y el deseo de penetrarla me desgarraba por dentro.

— Siéntate en mi regazo — le dije, casi con urgencia.

Se acomodó encima de mí, encajando con facilidad. Mi polla se deslizó en su interior con un gemido ahogado de ella. El calor y la humedad me hicieron soltar una palabrota. Estaba apretada, deliciosa, aún más sensible.

Eve gimió en mi oído y me mordió el cuello. Sus caderas empezaron a moverse lentamente, como si quisiera castigarme por el retraso.

— Eso es... móntame — ordené, mis manos apretando sus muslos, subiendo hasta agarrar su firme culo.

Me cabalgó con dominio, su cuerpo pegado al mío, sus pechos balanceándose con cada movimiento. Agarré con fuerza uno de ellos y me lo llevé a la boca una vez más, mientras ella cabalgaba con un ritmo constante, el calor de su cuerpo me dejaba sin aliento.

— Me estoy volviendo loco — susurré contra su piel. — Voy a follarte hasta que no puedas andar.

— Entonces hazlo — me retó, jadeando. — Fóllame, Adam. Hazme tuya, aquí y ahora.

La agarré por la cintura y me levanté de la silla con ella todavía sobre mí. Me acerqué a la mesa y la tumbé boca arriba, sosteniendo una de sus piernas sobre mi hombro. Volví a penetrarla con fuerza, hasta que perdió el aliento.

Se retorció debajo de mí, con las manos agarrándose a los lados de la mesa. Cada embestida la hacía gemir más fuerte, sus ojos estaban embriagados.

— Así, mi amor... más profundo — suplicó.

Me incliné sobre ella y nuestros pechos se tocaron. Besé su boca con urgencia, al mismo tiempo que bombeaba en su interior con un ritmo firme y tortuoso.

— Te vas a correr por mí — susurré contra su boca. — Quiero ver tu cara cuando suceda.

Me agarró los hombros con fuerza y gritó mi nombre al correrse. Su cuerpo se estremeció, sus piernas me apretaron y sentí cómo sus paredes internas se contraían, succionándome más profundamente. Tres embestidas después, me corrí a la vez, enterrándolo todo dentro de ella y gimiendo como un animal.

Su cuerpo aún se estremecía con los últimos espasmos del orgasmo cuando me incliné sobre ella y volví a besarle el vientre, con reverencia.

— Ahora eres mi hogar — confesé sin filtro.

Me miró con esa sonrisa posterior al orgasmo, los ojos cerrados, el cuerpo aún caliente, y susurró:

— Entonces no dejes que me vaya nunca.

Le besé la frente, el corazón me latía con fuerza, y ni siquiera después de un polvo delicioso estaba satisfecho. Ni por asomo. Ella me miraba con una sonrisa perezosa y golfa, los ojos aún vidriosos por el orgasmo, las piernas temblorosas enroscadas en mis caderas. Mi boca bajó por su cuello, mordisqueándola ligeramente, y la sentí estremecerse debajo de mí.

— ¿Tienes más? — bromeó con su voz ronca y embriagada.

— No tienes ni idea, pequeña — susurré clavándole los dientes en el lóbulo de la oreja.

Se rio, agotada y burlona, y movió ligeramente las caderas para recordarme que ella también era la dueña del juego.

— Así que demuéstramelo.

— No sabes con quién te estás metiendo, Eve.

— Sí que lo sé — dijo ella. — Un viejo cachondo adicto a mi coño.

Viejo.

La palabra sonó como una explosión en mi cabeza. Me hirvió la sangre. Sus ojos brillaban con malicia. Sabía exactamente dónde golpear. Sabía que avivar mi orgullo masculino era la forma más rápida de perderme por completo.

La agarré brutalmente por las caderas y le di un fuerte golpe en el culo, que resonó en toda la oficina.

— Dilo otra vez, Eve.

— ¿Qué te pasa? ¿Vas a negarlo? — Ella gimió ante la bofetada y se inclinó más hacia mí, con el pelo revuelto cubriéndole parte de la cara. — Tienes edad para ser mi padre. Pero estás aquí... follándome como un loco. Profundo, caliente, Dr. Hawke.

Otra bofetada. Y otra más.

Ella gritó, mordiéndose el labio para amortiguar el sonido, pero su cuerpo reaccionó como una adicción — con cada golpe, se revolvió más, queriendo más. Adicta, harta de mí.

— Soy el viejo que te ablanda, descarada — gruñí, penetrándola de nuevo sin piedad.

Ella jadeó, todo su cuerpo vibró, como si las palabras hubieran explotado en su interior. Gemí contra su nuca, sintiendo la sensación caliente y apretada que me envolvía. Dios, aquel cuerpo era mío. Aquel vientre, ahora sagrado, era mío. Y sin embargo, ella seguía desafiando todo lo que yo sabía controlar.

— ¿Sabes qué es peor? — continué, con la voz baja y feroz. — Es saber que, incluso con dos bebés creciendo ahí dentro, sigo queriendo follarte hasta que olvides tu propio nombre. Se suponía que tenía que protegerte. Ser

el hombre responsable. Pero cuando me miras con esos ojos... cuando me llamas viejo con esa boca sucia... sólo quiero follarte más fuerte.

Sus manos se deslizaron por la mesa, sus dedos agarraron los bordes con fuerza. Mantuve una de mis manos apoyada en la parte baja de su espalda, empujando, manteniéndola en su sitio, haciéndole sentir cada centímetro entrando y saliendo lentamente, luego con profundas embestidas, sin compasión.

— Esto está mal, Adam... aquí en tu despacho, pronto podría entrar alguien — susurró, pero el tono era más un gemido que una protesta.

— Entonces me mira y me dice que quiere que pare.

Lo intentó, pero no pudo. Abrió la boca, pero no salió ningún sonido. Sus ojos estaban llorosos, sus mejillas rojas, su cuerpo pidiendo más.

— Eso pensaba yo.

Pasé mis manos por su espalda, sus pechos estaban pegados a mi pecho.

— Esto... esto es lo que realmente me jode — le susurré al oído. — Saber que estás llena de mis hijos. Que este cuerpo es ahora nuestro. Que todo en ti clama por mí.

Ella gimió con fuerza, y sentí que su interior se contraía a mi alrededor con fuerza, como si las palabras fueran tan intensas como mis embestidas.

— Dilo, Eve. Dime que eres mía. Toda.

— Es tuyo... todo, todo — gritó. — Mi coño, mi útero, mi alma.

— Ahora voy a follarte como te mereces. A cuatro patas, Eve.

Ella soltó una risa ahogada, mordiéndose el labio inferior, y obedeció sin vacilar. Se bajó de mi regazo, apoyó las manos en la madera y me empujó el culo con cruel lentitud. La curva de su espalda, la forma en que se giraba para provocarme, me volvían loco.

Me levanté, me quité los pantalones de una patada y me coloqué detrás de ella.

La penetré sin previo aviso, arrancándole un grito. Sus manos se apoyaron en el borde de la mesa y sus dedos se abrieron conmocionados. Empecé a empujar con fuerza, aferrándome a sus caderas como si fueran mi ancla en el mundo.

El sonido del impacto entre nuestros cuerpos resonó en la oficina, mezclado con gemidos roncos y mi respiración acelerada. Cada embestida era más profunda, más ruda, más posesiva.

Con cada embestida, la marcaba más que mi cuerpo. Era como si quisiera dejar en su piel todo lo que no sabía cómo decir. Amor, rabia, miedo, deseo. Ella era el caos, y yo... yo era un cirujano acostumbrado al control. Pero con ella, perdí toda precisión. Era puro impulso.

Eva se corrió de nuevo, con espasmos incontrolados, las piernas le fallaban, y yo la abracé con fuerza, sin parar, sintiendo cómo mi propio orgasmo llegaba como una explosión sorda que me arrancaba un gruñido animal.

Me corrí profundamente, enterrado en ella, con las manos aún sobre su vientre, como si de algún modo pudiera proteger a nuestros hijos en medio del caos.

Se desplomó hacia delante, jadeante, rota, con los ojos entrecerrados y una sonrisa idiota en los labios.

— Viejo... — murmuró. — Me vas a matar así.

— Te prometo que, si te mato, se reirán de ti.

Ella rió, sin fuerza, pero con su mirada de siempre. Feroz. Apasionada. Mía.

— ¿Otra vez, Adam?

— No tienes ni idea de lo que has provocado. Ahora agárrate.

Y la tomé en mis brazos, decidido a continuar lo que habíamos empezado: en el suelo, en el sofá, contra la pared. Reservé toda mi práctica con ella.

Capítulo 34



Eve Clark

Entré en la tienda de muebles infantiles de la mano de Adam, la emoción por montar los artículos de los bebés casi explotaba dentro de mí. Antes de venir, pasamos por la casa de mis abuelos; la abuela tricotaba ropitas, una más linda que la otra, todas sin mangas, porque los bebés deberían nacer en verano.

La ansiedad era palpable. Una vendedora experimentada nos recibió, y observé mientras ella conversaba con Adam, señalando los muebles. Caminamos por los pasillos, admirando las piezas, cada una más encantadora que la anterior. Jazz tenía razón, ese lugar era definitivamente para los privilegiados.

Mientras paseábamos, mis ojos se detuvieron en una cuna completamente blanca en forma ovalada, grande y absolutamente hermosa. El diseño delicado y elegante llamaba la atención, y podía imaginar a nuestros pequeños durmiendo allí.

Adam notó mi mirada detenida y se acercó.

— ¿Te gustó esa? — preguntó, amablemente.

Asentí, todavía fascinada por la belleza de la cuna. Él sonrió, compartiendo mi entusiasmo, y en ese momento, mientras soñaba con los detalles del futuro de nuestros hijos, sentí una paz y alegría que hacían que todo lo demás pareciera insignificante. Era claro que cada elección que hacíamos ahora hacía nuestros sueños por un futuro juntos cada vez más tangibles.

— Quiero esa — declaré, sonriendo, aún encantada por la cuna.

— Entonces será esa. Por favor, queremos dos — le dijo Adam a la vendedora, que asintió con un gesto. — Vamos a mirar algunas cosas más.

Salimos a la sección de cómodas, explorando diferentes tipos de bañeras para bebés, organizadores de pañales y hasta cunas portátiles, entre otras cosas. Después de terminar con esas opciones y compras, fuimos a la tienda de ropitas.

— ¡Dios mío, Adam, qué lugar más adorable! — exclamé, suspirando al ver todas esas prendas tan lindas allí.

— Sí — concordó él, mirando alrededor. — Quiero escoger la ropa para ellos.

— Ni siquiera sé por dónde empezar — confesé, un poco abrumada por la variedad de opciones.

Adam y yo miramos en silencio, compartiendo una sonrisa cómplice, y comenzamos a seleccionar la ropa, deslizando nuestros dedos por tejidos suaves en tonos delicados y estampados encantadores. Cada pieza parecía contar una pequeña historia de lo que imaginábamos para nuestros hijos: momentos felices, crecimiento y descubrimientos.

A medida que pasábamos por los percheros y las estanterías, el entusiasmo se convertía en una profunda sensación de anticipación, mientras tejíamos sueños para nuestras futuras jornadas como padres. El amor y la dedicación que poníamos en cada elección, la presencia de Adam a mi lado en cada decisión, me hacían sentir más preparada y confiada para lo que estaba por venir.

Adam sostuvo un conjunto en color pastel amarillo con estampado de nubes y sonrió.

— Creo que esto quedará perfecto para nuestro niño. Ya puedo imaginarlo con eso, en mi regazo, con esos piecitos pequeños asomándose por las piernas del mameluco.

— ¿Y este? — Mostré un body de color rosa con encajes y pequeñas flores bordadas. — Ella será una princesa.

— Será una leona — corrigió él con ese tono firme que conocía muy bien. — Pero puede tener encajes. Siempre que no la impidan dominar el mundo.

Reí, llevándome la prenda al pecho como si ya la sintiera en mis brazos. Era extraño cómo ese gesto simple, tan cotidiano, podía hacerme sentir tan

completa. Adam seguía a mi lado, apilando piezas con una concentración que rozaba lo obsesivo— su perfeccionismo ahora aplicado a elegir medias antideslizantes, gorritos y mantas.

— Te lo estás tomando muy en serio — provoqué, observándolo comparar dos pares de zapatos idénticos.

Él me miró con una ligera archada de ceja.

— Son mis hijos. Nada menos que lo mejor. Y quiero que desde el primer día sientan que estuve aquí. Que me importó. Que pensé en cada detalle.

Mi garganta se apretó. Eso era tan Adam. La manera en que amaba — con profundidad silenciosa, con actos concretos, con presencia inquebrantable. No necesitaba declaraciones grandilocuentes. Solo bastaba con verlo allí, arrodillado frente a un expositor de ropitas, como si estuviera eligiendo el uniforme de dos herederos.

Me acerqué y acaricié su cabello con ternura, pasando la mano suavemente por su cabeza.

— Ellos lo sabrán. Cada vez que sientan tu abrazo. Cada vez que te miren con esos ojos que, con certeza, heredarán de ti.

Él levantó la mirada hacia mí, intensa, y esbozó una sonrisa pequeña. Luego se levantó, tomó un gorro azul claro con orejitas de oso y lo colocó sobre mi cabeza.

— Y tú — dijo, apretando la punta del gorro como si fuera mi nariz — vas a ser la madre más linda, más fuerte y más testaruda que estos dos podrían tener.

— ¿Testaruda?

— Insoportablemente.

Reí, y él me tiró suavemente de las caderas, juntando nuestros cuerpos en medio de la tienda. Por un instante, el mundo se detuvo. Las luces suaves, el sonido apagado de otras conversaciones en el fondo, el olor a ropa limpia y tela nueva. Era como si el tiempo nos hubiera regalado una pausa.

Nunca imaginé esto, Adam — susurré contra su pecho. — Nunca pensé que fuera posible vivir algo así. Amor, familia, seguridad…

— No era posible — dijo él, con la voz más baja. — Pero tú cambiaste mi vida por completo. Y no lo cambiaría por nada.

Nos quedamos así por un instante, envueltos en un silencio cómodo. Luego, Adam tomó una manta de lino blanco con bordados a mano y se la entregó a la vendedora.

— Esto será para traérlos a casa — dijo. — Una promesa.

Sonreí y, después de escoger algunas piezas más, pagamos todo y salimos de la tienda. De repente, Adam se detuvo bruscamente al ver a una mujer en sus cuarenta y tantos y a una señora mayor. Cuando nos vieron, sus ojos se agrandaron y, enseguida, se fijaron en mí.

Caminamos en nuestra dirección.

— Adam, hijo, he estado intentando hablar contigo de todas las formas posibles y ni siquiera en tu casa pude entrar. Me bloquearon — dijo la señora.

Me quedé en silencio, nunca había cuestionado la relación de Adam con su familia.

— Mami, he estado ocupado y no quiero conflictos — dijo él, apretando mi mano. — Eve, ella es mi madre, Maggi, y mi cuñada, Izzy. Y esta es Eve, mi mujer.

Mi corazón latió con fuerza al escuchar que me llamaba así.

— ¿Mujer? — preguntó su madre, sorprendida. — Ella parece mucho más joven de lo que dijo tu padre y tu hermano. ¿Es suya?

Pestañeé, aturdida por las palabras y la situación.

— ¡Sogra! — dijo Izzy, tratando de aliviar el momento y sonriendo tímidamente hacia mí. — Claro que es de Adam, y ella es hermosa.

— ¡Mamá, no la ofendas! — La voz de Adam era firme. — Eve, vámonos. Que tengan un buen día.

— Adam, hijo, solo quiero lo mejor para ti, yo y tu papá…

— Sé lo que es mejor para mí.

Apreté su mano con más fuerza mientras nos alejábamos. Sus palabras, al mismo tiempo, eran una declaración y una promesa. A pesar de la intensidad del encuentro, sentí una calma inesperada. Estábamos juntos en esto, y nada parecía más claro que ese momento.



Al entrar en el restaurante italiano, que pertenecía a Elias, amigo de Adam a quien había conocido hace tiempo y que a menudo nos visitaba, sonreí. Amaba su comida y la forma en que nos trataban. El camarero Josías nos llevó hasta una mesa en la zona superior, donde una mujer tocaba el violín. Afuera, la nieve caía lentamente.

Pedí un plato de espaguetis con salsa boloñesa, mientras Adam pidió una ensalada y una lasaña.

— Mis padres me han decepcionado — comentó Adam cuando terminamos de comer y esperábamos el postre. — Mi hermano se involucró en cosas malas, y por eso, esperaban que me casara con Helia para mejorar las cosas.

Me quedé en silencio un momento, procesando sus palabras.

— Lo siento mucho por eso — dije, intentando expresar mi empatía.

Él se rio, mirando en mis ojos.

— No sientas, la familia es complicada — afirmó. — Decidí mantener la distancia y resolver las cosas a mi manera. Mis sobrinos aún mantienen contacto conmigo, ambos están haciendo sus especializaciones en Derecho en otro estado, lo cual es bueno.

— Cuando mi hermano murió en mi cumpleaños, el primero de abril, recibí su corazón — narré, forzando una sonrisa. — Mis padres fallecieron, como bien sabes, y tuve que seguir adelante. Incluso con mis abuelos, a menudo me sentí sola...

— Eve...

Le levanté la mano en señal de protesta.

— No, déjame hablar — pedí, decidida. — Sea lo que sea que tengas que resolver, hazlo. La vida es demasiado corta, un suspiro… no quiero que nuestros bebés nazcan en medio de una guerra. Haz lo que tengas que hacer, porque, aunque mis padres hayan sido horribles, los amaba más que odiaba.

La atmósfera entre nosotros era intensa; el dolor que compartíamos creaba un lazo más fuerte. Sabíamos que nuestras historias, llenas de desafíos y sentimientos complicados, debían enfrentarse para poder seguir adelante y construir un futuro saludable para nuestros hijos.

Adam bajó la mirada, sus dedos tamborileaban lentamente sobre la mesa de madera rústica. La luz ámbar se reflejaba en el cristal de su copa de agua, por un instante, permaneció en silencio, como si procesara no solo mis palabras, sino todo lo que llevábamos entre nosotros.

— Eres más fuerte que cualquier persona que he conocido — dijo finalmente, con la voz ronca.

— No soy. Solo... no tengo opción — respondí.

— Exactamente por eso. Porque, incluso sin opción, sigues adelante. Aunque herida, con miedo, embarazada, aún encuentras espacio para amar. Incluso a los padres que te lastimaron.

Le levanté los ojos, sorprendida por la intensidad de lo que veía en él: culpa, orgullo, admiración, deseo de proteger. Adam se inclinó un poco más hacia mí, cruzando los brazos sobre la mesa como si quisiera acercarse más, al pasado, a mí.

— No quiero que nuestros hijos vean en mí al hombre que fui. Frío, cerrado, siempre huyendo de los sentimientos. No quiero que vean ira donde debería haber cuidado. Ni silencio donde debería haber amor.

— Entonces sé diferente — dije, con firmeza. — No necesitan un padre perfecto. Necesitan un padre presente. Alguien que los ame como tú ya los amas.

— Yo, Eve, siento algo muy fuerte por ti — afirmó, sin dudar, sin rodeos. — Y eso lo cambia todo.

Ese momento, dicho así, en un restaurante acogedor, con la música suave del violín de fondo y la nieve pintando el mundo afuera, no parecía grandioso. Pero lo era. Era inmenso. Porque venía de Adam Hawke, que llevaba el amor como quien transporta dinamita, cada palabra era un terremoto.

Tomé su mano sobre la mesa y la apreté.

— Lo sé.

El postre llegó — tiramisú y panna cotta con salsa de frutos rojos —, pero ninguno de los dos tocó nada por unos segundos. Estábamos demasiado ocupados mirándonos, respirando en ese silencio raro, donde no había dolor reprimido, solo entendimiento.

— Voy a resolver lo que falta — prometió él. — Helia, mi familia, todo. Pero quiero hacerlo contigo a mi lado.

— Siempre — susurré, sintiendo que cada palabra llevaba un peso importante.

— No tienes opción, mi pequeña. Estarás conmigo hasta el fin — declaró, y se rió suavemente.

— ¿Una prisión perpetua? — pregunté en tono de broma.

— No, lejos de eso — hizo una pausa —, solo estoy conectando tus arterias a mi corazón.

El significado de sus palabras flotó entre nosotros, despertando una nueva profundidad en la conexión que compartíamos. Era un gesto de posesión suave, pero también un lazo que mostraba que estábamos ligados, más que nunca, incluso si los desafíos del futuro todavía estaban por venir.

Capítulo 35



Adam Hawke

Entré en la sala de reuniones del despacho de abogados de mi familia, acompañado por Maddox. La atmósfera era pesada, y la reacción de todos los presentes se sentía en el aire. Mi padre y Nate estaban ya sentados en la mesa, los Russel — de quienes estaba seguro también estaban allí por los problemas — me observaban en silencio. La ira y la frustración marcaban sus rostros casi como ondas palpables en el ambiente.

Me acomodé en una silla, sintiendo una mezcla de nerviosismo y determinación. Maddox ocupó la silla junto a mí, visiblemente preparado y serio, igual que los

expertos en auditoría que también estaban en la sala. La tensión crecía conforme se iniciaba la reunión.

No sabía qué esperar, pero tenía claro que la conversación sobre el agujero en las finanzas de la firma y la complejidad de la situación me obligarían a un enfrentamiento directo. Adaptarme a esa nueva dinámica con los Russel y enfrentar la verdad sobre mi hermano y mi padre era un peso que no podía ignorar.

— Gracias por estar aquí — empezó Maddox, mirando a todos alrededor de la mesa. Su presencia firme era reconfortante, pero el clima tenso dificultaba el relajarse.

Los Russel intercambiaron miradas, y podía sentir su desagrado mientras esperaban una explicación.

— Vamos directo al grano. Necesitamos discutir los resultados de la auditoría y los próximos pasos a seguir respecto a la firma — continué, decidido a poner todo en términos claros desde el principio, sin rodeos.

Las miradas de reproche de mi padre y de mi hermano eran algo que esperaba, pero lo que más me preocupaba era la reacción de los Russel y cómo esto podría afectar la relación entre nuestras familias. Si quería proteger a Eve y nuestro futuro, necesitaba ser firme durante esa reunión y no dejar que las emociones me dominaran.

Maddox distribuyó los informes; el sonido seco de los papeles sobre la mesa fue como un tiro silenciado. El silencio en la sala pesaba, y los rostros alrededor estaban marcados por la expectativa.

— Las movimientos financieros de los últimos cuatro años revelan un agujero de más de cinco millones — dijo

él, con claridad, su voz resonando en la sala. — Cuentas fantasmas, contratos falsos, empresas fachada, y, en algunos casos, soborno a inspectores.

Mi padre no movió un músculo, algo típico en momentos de tensión. Pero los Russel — no. Se removieron, con la inquietud aumentando, conforme la gravedad de la situación se asentaba.

Fue entonces cuando el patriarca, Anthony Russel, me miró directamente. Su expresión era una mezcla de desprecio e indignación, como si yo fuera responsable de todo ese caos.

— ¿Así que así es como tú recompensas todo el esfuerzo que hicimos para mantener la firma a flote? Acusas a tu propia familia, expones todo y entregas nuestros nombres a Pierucci — inclinándose hacia adelante, su voz se endureció por un desprecio que conocía muy bien.

— Estoy protegiendo lo que aún queda de digno en este lugar. Si fuera solo corrupción, ya sería grave. Pero ustedes intentaron comprar mi vida, mi libertad y, encima, colocaron a la mujer que amo en medio de todo esto — declaré, con la intensidad subiendo a cada palabra. El dolor y la ira se mezclaban en mi interior, guiando mi determinación.

Anthony entrecerró los ojos, intentando intimidar.

—¿Tu mujer? ¿Estás hablando de la chica a la que inseminaron por accidente?

— Que ustedes inseminaron por accidente, quiero decir — corregí, con la voz baja y casi peligrosa. — Con datos que robaron. Con acceso facilitado por Helia y con mi firma falsificada por alguien dentro de esta sala.

Las miradas se volvieron hacia Nate, que bajó los ojos por un segundo, la culpa empezando a emerger finalmente en su postura. El ambiente en la sala se volvió aún más tenso, cada centímetro cúbico de aire cargado con la expectativa de un enfrentamiento.

Sabía que había llegado el momento de actuar. Mi padre y mi hermano quizás no comprendieran la gravedad de lo que estaba en juego, pero yo no permitiría que nada interferiera con el futuro que comenzaba a formarse con Eve. No habría espacio para las traiciones. La verdad tenía que prevalecer, y estaba dispuesto a enfrentar a todos para asegurarlo.

Anthony rió, un sonido sin alegría que parecía resonar por toda la sala, endureciendo la atmósfera.

— Siempre supimos que serías un problema. Muy orgulloso. Demasiado independiente. Preferirías ver caer esa firma antes que admitir que necesitas ayuda. Pero tú también vas a caer con ella, Adam. Vamos a llevarlo a la prensa. Vas a hundirte con nosotros.

El desprecio en las palabras de Anthony avivó la chispa de la indignación dentro de mí.

— Intentenlo. Lo imploro — dije, inclinándome hacia adelante, la ira pulsando en mis venas. — Los informes forenses, los mensajes, los extractos bancarios... todo está en la caja fuerte de Maddox, con copias enviadas a abogados fuera del estado. Si alguno de ustedes intenta quemar ese puente, incendiaré el resto del castillo con ustedes dentro.

Fue entonces cuando Nate estalló, la presión acumulada finalmente desbordándose.

— ¡Siempre te creíste mejor que todos nosotros! ¡El consentido de mamá, el intocable! — gritó, levantándose, los puños cerrados. — ¿Y ahora vienes aquí a hacerte el justiciero?

La tensión liberada hizo que mi sangre hirviera.

— Cállate, Nate — ordené, de pie, el cuerpo vibrando con energía contenida.

— ¿O qué? ¿Me vas a pegar? ¿Vas a actuar como el hijo bastardo que eres? — Su provocación fue la última gota.

En ese instante, todo dentro de mí se oscureció. La frustración se convirtió en impulso, un chasquido violento en el centro del pecho. Avancé.

Los dos primeros golpes resonaron fuerte, como truenos. Nate intentó revidar, pero ya estaba tomado. La adrenalina corroía cada freno, cada límite. Tropezó, derribando una de las sillas. La sala se convirtió en un campo de batalla.

Maddox intentó detenerme, pero ya lo tenía prensado contra la pared.

— Pusiste a Eve en peligro. Sabías de toda esta mierda y te quedaste en silencio — gruñí, con la cara cerca de la suya. — Firmaste junto con Helia. Dejaste que sucediera.

— ¡Estaba intentando salvar la firma! — Escupió sangre, con la voz fallando.

— La firma no. Tú y tus mierdas hechas en la oscuridad. — Mi respiración era feroz, el corazón latiendo en el pecho.

Un golpe más. La pared detrás de él quedó manchada. En medio del caos, percibí que mi padre y Anthony estaban inmóviles. Sabían que habían perdido. La verdad estaba a la vista.

Finalmente, Maddox logró alejarme. Jadeaba, con los nudillos sangrando. El dolor físico era insignificante en comparación con la certeza de que esa pelea tenía que suceder.

— Basta, Adam — dijo Maddox, firme pero contenido. — Ya di el aviso.

Nate deslizó por la pared hasta el suelo, con la cara hinchada y lastimada. Y, aun viendo aquello, no sentí arrepentimiento — solo el vacío de quien se liberó de la mentira.

Anthony me encaraba como si vieran el imperio desmoronarse por dentro.

— No tienes idea de lo que empezó aquí hoy.

— Sí, la tengo — afirmé, frío. — Hoy empezó la caída de ustedes — anuncié. — Compré el resto de las acciones de la oficina, por lo que ahora soy socio mayoritario. Lo mismo vale para las empresas de Russel. Yo doy las órdenes ahora.

El silencio se esparció como una plaga. Salí de la sala sin mirar atrás. Cada paso que daba parecía sellar un destino.

Allí afuera, la nieve caía lentamente. El frío me cortaba la cara como un recordatorio del mundo real.

Eve. Los gemelos.

Era por ellos.

Maddox siguió camino hasta su coche, y yo al mío, ambos en silencio.

Entré en el coche, con los puños aún apretados, la sangre secándose en la piel. Encendí el motor. La guerra había comenzado. Pero esta vez, tenía algo por lo cual luchar y, por eso, no perdería.



Llegué a la casa de los abuelos de Eve con los hombros todavía pesados, el olor a sangre seca impregnado en la memoria, incluso después de la ducha y las ropas limpias. Pasé por casa para recomponerme — o al menos para fingir que podía. El nudo en los dedos, ahora cubierto por vendas discretas, todavía latía, y el cansancio se extendía por los músculos como si cada fibra estuviera exhausta de sostener el mundo.

Suspiro al apagar el motor y activé la alarma del coche, lanzando una mirada atenta alrededor. El frío de la noche parecía más cortante allí, o quizás era el peso del día lo que me hacía más vulnerable. Los abuelos de Eve todavía se negaban a salir de aquella casa, incluso después de mis insistentes pedidos. Era comprensible — allí estaban sus raíces, sus rituales, su historia. Y, ahora, también era donde ella estaba.

Subí los escalones de la veranda. Antes de poder golpear, la puerta se abrió.

Eve.

Llevaba un abrigo de lana azul marino que cubría su pequeño cuerpo, medias gruesas hasta las rodillas y pantalones cómodos. Su cabello estaba recogido en un moño medio desordenado, y sus ojos brillaron al verme, como si ese fuera el mejor momento del día.

Ella era lo primero que tenía de correcto en horas.

Caminé hasta ella, sintiendo una urgencia tranquila, y la envolví en mis brazos. Acercando mi rostro al suyo, la besé — no como un hombre que tiene todo bajo control, sino como alguien que necesitaba ese beso para recordar quién era.

— Estoy feliz de verte — susurré, con una voz más baja de lo que quería. Su toque calmaba todo lo que dolía.

Eve sonrió. La sonrisa que me anclaba.

— Estaba ansiosa por ti — dijo, con la voz cargada de ternura. — ¿Qué nos trajiste?

Aparté la vista por un segundo, sintiendo que el calor de su presencia disolvía la ira que todavía me quedaba. Tomé su mano.

— Cena — respondí, levantando la bolsa que traía. — Pero tengo que confesar… lo que más quería era esto. Estar aquí. Contigo.

Ella inclinó la cabeza, leyendo en mi rostro más de lo que las palabras podrían decir. Entonces tocó mi rostro, con el pulgar rozando mi mandíbula.

— ¿Qué pasó, Adam?

Vacilé por un segundo. Quería guardárselo, pero ella ya formaba parte de mi guerra. Y mentir sería una falta de respeto a la confianza que estábamos construyendo.

— Enfrenté a Nate y a mi padre. La reunión con los Russel... se convirtió en un campo de batalla — admití, mirándola con sinceridad cruda. — Literalmente.

Sus ojos se oscurecieron. Pero no de miedo. Era ira contenida. Instinto. Furiosa protectora.

— ¿Estás bien?

— Ahora sí — dije, apretando su mano. — Porque estoy aquí.

Eve me tiró hacia adentro, cerrando la puerta tras nosotros. La casa olía a bizcocho y lavanda, y el mundo exterior parecía distante. Por primera vez en el día, sentí algo parecido a la paz.

— Entonces, ven — dijo ella, con los ojos brillando mientras me miraba —. Mi abuela acaba de hornear un bizcocho delicioso y está preparando chocolate caliente.

Entré de la mano de ella y fuimos hacia la pequeña cocina, donde Jazz estaba allí, sonriendo al verme y haciendo señas con entusiasmo. La mejor amiga de Eve siempre tenía una energía contagiosa, pero sabía que estaba demasiado involucrada con Vitale, y preferí no comentar sobre eso; sus asuntos estaban lejos de mi alcance.

— Adam, siéntate y disfruta de un pedazo de bizcocho y un poco de chocolate — dijo la abuela de Eve, Doña Dolores, con su voz cálida como el espacio en el que estábamos.

— Hola, Doña Dolores — saludé, tomando la taza que ella me ofreció. El aroma rico del chocolate me hizo sentir un poco más en casa. — ¿Dónde está su Samuel?

— En la parte de atrás de la casa... — respondió ella, haciendo un gesto en dirección a la salida.

— Voy a buscarlo — dije, besándole la frente a Eve antes de salir para hablar con su abuelo.

Samuel estaba sentado en un banco pequeño bajo el árbol, abrigado contra el frío que aún persistía, a pesar de la nieve que caía suavemente a nuestro alrededor. Caminé hasta él y me acomodé a su lado, la serenidad del momento envolviéndonos.

— No me voy a mudar, Adam — afirmó Samuel —. Criei a mi hijo y a mis nietos aquí.

— Por lo menos déjame reformar — pedí, con la esperanza de que tal vez podría ayudar a renovar la casa si me instalaba allí.

— De ninguna manera. Ni Dolores ni yo queremos cambiar nada — respondió, con una determinación en sus palabras que me hizo dudar. — Deja las memorias como están. Tú cuidas de la salud de mi hija y de Dolores, y tratas bien a nuestra nieta. Nada más quiero, Adam.

Sus palabras resonaron en mí, como un eco del pasado que no podía ser eliminado. Había un profundo respeto por todo lo que Samuel había construido, y comprendía la necesidad de preservar los recuerdos. Sin embargo, la idea de reformar y adaptar la casa para incluir a Eve y a los bebés todavía era algo que deseaba. Era una forma de acoger la nueva vida que estaba surgiendo.

— Entiendo, Samuel — dije después de un momento de reflexión, con tono serio —. Respeto sus memorias y el legado de su familia. Pero solo quiero que todos estén seguros y cómodos.

Samuel me miró, y un brillo de comprensión surgió en sus ojos.

— La seguridad y la comodidad están en las personas, no en las paredes. Cuida de mi nieta. Eso es lo que importa.

La conversación me hizo dar cuenta de que, independientemente de cómo encaje el pasado en el presente, lo que realmente importaba era el futuro — el futuro que estaba decidido a construir para Eve y nuestros hijos.

Pasé más tiempo conversando con ellos hasta decidir volver a casa.

Al regresar, el calor de la casa me envolvió como una manta. Encontré a Eve sentada en el sofá, con una taza en las manos y las piernas cruzadas. Ella me miró y sonrió, esa sonrisa que tranquilizaba incluso los dolores más antiguos.

Me senté a su lado, y sin decir una palabra, ella apoyó la cabeza en mi hombro. El silencio entre nosotros no era incómodo— era cómodo, lleno de todo lo que no necesitaba ser dicho.

— Mi abuelo es terca, ¿verdad? — susurró ella.

Ya sabía que hoy intentaría una vez más convencerlos de que se mudaran.

— Sí. Pero me gusta eso de él — respondí, poniendo el brazo alrededor de sus hombros —. Él te ama demasiado para dejarse doblegar por cualquier tormenta.

—Es donde aprendí. —

Su mirada subió hasta mí, y sus ojos oscuros contenían más que cualquier palabra. Había algo en Eve que me recordaba por qué crucé todas las líneas por ella — era coraje mezclado con ternura, fuerza con fragilidad. Ella era el equilibrio entre el fuego que quema y el que calienta.

— ¿Cómo fue con él? — preguntó, acariciando la parte de atrás de mi mano, notando los curativos.

— Samuel es sabio. Dijo que las personas son la verdadera seguridad. Que lo que importa es cuidar de ti.

Eve quedó en silencio por un momento, como si procesara cada palabra.

— Tiene razón. Yo solo… a veces me siento dividida. Como si estuviera siendo jalada por dos mundos. Lo viejo y lo nuevo. Lo antes y lo después de ti.

— Lo entiendo. — Incliné el rostro y la besé en la parte superior de la cabeza. — Pero no necesitas elegir entre ellos. Vamos a crear uno nuevo.

Ella respiró profundo, apoyando la frente en mi mentón, y supe que, incluso con todo desmoronándose afuera, allí, dentro de esa sala calentita, estábamos reconstruyéndonos.

Jazz apareció con dos rebanadas de bizcocho y una mirada cómplice.

— Dejé a los mayores ocupados con un juego de dominó — dijo, colocando los platos en la mesita del centro —. Y ahora, ustedes van a comer, o voy a enfriar con mi mal humor.

Eve rio, y ese sonido me hizo sonreír también. Eso— la amistad, la familia improvisada, el amor que empezaba a echar raíces—, era lo que realmente importaba. Tomé el tenedor, partí un pedazo de bizcocho y se lo extendí a Eve.

— Primero las damas — dije.

Ella aceptó, con los ojos brillando.

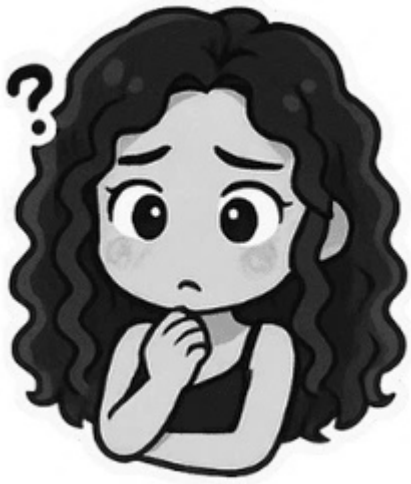
— Estás más romántico hoy, doctor.

— ¿Solo hoy?

— Estás peor que el chocolate caliente de mi abuela.

Sonreí. Porque si estar con ella significaba volverme azúcar fundido… que así fuera.

Capítulo 36



Eve Clark

Tres meses después

Me sentía enorme, con la barriga estirada, y los bebés no escatimaban en patadas, dando golpes fuertes con frecuencia. Adam se reía a carcajadas mientras me abrazaba por detrás, y yo llevaba un bikini, disfrutando del calor del sol.

Era un día perfecto en esa nuestra playa privada, donde el sonido de las olas golpeando la arena creaba

una sinfonía tranquila. Adam estaba sentado detrás de mí en una toalla grande, y la sensación de estar juntos en ese momento parecía mágica.

Sentí sus labios tocando mi cuello, un gesto delicado que me provocaba escalofríos por mi piel estirada. Sus manos grandes y suaves deslizaban suavemente sobre mí, brindando un confort y una conexión que no sabía que necesitaba tanto. Cada toque parecía calmar la furia de emociones que burbujaban dentro de mí.

— ¿Están emocionados, verdad? — comentó Adam, sonriendo, mientras seguía acariciando mi barriga.

— ¡Están! — respondí, riendo un poco. —Parece que tienen sus propias ideas sobre cómo aprovechar el día.

Adam rió, y no pude evitar alegrarme por ese momento simple, pero lleno de amor y expectativa. La vida estaba a punto de cambiar de maneras que aún no entendíamos por completo, pero allí, bajo ese sol, con el agua fresca salpicando la arena y la presencia reconfortante de Adam a mi lado, todo parecía perfecto.

Adam puso los brazos alrededor de mi cintura, con cuidado de no apretar mucho, y apoyó su mentón en mi hombro. Sus ojos seguían los movimientos debajo de la piel de mi barriga, como si estuviera hipnotizado por la danza de los pequeños pies y codos que insistían en anunciarse.

— Creo que uno de ellos está intentando escalar tu hígado — murmuró, la voz baja y divertida.

— O los dos decidieron luchar entre ellos. Estilo MMA intrauterino — bromee, soltando una risita.

Él se reía contra mi piel, el sonido vibrando contra mi cuello. Su mano se deslizó hasta el lateral de mi cadera y volvió, lentamente, en un cariño constante. El toque firme y suave me anclaba. Él era fuerza y calma, todo al mismo tiempo.

Mi embarazo estaba siendo supervisado de cerca, con ultrasonidos dos veces por semana. La vena que podría estar bloqueada y mi corazón estaban normales, pero Adam creía que en menos de cuatro semanas necesitaría una cesárea, ya que ya estaba cerca de los ocho meses y sentía falta de aire por cosas pequeñas.

Y, para peor, seguía una escolta aún más fuerte detrás de mí, pues Helia seguía desaparecida. Adam y yo estábamos en nuestro mejor momento y, aunque nunca habíamos dicho "te amo" el uno al otro, él me demostraba su amor cada día, todos los días.

Con pocos días restantes para mi cumpleaños, que también coincidía con el día en que murió su esposa e hija, no sabía muy bien qué hacer. Aprendí a celebrar mi cumpleaños, independientemente de la situación. Era mi día, aunque representara la tristeza por la pérdida de mis padres y mi hermano.

Me reí alto al sentir un golpe en la costilla, un movimiento fuerte que me sacó de la línea de pensamiento.

— ¡Dios mío, estas criaturas quieren matarme! — bromee, tratando de aliviar la tensión con humor.

— Dejen de patear a mamá — dijo Adam, acariciando lentamente mi piel —. Vayan más despacio, mamá necesita estar entera para ustedes y para mí.

El toque de él siempre tenía un efecto calmante, y me permití relajar un poco, aunque con la mezcla de sentimientos acerca del pasado y lo que se avecinaba. El futuro era incierto y, al mismo tiempo, lleno de expectativas, pero la presencia constante de Adam hacía todo más soportable.

— Están en modo huracán hoy — susurré, soltando una carcajada al sentir otro golpe certero cerca de la costilla.

Adam rio detrás de mí, abrazando mi cintura con cuidado y descansando el mentón en mi hombro.

El calor de su cuerpo junto al mío traía una sensación de paz que ninguna ultrasonografía podía ofrecer. La manera en que tocaba mi piel, con una mezcla de reverencia e intimidad, decía más que cualquier "te amo". Y, aunque esa frase todavía no había sido pronunciada por ninguno de los dos, existía, clara, en medio del silencio, en los gestos, en la forma en que él sostenía mi mano o ajustaba la almohada bajo mis espalda durante la madrugada.

— Nunca lo dijiste, ¿sabías? — dije de repente, con la vista perdida en el horizonte donde el mar besaba el cielo.

Él quedó en silencio por un momento, luego besó lentamente mi hombro, como si ese gesto pudiera compensar la ausencia de palabras.

— Lo sé. — Su voz vino ronca, cargada de todo lo que todavía guardaba. — Pero, ¿lo sientes?

Cerré los ojos y me permití simplemente sentir. El calor del sol, la arena bajo los pies, los bebés

moviéndose, su respiración contra mi cuello. Todo estaba allí. Su amor estaba en cada detalle.

— Lo siento — susurré —. Incluso cuando no lo dice.

Él pasó los brazos frente a mí y puso las manos sobre mi barriga, como si quisiera envolvernos a todos de una vez. Luego, se inclinó un poco y besó ese centro redondo de mi existencia — nuestros hijos, nuestro futuro, nuestro caos particular.

— Entonces, basta — murmuró, con los ojos cerrados —. Por ahora.

Un golpe más fuerte nos hizo reír juntos.

— Parece que alguien ahí dentro quiere declaraciones más directas — bromié, acariciando la barriga.

— Se parecen a su madre — provocó él —. Impacientes y con mucha personalidad.

— Peor para ti — le respondí con una sonrisa —. Ahora tienes tres en contra.

Adam soltó una carcajada y me tiró con más firmeza contra su pecho, pegando la boca en mi oído.

— Qué suerte la mía.

Sonreí, nerviosa, disfrutando cada uno de sus toques.

— Pasaré con mi abuelo el primero — soltó de repente, sin saber muy bien por qué mencioné eso.

— Pensé en hacer un pastel y celebrar aquí, tu cumpleaños de veintiséis años, mi amor... — susurró

suavemente.

— Pensé que querías quedarte solo, ya que...

— Este es tu día. Vamos a celebrarlo — declaró, mordiendo mi hombro desnudo de manera delicada.

— ¿Y cuándo es el tuyo? — pregunté, ya sabiendo la respuesta, pero queriendo saber cómo se sentía respecto a eso.

— El cinco de enero, ya pasó — respondió él, con la voz susurrando contra mi piel. — El próximo año, lo celebraremos y tendremos a los peques con nosotros. Pero el tuyo, quiero hacer algo especial aquí. Mereces, mi niña.

El cariño en sus palabras me envolvió como un abrazo cálido, y esa sencilla declaración hizo que mi corazón se llenara de gratitud. La idea de celebrar mi cumpleaños con Adam, rodeada por la expectativa de lo que el futuro podría traer, parecía perfecta y, de alguna forma, restauradora. Estaba emocionada y muy agradecida de tenerlo a mi lado, transformando un momento que, durante tanto tiempo, estuvo lleno de tristeza en algo colorido y lleno de amor.



Una semana después

Estaba con Jazz y los guardaespaldas en la salida del centro comercial. Era temprano, y había ido a comprar algunas cosas para los bebés que había visto en internet. Con el tiempo, habíamos hablado mucho sobre ese dolor compartido.

Los guardaespaldas y Xavier me escoltaron hasta el coche. El estacionamiento estaba lleno de vehículos, pero había pocas personas cerca, lo que hacía que la situación fuera un poco más tranquila. Jazz y yo nos reíamos de cuánto me dolían las espalda, intentando mantener un clima ligero en medio de todo lo que sucedía.

De repente, escuchamos un coche acercándose a toda velocidad. No era uno, sino dos coches. La adrenalina subió, mientras los guardaespaldas se posicionaban rápidamente a mi alrededor. Xavier, con seriedad en su rostro, sacó una pistola de la cintura.

Jazz me tiró cerca, su cuerpo presionado contra el mío, como si pudiera protegerme con ese movimiento. El ambiente, que antes era tranquilo y relajado, se convirtió en un campo de alerta y tensión. Mi corazón se aceleró, la realidad del momento se hizo intensa y aterradora. *¿Qué estaba ocurriendo?* — me pregunté mentalmente, buscando respuestas mientras la sensación de peligro crecía a nuestro alrededor.

Uno de los autos derrapó cerca de la entrada lateral del estacionamiento, girando ligeramente, como si intentara bloquear una posible ruta de escape. El otro

siguió en marcha, reduciendo la velocidad, pero aún con los vidrios oscuros que escondían cualquier pista sobre quién estaba dentro.

— ¡Al suelo! — gritó Xavier, colocándose entre mí y la dirección de los vehículos, con la pistola ya desenfundada.

Los guardias de seguridad abrieron formación, escudos humanos con ojos entrenados y movimientos calculados. En cuestión de segundos, me metieron en la parte trasera de uno de los VDU blindados, con el cuerpo de Jazz aún pegado al mío, mientras otro guardia de seguridad se colocaba frente a ella. El corazón me latía tan deprisa que parecía que se me iba a salir por la garganta. El dolor de espalda desapareció bajo el torrente de adrenalina.

Uno de los coches derrapó cerca de la entrada lateral del aparcamiento, girando ligeramente, como si intentara bloquear una posible vía de escape. El otro siguió recto, aminorando la marcha, pero aún con los cristales tintados que ocultaban cualquier pista sobre quién iba dentro.

— Esto no es una aproximación ordinaria — murmuró uno de los guardias de seguridad, apretando la radio contra su hombro. — Solicito refuerzos inmediatos.

Se envió la llamada de emergencia y, en ese instante, me di cuenta de lo entrecortada que estaba mi respiración, — no sólo por estar embarazada, sino por el miedo. No por mí. Por los bebés. Por Adam. Por todo lo que habíamos construido y que, en un abrir y cerrar de ojos, podía verse amenazado.

— Xavier...— susurré, con la voz fallida. — ¿Es ella, Helia?

Él no respondió de inmediato. Sus ojos estaban fijos en los vehículos, su mano firme en la pistola sin temblar. Pero cuando finalmente se volvió hacia mí, la expresión dura en su rostro bastaba como respuesta.

— No estamos seguros.

El tiempo parecía extenderse. Todo lo que escuchábamos era el sonido de los motores aún en marcha, rugiendo como animales a la espera. Ninguno de los coches abrió la puerta. Ningún movimiento en su interior. Un impasse de segundos que parecían horas.

— Tenemos que sacarte de aquí ahora — dijo Xavier, llamando a los demás con un gesto seco —. Nos retiramos y activamos el plan de evasión. Jazz, tú irás en el coche dos. Eve, conmigo.

— Pero...

— Sin discusión.

Me envolvieron con cuidado, protegida por todos lados, mientras me llevaban rápidamente hacia el coche. Un mensaje claro.

Una provocación.

Una advertencia de que el peligro aún acechaba.

Y no dejaría que se lo arrebataran.

Cuando Xavier abrió la puerta del coche y se posicionó para ayudarme a entrar, todo sucedió demasiado rápido.

Los cristales de los autos oscuros bajaron de golpe — y los primeros disparos resonaron en el estacionamiento. El ruido fue ensordecedor; los guardias alrededor reaccionaron de inmediato, gritando órdenes y devolviendo los disparos. Jazz gritó mi nombre mientras era arrastrada hacia atrás, protegida por dos hombres que la llevaron al otro VDU

Pero yo... yo fui el blanco.

De aquel segundo coche, salieron tres hombres encapuchados. Uno de ellos arrojó una bomba de humo al suelo, que explotó en una densa nube blanca. La niebla se esparció tan rápido que, en segundos, ya no podía ver más que sombras y siluetas. Tosía, con el corazón latiendo desbocado, los tiros silenciados por el estruendo a mi alrededor.

— ¡Eve! — grité, pero la voz de Xavier fue devorada por el caos.

Sentí manos que me agarraron con fuerza por los brazos. Intenté zafarme, grité, pero una de esas manos me sujetó por la cintura, tirando con brutalidad, y me empujaron dentro de la furgoneta antes de que pudiera resistirme; ella ya estaba en marcha.

Mi corazón latía con fuerza, como si quisiera salir del pecho y romper mis costillas. La furgoneta saltaba sobre la carretera, los neumáticos chillando, la ciudad quedando atrás — y conmigo, la esperanza de que aquello solo fuera una pesadilla.

La luz tenue e intermitente en el techo de la furgoneta iluminaba el rostro de Helia, y lo que vi me heló hasta los huesos. Estaba irreconocible. El cabello enmarañado, los ojos inyectados en sangre, las ojeras

profundas marcando un rostro que antes fue elegante. Ahora, solo había desesperación y odio.

— Hola, Eve — dijo con una sonrisa amarga —. Veo que los bastardos todavía siguen ahí...

Instintivamente, abracé mi vientre, protegiendo a mis hijos con mi cuerpo.

— Helia, por favor... no hagas nada con los bebés — pedí, con la voz ahogada, intentando mantener la calma, intentando ser racional incluso con la cuchilla que ahora ella sostenía, brillando bajo la luz temblorosa.

Ella soltó una carcajada que resonó en el interior de la furgoneta, y su mirada en llamas me miró con una furia que rozaba la locura.

— *Robo* la vida que quise planear durante diez años — gruñó, dando un paso adelante, la cuchilla oscilando peligrosamente en su mano. — La seduje. Acepté sus juegos sexuales, fui moldeada por él, viví por él. Hice todo... y él te eligió a ti.

Sus palabras se escupían con dolor, no solo rabia. Un odio ardía debajo de capas de frustración, rechazo y delirio. Ella se arrodilló ante mí, con la vista fija en mi vientre. Un brillo febril apareció en sus pupilas dilatadas.

— Estos bebés debían *ser míos*, Eve. *Míos.*

— No son tuyos — mi voz salió temblorosa, pero firme —. Son mis hijos. Y los protegeré con mi vida.

Ella tembló, apretando la mandíbula. La cuchilla subió, por un segundo pensé que me iba a herir, pero en lugar de eso, apuntó a mi vientre, con la hoja a centímetros de la piel.

— Quizá deba sacártelo para que él *sienta* lo que yo sentí — susurró, tan cerca que pude oler su aliento amargo.

Apreté los pulmones, notando cómo el aire desaparecía de ellos. Necesitaba mantener la calma. Necesitaba ganar tiempo.

— No, Helia... ¡no fue así! — intenté argumentar, con la voz rota, fallando la respiración.

— *¡Cállate!* — gritó con un grito estruendoso que resonó como uno trueno dentro de la furgoneta.

El golpe vino con tanta fuerza que mi cabeza se volvió de lado. La piel ardió, los ojos se llenaron de lágrimas involuntarias. Antes de poder reaccionar, otro golpe, más fuerte. La molestia estalló en mi mejilla, y un sabor metálico me invadió la boca.

Intenté levantar el brazo, defenderme, empujarla, pero Helia me sujetó del cabello y me lanzó contra la lateral de la furgoneta, el impacto me arrebató el aire.

— *¡Lo arruinaste todo!* — escupió sus palabras, con los ojos llenos de furia y locura. — *Todo lo que soñé... todo lo que era mío… ¡tus tómate!*

La hoja brilló por un segundo y, antes de que pudiera gritar o moverme, sentí.

Un dolor agudo atravesó mi pecho, sacando todo el aire de mis pulmones. Un calor desesperado se esparció por un lado de mi cuerpo. Miré hacia abajo.

Sangre.

La cuchilla estaba clavada en mi costado.

— No… — susurré, con la boca temblando, el mundo comenzando a girar.

Mis manos buscaron instintivamente la herida, tratando de detenerla, de *salvarme*. Pero el dolor era brutal, paralizante. Mis ojos parpadeaban, pesados. El sonido dentro de la furgoneta parecía apagado, como si estuviera debajo del agua.

— *No, no, no…* — murmuré, una y otra vez, mientras sentía que mi cuerpo se desvanecía, la sangre esparciéndose rápidamente, caliente y húmeda bajo mis manos.

Helia retrocedió, jadeando, con las manos temblando. La hoja cayó al suelo con un sonido metálico. La vi alejarse, un borrón en medio de la oscuridad que comenzaba a absorberme.

Adam…

Los bebés…

Mi última conciencia fue el sonido lejano de los neumáticos cantando y un grito que provenía desde el frente de la furgoneta.

Después de eso, solo oscuridad.

Capítulo 37



Adam Hawke

Todo se desvanecía a mi alrededor, una escena de desesperación que apenas podía comprender. No podía hacer nada, solo observar cómo Park intentaba reanimar a mi niña, mientras Daniel trasladaba a nuestros hijos desde su interior. El aire estaba cargado de tensión, y cada segundo parecía prolongarse, convirtiéndose en una eternidad.

Vi salir al primero, siendo llevado rápidamente a la UCI. El segundo también fue dirigido allí, ambos prematuros, más de lo que habíamos esperado. Cada movimiento del equipo médico era como una puñalada en

mi corazón, y la realidad de la situación se volvía cada vez más insoportable.

Eve, aún sin latidos, estaba allí, inmóvil. Yo permanecía en la sala de parto, viendo todo, impotente para actuar. La angustia me consumía, cada latido de mi corazón resonando en el silencio opresivo. A mi lado, Ethan estaba presente como cirujano general, un buen colega, pero en ese momento, solo me mantenía allí, en silencio, consciente del desesperar que nos rodeaba.

Cansado, desesperado y aterrorizado, fui hasta el intercomunicador y grité, con la voz que salía con un desespero que no podía contener.

— ¡Eve, reacciona, mi amor, reacciona! — La súplica era casi una oración. — Aumenta la carga ahora que mis hijos están afuera, Park, en el tres, ¡hazlo!

La tensión en la sala era palpable, las miradas de los médicos se dirigieron hacia mí por un breve instante, pero la determinación era más fuerte que el miedo. La lucha por Eve acababa de comenzar y, incluso en medio del caos, mi mente estaba aguda, concentrada en cada detalle.

La sala se enfrió más, el silencio se hizo más profundo mientras todos esperaban. La desesperación de un padre, la preocupación de un amante y la urgencia de un cirujano se entrelazaban en un solo pensamiento: salvar a Eve, hacer que regresara, para que pudiéramos ser una familia.

Las máquinas a mi alrededor pitaban, y cada sonido parecía una súplica a la vida. El mundo exterior se apagó, en ese momento, lo que importaba era la mujer que amaba, la madre de mis hijos. El futuro que tanto

anhelaba dependía de su fuerza, y yo estaba listo para luchar hasta el final.

Todo dentro de mí se partía.

El sonido del desfibrilador cortó el aire. El cuerpo de Eve se arqueó levemente en la mesa de operaciones, luego... nada. La línea permanecía recta, desafiando la lógica, burlando a la medicina, ignorando la fe.

Me apoyé contra el vidrio de la sala de parto, con los nudillos blanquecinos. Quería romper esa barrera entre nosotros, arrancar todo lo que estuviera entre su cuerpo y mis manos, como si solo mi toque pudiera devolverla.

— De nuevo, Park. — Mi voz falló, ronca, rota. — Aumenta. Y otra vez.

Park vaciló por una fracción de segundo, pero asintió. El segundo choque llegó. Dejé de respirar. Un pitido. Una curva mínima en el monitor. Otra. Y entonces… el ritmo volvió.

— Latido detectado, débil, pero constante — dijo Park, y casi me derrumbo.

No grité. No me moví. Solo permanecí allí, con los ojos clavados en esa curva mínima en el monitor, como si fuera el milagro más precioso de mi vida.

Daniel cerraba rápidamente la incisión, sus movimientos ágiles. Eve todavía sangraba, pero ahora había algo por salvar. La posibilidad. La oportunidad.

— Preparad la transfusión. Monitoreo continuo. La intubaremos, estabilizaremos y luego la llevaremos a la

UCI — ordenó él. — Ella volvió, pero aún no está fuera de riesgo.

Cerré los ojos. Tragué saliva con dificultad.

Ella volvió.

Al menos por ahora... ella volvió.

Escuché pasos a mi lado. Ethan colocó una mano en mi hombro.

— Es fuerte, Adam.

Asentí, sin poder responder. Todavía no confiaba en mi voz.

No podía verla bien desde donde estaba, solo las manos moviéndose a su alrededor, las luces reflejándose en el campo estéril. Pero sabía que ella estaba allí. Que resistía. Que, incluso inconsciente, aún luchaba —por nosotros.

Mis hijos estaban vivos. Prematuros, frágiles, pero vivos.

Y, ahora, Eve también lo estaba.

En ese instante, me prometí a mí mismo algo: si ella sobrevivía... si lograba abrir los ojos una vez más...

Minutos después, una enfermera tocó suavemente la puerta de la sala de cuidados intensivos. Me giré, aún con la mente mareada, los ojos ardientes por la tensión acumulada.

— Doctor Hawke — llamó en voz baja, casi como si temiera interrumpir mi silencio —. Los bebés están

estabilizados. Están en la UCI neonatal. ¿Le gustaría verlos?

Asentí, sin poder decir nada.

Mis piernas parecían de concreto, pero caminé. Caminé como si cada paso fuera un esfuerzo hercúleo. No podía dejar de pensar en Eve, allá atrás, intubada, frágil. Pero algo dentro de mí también me empujaba hacia adelante: las dos pequeñas partes de ella que había dejado en el mundo... aunque solo por poco tiempo.

La enfermera abrió la puerta de la UCI neonatal y me llevó hasta las incubadoras. La luz era tenue, los sonidos controlados, solo los monitores con sus pitidos constantes llenaban el espacio. Y allí estaban.

Dos paquetitos tan pequeños que parecían imposibles. Tan diminutos, frágiles, pero vivos. Cada uno respirando con ayuda de máquinas, la piel fina, casi translúcida. El corazón me dio un vuelco en el pecho, y sentí algo romperse dentro de mí—no por dolor, sino por amor. Un amor desesperado, visceral.

Me acerqué lentamente. El más pequeño se movió suavemente, como si sintiera mi presencia.

— Hola… — susurré, con voz temblorosa —. Ustedes llegaron demasiado pronto, pequeñas traviesas.

Coloqué la mano enguantada sobre el plástico de la incubadora. Mi reflejo temblaba. Yo era un hombre acostumbrado a la muerte, a cortes, a sangre y decisiones irreversibles. Pero nunca había estado tan vulnerable como ahora.

— La mamá estará bien, ¿sí? — dije. — Ella es una guerrera. Igual que ustedes. Y yo…— respiré profundamente —. cuidaré de ustedes. De cada segundo. De cada llanto. De cada paso. No fallaré con ustedes, ni con ella.

Uno de ellos abrió la boca en un bostezo involuntario. Mis ojos se llenaron.

Pensé en Eve. En su cuerpo inerte en la sala, en la sangre que manchaba el suelo de la van y la acera donde la encontré en medio del desesperamiento al ver la cuchilla… y en el milagro que acababa de suceder.

Ella me había dado los mayores regalos de mi vida.

Necesitaba que ella volviera para poder verlos también.



Decidí todo con la policía; Helia fue arrestada a la salida de la ciudad, después de abandonar el cuerpo de Eve, casi sin vida y apuñalada en la calle. Encontrarla a diez kilómetros del centro comercial fue una pesadilla que nunca imaginé enfrentar. Traer a Eve de vuelta aquí había sido una garantía de que su lucha aún no había acabado.

Maddox asumió la dirección legal con la policía, organizando todo mientras trataba de suavizar la situación delicada en la que estábamos. Me sentía sin

cabeza, la turbulencia emocional me paralizaba, perdido en un enredo de confusión y dolor.

Entré en la UCI, el aroma a desinfectante y el sonido constante de los monitores eran familiares, pero la escena frente a mí era agonizante. Miré a Eve, tendida allí, su cuerpo aún frágil y marcado por la herida. Sin embargo, su corazón seguía latiendo, cada pulso una prueba de que luchaba. Tenía en ella una fuerza innata, una resiliencia que admiraba profundamente.

La esperanza comenzaba a florecer en mi pecho. Pronto, ella despertaría. Nuestros hijos estarían bien. La idea de que la familia que intentábamos construir aún tenía una oportunidad se convertía en un pensamiento reconfortante, incluso en medio de la desesperación.

Pero, mientras la observaba, con los ojos cerrados y la respiración vacilante, la realidad se impregnaba en mí como un recuerdo cruel de que la vida podía ser frágil. El deseo de protegerla, de asegurarnos de que todo sería diferente, crecía en mí con cada momento.

Necesitaba ser fuerte, no solo por mí, sino por ella y por nuestros hijos. Sabía que la batalla estaba lejos de terminar, pero estaba decidido a luchar, no solo para traerla de vuelta, sino para asegurar que, si había un futuro a nuestro alcance, haríamos todo lo posible por construirlo juntos.

Me acerqué lentamente a la cama, arrastrando la silla hasta su lado. Me senté y observé sus manos — tan pequeñas, tan frías. Tomé sus dedos con los míos y los envolví con cuidado, como si cualquier movimiento en falso pudiera alejarla de mí para siempre.

— No puedes dejarme — susurré, con la garganta cerrada —. No ahora, no después de todo esto.

Me incliné un poco más, con la vista fija en su rostro. Aún había un pequeño vendaje en la esquina de su boca, donde había sangrado. La piel pálida, pero aún ella. Mi Eve.

— Sabes, nunca dije esto en voz alta. Siempre fui bueno con la lógica, con la precisión. Con bisturíes, hilos y diagnósticos. Pero con sentimientos… — reí sin humor — , soy un desastre.

Cerré los ojos por un momento, buscando aliento.

— Te amo, Eve. Desde la primera vez que me enfrentaste en ese pasillo de la clínica. Desde que apareciste en mi vida como un rayo. — Mi voz falló. — Intenté luchar contra eso. Intenté mantener distancia. Hice todo para mantenerte lejos… porque me daba miedo. El tipo de miedo que solo llega cuando algo importa de verdad.

Respiré profundamente, los ojos comenzaban a arder.

— Y tú importas. Mucho más de lo que puedo expresar con palabras. Eres mi hogar. Y ahora… estás aquí. Tan cerca y tan lejos.

Puse la cabeza en el borde de la cama, junto a su mano, que todavía sostenía con firmeza.

— Si puedes oírme… vuelve, por favor. No sé cómo seguir sin ti. Nuestros hijos están esperando. Yo estoy esperando. Y tú prometiste luchar, ¿recuerdas? Dijiste que eras fuego. Que eras huracán. Entonces, lucha. Por nosotros. Por todo lo que aún no hemos vivido.

Cerré los ojos, dejando que el silencio me envolviera por un momento.

Quizá no ella no había escuchado.

Pero quizás… solo quizás… ella estaba luchando.

Capítulo 38



Eve Clark

Dos días después

Bip, bip, bip...

Los sonidos del aparato me despertaron, y al abrir los ojos, vi todo en un tono blanco. Lentamente, giré la cabeza y lo vi sentado en la silla, con los ojos cerrados. Con dificultad, levanté la mano y la llevé a mi barriga, que aún seguía hinchada, pero los bebés no estaban allí.

Un atisbo de desesperación se apoderó de mí, y la ansiedad por mis hijos creció.

— ¡Adam! ¡Adam! — grité, con la voz ronca y dolorida, la máscara dificultando mi habla.

Él parpadeó y abrió los ojos, levantándose de la silla de un salto.

— Eve, amor — dijo, tomando mi rostro con ternura —. No hagas esfuerzo...

— ¿Los bebés? ¿Dónde están? — balbuceé, la urgencia en mi voz reflejaba el tumulto que sentía.

— Están en la UCI, sanos, a pesar de lo pequeños que son... — respondió, la preocupación aún visible en su mirada, mientras trataba de calmarme.

Sentí un pequeño alivio al escuchar eso, pero el miedo persistía. Luchar por mantener la calma en una situación tan incierta era un desafío.



— ¿Estás bien? — pregunté, intentando centrarme únicamente en ella, aunque mi mente aún latía con el pánico reciente. — ¿Necesitas algo?

Ella asintió lentamente, con los ojos fijos en los míos. Había confusión allí, pero también algo más… algo que ardía por dentro.

— Sentí… tú. Tu voz. Llamándome. Era como si me estuvieras tirando de vuelta — susurró con esfuerzo, la voz ahogada por la máscara de oxígeno.

Acerqué la garganta, un nudo se me formó en la garganta y necesité unos segundos para responder.

— Sí, te llamé. Grité tanto que el cristal de la sala tembló. No puedes imaginar cuánto necesitaba que volvieras a mí — susurré —. Fueron dos días de agonía, Eve.

Ella parpadeó lentamente, llenando los ojos de lágrimas.

— ¿Están realmente bien?

— Sí, mi amor. Fueron directo a la UCI, pero están reaccionando bien. Son fuertes, como la madre.

Le di un beso suave en la frente, intentando no dejar que el temblor en mis manos lo delatara. Aunque seguía despierta, todavía parecía tan frágil que el miedo a perderla permanecía allí, pegado a mí.

— Luchaste, Eve. Hiciste lo imposible. Los trajiste al mundo a pesar de todo lo que te hicieron.

Ella cerró los ojos por un instante, respirando profundo. Cuando volvió a abrirlos, había un brillo diferente en su mirada. Cansada, sí, pero también decidida.

— Quiero verlos… escuchar sus latidos...

— Los verá, los tocará, los acunará… todo. Lo prometo. Tan pronto como sea seguro. Pero ahora, necesitas descansar. Todos estamos aquí. Todo está bajo control. Y Helia... — mi voz se volvió dura —, pagará por cada segundo que te hizo pasar.

Asintió suavemente, y por primera vez, una pequeña sonrisa se formó en los ángulos de sus labios.

— Sabía que vendrías por mí.

Apreté con firmeza su mano.

— Siempre. Eres mi hogar, ¿recuerdas?

Ella apretó mis dedos, y ese gesto simple fue suficiente para hacerme creer que, incluso después del infierno, aún teníamos un futuro.

— Te amo, Eve, te amo mucho, mi pequeña — susurré, la sinceridad en sus palabras llenando el espacio entre nosotros.

— Yo te amo, Adam... — declaró, y mi corazón se calentó con la certeza de la conexión que compartíamos.



Eve Clark

Con la ayuda de Adam, me colocaron en una silla de ruedas y me llevaron hasta nuestros hijos. Después de vestirme adecuadamente con ropa apropiada, finalmente entré en la sala donde ellos estaban.

Noelle y Nash eran pequeños, delicados. Al mirar a esos dos seres preciosos, un torbellino de emociones se apoderó de mí. Cada pequeño detalle de ellos era perfecto; sus manitas diminutas, sus caritas tan pacíficas mientras dormían, ofreciendo una visión que parecía tan surrealista.

El amor que sentía por ellos era abrumador, y por primera vez, la parte oscura de la experiencia empezó a disiparse, dando lugar a la pura alegría y esperanza. Ellos eran la promesa de un futuro, mi futuro, y la idea de ser madre comenzó a formarse con más claridad en mi mente.

Adam permaneció a mi lado, su presencia firme y protectora. Eso me dio la valentía que necesitaba para enfrentar todo lo que aún estaba por venir.

Adam empujó la silla de ruedas con cuidado, como si cada movimiento fuera fundamental para asegurarse de que estuviera cómoda. Me colocó junto a la incubadora y, con una mirada llena de ternura, me ayudó a acercarme lo más posible. Mi corazón latió con fuerza cuando vi a Noelle, con sus ojitos cerrados, respirando lentamente, y Nash, tan frágil, pero ya con la cabeza ligeramente levantada, como si estuviera listo para enfrentar el mundo.

— Míralos, Eve... — susurró Adam a mi lado, su voz suave, llena de adoración. — Ellos son todo. Todo lo que siempre quise, y tú... tú eres la razón por la que estamos aquí.

No podía apartar la mirada de ellos. Con cada respiración, el dolor parecía disminuir y la felicidad ocupaba su lugar, creciendo en mi pecho como una ola que ya no podía controlarse.

— Son perfectos... — Mi voz estaba entrecortada, pero la sensación de ser madre, de finalmente verlos, traía una calma única. — Noelle y Nash...

Adam sonrió, y su gesto me hizo darme cuenta, más que nunca, de cuánto el futuro que construimos ahora estaba entrelazado con estos pequeños. Él parecía encontrar paz al ver la conexión que, por fin, teníamos con ellos.

— Noelle, como una flor rara... y Nash, fuerte y decidido. Ellos son un reflejo de todo lo que somos. Y serán grandes, porque tienen a ti para guiarlos.

Apreté una lágrima que bajaba por mi rostro, sin saber exactamente cuándo apareció, pero la emoción era inmensa. No era solo por el dolor que habíamos pasado, sino por lo que ese momento significaba. Reinicio.

— Ellos son... nuestra familia, Adam. No importa lo que pase, haremos que funcione.

Él se inclinó, besando suavemente mi frente. No dijo nada, pero la forma en que me miró, cómo observó a nuestros hijos, hizo que mi alma se calentara. Él se quedó allí, a mi lado, como un puerto seguro, como alguien que haría cualquier cosa para que los tres tuviéramos un futuro.

— Siempre — susurró, con una voz casi imperceptible.

Ahora, el camino sería de sanación, pero principalmente de amor. Un amor tan fuerte que nada ni nadie podría apagar.

Capítulo 39



Adam Hawke

Un mes después

Después de largas semanas, finalmente estábamos llevando a nuestros hijos a casa. Yo llevaba a Noelle y Nash en el portabebés, mientras Eve caminaba a mi lado, decidida, pero aún incapaz de cargar peso. Subimos las escaleras despacio, cada paso una victoria en medio de todo lo que habíamos soportado.

Eve abrió la puerta del cuarto y sonrió, un gesto que iluminó su rostro y hizo que mi corazón se calentara. Los

cunitas blancos estaban centralizados contra la pared, justo frente a la puerta de la terraza. La habitación había sido pintada de amarillo y adornada con dibujos de animales en tonos verdes y azules, además de algunas flores rosas, creando un ambiente alegre y acogedor.

Me giré para colocar el portabebés en el suelo y, con un cuidado casi reverente, tomé a Noelle en mis brazos. Su tacto era suave y delicado, y al depositarla en la cuna, una ola de protección y amor me invadió. Cuando la acomodé, observé su pequeño rostro tranquilo, tan perfecto e inocente.

Hice lo mismo con Nash, que parecía tan tranquilo dormido, los dos durmiendo juntos en sus nuevos hogares. Ambos aún eran pequeños, y sabía que crecerían rápidamente; cada día traería nuevos descubrimientos y desafíos, pero ahora estaban seguros, rodeados por un amor incondicional.

Mientras los miraba, sentía que todo lo que había vivido en los últimos meses valía la pena. El dolor que enfrentamos, las incertidumbres que nos acecharon, todo formaba parte de un camino que ahora se volvía más significativo. Un nuevo capítulo estaba a punto de comenzar, y con Eve a mi lado, estaba listo para enfrentar lo que viniera, ansioso por construir una vida llena de amor y alegría para nuestra familia.

El momento era mágico, lleno de una calma que parecía surgir de las cenizas de todo lo que habíamos pasado. La habitación, con sus tonos suaves y los detalles cuidadosamente elegidos, reflejaba no solo nuestra esperanza, sino también cuánto estábamos dispuestos a hacer por nuestros hijos. Miré a Eve, quien se acercaba con una sonrisa suave, algo que parecía

finalmente reflejar un poco de la paz que ambos merecíamos.

Ella se detuvo a mi lado, observando los dos cunitas con un brillo en los ojos, luego tomó mi mano y la apretó suavemente, como queriendo reafirmar la conexión que compartíamos. No podía dejar de mirarla, mi compañera, la mujer que había enfrentado tantas batallas a mi lado y que, ahora, más que nunca, me hacía sentir que la vida tenía un propósito mayor. La manera en que me ayudaba a construir nuestra familia, con cada gesto cariñoso, cada mirada silenciosa de comprensión, me hacía sentir más completo.

— Míralos, Adam — susurró ella, con la voz entrecortada, los ojos brillando mientras observaba a Noelle y Nash en sus cunas. — Ellos son… la razón por la que estamos aquí. Todo lo que pasamos, todas las dificultades, ahora tienen un propósito.

Acaricié su cabello, con el corazón lleno de gratitud y emoción.

— Sí, Eve. Ellos son nuestra fuerza. Prometo que cuidaré de nosotras cuatro, que haré todo lo posible para que tengamos una vida feliz. Nada nos separará, y tú nunca más pasarás por nada sola.

Sonrió, una sonrisa suave, casi tímida, pero llena de significado. Una sonrisa que decía más que las palabras podrían expresar. Ella me hacía creer que la felicidad todavía era posible, que el dolor del pasado ya no tenía más poder sobre el futuro que estamos creando juntos.

Nos quedamos allí, lado a lado, observando a nuestros hijos. El tiempo parecía desacelerar mientras la sensación de plenitud me invadía. Sabía que el camino

apenas comenzaba, pero ahora, con ellos, con Eve a mi lado, sentía que podíamos enfrentar cualquier cosa que el futuro nos reservase.

El cuarto estaba en silencio, salvo los suaves y tranquilos sonidos de los bebés, y en ese momento, me senté, rodeado por la paz que reinaba. Al mirar a Noelle y Nash en sus cunas, supe que todo lo que habíamos pasado valió la pena. Ellos estaban en nuestras vidas, y nada más importaba.

Girándome hacia Eve, con el corazón latiendo con fuerza de emoción, reuní coraje para hacer lo que rondaba en mi mente.

— Sé que no es el momento ni el lugar, pero ¿te quieres casar conmigo? — pedí, cada palabra cargada de sinceridad. — Ser mi esposa, brindarme ese honor de pasar el resto de mis días demostrando cuánto te amo, cuánto naciste para ser mía.

Ella sonrió, los ojos brillando con una luz que iluminaba todo el ambiente. Había una alegría contagiosa en sus rasgos, y eso me hizo sentir una ola de esperanza extenderse por dentro.

— ¡Sí, mil veces sí! — exclamó y, entonces, me besó.

El beso fue apasionado, un gesto que parecía encapsular todos los altibajos que enfrentamos juntos. Allí, en medio de nuestras pequeñas criaturas, el futuro parecía posible y vibrante.

El sonido del llanto suave y frágil de Noelle y Nash interrumpió el momento mágico que compartíamos. Miré hacia las cunas y vi sus pequeños rostros, aún soñolientos, pero con el semblante de estar listos para

conquistar el mundo. Una sonrisa involuntaria se dibujó en mi rostro, y Eve hizo lo mismo, sus ojos brillando con la ternura que solo una madre puede tener.

— Ellos están despertando… — dijo Eve con una sonrisa llena de amor, su voz suave, como si fuera lo más natural del mundo.

Los dos se agitaban ligeramente, los bracitos levantándose como si quisieran sentir el mundo alrededor. Noelle, con sus ojos rasgados de sueño, parecía intentar comprender dónde estaba, y Nash, más tranquilo, nos miraba con una serenidad inexplicable para su poca edad.

Con cuidado, nos acercamos a ambas cunas. Yo tomé a Noelle en mis brazos, Eve hizo lo mismo con Nash. El llanto pronto se transformó en un murmullo tranquilo de consuelo, y el silencio que siguió fue profundo, como si el universo estuviera observando el momento.

— Bienvenidos a nuestra casa, mis amores… — susurré, con la voz emocionada. — Ahora, nuestra familia está completa.

Eve me miró, los ojos llenos de un amor que apenas podía describir, una luz que hizo que mi corazón latiera con fuerza.

— Estamos juntos, siempre, Adam. Ellos son todo lo que siempre soñamos — declaró, y la sinceridad en su voz tocó algo profundo dentro de mí. — Cumplen años conmigo — dijo, riendo, con alegría desbordante. — ¡Adam, qué locura!

— No es locura, es esperanza — respondí, la verdad formándose en mi voz. El futuro empezaba a dibujarse

frente a nosotros, y la emoción era abrumadora.

Observé cómo Eve se acercaba a la silla de lactancia, tan adaptada al nuevo papel que había asumido. Verla colocar el pecho lleno de leche era un espectáculo de transformación; nuestro hijo bebía como un hambriento. Eve hizo algunas muecas, pero su sonrisa iluminaba todo el ambiente, reflejando la alegría y el amor que sentía en ese momento.

Me maravillé sosteniendo a Noelle en mis brazos mientras esperaba su turno. Ambos bebés tenían cabello oscuro como el mío, y Nash comenzaba a lucir una mecha rebelde, un rasgo de la madre que hacía la escena aún más encantadora.

— Quizá cambie — pensé en voz alta, al darme cuenta de que las características de los bebés podrían ajustarse con el tiempo, pero aquellos pequeños detalles ya eran lo suficientemente especiales. Era increíble cómo ya eran tan únicos y hermosos, con los ojos azules que parecían reflejar el cielo en un día soleado.

Mientras observaba a Eve amamantar, la escena me envolvió de amor y esperanza. Era un momento simple, pero lleno de significado. Sabía que enfrentaríamos desafíos, pero mientras estábamos allí, juntos, con nuestros hijos, ese amor formaba una fuerza que podíamos usar para superar cualquier tormenta.

Creía que vivir era mi condena. Hace once años, confirmé que tres personas habían muerto y solo una seguía con el corazón latiendo. El dolor por la pérdida de Angela y por lo que pudo haber sido me consumía, pero ahora entendía que me había equivocado.

Seguí vivo, navegando por un mar de culpa y castigo, cargando esas cicatrices. Sin embargo, ahora, mirando hacia el pasado, veía que estaba destinado a mi Eve. Amé a Angela, sin duda, pero cuando volvía a mirar atrás, me daba cuenta de que ese amor nunca alcanzó a ser un tercio de lo que sentía por Eve. La profundidad de esa conexión era algo que nunca pensé volver a encontrar, y precisamente por eso, incluso así, temía no poder seguir a su lado.

Ángel, mi hija, perdóname por tardar tanto en darte un nombre. Te extraño eternamente, aunque nunca tuve la oportunidad de abrazarte. El recuerdo de ti es un recordatorio constante de la fragilidad de la vida y de la belleza de todo lo que aún tengo.

Mi corazón latía fuerte, lleno de amor y de cicatrices. Aprendí que, a veces, hay que perder para poder ganar. En los últimos meses, vi que tres corazones volvieron a latir y, al hacerlo, entendí que era capaz de vivir de nuevo.

Ahora que los gemelos estaban aquí, sentía que la vida empezaba a fluir nuevamente. La esperanza regresó, y con ella, la promesa de un futuro. Estaba listo para honrar la memoria de Ángel, mientras construía un nuevo capítulo junto a Eve y nuestros hijos. El dolor no desaparecía, pero se transformaba en algo que me motivaba a luchar y a mostrar que la vida, a pesar de las dificultades, aún podía estar llena de amor y significado.

La verdad es que Eve me devolvió el aliento de vida.

Epílogo

Cinco años después

Me encanta el verano, la forma en que el sol se refleja en el agua y el viento cálido que me mueve el cabello. Pero amo aún más poder ver a mi marido, con traje de baño, corriendo con nuestros hijos en nuestra pequeña playa privada. Las risas de Nash y Noelle llenaban el ambiente, y hasta Mileide parecía estar atenta a todo lo que nos rodeaba.

Mis abuelos estaban bajo una sombrilla, bebiendo agua de coco y disfrutando del día.

Helia estaba presa y recibió cadena perpetua, lo que, de cierta forma, me dejó tranquila. Su padre, Antony Russel, fue condenado por varios delitos, y eso causó conmoción en toda la familia. Adam cortó contacto con su padre y su hermano, buscando una vida nueva lejos de aquel caos, pero su ex cuñada y los sobrinos aún venían a visitarnos con frecuencia.

Nate, su hermano, había sido expulsado del trabajo y, tras el divorcio, vivía en la calle, sostenido por sus padres, pero sus vicios lo estaban matando, al menos, eso sabíamos.

La relación de Adam con su madre había tenido altibajos. Ella aprendió a aceptarme, pero optó por apoyar a su marido y a su hijo mayor, especialmente después de todo lo ocurrido. Eso me provocaba un sentimiento agridulce, porque entendía que, pese a su decisión, Adam se preocupaba profundamente por los lazos familiares.

Me levanté con dificultad; mi vientre de siete meses estaba pesado, aunque esta vez solo era un bebé. Este embarazo estaba siendo más de riesgo, con un control más intenso, pero todo por mi niña. Una princesita. Ena, que estaba por nacer en siete semanas, prematura, porque sabía que no podría continuar con la gestación mucho más y sería mi último embarazo. Adam se hizo la vasectomía, según él, tres bebés eran el límite para mi cuerpo.

— Ellos están tan listos — comentó mi abuela, intentando tomarles fotos con el celular.

— Sí, y sanos — añadió mi abuelo con una sonrisa orgullosa.

— ¡Traviesos y con mucha energía! — reproché, pero no pude contener la risa que espontáneamente brotó.

Con cuidado, me agarré la barriga y caminé hasta la orilla del agua, donde Adam reía con los gemelos. Las olas pequeñas venían y se iban, refrescando mis pies, mientras el sol iluminaba todo con un brillo dorado. El calor era intenso, pero la brisa hacía que el ambiente fuera soportable. Adam me vio acercarme y caminó hacia mí, con su cabello aún mojado brillando bajo la luz del sol.

— Deberías estar sentada, señora Hawke — provocó, con sus ojos azules estrechándose en una sonrisa cómplice.

— ¿Y perderme esta vista? — respondí, rodeando su cintura con los brazos. — Estás muy guapo hoy, doctor Hawke.

Él rio, una carcajada suave y relajada, y pasó su mano por detrás de mi cuello, pegando nuestros cuerpos.

— Solo hoy?

— Hoy es especial — respondí, besando suavemente la esquina de su boca. — Quizá sea el sol, o el padre de tres hijos, o la imagen de ti corriendo mojado…

Adam deslizó las manos por mi barriga redonda con ternura, como si tocara un milagro.

— Ella será igual a ti. Lo siento.

— ¿Hablador? — pregunté, riendo.

— Valiente — corrigió, una sonrisa juguetona en sus labios mientras se inclinaba a posar su frente en la mía. — Será una fuerza de la naturaleza.

Antes de que pudiera decir algo, un chorro de agua me golpeó en las piernas. Solté un pequeño gritito de sorpresa y miré hacia un lado: Nash tenía un balde en la mano, mostrando su cara más traviesa.

— ¡Ataque acuático! — gritó Nash, llenando de nuevo el balde con la ayuda de su hermana.

Adam soltó una carcajada y, en un movimiento rápido, me protegió parcialmente con su cuerpo.

— Recular no es opción, capitana. Están armados.

— Entonces, atacamos de vuelta — susurré, tomando agua con las manos y lanzándola a los dos pequeños, que huyeron corriendo y gritando, esparciendo arena por todas partes.

Adam me levantó en brazos, y con su toque protector, aún riendo, giró conmigo lentamente.

— Intenté apartarte para salvar lo que quedaba de mí, pero cada latido de mi corazón solo sabía llamarte de regreso — susurró contra mi boca. — Gracias.

— Menos mal que mi terquedad sirvió de algo — dije, golpeándole en el hombro. — ¡Estamos en guerra! — recordé, riendo.

— Tranquila, guerrera, traes refuerzos.

— Refuerzos que patean todo el día — bromee, acariciando mi barriga con los dedos. Ena parecía moverse con la actividad, como queriendo participar en la diversión.

Nos quedamos allí, rodeados de alegría, risas infantiles y sal en las piernas. Era una de esas escenas que no planeamos, pero que se grababan en la memoria como un tatuaje: viva, espontánea, perfecta en su sencillez. Y por un segundo, con Adam mirándome como si todavía estuviéramos en el primer beso, supe — éramos felices. Realmente felices.

¡FIN!

Agradecimiento

Estoy muy contenta con este libro, muy agradecida de haber podido contar la historia de Adán y Eva.

Gracias a todos por leerlo.

Juliana, Jack, Pati, Lidi, Emili y Andriela — gracias por formar parte de este increíble equipo que me ha salvado cada día.

Sil, Anne, Adri y Adriana — gracias por acogerme en este proyecto. Me ha encantado formar parte de él.

Gracias también a Anatomía del Amor. Y a Dios, siempre.